



ANTOLOGÍA DE NOVELAS DE ANTICIPACIÓN IV

Lectulandia

Cuarto volumen de las antologías de anticipación Acervo. En este ejemplar: *El viaje más largo, El segundo viaje a Marte, Un terror insignificante, Como timbres de alarma, Al fin del tiempo, Dos son una multitud, Entra en mi bodega, Estación de término, El problema de la servidumbre, Viaje siniestro, Equipo de exploración, La cúpula, Terrestres portadores de presentes, Un hombre distinguido, Un lugar de los dioses, El traidor, El jardinero y Amanecida.*

Lectulandia

AA. VV.

**Antología de novelas de anticipación
IV**

Antología de novelas de anticipación - 4

ePub r1.0

Watcher 04-04-2018

AA. VV., 1964

Traducción: José María Aroca

Diseño de cubierta: Watcher

Editor digital: Watcher

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El viaje más largo

Poul Anderson

La primera vez que oímos hablar de la Nave Celeste estábamos en una isla cuyo nombre era Yarzik. Aquello ocurrió, aproximadamente, un año después de que el Golden Leaper zarpara de Lavre Town. Nosotros calculábamos que habíamos dado media vuelta al mundo. Nuestra pobre carabela estaba tan sucia de vegetación marina y moluscos que, aunque desplegaráramos todo el velamen, apenas podía arrastrarse sobre el mar. El agua potable que quedaba en los toneles había adquirido un color verdoso y un olor nauseabundo. Las galletas estaban llenas de gusanos. Y entre la tripulación habían aparecido los primeros síntomas de escorbuto.

—Sea o no peligroso —decidió el capitán Rovic—, tenemos que atracar en alguna parte. —Un brillo, que yo conocía muy bien, apareció en sus ojos—. Además, ha pasado mucho tiempo desde que preguntamos por las Ciudades Doradas. Quizá por aquí sepan algo de ellas.

Mientras avanzábamos hacia el este estuvimos tanto tiempo sin ver tierra que la palabra motín se hizo usual en labios de todos los tripulantes. En lo íntimo de mi corazón, no se lo reprochaba. Día tras día, ante las aguas azules, la espuma blanca, las altas nubes en el cielo tropical; sin oír más que el ruido del viento, el rumor de las olas, el crujido del maderamen de la carabela, y a veces, por la noche, el horrible chasquido de un monstruo marino al saltar en las aguas. Era demasiado para unos simples marineros, hombres ignorantes que seguían creyendo que el mundo era plano.

Una delegación se presentó al capitán. Tímida y respetuosamente, aquellos rudos y corpulentos hombres le pidieron que emprendiera el regreso. Pero sus camaradas se amontonaban abajo, con los musculosos cuerpos bronceados por el sol, tensos bajo sus harapos, con cuchillos y cabillas al alcance de la mano. Los oficiales, en el puente de mando, teníamos espadas y pistolas, es cierto. Pero no éramos más que seis, incluidos el asustado muchacho que era yo, y el anciano Froad, el astrólogo, cuyas túnicas y barba blanca resultaban muy respetables, pero de muy poca utilidad en una lucha.

Rovic permaneció largo rato en silencio después de que el portavoz de la delegación hubo expresado sus deseos. No se oía más que el rumor del viento y el chocar de las olas contra los costados de la nave. Nuestro jefe tenía un aspecto impresionante; al enterarse de que iba a recibir a una comisión de marineros, se había puesto las calzas rojas y una resplandeciente esclavina. Su casco y su peto brillaban como espejos. Las plumas ondeaban alrededor del yelmo de acero, y los diamantes

que adornaban sus dedos llameaban contra los rubíes del puño de su espada. Sin embargo, cuando habló, no lo hizo en el tono de un caballero de la corte de la Reina, sino en el vulgar lenguaje Anday de su infancia de pescador.

—De modo que queréis regresar, ¿eh, muchachos? Después de haber dado media vuelta al globo... ¡Cuán distintos sois de vuestros padres! Existe una leyenda que habla de una época en que todas las cosas obedecían a la voluntad del hombre, y dice que si estamos obligados a trabajar fue por culpa de un perezoso hombre de Anday. Aquel hombre le ordenó a su hacha que cortara un árbol para él, y luego ordenó a los haces de leña que se dirigieran a su casa; pero cuando ordenó a los haces que le transportaran también a él, Dios se enojó y le quitó el poder. Como compensación, Dios concedió a todos los hombres de Anday suerte en el mar, suerte en los dados y suerte en el amor. ¿Qué más podéis pedir, muchachos?

Desconcertado por aquella respuesta, el portavoz de los tripulantes se retorció las manos, enrojeció, miró hacia cubierta, y tartamudeó que íbamos a perecer miserablemente... de hambre, de sed, o ahogados, o aplastados por aquella horrible luna, o despeñados más allá del límite del mundo. El Golden Leaper había llegado más lejos que cualquier otro buque, y si regresábamos enseguida, nuestra fama perduraría para siempre...

—¿Podemos comer de la fama, Etien? —preguntó Rovic, todavía suave y sonriente—. Hemos tenido luchas y tormentas, sí, y también alegres francachelas; pero no hemos visto aún una Ciudad Dorada, aunque sabemos perfectamente que se encuentran en algún lugar, llenas de tesoros para el primer hombre que se apodere de ellos. ¿Qué dirían los extranjeros si regresáramos ahora? Los arrogantes caballeros de Sathayn, los sucios buhoneros de Woodland se reirían, y no sólo de nosotros, sino de todo Montalir.

De este modo capeó el primer embate. Sólo una vez tocó su espada, desenfundándola a medias, con aire ausente, al recordar cómo se había superado el huracán de Xingu. Pero ellos recordaron el motín que se había producido en aquella ocasión, y que aquella misma espada había atravesado a tres marineros armados que atacaron a la vez al capitán. Les dijo que, por su parte, estaba dispuesto a olvidar el pasado; les prometió paradisíacos placeres; les describió tesoros maravillosos que podían ser suyos; apeló a su orgullo de marinos y de montelirianos. Y al final, cuando les vio reblandecidos, cesó de hablar como un pescador. Avanzó unos pasos por el puente de mando, hasta colocarse debajo de la bandera de Montalir, y habló como hablan los caballeros de la Reina:

—Ahora ya sabéis que no me propongo regresar hasta que hayamos dado la vuelta al gran globo y podamos llevarle a Su Majestad la Reina el mejor de los regalos. El cual no consistirá en oro ni esclavos, ni siquiera en el dominio de lugares lejanos que ella y su Compañía de Aventureros Mercantes desean. No, lo que alzaremos en nuestras manos para ofrecérselo, el día en que atraquemos de nuevo en el puerto de Lavre, será nuestra hazaña: el haber realizado lo que ningún hombre se

ha atrevido a hacer hasta ahora, y el haberlo realizado para su mayor gloria.

Permaneció unos instantes en pie, a través de un silencio lleno de los rumores del mar. Luego dijo en voz baja: «¡Asunto terminado!», giró sobre sus talones y regresó a su camarote.

Así continuamos varios días más: los tripulantes sometidos pero disgustados, los oficiales procurando ocultar sus dudas. Yo estuve ocupado, no tanto con las obligaciones de escribano por las cuales me pagaban, ni con el estudio de las tareas de capitán para las cuales me estaba capacitando, como ayudando a Froad, el astrólogo. Los vientos eran tan apacibles, que podía realizar su trabajo incluso a bordo. No le importaba que nos hundiéramos o flotáramos; había vivido ya muchos años. Pero el conocimiento de los cielos que podía adquirir allí tenía gran valor para él. Por la noche, en cubierta, armado de cuadrante, astrolabio y telescopio, bañado por la claridad del firmamento, parecía una de las figuras barbudas existentes en los vitrales de Provien Minster.

—Mira allí, Zhean...

Su delgada mano señalaba más allá de los mares que brillaban y se ondulaban bajo la claridad nocturna, más allá del cielo púrpura y de las pocas estrellas que brillaban todavía, hacia Tambur. Enorme en su fase llena de medianoche, extendiéndose sobre siete grados de firmamento, de color entre verdoso y azulado. La luna que nosotros habíamos bautizado con el nombre de Siett parpadeaba cerca de él. Balant, visto con muy poca frecuencia y muy bajo en nuestro lugar de procedencia, aparecía muy alto, con la parte oscura del disco teñida por el luminoso Tambur...

—No existe ninguna duda —declaró Froad—, puede verse cómo gira sobre un eje, y cómo hierven las tormentas en su aire. Tambur no es ya una leyenda, ni una espantosa aparición que vemos levantarse al entrar en aguas desconocidas. Tambur es real. Un mundo como el nuestro. Inmensamente mayor, desde luego, pero un esferoide en el espacio, a fin de cuentas; alrededor del cual se mueve nuestro propio mundo, presentando siempre el mismo hemisferio a su reina. Las conjeturas de los antiguos quedan confirmadas. No sólo que nuestro mundo es redondo, un hecho evidente para cualquiera... sino que nos movemos alrededor de un centro mayor, el cual a su vez tiene un camino anual alrededor del sol. Pero, en tal caso, ¿qué tamaño tiene el sol?

—Siett y Balant son satélites de Tambur —recordé, luchando por comprender—. Vieng, Darou, y las otras lunas que vemos corrientemente, tienen caminos al exterior de nuestro propio mundo. Sí. Pero, ¿qué es lo que los sostiene a todos?

—Lo ignoro. Tal vez la esfera de cristal que contiene las estrellas ejerce una presión hacia adentro.

La noche era cálida, pero me estremecí, como si aquéllas hubiesen sido estrellas de invierno.

—¿Pueden haber también hombres en... Siett, Balant, Vieng... incluso en

Tambur? —pregunté.

—¡Quién sabe! Necesitaríamos vivir muchas vidas para descubrirlo. Pero al final se conseguirá. Da gracias a Dios, Zhean, por haber nacido en este amanecer de una nueva era.

Froad volvió a sus medidas. Un trabajo fastidioso, opinaban los otros oficiales; pero yo había aprendido ya lo suficiente de las artes matemáticas para comprender que de aquellos interminables cálculos podían salir el verdadero tamaño de la tierra, de Tambur, del sol, de la luna y de las estrellas, los caminos que seguían a través del espacio. De modo que los marineros ignorantes, que murmuraban y hacían signos contra el diablo cuando pasaban junto a nuestros instrumentos, estaban más cerca del hecho que los caballeros de Rovic: ya que Froad practicaba, en realidad, una magia más poderosa.

Vimos hierbajos flotando sobre el mar, aves, masas acumuladas de nubes, todas las señales de la proximidad de tierra. Tres días más tarde nos acercamos a una isla. Era de un verde intenso bajo aquellos tranquilos cielos. La resaca, más violenta aún que en nuestro hemisferio, se estrellaba contra altos acantilados, se disolvía en una nube de espuma y retrocedía, rugiendo. Costeamos con prudencia. Los artilleros permanecieron de pie junto a nuestro cañón con las antorchas encendidas. No sólo podíamos encontrar corrientes y bancos de arena —peligros con los cuales estábamos familiarizados—; en el pasado, habíamos tropezado con caníbales a bordo de canoas. Temíamos especialmente a los eclipses. En aquel hemisferio, el sol tiene que ocultarse cada día detrás de Tambur. En aquella longitud, el acontecimiento tenía lugar alrededor de media tarde y duraba casi diez minutos. Un espectáculo espantoso: el planeta primario —como Froad lo llamaba ahora, un planeta semejante a Diell o Coint, con nuestro propio mundo reducido a la categoría de simple satélite suyo— se convertía en un disco negro circundado de rojo, en un cielo repentinamente lleno de estrellas. Un viento frío soplaba a través del mar, e incluso las olas parecían apaciguarse. Sin embargo, el alma del hombre es tan insolente, que nosotros continuábamos atendiendo a nuestras obligaciones, interrumpiéndolas únicamente para rezar una breve plegaria en el momento en que desaparecía el sol, pensando más en las posibilidades de naufragar que en cualquier otra cosa.

Tambur es tan brillante, que continuamos nuestro camino alrededor de la isla durante la noche. Durante doce mortales horas, mantuvimos al Golden Leaper avanzando lentamente. Hacia el segundo mediodía, la perseverancia del capitán Rovic se vio recompensada. Una abertura en los acantilados reveló un largo fiordo. Unas playas cenagosas y llenas de vegetación nos indicaron que, a pesar de que las mareas subían mucho en aquella bahía, no era uno de aquellos aseladeros tan temidos por los marinos. El viento nos era favorable, de modo que arriamos las velas y bajamos los botes. Era un momento peligroso, especialmente debido al poblado que habíamos avistado en medio del fiordo.

—¿No sería mejor que nos quedáramos aquí, capitán, y dejáramos que ellos tomaran la iniciativa? —sugerí.

Rovic escupió sobre el cairel.

—He comprobado que lo mejor es no demostrar temor —dijo—. Si una canoa tratara de asaltarnos, la recibiríamos con una rociada de metralla. Pero opino que si desde el primer momento les demostramos que no nos inspiran miedo, corremos menos peligro de encontrarnos más tarde con una traidora emboscada.

Los hechos demostraron que estaba en lo cierto.

En el curso del tiempo, nos enteramos de que habíamos llegado al extremo oriental de un extenso archipiélago. Sus pobladores eran expertos navegantes, teniendo en cuenta que sólo disponían de embarcaciones rudimentarias. Sin embargo, aquellas embarcaciones tenían con frecuencia más de cien pies de longitud. Con cuarenta remos, o con tres velas, casi podían competir con nuestro buque en velocidad, y eran más maniobreras. Sin embargo, su escasa capacidad de carga limitaba su autonomía de navegación.

Aunque vivían en casas de madera con techos de bálago y sólo poseían utensilios de piedra, los indígenas eran gente civilizada. Conocían la agricultura tan bien como la pesca y sus sacerdotes tenían un alfabeto. Altos y vigorosos, más morenos y menos velludos que nosotros, su aspecto era impresionante: la mayoría iban casi desnudos, en tanto que otros se adornaban con plumas y conchas. Habían formado una especie de imperio en el archipiélago. Efectuaban incursiones a unas islas situadas más al norte y mantenían un intenso comercio dentro de sus propias fronteras. Al conjunto de su nación le daban el nombre de el Hisagazy, y la isla en la cual habíamos atracado era Yarzik.

De todo eso nos enteramos lentamente, a medida que fuimos dominando su lenguaje. Permanecimos varias semanas en aquel pueblo. El duque de la isla, Guzan, nos acogió en forma cordial, suministrándonos alimentos, hospedaje y la ayuda que necesitábamos. Por nuestra parte, le obsequiamos con objetos de cristal, telas de vivos colores y otros artículos semejantes. A pesar de todo, tropezamos con muchas dificultades. La playa era tan cenagosa que al acercarse a ella hubiera encallado nuestro barco, de modo que tuvimos que construir un dique seco antes de poder carenar. Numerosos miembros de la tripulación contrajeron una rara enfermedad, y aunque se curaron con relativa rapidez, el hecho retrasó nuestro trabajo.

—Sin embargo, creo que nuestras dificultades son una bendición —me dijo Rovic una noche.

Había convertido en costumbre, después de asegurarse de que yo era un amanuense discreto, el confiarme ciertos pensamientos. El capitán de un barco es siempre un hombre solitario; y Rovic, ex pescador, ex filibustero, navegante autodidacta, vencedor de la Gran Flota de Sathayn y ennoblecido por la propia Reina, debía encontrar más duro aquel necesario aislamiento de lo que podía encontrarlo un hombre que hubiera nacido caballero.

Aguardé en silencio, dentro de la choza de hierba que le había cedido el duque. Una lámpara de esteatita arrojaba una luz vacilante y unas enormes sombras sobre nosotros. En el techo crujía algo. En el exterior, el húmedo terreno ascendía entre rústicas viviendas y frondosos árboles. A lo lejos, se oía el redoblar de unos tambores, una especie de cántico y el golpeteo de unos pies alrededor de algún fuego ritual. Realmente, las frías colinas de Montalir parecían muy lejanas.

Rovic reclinó hacia atrás su musculosa figura. Se había hecho traer una silla civilizada del barco.

—Verás, mi joven amigo —continuó—, hasta ahora no hablamos permanecido en un lugar el tiempo suficiente para adquirir confianza y preguntar por el oro. Nos habían dado vagas indicaciones, rumores, la vieja historia: «Sí, señor extranjero, en realidad existe un reino donde todas las calles están pavimentadas con oro... un centenar de millas al oeste». Nada concreto, en una palabra. Pero, en esta prolongada estancia, he interrogado sutilmente al duque y a los sacerdotes. Me he mostrado tan prudente al hablar del lugar de donde procedemos y de lo que ya sabemos, que me han facilitado informaciones que de otro modo no hubieran salido de sus labios.

—¿Las Ciudades Doradas? —exclamé.

—¡Cuidado! No quiero que la tripulación se excite y se desmande. Todavía no.

Su curtido rostro adquirió una expresión pensativa.

—Siempre he creído que esas ciudades son pura leyenda —dijo. Debió darse cuenta de mi sorpresa, porque sonrió y continuó—: Una leyenda muy útil. Nos está arrastrando, como un imán, alrededor del mundo. —Su sonrisa se apagó. Su rostro adquirió de nuevo aquella expresión semejante a la de Froad cuando contemplaba los cielos—. Sí, también yo deseo oro, desde luego. Pero si no lo encontramos en este viaje, no importa. Me limitaré a capturar unos cuantos barcos de Eralia o de Sathayn cuando regresemos a nuestras aguas, y así financiaré el viaje. Aquel día, en el puente de mando, dije la verdad al declarar que este viaje era un objetivo en sí mismo; hasta que pueda ofrecérselo a la Reina Odela, que me dio el beso de ritual al armarme caballero.

Sacudió la cabeza, como para arrancarse a sus ensueños, y continuó en tono animado:

—Dejándole creer que estaba enterado de la mayor parte del asunto, le arranqué al duque Guzan la confesión de que en la isla principal de este imperio Hisagazy hay algo en lo que apenas me atrevo a pensar. Una nave de los dioses, dice él, y un verdadero dios viviente que llegó de las estrellas. Cualquiera de los nativos te dirá lo mismo. El secreto reservado a la gente noble es que esto no es ninguna leyenda, sino un hecho real. O, por lo menos, eso es lo que afirma Guzan. No sé qué pensar. Pero... Guzan me llevó a una cueva sagrada, y me mostró un objeto de aquella nave. Creo que era una especie de mecanismo de relojería. Ignoro lo que puede ser. Pero está hecho de un metal plateado y brillante que yo no había visto nunca. El sacerdote me desafió a que lo rompiera. El metal no era pesado: una simple lámina. Pero melló la

hoja de mi espada, hizo añicos una roca con la cual lo golpeé, y el diamante de mi anillo no consiguió rayarlo.

Hice unos signos contra el diablo. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal. Ya que los tambores estaban redoblando en una selva oscura, y las aguas se extendían como algo bajo el giboso Tambur, y cada tarde aquel planeta se comía al sol.

Cuando el Golden Leaper estuvo de nuevo en condiciones de navegar, a Rovic no le fue difícil conseguir autorización para visitar al emperador de Hisagazy en la isla principal. En realidad, le hubiera sido difícil no hacerlo. Recuperados y satisfechos, subimos a bordo. Esta vez íbamos escoltados. El propio Guzan, hombre de mediana edad cuyo atractivo aspecto no quedaba demasiado alterado por los tatuajes de color verde pálido que cubrían su rostro y su cuerpo, era nuestro piloto. Varios de sus hijos habían extendido sus jergones sobre la cubierta de nuestra nave, en tanto que un enjambre de embarcaciones llenas de guerreros navegaban a lo largo de sus costados.

Rovic hizo acudir a Etien, el contramaestre, a su camarote.

—Sé que puedo confiar en ti —le dijo—. Encárgate de mantener a nuestra tripulación con las armas a punto, por pacífica que parezca la situación.

—¿Qué sucede, capitán? —inquirió Etien—. ¿Cree usted que los indígenas planean una traición?

—¿Quién puede saberlo? —respondió Rovic—. Ahora, procura que la tripulación no lo sospeche, pese a todo. No saben disimular. Y si los indígenas captaran algún síntoma de inquietud o de temor entre ellos, se inquietarían a su vez... lo cual empeoraría la actitud de nuestros propios hombres, en un círculo vicioso que nadie sabe cómo terminaría. Límitate a cuidar, con la mayor naturalidad posible, de que nuestros hombres permanezcan juntos y de que tengan siempre las armas al alcance de la mano.

Etien se inclinó y abandonó el camarote. Me arriesgué a preguntar a Rovic qué estaba pensando.

—Nada, por ahora —dijo—. Sin embargo, he sostenido entre mis manos un trozo de mecanismo de relojería que ni el Gran Ban de Giar sería capaz de imaginar; y me han hablado de una Nave que bajó del cielo, conducida por un dios o un profeta. Guzan cree que sé más de lo que en realidad conozco, y confía en que nosotros seamos un nuevo elemento perturbador en el equilibrio de la situación, y que podrá aprovecharnos en favor de sus propias ambiciones. No se ha hecho acompañar por todos esos guerreros para dar mayor esplendor a la comitiva. En lo que a mí respecta... trato de aprender algo más acerca de todo esto.

Se sentó ante su mesa, contemplando un rayo de sol que oscilaba al compás del balanceo del barco. Al cabo de unos instantes continuó:

—Los astrólogos de la anterior generación nos dijeron que los planetas son semejantes a esta tierra. Un viajero de otro planeta...

Salí del camarote con un torbellino en mi cerebro.

Avanzamos sin novedad a través del grupo de islas. Al cabo de varios días llegamos a la isla principal, Ulas-Erkila. Tiene un centenar de millas de longitud, y un máximo de cuarenta millas de anchura, y el terreno asciende suavemente hacia unas montañas centrales, dominadas por un cono volcánico. Los Hisagazy adoran dos clases de dioses, acuosos y ardientes, y creen que el Monte Ulas alberga a estos últimos. Cuando vi aquel pico nevado flotando en el cielo sobre unos bordes esmeraldinos, manchando el azul de humo, pude comprender lo que los paganos sentían. El acto más sagrado que un hombre puede realizar entre ellos es arrojar al ardiente cráter del Ulas, y muchos guerreros ancianos son transportados hasta la cumbre de la montaña para que puedan hacerlo. Las mujeres no tienen acceso a las laderas del monte.

Nikum, la sede de la realeza, está situada en un fiordo como el poblado en el que hablamos residido últimamente. Pero Nikum es rica y extensa, casi tan grande como Roann. La mayoría de las casas son de madera; hay también un templo de basalto en la cumbre de un acantilado, dominando la ciudad, con huertas, bosques y montañas detrás. Los troncos de los árboles son tan grandes, que los Hisagazy han construido con ellos una serie de diques como los de Lavre... en vez de los amarraderos y boyas que suben y bajan con la marea y que se encuentran en casi todos los puertos del mundo. Nos ofrecieron un atracadero de honor en el muelle central, pero Rovic alegó que nuestro barco resultaba difícil de maniobrar y consiguió atracarlo en uno de los extremos.

—En el centro tendríamos la torre de vigilancia sobre nosotros —me susurró—. Y es posible que no hayan descubierto todavía el arco, pero sus lanzadores de jabalina son muy buenos. Asimismo, les sería fácil acercarse a nuestro barco, y entre nosotros y la boca de la bahía tendríamos un enjambre de canoas. Aquí, en cambio, varios de los nuestros podrían dominar el muelle, mientras los demás lo preparaban todo para zarpar rápidamente.

—Pero, ¿tenemos algo que temer, capitán? —pregunté.

Se acarició el poblado bigote.

—No lo sé. Depende en gran parte de lo que realmente creen acerca de esa nave celeste... así como de lo que haya de verdad en ello. Pero pase lo que pase, no regresaremos sin esa verdad para la Reina Odela.

Los tambores redoblaron y unos lanceros adornados con plumas saludaron a nuestros oficiales a medida que desembarcaban. Sobre el agua había sido tendido un largo y angosto pasadizo de madera, utilizado únicamente por los nobles. Los ciudadanos corrientes nadaban de casa en casa cuando la marea lamía sus umbrales, o utilizaban una balsa si tenían que transportar algún bulto. El palacio real era un edificio alargado, construido con troncos de árbol, con fantásticos dibujos grabados en la madera.

Iskilip, Emperador y Sumo Sacerdote de Hisagazy, era un hombre anciano y

corpulento. Un alto birrete de plumas, un cetro de madera rematado por un cráneo humano, los tatuajes de su rostro, su inmovilidad, le daban un aspecto imponente. Estaba sentado sobre una tarima, bajo unas antorchas que esparcían un agradable aroma. Sus hijos estaban sentados a sus pies, con las piernas cruzadas, y sus cortesanos al otro lado. A lo largo de las paredes se alineaban sus guardianes, unos jóvenes musculosos con escudos y petos de escamosa piel de monstruo marino, armados con hachas de pedernal y lanzas de obsidiana que podían matar con tanta facilidad como el hierro. Llevaban la cabeza afeitada, lo cual les daba un aspecto más fiero.

Iskilip nos acogió cordialmente, hizo que nos sirvieran una bebida refrescante y nos invitó a sentarnos en un banco no mucho más bajo que su tarima. Nos formuló preguntas rutinarias. En el curso de la conversación, nos enteramos de que los Hisagazy conocían islas situadas lejos de su archipiélago. Podían incluso señalarnos la dirección en que se encontraba un país en el cual abundaba el ganado y al que daban el nombre de Yurakadak. A juzgar por su descripción, sólo podía tratarse de Giar, un país que el aventurero Hanas Tolasson había alcanzado viajando por tierra. En aquellos instantes supe que estábamos dando realmente la vuelta al mundo. Cuando se desvaneció un poco la emoción de aquel descubrimiento, volví a prestar atención a la conversación.

—Tal como le he dicho a Guzan —estaba explicando Rovic—, una de las cosas que nos han traído aquí ha sido la historia de que habéis sido bendecidos con una nave procedente del cielo. Y Guzan me ha demostrado que la historia era cierta.

Un siseo recorrió la estancia. Los príncipes se pusieron rígidos, los cortesanos palidecieron, e incluso los guardianes murmuraron algo en voz baja. A través de las paredes, el rumor de la marea, cada vez más cercano. Cuando Iskilip habló, a través de la máscara de sí mismo, su voz se había endurecido:

—¿Has olvidado que esas cosas no deben ser mostradas a los no iniciados, Guzan?

—No, Santidad —dijo el duque. Su rostro estaba empapado en sudor, pero no era el sudor del miedo—. Sin embargo, el capitán estaba al corriente. Su agente también, al parecer... El capitán no puede expresarse aún de un modo absolutamente comprensible para mí. Su pueblo está iniciado. Su pretensión parece razonable, Santidad. Mira las maravillas que han traído. La dura y brillante piedra que-no-es-piedra, como en este largo cuchillo que me han regalado, ¿no es acaso igual al material de que está construida la nave? Los tubos que hacen que las cosas lejanas parezcan al alcance de la mano, como el que te han regalado a ti, Santidad, ¿no son acaso semejantes a los que posee el Mensajero?

Iskilip se inclinó hacia adelante, hacia Rovic. La mano que empuñaba el cetro tembló hasta el punto de que las colgantes quijadas de la calavera castañetearon.

—¿Te enseñó el Pueblo de las Estrellas a hacer todo eso? —inquirió—. Nunca imaginé... El Mensajero no habló nunca de que hubiera otros...

Rovic volvió hacia arriba las palmas de sus manos.

—No tan de prisa, Santidad, te lo ruego —dijo—. Estamos muy poco versados en vuestra lengua. Hasta ahora no he podido enterarme de nada.

Esto era un engaño. Todos los oficiales habían sido advertidos para que fingieran unos conocimientos del Hisagazy inferiores a los que realmente poseían. (Habíamos mejorado nuestro dominio de aquel idioma practicándolo en secreto unos con otros). De este modo podían justificar cualquier error, atribuyéndolo a incompreensión.

—Será mejor que hablemos de esto en privado, Santidad —sugirió Guzan, mirando de soslayo a los cortesanos. Éstos le devolvieron una mirada cargada de envidia.

Iskilip inclinó la cabeza. Sus palabras fueron arrogantes, pero su tono era el de un hombre viejo, poco seguro de si mismo.

—No es necesario. Si estos extranjeros están iniciados, podemos enseñarles lo que poseemos. Pero... si unos oídos profanos oyen la historia de labios del propio Mensajero...

Guzan levantó una mano dominante. Ambicioso y audaz, largo tiempo frustrado en su pequeña provincia, estaba dispuesto a sacarse la espina.

—Santidad —dijo—, ¿por qué ha sido ocultada la historia durante todos estos años? En parte, para mantener obedientes a los plebeyos, sí. Pero, al mismo tiempo, ¿acaso tú y tus consejeros no temíais que todo el mundo se dirigiera hacia aquí, ávido de conocimiento, si la cosa se sabía, y que nosotros quedáramos aplastados? Bueno, si permitimos que los hombres de ojos azules regresen a sus hogares con la curiosidad insatisfecha, estoy convencido de que regresarán aquí con los medios para conseguirlo por la fuerza. De modo que no tenemos nada que perder revelándoles la verdad. Si no han tenido nunca un Mensajero, si no pueden sernos útiles, siempre estaremos a tiempo de matarles. Pero, si verdaderamente han sido visitados como nosotros, ¡cuántas cosas podremos hacer juntos!

Estas palabras fueron pronunciadas rápidamente y en voz baja, de modo que los montalirianos no pudiéramos comprenderlas. Y, en realidad, nuestros caballeros no las comprendieron. Yo, teniendo oídos jóvenes, capté el sentido general; y Rovic conservó una expresión tan perfecta de incompreensión, que supe que no se había perdido ni una sola palabra.

De modo que al final decidieron llevar a nuestro jefe y a mi insignificante persona, ya que ningún magnate de Hisagazy va a ninguna parte sin que le acompañe algún criado al templo. Iskilip en persona abrió la marcha, con Guzan y dos musculosos príncipes detrás. Una docena de lanceros cubrían la retaguardia. Pensé que la espada de Rovic no serviría para nada si se presentaban dificultades, pero apreté los labios y eché a andar detrás de él. Rovic parecía tan ansioso como un chiquillo en la Mañana del Día de Acción de Gracias, y al verle nadie hubiera pensado que tenía conciencia de algún peligro.

Salimos cuando el sol empezaba a ponerse; en el hemisferio de Tambur, la gente

hacía menos distinción entre la noche y el día que nuestro pueblo. Habiendo observado a Siett y a Balant en posición de plenamar, no me sorprendió que Nikum yaciera casi ahogado. Y, no obstante, mientras ascendíamos por el arrecife en dirección al templo, pensé que nunca había contemplado un paisaje más extraño.

Debajo de nosotros se extendía una sábana de agua, sobre la cual parecían flotar los tejados de la ciudad; los atestados muelles, donde la arboladura de nuestra propia nave estaba rodeada de mascarones de proa idólatras; el fiordo, discurriendo entre precipicios hacia su boca, donde las olas se estrellaban, blancas y terribles, contra los arrecifes. Encima de nosotros, las alturas aparecían completamente negras, contra un crepúsculo rojo que llenaba la mitad del cielo y ensangrentaba las aguas. Pálido a través de aquellas nubes capté a Tambur, envuelto en un blasón que ningún hombre podía leer. A derecha e izquierda del camino crecía la hierba, seca por ser verano. El cielo estaba pálido en el cenit y púrpura oscuro en el este, donde habían aparecido las primeras estrellas. Aquella noche no encontraba consuelo en las estrellas. Andábamos en silencio. Los pies descalzos de los indígenas no producían el menor ruido. Mis propios zapatos hacían pad-pad, y las botas de Rovic crujían levemente.

El templo era una audaz obra arquitectónica. Dentro de un rectángulo de paredes de basalto protegidas por altos capiteles de piedra, había varios edificios del mismo material. Iskilip nos condujo, entre acólitos y sacerdotes, a una cabaña de madera situada detrás del recinto sagrado. Dos guardias estaban de vigilancia ante la puerta, pero se arrodillaron en presencia de Iskilip. El emperador llamó con su extraño cetro.

Mi boca estaba seca y mi corazón latía, acelerado. Esperaba que, al abrirse la puerta, apareciera algún ser espantoso o radiante. Con sorpresa, vi a un hombre, y no de gran estatura. A la luz de la lámpara distinguí su habitación, limpia, austera, aunque no incómoda; podía haber pertenecido a cualquier vivienda de Hisagazy. El hombre llevaba una simple falda de tela basta. Sus piernas eran torcidas y delgadas, unas piernas de anciano. Su cuerpo era también delgado, pero se mantenía erguido, lo mismo que la nevada cabeza. Su piel era más morena que la de un montaliriano, y más clara que la de un Hisagazyano, con ojos castaños y una barba rala. Su rostro difería levemente, en la forma de la nariz, de los labios y de la mandíbula, de cualquier otra raza conocida por mí. Pero era humano.

Nada más y nada menos.

Entramos en la cabaña dejando fuera a los lanceros. Iskilip hizo las presentaciones. Guzan y los príncipes permanecían tranquilos. Los de su clase estaban acostumbrados a la ceremonia. El rostro de Rovic era inescrutable. Se inclinó cortésmente ante Val Nira, Mensajero de los Cielos, y explicó nuestra presencia en pocas palabras. Pero, mientras hablaba, noté que estaba tomándole la medida al hombre de las estrellas.

—Si, éste es mi hogar —dijo Val Nira. La costumbre habló por él; había pronunciado aquellas palabras tantas veces, en presencia de jóvenes nobles, que

sonaban a lección aprendida. Y no se había dado cuenta de nuestros instrumentos metálicos, o su significado le había pasado inadvertido—. Desde hace... cuarenta y tres años, ¿no es eso, Iskilip? He sido tratado lo mejor posible. Si a veces he experimentado el deseo de gritar ha sido a causa de mi soledad.

El emperador se removió, inquieto.

—Su demonio le ha abandonado —explicó—. Ahora es un simple ser humano. Éste es el verdadero secreto que conservamos. Pero no fue siempre así. Recuerdo la época en que llegó. Profetizó cosas inmensas, y todo el pueblo se arrodilló ante él, inclinando sus rostros hasta el suelo. Pero, desde entonces, su demonio ha regresado a las estrellas y la poderosa arma que llevaba ha sido igualmente vaciada de su fuerza. Sin embargo, la gente no creería esto, y nosotros se lo hemos ocultado, a fin de evitar que se intranquilizara.

—Poniendo en peligro tus privilegios —dijo Val Nira. Su tono era cansado y sarcástico—. Iskilip era joven entonces —añadió, dirigiéndose a Rovic—, y la sucesión imperial estaba en litigio. Le presté todo mi apoyo. A cambio, me prometió hacer ciertas cosas por mi.

—Lo intenté, Mensajero —dijo el monarca—. Pregunta a todas las canoas hundidas y a todos los hombres ahogados si no lo hice. Pero la voluntad de los dioses era otra.

—Evidentemente. —Val Nira se encogió de hombros—. Estas islas tienen pocos minerales, Capitán Rovic, y ninguna persona capaz de reconocer los que yo necesitaba. El continente queda demasiado lejos para las canoas de Hisagazy. No niego que lo intentaste, Iskilip... entonces. —Nos miró, con las cejas ligeramente enarcadas—. Ésta es la primera vez que unos extranjeros han tenido acceso a la confianza imperial, amigos míos. ¿Están ustedes seguros de poder regresar a su país, vivos?

—¡Desde luego! ¡Desde luego! ¡Son nuestros huéspedes! —exclamó Iskilip, en tono indignado.

—Además —sonrió Rovic—, yo estaba enterado ya de la mayor parte del secreto. Mi propio país tiene secretos para enfrentarlos con éste. Sí, creo que podremos entendernos perfectamente, Santidad.

El emperador tembló.

—¿Tenéis también un Mensajero? —inquirió, en tono alarmado.

—¿Qué?

Val Nira se quedó mirándonos fijamente. Su rostro palideció y enrojeció. Luego se sentó en el banco y empezó a sollozar.

—Bueno, no se trata de un Mensajero, exactamente —dijo Rovic, apoyando una mano en el tembloroso hombro—. Confieso que en Montalir no ha atracado ninguna nave celeste. Pero tenemos otros secretos, igualmente valiosos. —Únicamente yo, que le conocía a fondo, capté el acento de mofa en su voz. Su mirada se cruzó con la de Guzan mientras continuaba hablando cariñosamente con Val Nira—. Creo haber

entendido, amigo mío, que tu nave naufragó en estas playas, pero que podría ser reparada si dispusieras de ciertos materiales.

—Si... si... escucha...

Tartamudeando de emoción ante la idea de poder regresar a su hogar antes de morir, Val Nira trató de explicarse.

Las implicaciones doctrinales de lo que dijo son tan sorprendentes, incluso peligrosas, que estoy convencido de que mis señores no desean que las repita. Sin embargo, no creo que sean falsas. Si las estrellas son en realidad soles como el nuestro, cada uno de ellos servido por planetas como el nuestro, la teoría de la esfera de cristal queda destruida. Pero Froad, cuando se lo contaron más tarde, dijo que no creía que aquello estuviera en contradicción con la ciencia; hasta el momento, sólo habían existido suposiciones nacidas durante los siglos en que se creía que la tierra era plana.

Val Nira creía que nuestros antepasados hablan llegado a este planeta, hacia millares de años. Su nave habría naufragado en alguna parte, y los supervivientes retornaron al estado salvaje. Paulatinamente, sus descendientes habían vuelto a adquirir cierta civilización.

Nuestro mundo se encuentra alejado de las rutas comerciales interplanetarias. Muy pocos tienen interés en buscar nuevos mundos. Él había experimentado ese interés. Viajó al azar durante meses, hasta que cayó casualmente sobre nuestro mundo. Y la maldición le alcanzó también a él. Descendió sobre Ulas-Erkila... y la Nave no voló más.

—Sé en qué consiste la avería —dijo apasionadamente—. No lo he olvidado. ¿Cómo podría olvidarlo? No ha pasado un solo día, durante todos estos años, sin que me haya repetido a mi mismo lo que tenía que hacerse. Cierta complicado mecanismo de la nave necesita azogue (Val Nira y Rovic tardaron un poco en aclararse mutuamente el significado de aquella palabra). Cuando el motor falló, aterricé con tanta brusquedad que los tanques estallaron. Todo el azogue, lo mismo el que estaba utilizando que el que tenía de repuesto, se perdió. De no ser así, en aquel cálido espacio cerrado, me hubiera envenenado. Salí al exterior, olvidándome de cerrar la puerta. Esto hizo que el azogue saliera de la nave. Cuando me hube recobrado de mi pánico cervical, una tormenta tropical había arrastrado todo el metal líquido. Una serie de accidentes imprevistos, sí, que me condenaron a una vida de exilio. ¡Hubiera sido preferible perecer en el acto!

Cogió la mano del capitán, contemplándole ansiosamente.

—¿Puede usted obtener azogue? —balbució—. No necesito más que el volumen de la cabeza de un hombre. Únicamente esto, y unas cuantas reparaciones que resultarán muy fáciles con las herramientas que hay en la nave. Cuando creció este culto a mi alrededor, tuve que entregar ciertas cosas que poseía, a fin de que cada templo provincial pudiera tener una reliquia. Pero siempre procuré no entregar nada

importante. Todo lo que necesito está allí. Unos quilos de azogue, y... ¡Oh, Dios mío, mi esposa puede estar aún viva, en la Tierra!

Guzan, al menos, había empezado a comprender la situación. Hizo una seña a los príncipes, los cuales desenfundaron sus hachas y se acercaron un poco más. La puerta estaba cerrada, pero un simple grito atraería a los lanceros que montaban guardia en el exterior de la cabaña. Rovic miró a Val Nira, y luego a Guzan, cuyo rostro estaba ahora afeado por la tensión. Mi capitán apoyó la mano en la empuñadura de su espada. Fue la única muestra que dio de haberse dado cuenta de la creciente tensión.

—Tengo entendido, duque —dijo en tono ligero—, que deseas que la Nave Celeste pueda volar de nuevo.

Guzan quedó desconcertado. No esperaba aquello.

—¡Desde luego! —exclamó—. ¿Por qué no habría de desearlo?

—Tu dios domesticado se marcharía. ¿Qué sería de tu poder en Hisagazy?

—Yo no... no había pensado en eso —tartamudeó Iskilip.

Los ojos de Val Nira se nublaron, y su delgado cuerpo se estremeció.

—¡No! —susurró—. ¡No puedes hacerlo! ¡No puedes retenerme!

Guzan asintió.

—Dentro de unos años —dijo, sin la menor animosidad—, te marcharías de todos modos en la canoa de la muerte. Si entretanto te retuviéramos contra tu voluntad, no podrías servirnos de oráculo. Tranquilízate; obtendremos la piedra que hará volar tu nave. —Se volvió hacia Rovic—: ¿Quién va a traerla?

—Mi tripulación —dijo el capitán—. Nuestro barco puede llegar fácilmente a Giar, donde existen naciones civilizadas que seguramente tienen el azogue. Creo que podemos estar de regreso dentro de un año.

—¿Acompañados por una flota de aventureros, que os ayuden a capturar la nave sagrada? —preguntó Guzan secamente... una vez fuera de nuestras islas... puedes no ir a Yurakadak. Puedes dirigirte directamente a tu país, y contárselo todo a tu Reina, y regresar con todo el poder que ella tiene.

Rovic se irguió en toda su estatura, majestuoso y solemne. Su mano derecha continuaba apoyada en la empuñadura de su espada.

—Sólo Val Nira puede conducir la Nave, supongo —replicó—. ¿Qué importa quién le ayude a efectuar las reparaciones? ¡No creerás que ninguna de nuestras naciones pueda conquistar el Paraíso!

—La nave es muy fácil de manejar —dijo Val Nira—. Cualquiera puede conducirla por los aires. Enseñé a muchos nobles las palancas que debían utilizarse. Lo más difícil es navegar entre las estrellas. Ninguna nación de este mundo podría alcanzar a mi pueblo sin ayuda. Pero, ¿por qué hemos de pensar en luchar? Te he dicho un millar de veces, Iskilip, que los moradores de la Vía Láctea no son peligrosos para nadie, y ayudan a todos. Poseen tantas riquezas, que ni siquiera saben en qué emplearlas. De buena gana invertirían grandes sumas para conseguir que todos

los pueblos de este mundo volvieran a ser civilizados. —Con una ansiosa, medio histérica mirada a Rovic—: Quiero decir plenamente civilizados. Os enseñaremos nuestras artes. Os daremos motores, autómatas, homúnculos, que realicen todos los trabajos pesados; y barcos que vuelan por el aire; y servicio regular de pasajeros en aquellas naves que viajan entre las estrellas...

—Has estado prometiendo esas cosas durante cuarenta años —dijo Iskilip—. Sólo tenemos tu palabra.

—Y, finalmente, una ocasión para confirmar su palabra —exclamé bruscamente.

Guzan dijo, con fingido espanto:

—Las cosas no son tan sencillas como parecen, Santidad. He vigilado a estos hombres llegados a través del océano durante semanas, mientras han vivido en Yarik. Son bravos y codiciosos. No podemos confiar en ellos. Esta misma noche se han burlado de nosotros. Conocen perfectamente nuestro lenguaje. Y han tratado de engañarnos, haciéndonos creer que podían tener alguna sugerencia de un Mensajero. Si la Nave se encuentra de nuevo en condiciones de volar, y en poder de ellos, ¿quién puede saber lo que harán?

El tono de Rovic se hizo todavía más suave.

—¿Qué es lo que propones, Guzan?

—Podemos discutir esto en otro momento.

Vi que los nudillos blanqueaban alrededor de los mangos de las hachas de piedra. Guzan estaba en pie, iluminado por la luz de la lámpara, frotándose la barbilla con la mano, sus ojillos negros inclinados pensativamente hacia el suelo. Al fin, sacudió la cabeza.

—Tal vez —dijo, en tono crispado —marineros de Hisagazy podrían tripular tu barco, Rovic, y traer la piedra que hará volar la Nave. Unos cuantos de tus hombres podrían acompañar a los nuestros, para instruirlos. El resto se quedaría aquí en calidad de rehenes.

Mi capitán no respondió.

Val Nira gruño:

—¡No comprendes! ¡Estás discutiendo inútilmente! Cuando mi gente llegue aquí, no habrá más guerras, ni más opresión, curarán todas vuestras enfermedades. Serán amigos de todos, sin favoritismos para nadie. Te aseguro...

—¡Basta! —dijo Iskilip—. Lo pensaremos mejor mientras dormimos. Si es que alguien puede dormir después de tantas extravagancias.

Rovic miró con fijeza a Guzan, más allá de las plumas del emperador.

—Antes de decidir nada —dijo, sin apartar la mano de la empuñadura de la espada—, quiero ver la Nave. ¿Podemos ir a verla mañana?

Iskilip era el Emperador y Sumo Sacerdote, pero permaneció callado. Guzan inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Salimos de la cabaña. Tambur inundaba el patio de una fría claridad, pero la

cabaña estaba sombreada por el templo. Era una forma negra, con un rectángulo de luz, estrecho y alargado, en el lugar ocupado por la puerta. Y en aquel rectángulo se recortaba la delgada figura de Val Nira, que había llegado de las estrellas. Nos contempló hasta que nos perdimos de vista.

Mientras descendíamos, Guzan y Rovic se pusieron de acuerdo acerca de la visita. La Nave estaba a dos días de marcha tierra adentro, en las laderas del Monte Ulas. Pero sólo podrían ir a verla doce de nuestros hombres. Más tarde se discutiría lo que había de hacer.

Las lanternas brillaban, amarillentas, en la popa de nuestra carabela. Rechazando la hospitalidad de Iskilip, Rovic y yo regresamos al Golden Leaper para pasar la noche. Un lancero de guardia en la pasarela me preguntó qué había pasado.

—Pregúntamelo mañana —le dije—. Ahora, la cabeza me da demasiadas vueltas.

—Entra en mi camarote, muchacho —me invitó el capitán—. Echaremos un trago antes de acostarnos.

Dios sabe cuánto necesitaba una copa de vino. Entramos en el pequeño cuarto, de techo muy bajo, repleto de instrumentos náuticos, libros y mapas impresos que me parecieron fantásticos, ya que el cartógrafo había dibujado sirenas y duendes marinos. Rovic se sentó detrás de su mesa, me invitó a ocupar una silla en frente de él y vertió vino en dos copas de cristal de Quaynish. Entonces supe que en su cerebro bullía alguna idea... aparte del problema de salvar nuestras vidas.

Bebimos en silencio. Oí el lap-lap del oleaje al chocar contra el casco de nuestro buque, las pisadas de los centinelas, el lejano ruido de la resaca; y nada más. Finalmente, Rovic se reclinó hacia atrás, contemplando su copa medio vacía. Su expresión era inescrutable.

—Bueno, muchacho —dijo—, ¿qué opinas?

—No sé qué pensar, capitán.

—Tú y Froad estáis un poco preparados para esa idea de que las estrellas son otros soles. Habéis estudiado. En cuanto a mí, he visto tantas cosas raras en el curso de mi vida que ésta me parece completamente verosímil. Pero, el resto de nuestra gente...

—Es una ironía que unos bárbaros, tales como Guzan, lleven tanto tiempo familiarizados con la idea... y hayan tenido en su poder al anciano llegado del cielo para conservar sus privilegios de clase durante más de cuarenta años. ¿De veras es un profeta, capitán?

—Él lo niega. Representa el papel de profeta porque tiene que hacerlo, pero es evidente que todos los duques y condes de este reino saben que es una farsa. Iskilip es un viejo, medio convertido a sus propios credos artificiales. Murmuraba acerca de profecías que Val Nira hizo hace mucho tiempo, verdaderas profecías. ¡Bah! Val Nira es tan humano y falible como yo. Los montalirianos tenemos la misma carne que los Hisagazy, aunque hayamos aprendido a utilizar el metal antes que ellos. Y el pueblo de Val Nira, a su vez, está más adelantado que el nuestro. Pero sus componentes no

dejan de ser mortales. Tengo que recordar que lo son.

—Guzan lo recuerda.

—¡Bravo, muchacho, bravo! Guzan es un hombre listo, y audaz. En Val Nira, vio su oportunidad de dejar de ser el pequeño señor de una pequeña isla. Y no renunciará a esa oportunidad sin luchar. Ahora, nos acusa de planear las cosas que él espera hacer.

—Pero, ¿qué es lo que espera hacer?

—Si mis sospechas son ciertas, quiere utilizar la Nave. Val Nira dijo que era fácil de manejar. La navegación entre las estrellas sería difícil para cualquiera, excepto para Val Nira; y a ningún hombre en su sano juicio podría ocurrírsele piratear a lo largo de la Vía Láctea. Sin embargo... si la Nave permaneciera aquí, sin elevarse más de una milla del suelo... el hombre que la utilizara podría convertirse en un conquistador.

Me quedé asombrado.

—¿Quiere usted decir que Guzan no trataría de explorar otros planetas?

Rovic me dirigió una significativa mirada y comprendí que deseaba quedarse solo. Me escabullí hacia mi camarote, en la popa.

Antes del amanecer, el capitán estaba levantado, aleccionando a nuestros hombres. Se hacía evidente que había adoptado una decisión, y no agradable. Estuvo conferenciando mucho tiempo con Etien, el cual salió del camarote con aspecto asustado. Esforzándose en recobrar la confianza en sí mismo, el contramaestre empezó a gritar a los tripulantes.

Los doce hombres autorizados a visitar la Nave íbamos a ser Rovic, Froad, Etien, yo y ocho marineros. Todos nos proveímos de casco, peto y mosquetón. Dado que Guzan nos había dicho que había un camino hasta la Nave, arrastramos una carreta hasta el muelle. Etien revisó su contenido. Quedé asombrado al ver que casi toda la carga eran barriles de pólvora.

—Pero, no vamos a llevarnos el cañón... —protesté.

—Son órdenes del capitán —gruñó Etien, y me volvió la espalda.

Después de una ojeada al rostro de Rovic, nadie se atrevió a preguntarle por qué nos llevábamos aquellos barriles. Recordé que íbamos a ascender por la ladera de una montaña. Una carreta llena de pólvora, con una mecha encendida, enviada contra un ejército hostil, podía ganar una batalla. Pero, ¿acaso Rovic esperaba que se declarasen tan pronto las hostilidades?

Desde luego, las órdenes que dio a los marineros y oficiales que habían de permanecer a bordo no sugerían otra cosa. Mantendrían al Golden Leaper preparado para una lucha o una huida repentina.

Cuando salió el sol, rezamos nuestras plegarias matutinas y nos pusimos en camino. Nikum estaba envuelto en silencio cuando lo cruzamos.

Guzan nos esperaba en el templo. Un hijo de Iskilip estaba oficialmente a cargo de la expedición, pero el duque prestó tan poca atención a aquel joven como nosotros.

Había también un centenar de guardias, con petos escamosos, cabezas afeitadas y rostros y cuerpos llenos de tatuajes. El sol matinal arrancaba destellos a las puntas de obsidiana de las lanzas. Contemplaron en silencio nuestra llegada. Guzan salió a nuestro encuentro. Llevaba también un peto de piel escamosa, y la espada que Rovic le había regalado en Yarzik.

—¿Qué llevas en esa carreta? —preguntó.

—Suministros —respondió Rovic.

—¿Para cuatro días?

—Envía a casa a todos tus hombres, menos a diez —dijo Rovic fríamente—, y yo enviaré esa carreta a mi barco.

Sus ojos se entrecizaron como espadas, hasta que Guzan se volvió y dio sus órdenes. Nos pusimos en marcha, unos cuantos montalirianos rodeados de guerreros paganos. La selva se extendía delante de nosotros, hasta el Ulas.

Val Nira andaba entre Rovic y Guzan. Resultaba incongruente que un hombre tan importante caminara tan encogido. Tendría que haber andado con aire decidido y arrogante, luciendo una estrella en la frente.

Durante el día, por la noche cuando acampamos y al día siguiente, Rovic y Froad le interrogaron ávidamente acerca de su hogar. Desde luego, lo que dijo fue fragmentario. Y yo no pude oírlo todo, dado que tenía que ocupar mi puesto empujando la carreta por aquel infernal y empinado camino. Los Hisagazy no tenían animales de arrastre, y en consecuencia hacían poco uso de la rueda y no contaban con caminos adecuados. Pero aquella noche, lo que oí me mantuvo largo rato despierto.

¡Ah, grandes maravillas que los poetas no han imaginado para el País de los Duendes! Ciudades enteras construidas en una sola torre de media milla de altura. Un cielo tan brillante, que en realidad no existe la oscuridad después de la puesta del sol. Alimentos que no crecen en la tierra sino que son fabricados en laboratorios químicos. El más modesto ciudadano poseedor de máquinas que le sirven con más humildad y eficacia que un millar de esclavos... poseedor de un vehículo aéreo con el cual puede dar la vuelta al mundo en menos de un día..., poseedor de una ventana de cristal en la cual aparecen imágenes teatrales para su diversión. Naves mercantes que viajan entre las estrellas, cargadas con la riqueza de un millar de planetas; desarmados y sin escolta, ya que no existen piratas, y aquel reino mantiene desde hace mucho tiempo tan buenas relaciones con las demás naciones que el peligro de la guerra también ha desaparecido. Las razas que componen los otros países son humanas, aunque poseen la facultad de hablar y razonar. En el país de Val Nira apenas existe el delito. Cuando aparece un delincuente, no es colgado, ni siquiera transportado a ultramar: su mente recibe un tratamiento que le cura del deseo de violar la ley. Y regresa a su hogar para vivir como un ciudadano especialmente honrado, ya que todos saben que su conducta será impecable. En cuanto a la forma de

gobierno... Pero aquí perdí el hilo del discurso. Creo que se trata de una república, pero en la práctica es un grupo de hombres, elegidos a través de unas oposiciones, el encargado de velar por el bienestar de los demás.

Seguramente, pensé, aquello será semejante al Paraíso.

Nuestros marineros escuchaban con la boca abierta. El rostro de Rovic era inescrutable, pero se retorcía el bigote sin cesar. Guzan, para el cual el relato de Val Nira era archiconocido, se mostraba más rudo a cada instante. Era evidente que le desagradaba nuestra intimidad con el anciano y la facilidad con que captábamos las ideas que nos exponía.

Pero nosotros procedíamos de una nación que había estimulado desde hacia mucho tiempo la filosofía natural y el mejoramiento de las artes mecánicas. Yo mismo, en mi corta existencia, había presenciado el cambio de la rueda hidráulica en las regiones donde había pocas corrientes de agua por la forma moderna del molino de viento. El reloj de péndulo fue inventado un año antes de nacer yo. Había leído muchos romances acerca de las máquinas voladoras que no pocos hombres habían tratado de construir. Viviendo en aquella etapa de franco progreso, los montalirianos estábamos perfectamente preparados para asimilar conceptos más amplios.

Por la noche, sentado con Froad y Etien alrededor de una fogata, le expresé algo de esto al sabio.

—¡Ah! —exclamo—. Ahora, la Verdad aparece sin velos delante de mí. ¿Has oído lo que ha dicho el hombre de las estrellas? ¿Las tres leyes del movimiento planetario alrededor de un sol, y la gran ley de la atracción que las explica? ¡Una ley que puede ser encerrada en una corta frase, y que, sin embargo, puede mantener ocupados a los matemáticos durante trescientos años!

Miró más allá de las llamas, y de las fogatas alrededor de las cuales dormían los paganos, y de la oscura selva, y del furioso volcán que se erguía hacia el cielo. Empecé a interrogarle. Pero Etien gruñó:

—Déjale en paz, muchacho. ¿No puedes ver cuando un hombre está enamorado?

Me acerqué un poco más a la estólida y tranquilizadora masa del contramaestre.

—¿Qué opinas de todo esto? —le pregunté, en voz baja, ya que la selva susurraba y crujía por todas partes.

—He dejado de pensar hace algún tiempo —me respondió Etien—. No soy más que un pobre marinero, y la única posibilidad que me queda de regresar a mi hogar consiste en seguir al capitán.

—¿Incluso más allá de las estrellas?

—Tal vez sería menos peligroso que viajar alrededor del mundo. El anciano juró que su nave era segura, y que entre las estrellas no existen las tormentas.

—¿Puedes confiar en su palabra?

—¡Oh, sí! Conozco lo suficiente a los hombres para saber cuándo me encuentro en presencia de uno incapaz de mentir. No temo a la gente de ese país, del mismo modo que no la teme el capitán. Excepto en un sentido... —Etien se frotó su barbudo

mentón—. En cierto sentido que no puedo captar del todo, asusta a Rovic. No teme que aquella gente pueda llegar aquí con la espada desenvainada; pero hay algo acerca de ella que le preocupa.

Sentí que el suelo temblaba, aunque débilmente. Ulas se había aclarado la garganta.

—Parece que estamos desafiando la cólera divina...

—No es eso en lo que piensa el capitán. Nunca fue un hombre demasiado piadoso... —Etien bostezó y se puso en pie. Me alegro de no ser el capitán. Dejemos que él decida acerca de lo mejor que podemos hacer. Entretanto, tú y yo vamos a dormir.

Pero aquella noche dormí muy poco.

Rovic, creo, descansó perfectamente. Sin embargo, al día siguiente me di cuenta de que estaba preocupado. Me pregunté por qué. ¿Pensaba acaso que los Hisagazy nos atacarían? Si era así, ¿por qué se había prestado a realizar la expedición? A medida que la pendiente se hacía más pronunciada, la tarea de empujar la carreta se hizo tan pesada que todos mis temores murieron por falta de aliento.

Sin embargo, cuando llegamos junto a la Nave, hacia el atardecer, olvidé mi debilidad. Y después de un aluvión de exclamaciones de asombro, nuestros marineros permanecieron silenciosos, apoyados en sus picas. Los Hisagazy, poco habladores por naturaleza, se inclinaron con aspecto asustado. Sólo Guzan permaneció erguido entre ellos. Observé la expresión de su rostro mientras contemplaba la maravilla. Era una expresión de codicia.

La Nave era muy bella.

La recuerdo muy bien. Su longitud, su altura mejor dicho, ya que reposaba sobre su cola— era casi igual a la de nuestra carabela, y su forma semejante a la de la punta de una lanza. Era de color blanco brillante, un blanco que no había perdido brillo después de cuarenta años. Pero las palabras no sirven para describirla. ¿Cómo podría describir la belleza de sus curvas, la iridiscencia del metal, la alada gracia de su forma?

Permanecimos inmóviles durante un largo rato. Noté que mi visión se hacia borrosa, y me froté los ojos, furioso conmigo mismo por haberme dejado afectar hasta tal punto. Entonces me di cuenta de que una lágrima se deslizaba por la roja barba de Rovic. Pero su rostro continuaba impassible. Cuando habló, se limitó a decir, con voz inexpresiva:

—Vamos, tenemos que acampar.

Los guardias de Hisagazy no se atrevieron a acercarse a una distancia inferior a varios centenares de metros; era evidente que la Nave se había convertido para ellos en un ídolo muy poderoso. Nuestros propios marineros se alegraron de mantener la misma separación. Pero, cuando se hizo de noche y todo estuvo en orden, Val Nira nos acompañó a Rovic, a Froad, a Guzan y a mi hasta la Nave.

Mientras nos acercábamos, una doble puerta se abrió silenciosamente en el costado de la Nave y una escalerilla de metal descendió hasta el suelo. Brillando a la luz de Tambur, y al rojizo reflejo de las nubes iluminadas por el fuego del volcán, la Nave resultaba ya suficientemente misteriosa. Cuando vi que se abría como si un fantasma montara guardia junto a la puerta, di media vuelta y eché a correr. La carbonilla crujió bajo mis botas, y una ligera brisa llevó hasta mi olfato una bocanada de aire sulfuroso.

Al llegar al campamento me dominé lo suficiente como para volver a mirar. La Nave aparecía solitaria en toda su grandeza. Y me decidí a regresar.

El interior estaba iluminado por unos paneles luminosos, fríos al tacto. Val Nira explicó que el gran motor estaba intacto, y que proporcionaba energía apretando una palanca. Por lo que pude entender de sus palabras, aquello se conseguía transformando en luz la parte metálica de la sal común... de modo que no entendí nada, a fin de cuentas. El azogue era necesario para una parte de los controles, los cuales canalizaban la energía desde el motor a otro mecanismo que empujaba a la nave hacia arriba. Examinamos el depósito roto. El impacto del aterrizaje tenía que haber sido enorme, para retorcer y doblar aquellas paredes tan recias. Y, sin embargo, Val Nira fue protegido por fuerzas invisibles y el resto de la Nave no había sufrido daños de importancia. Val Nira cogió una cuantas herramientas, que llamearon y zumbaron y giraron, y efectuó una demostración de las operaciones de reparación de las partes afectadas. Evidentemente, para él no sería problema completar el trabajo... y sólo necesitaría unos quilos de azogue para que la Nave volviera a funcionar.

Aquella noche nos mostró otras muchas cosas. No hablaré de ellas, ya que ni siquiera puedo recordarlas con claridad. Bastará decir que Rovic, Froad y Zhean pasaron unas cuantas horas en la Colina de los Duendes.

A Guzan, aunque había estado allí anteriormente, como parte de su iniciación, nunca le había sido mostrada la Nave con tal amplitud. Sin embargo, al contemplarle le vi menos maravillado que codicioso.

No cabe duda de que Rovic también se dio cuenta. Había pocas cosas que pasaran inadvertidas a Rovic. Cuando salimos de la Nave, su silencio no era producido por el asombro como el de Froad o el mío. En aquel instante, pensé vagamente que temía las dificultades que Guzan estaba dispuesto a plantear. Ahora, mirando hacia atrás, creo que lo que sentía era tristeza.

Lo cierto es que mucho después de que los demás estuviéramos durmiendo, Rovic continuó en pie, contemplando la nave.

Muy temprano, en un frío amanecer, Etien me sacudió para despertarme.

—Arriba muchacho, tenemos trabajo. Carga tus pistolas y prepara tu daga.

—¿Qué? ¿Qué sucede? —pregunté, medio adormilado aún. Los acontecimientos de la noche anterior me parecieron un sueño.

—El capitán no ha dicho nada, pero es evidente que espera una lucha. Por mi

parte, creo que Guzan tiene el propósito de asesinarlos a todos aquí, en la montaña. Luego puede obligar al resto de la tripulación a que le conduzca a Giar, en busca del azogue. El capitán ha ordenado que nos reunamos con él junto a la carreta.

Después de armarme, recogí un poco de comida. Sólo Dios sabía cuándo tendría ocasión de volver a comer. Fui el último en unirme a Rovic. Los indígenas nos contemplaban torvamente, sin comprender lo que nos proponíamos hacer.

—En marcha, muchachos —dijo Rovic.

Dio sus órdenes. Cuatro hombres empezaron a arrastrar la carreta por el camino rocoso que conducía a la Nave, que brillaba entre la niebla matinal. Los demás permanecimos quietos, con las armas preparadas. Casi inmediatamente, Guzan se acercó a nosotros, seguido de Val Nira.

Su semblante estaba oscurecido por la rabia.

—¿Qué es lo que estáis haciendo? —ladró.

Rovic le miró con frialdad.

—Verás, como pensamos quedarnos aquí durante algún tiempo, examinando las maravillas que hay a bordo de la Nave...

—¿Qué? —le interrumpió Guzan—. ¿Qué quieres decir? ¿No has visto lo suficiente en una visita? Tenemos que regresar enseguida, y prepararnos para salir en busca de la piedra que hace volar la nave.

—Puedes marcharte, si quieres —dijo Rovic—. Yo prefiero quedarme. Y puesto que tú no confías en mí, es justo que te pague con la misma moneda. Mis hombres permanecerán en la Nave, que puede ser defendida en caso necesario.

Guzan empezó a gritar, pero Rovic le ignoró. Nuestros hombres continuaron arrastrando la carreta por el rocoso suelo. Guzan hizo una seña a sus lanceros, los cuales se acercaron en una desordenada pero alertada masa. Etien dio una orden. Nos pusimos en línea de combate, las picas hacia adelante, los mosquetes apuntando.

Guzan retrocedió. Le habíamos demostrado el poder de las armas de fuego en su propia isla. Era indudable que podía vencernos con la fuerza del número, pero a un precio muy elevado.

—No hay ningún motivo para luchar, ¿no es cierto? —dijo Rovic—. Me limito a tomar precauciones. La Nave es algo muy valioso. Puede traernos el bienestar a todos... o el dominio sobre esta tierra a uno. Hay quienes prefieren esto último. No te acuso de ser uno de ellos. Sin embargo, como medida de precaución convertiré la Nave en mi morada y mi fortaleza, mientras tenga que permanecer aquí.

Creo que en aquel momento me convencí de las verdaderas intenciones de Guzan. Si de veras hubiera deseado alcanzar las estrellas, su única preocupación hubiera sido velar por la seguridad de la Nave. No hubiera agarrado al pequeño Val Nira entre sus poderosas manos, poniéndolo delante de él, como un escudo contra nuestro fuego. El furor desfiguró su semblante. Y gritó:

—¡Entonces, también yo guardaré un rehén!

Los Hisagazy alzaron sus lanzas y hachas, pero no parecían dispuestos a

seguirnos. Continuamos nuestro camino hacia la Nave. Froad se acarició la barba pensativo.

—Mi querido capitán —dijo—, ¿cree usted que van a sitiarnos?

—No le aconsejaría a nadie que se atreviera a salir solo —respondió Rovic secamente.

—Pero, sin Val Nira para explicarnos las cosas, ¿de qué nos servirá permanecer en la Nave? Sería preferible que regresáramos. Tengo que consultar unos textos matemáticos... debo consultarle al hombre de las estrellas lo que sabe acerca de...

Rovic le interrumpió dando una orden a tres hombres, para que ayudaran a levantar una rueda encallada entre dos piedras. Estaba furioso. Y confieso que su acción me parecía una locura. Si Guzan intentaba una traición, no ganaríamos nada inmovilizándonos en la Nave, donde podía sitiarnos hasta que muriéramos de hambre. Era mejor atacar en campo abierto, con la posibilidad de abrirnos camino luchando. Y, si Guzan no proyectaba acabar con nosotros, la actitud de Rovic era una insensata provocación. Pero no me atreví a hacer preguntas.

Cuando hubimos acercado la carreta a la Nave, la escalerilla volvió a descender. Los marineros se detuvieron, aterrorizados. Rovic hizo un evidente esfuerzo para hablar en tono tranquilizador.

—Vamos, muchachos, no pasa nada. Yo he estado ya a bordo, y no me ha sucedido nada. Ahora tenemos que subir la pólvora, tal como se había planeado.

Por mi frágil constitución, no me hallaba en condiciones de cargar con los pesados barriles, de modo que me quedé al pie de la escalerilla para vigilar a los Hisagazy. Estábamos demasiado lejos para captar sus palabras, pero vi que Guzan se encaramaba a un peñasco y les arengaba. Los guerreros agitaron sus armas en nuestra dirección y lanzaron unos gritos salvajes. Pero no se atrevieron a atacarnos. Me pregunté en qué pararía todo aquello. Si Rovic había previsto que iban a sitiarnos, esto explicarla por qué había llevado tanta pólvora... No, no lo explicarla, ya que había allí más pólvora de la que una docena de hombres podían gastar disparando sus mosquetes durante varias semanas, suponiendo que tuvieran el plomo suficiente. Y, además, no teníamos provisiones. Miré hacia la cima del volcán, envuelto en nubes rojizas, y me pregunté qué clase de demonios morarían aquí para apoderarse de la voluntad de los hombres.

Me sobresalté al oír un grito indignado procedente del interior de la nave. ¡Froad! Estuve a punto de trepar por la escalerilla, pero no me moví, recordando mi obligación. Oí que Rovic le ordenaba que bajara, y apremiaba a los tripulantes para que se dieran prisa en subir la pólvora. Froad y Rovic habían estado hablando en la cabina del piloto durante más de una hora. Cuando el anciano salió, ya no protestaba. Pero, mientras descendía la escalerilla, me di cuenta de que estaba sollozando.

Rovic le siguió, con el semblante más hosco que yo había visto en un hombre hasta entonces. Los marineros continuaron su tarea, aunque de cuando en cuando

dirigían inquietas miradas hacia el campamento Hisagazy. Para ellos, la Nave era una cosa extraña e inquietante. Al fin terminaron su trabajo. Etien fue el último en bajar.

—¡Formen en cuadro! —ladró Rovic. Los hombres se colocaron en posición—. Vosotros, Froad y Zhean, podéis ir dentro del cuadro. En caso necesario, ayudaréis a cargar los mosquetes.

Tiré de la manga a Froad.

—Por favor, maestro, ¿qué ha sucedido?

Pero el anciano sollozaba demasiado para poder contestar.

Etien se inclinó, con acero y pedernal en sus manos. Oyó mi pregunta —ya que reinaba un espantoso silencio a nuestro alrededor—, y contestó, con voz endurecida:

—Hemos colocado barriles de pólvora alrededor del casco de la Nave, unidos por regueros. Y voy a prenderles fuego.

La idea era tan monstruosa, que no pude hablar, ni si quiera pensar. Desde algún lugar remoto, oí el chasquido de la piedra sobre el acero en los dedos de Etien, le oí soplar y añadir:

—Una buena idea. Dije que seguiría al capitán sin ningún temor... pero ojalá no hayamos ido demasiado lejos.

—¡De frente! ¡Marchen! —rugió Rovic, alzando su espada.

El pelotón emprendió un rápido avance. No miré hacia atrás. No pude hacerlo. Estaba sumergido en una especie de pesadilla. Puesto que Guzan había avanzado para interceptarnos el paso, nos dirigimos directamente hacia su tropa. Cuando llegamos al límite del campamento e hicimos un alto, Guzan avanzó unos pasos. Val Nira le seguía, temblando. Ollas palabras vagamente:

—¿Qué pasa ahora, Rovic? ¿Estás dispuesto a regresar?

—Sí —dijo el capitán. Su voz era inexpresiva—. Estoy dispuesto.

Guzan le miró con aire suspicaz.

—¿Qué has dejado detrás de ti?

—Alimentos. Vámonos ya.

Val Nira contempló las crueles formas de nuestras picas. Se humedeció los labios unas cuantas veces antes de poder balbucir:

—¿Qué estás diciendo? No hay ningún motivo para dejar alimentos allí. Se echarían a perder antes de... antes de...

Se interrumpió, mientras miraba a Rovic a los ojos. Palideció intensamente.

—¿Qué es lo que has hecho? —susurró.

Repentinamente, la mano libre de Rovic se alzó, para cubrir su rostro.

—Lo que debía —dijo, en tono cansado.

El hombre de las estrellas nos contempló unos instantes más. Luego se volvió y echó a correr. Cruzó entre los atónitos guerreros, en dirección a su nave.

—¡Alto! —gritó Rovic—. Es una locura...

Tragó saliva y contempló la diminuta y tambaleante figura que corría hacia la Nave.

Guzan profirió una maldición en voz baja. Levantó su espada y avanzó hacia Rovic.

—¡Dime lo que has hecho, o te mato ahora mismo! —exclamó.

No prestó la menor atención a nuestros mosquetes. También él había tenido sueños, e intuía que en aquel momento estaban a punto de desvanecerse.

Los vio desvanecerse cuando estalló la Nave.

Ni siquiera aquella recia estructura metálica era capaz de resistir a una carreta de pólvora cuidadosamente colocada y estallando al mismo tiempo. Se produjo una explosión que me arrojó al suelo, y el casco de la Nave se partió en dos. Trozos de metal calentados al rojo zumbaron a través de la ladera. Vi a uno de ellos chocar contra un peñasco y hacerlo trizas. Val Nira desapareció, destruido con demasiada rapidez para ver lo que había sucedido. Dios fue misericordioso con él. A través de las llamas y del humo que siguieron, vi caer la Nave. Rodó ladera abajo, haciendo retemblar la montaña, hasta que el polvo ocultó el cielo.

No me atrevo a recordar nada más.

Los Hisagazy emprendieron la huida. Debieron de creer que el infierno había invadido la tierra. Guzan no se movió. Cuando reaccionó, un instante después, saltó sobre Rovic. Un mosquetero levantó su arma. Etien volvió a hacerla bajar de un manotazo. Permanecemos inmóviles, contemplando cómo luchaban los dos hombres, comprendiendo vagamente que tenían derecho a dirimir sus cuentas de un modo personal. Las espadas centelleaban al entrechocar. Por último prevaleció la habilidad de Rovic. Atravesó la garganta de Guzan.

Dimos sepultura al duque e iniciamos el descenso a través de la selva.

Aquella noche, los guardias reunieron el valor suficiente para atacarnos. Nos ayudamos con nuestros mosquetes, pero utilizamos principalmente espadas y picas. Nos abrimos camino a través de ellos porque no teníamos otro lugar adonde ir que no fuera el mar.

Cuando llegamos a Nikum, todas las fuerzas que Iskilip había podido reunir estaban sitiando al Golden Leaper y esperando para oponerse a la entrada de Rovic. Formamos de nuevo el cuadro, y cargamos. La vista de nuestra nave nos había hecho irresistibles. Pero con todo, dejamos a seis hombres sobre el rojizo fango de aquellas calles. Cuando los que habían quedado en la carabela se dieron cuenta de nuestra llegada, empezaron a bombardear la ciudad con el cañón. Los techos de madera se incendiaron, y esto distrajo al enemigo y nos permitió llegar a la nave.

Valientes hasta el fin, los Hisagazy arrimaron sus canoas a nuestro casco, donde no podían alcanzarles los disparos de nuestro cañón. Haciendo escalera con sus hombros, trataron de trepar a bordo. Un pequeño grupo lo consiguió, y tuvimos que luchar para expulsarles de la cubierta. Allí fue donde recibí la herida en el cuello que todavía hoy sigue molestándome.

Pero, conseguimos salir del fiordo. Soplaban un fresco viento del este. Con todas las velas desplegadas, dejamos atrás al enemigo. Contamos nuestros muertos,

vendamos nuestras heridas, y dormimos.

Al amanecer del día siguiente, el dolor de mi herida me despertó. Comprendí que no podría seguir durmiendo y subí al puente de mando. El cielo estaba despejado. El viento había amainado. El mar estaba tranquilo. Permanecí una hora allí, acariciado por la fresca brisa del alba que mitiga el dolor.

Cuando oí pasos detrás de mí, no me volví. Sabía que eran los de Rovic. Permaneció a mi lado largo rato, sin hablar, con la cabeza descubierta. Me di cuenta de que sus cabellos empezaban a grisear.

Al fin, sin mirarme, dijo:

—Antes de que ocurriera todo aquello, hablé con Froad. Se disgustó mucho, pero reconoció que era lo único que podía hacerse. ¿Te ha hablado de ello?

—No —respondí.

—Ninguno de nosotros tiene demasiados deseos de comentarlo —dijo Rovic.

Y al cabo de un rato:

—No temía que Guzan o cualquier otro pudiera apoderarse de la nave y tratara de convertirse en un conquistador. Los hombres de Montalir somos perfectamente capaces de entendérnoslas con tales rufianes. Tampoco temía a los moradores del país de Val Nira. Es muy posible que aquel pobre viejo dijera la verdad. Nunca nos hubiesen causado daño... voluntariamente. Nos hubieran traído valiosos regalos, y nos hubieran enseñado sus propias artes, y nos hubieran conducido a visitar todas sus estrellas.

—Entonces... ¿por qué? —inquirí.

—Algún día, los sucesores de Froad resolverán los enigmas del universo —dijo—. Algún día, nuestros descendientes construirán su propia Nave, y viajarán hacia los destinos que deseen.

La espuma chocaba contra el puente humedeciendo nuestros cabellos. Saboreé la sal en mis labios.

—Entretanto —dijo Rovic—, navegaremos por los mares de este mundo, y andaremos por sus montañas, hasta que llegemos a dominarlos y a comprenderlos. ¿Te das cuenta, Zhean? Eso es lo que la Nave nos hubiera robado.

Entonces, también yo fui capaz de llorar. El capitán Rovic apoyó una mano en mi hombro y la dejó descansar allí mientras el Golden Leaper, con todas las velas desplegadas, avanzaba hacia el oeste.

El segundo viaje a Marte

Ward Moore

Hasta que su informe fue conocido, se consideraba a la expedición a Marte que Murphy, Gobiniev, Langois, Alameda y Mutsuhara llevaron a cabo en 2002 como la primera realizada con éxito. La verdad es que el primer viaje lo consumió de modo completamente accidental, en 1887, el año de las bodas de oro de la reina Victoria, un tal Humphrey Beachy-Cumberland.

Su nombre completo era Humphrey Howard Clarence Beachy-Cumberland, y era pariente lejano —muy lejano— de los Churchill, a quienes consideraba más bien como advenedizos. Él no tenía título, y alimentaba sobre la dignidad de par ideas muy poco halagüeñas. Había habido Beachy en Agincourt y Cressy, y Beachy-Cumberland fue nombre distinguido en Naseby y Ramillies, Prestonpans y Salamanca. No estaba dispuesto a cambiarlo por un lord Fulánez o un conde de Nosédónde. A los veinticinco años —había nacido uno después de la muerte del príncipe consorte— poseía ya sólidos principios. Tenía un marcado interés por el progreso (mejores casas de vecinos, clases gratuitas para obreros...) y un alto sentido de la responsabilidad (inspección de alcantarillas, pensiones para los sirvientes ancianos...).

Es el progreso, y en modo alguno la afinidad, lo que explica su interés por Oiles Pundershot. Pundershot era un vulgar en todos los sentidos: de humilde cuna, colocaba mal la h, pedía dinero sin cuidarse de devolverlo, leía las cartas ajenas, seducía criadas y llevaba la corbata de un colegio al que no fue nunca. Llegada la oportunidad, hubiese sido muy capaz de cazar zorros a tiros. Era también un genio de primera magnitud, un físico tan por delante de su época que ninguna universidad toleraba que se mencionase su nombre ni ningún tratadista de viso se molestaba en refutarle. Humphrey le daba una libra a la semana, habitación en el ala de la servidumbre y una razonable cuenta abierta en una fundición de hierro de la que era director. Le concedió también un ayudante de jardinero y medio acre de terreno para la construcción de una máquina voladora. Tanto Humphrey como Pundershot estaban seguros de que el vuelo de los más pesados que el aire sería posible antes de 1900.

La máquina voladora de Pundershot seguía concepciones revolucionarias. Era, en realidad, un proyectil... un proyectil sin cañón.

—Magnetismo —explicaba Pundershot—, atracción y repulsión. Antigraedad, en una palabra. Repele la Tierra.

—¿De veras? —preguntó Humphrey cortésmente.

—Lo malo es si la repele con excesiva brusquedad. Sí no me equivoco, volará a

trescientas millas por segundo.

—Demasiado —comentó Humphrey—. Demasiado a todos los efectos.

—Dieciocho mil millas por minuto —dijo Pundershot—. Un millón de millas por hora. Semejante velocidad no sirve para nada.

—Eso parece —asintió Humphrey.

—Bueno —dijo Pundershot, sombríamente satisfecho—; supongo que tendré que deshacerlo y volverlo a montar.

Humphrey parecía abrigar ligeras dudas. Sabía al penique cuánto le había costado el proyectil, y la experiencia enseñaba que el segundo costaría al menos cuatro veces más caro.

—¿Qué hay por dentro? —preguntó, aplazando el momento de aprobar el nuevo experimento de Pundershot.

—Nada que pueda entender un aficionado. Falsas paredes, superpuestas y rellenas; un tanque de oxígeno —el vehículo es estanco— y controles magnéticos: «Marcha» y «Parado». Todo un poco apretado, a causa del mecanismo de absorción de choques que va entre las paredes. Apenas queda sitio para una persona, y está todo oscuro. ¿Quiere echarle una mirada?

Humphrey no tenía especial curiosidad, pero el tacto (¿acaso no se ofendería Pundershot si no mostraba interés?) y la desconfianza (después de todo, con semejante tipo, a lo mejor resultaba todo de cartón) le hicieron asomarse por la abierta portezuela.

—Entre sí quiere —invitó Pundershot—. No podrá ver mucho, pero algo notara.

—Bueno —dijo Humphrey vacilante—; probaré.

La descripción del interior que había hecho Pundershot era más bien optimista. Humphrey no vio nada; tan sólo sintió una como premonición del ataúd, y trató de volver sobre sus pasos.

—¡Cuidado! —exclamó Pundershot. Mire lo que hace. El cierre automático está junto a su brazo.

Naturalmente, Humphrey movió el brazo. Tropezó con un botón; y la portezuela metálica se cerró de golpe. Lanzó una exclamación y luchó por volver a abrir el cilindro. En vez de conseguirlo, entró en contacto con el invisible botón «Marcha». El proyectil repelió la gravedad de la Tierra con absoluta repugnancia. A cuarenta y ocho millones de millas, metro más o menos, el planeta Marte lanzaba sus rojos destellos. La nariz de la máquina apuntó exactamente hacia él.

El último pensamiento de Humphrey Beachy-Cumberland mientras desgarraba la envoltura gaseosa de la Tierra fue que había dejado una pensión para Pundershot en su testamento. Bien se arrepentía.

Los marcianos que le rodearon cuarenta y ocho horas más tarde habían vuelto a la barbarie hacía miles de generaciones. Sus grandes ciudades yacían en el polvo, y el saber había degenerado en fábula y magia, tras fallar los delicados resortes de

equilibrio de una sociedad completamente libre, igualitaria y sin violencia. Pequeñas tribus, tan bárbaras que su jefatura no era hereditaria, sino asumida por el más fuerte o el más astuto, guerreaban perpetuamente entre sí, ansiosas de nuevas victorias. A pesar de ello, Humphrey estaba de suerte; prácticamente, todos los marcianos habían abandonado el canibalismo.

Miró hacia arriba, a los rostros impasibles, todos los marcianos le sacaban, por lo menos, la cabeza y percibió las ropas toscamente tejidas, las pálidas pieles, los amplios torsos y la profusión de hachas y cuchillos.

—¡Agua..., por favor! —boqueó.

Uno de los marcianos emitió algunas sílabas agudas. «Vaya», pensó Humphrey «tendré que enseñarles inglés. ¡Qué lata!».

Los ininteligibles sonidos debían tener algo de humorístico, pues los demás rieron brevemente. Siniestramente. Humphrey se llevó un imaginario vaso a los labios. Al no observar el menor indicio de comprensión, puso sus manos en forma de cuenco e hizo exagerados ruidos ingurgitatorios. El marciano del chiste sacó un horrible cuchillo de hierro.

—¡Eh! —se apresuró Humphrey—. Guarde eso. Puede hacer daño a alguien.

Nunca le había gustado el humor negro. Se volvió hacia el otro lado, repitiendo su pantomima. El del cuchillo se detuvo.

—¡Agua! —repitió Humphrey, alzando la voz a pesar de la sequedad de su garganta, seguro de que los extranjeros siempre se las arreglan para entender, si se les habla bien alto y muy despacio.

Mucho más tarde, y tras haber sido amenazado con la mutilación o la muerte por los más ingeniosos procedimientos —evitados por el de mirar al supuesto asesino y asegurarles fríamente que ése no era modo de comportarse— Humphrey estaba de rodillas al borde de un canal increíblemente ancho, calmando su sed con el agua oscura y nauseabunda. Sus captores se hallaban junto a él, en modo alguno intimidados por aquella increíble criatura que parecía desconocer el miedo —y el sentido común— y que no hablaba como todo el mundo. No estaban intimidados, pero sí confundidos.

Humphrey paseó su mirada a través del canal, y después arriba y abajo, hasta donde desaparecía en el horizonte. «Supongo que no habrá auténticos ríos. Bien, por algún sitio hay que empezar; llamaré a esto el Tamesis. Canal del Tamesis».

Se volvió a los marcianos.

—Tamesis —dijo claramente—. Taaa-mesis. Ca-nal.

Y señaló la obra de ingeniería construida por sus antepasados hacía sesenta mil años.

—Fenutch Gubra —articuló un marciano.

—No, no —dijo Humphrey—. Tamesis. Canal del Tamesis.

Volvió a acercarse al agua para lavarse cara y manos... «Tengo que hacer algo para conseguir un baño decente. Los malditos tienen hierro; no será difícil fabricar

alguna especie de barreño».

Los baños diarios eran una necesidad, pero otras exigían inmediata precedencia. Juzgaba a sus huéspedes lo bastante primitivos para dormir a la intemperie, conducta que no se proponía imitar. La incomodidad endurece al hombre, le hace más apto, pero la intimidad es la base de la civilización. Y Humphrey no pensaba abandonar ésta, ni siquiera bajo las presentes críticas circunstancias.

—Bien —dijo bruscamente—, no puedo estar así todo el día. ¿Qué tal ahora un poco de comida? Comida. ¿Entienden? Co-mi-da...

Humphrey se sintió desolado al descubrir la realidad del atraso marciano. Tras el infantilismo de amenazar a un extranjero con bestiales torturas, ya no esperaba la cultura de Manchester o Birmingham; no buscaba refinamientos como los paraguas o el Punch. Pero es que ellos ni siquiera conocían la institución familiar. Las tribus vivían divididas con arreglo al... ¡hum...! género. Los niños permanecían junto a las mujeres hasta alcanzar la edad de intervenir en la interminable guerra con otras tribus, de la que sólo regresaban con... propósitos carnales. Todo de una completa inmoralidad.

Peor aún, no había herencia, mayorazgo ni vinculación. Humphrey no podría cruzarse de brazos ante tal estado de cosas sin que pareciese concederles su aprobación.

Sus captores pugnaban todavía por animarse a matarlo, pero el simple intento era algo más difícil cada día. Resultaba completamente absurdo y no poco indecente violar de ese modo la costumbre y códigos fundamentales —«no dejaréis con vida a ningún extranjero»—, pero nunca extranjero alguno se había mostrado tan opuesto a cooperar. Se negaba a asustarse de las hachas blandidas o los cuchillos enarbolados. Ni siquiera podía acabarse con él durante el sueño; los intentos de aproximación subrepticia al burdo cobijo que había construido tropezaban siempre con un alerta y desconcertante preguntón.

El caso es que mientras hubiesen faltado a lo establecido al no saltarle los sesos o cortarle el cuello de un modo inmediato, Mister —esto era cuanto de «Mr. Beachy-Cumberland» juzgaban conveniente pronunciar— corría el riesgo de ser despachado en cualquier momento. Entre tanto, ahora que comprendían algunas de sus palabras, quizá pudiesen sacarle algunos trucos para vencer a las tribus vecinas.

Humphrey no tenía intención de serles útil en este aspecto. Luchar por la reina y el país era una ocasional, desagradable —y gloriosa— necesidad. Pero no había necesidad ni gloria en aquellos choques aborígenes. Eran simplemente repugnantes.

No obstante, sin querer aumentó el poder de la tribu y su propio prestigio. En aquellas regiones, al menos, no había árboles ni animales —como amante del rosbif con puding de Yorkshire, lamentaba la ausencia de vida animal—; tan sólo abundante variedad de vegetación anual junto a las orillas del canal. Por ello, las armas, que en semejante estadio de desarrollo deberían haber sido de madera o de hueso, eran

burdamente forjadas con el hierro oxidado que se hallaba en abundancia en las arenas. También el carbón era abundante.

Humphrey había, como accionista y director, estudiado concienzudamente la siderurgia. Sin ser un técnico, podía fabricar coke del carbón para conseguir un metal más fuerte y ligero que el que los marcianos utilizaban en sus primitivas herramientas. Trabajando al principio en solitario, y después con los pocos que creyeron divertido imitarle, produjo cuchillos que cortaban en vez de serrar; azadas para el cultivo, a fin de conseguir mayores cosechas de alimentos y fibras más fuertes para tejer; y palas y picos para excavar nuevas reservas metalíferas.

Los marcianos vieron las ventajas de sus métodos y se construyeron mejores hachas de guerra. Humphrey consideraba las hachas de guerra contrarias al progreso.

—Escucha —dijo a un joven marciano que había sido de los primeros en imitar sus métodos de fundición y forja—. Esto no puede ser. ¿Por qué os empeñáis en estar siempre peleándoos?

—Co-mer —articuló trabajosamente el marciano—. Mu-ger.

—Sí —reflexionó Humphrey—. Claro. Naturalmente. —Le consideró con ojo crítico—. ¿Te llamas Tom Smith, creo?

—Mogolum Tu.

—Eso no es un nombre, es un galimatías para trombón de varas. Créeme, te va mucho mejor Tom Smith. Y pasemos a lo de la comida y... ¡eh...! las mujeres. Ya veis qué fácil es conseguir plantas más grandes utilizando mejores herramientas. Ahora podemos construir un arado —no hay animales por desgracia—; y sembrando en vez de confiar en la suerte, se obtendrá más de lo que esta tribu puede comer, aunque haga fiesta todos los días. Sobrará alimento para todas las tribus. En cuanto a... las mujeres, también podría hacerse mejor.

Y delicadamente explicó las ventajas del matrimonio monógamo.

El problema que preocupaba a Humphrey no tenía nada que ver con la noria de hierro que ahora chirriaba y rechinaba en el canal del Tamesis para proporcionar agua a arenales incultos durante milenios. Tampoco con los telares mejorados para conseguir mejores tejidos, ni con las negociaciones con otra nueva tribu que pretendía unirse a la pacífica y próspera federación. Ni siquiera se refería al grupo de disidentes capitaneado por Henry Green —antes Thottho Gor— que protestaban de que Tom Smith y Mister estaban yendo demasiado lejos y con prisa excesiva.

El problema de Humphrey era de orden sacro. Nada beato, sabía poca Teología, y había pensado siempre que esos asuntos eran cosa del vicario. La frase «sucesión apostólica» flotaba en su ánimo: no puede uno iniciar a nativos seleccionados en los secretos del Breviario —del que recordaba largos pasajes— y ponerlos a administrar los sacramentos. Sólo pensarlo ya olía a inconformismo. Pero, ¿cómo regularizar los matrimonios que había arreglado? Ciertamente incluso la monogamia irregular era preferible a las condiciones antes reinantes, pero no por ello dejaba de ser irregular. ¿Y qué hacer con los bautismos y los entierros? Cuando a él mismo le tocase bajar a

la Tierra —a Marte, exactamente— quería que sobre su cuerpo se leyesen, en debida forma, las oraciones de rigor.

Entretanto, mantenía a un creciente grupo de ayudantes en constante ocupación. Tom Smith seguía siendo su discípulo preferido, pero estaba siempre atareadísimo llevando a cabo los proyectos de Humphrey, explicando, aplacando, persuadiendo... Para sus nuevas reformas e invenciones, Humphrey dependía de hombres que acababan apenas de abandonar la caza de sus semejantes. Le maravillaba la rapidez con que comprendían ideas y teorías, a menudo aún nebulosas en su mente, y las llevaban a la práctica. Sabía que podía obtenerse papel reduciendo a fibra las pulpas de madera; ellos encontraron la planta más adecuada y discurrieron los medios de producción. Indicó la manera de obtener y utilizar los tipos, y ellos organizaron una imprenta. Poseía ligeras nociones sobre vidrio y cemento; y pronto hicieron cristales y vasijas que eran, cuando menos, traslúcidos, y fabricaron hormigón y mortero que prometían conservar su dureza.

A regañadientes aceptó un compromiso en cuanto a las órdenes sagradas. Un capitán de barco, argumentaba, une matrimonios válidos y envía cuerpos al abismo. ¿Por qué no ha de hacerlo el capitán de un planeta más lejano que los mares terrestres? Sabía que su lógica se hacía más frágil a medida que la estiraba, pero algo había que arbitrar. Tranquilizó su conciencia diciéndose que no estaba ordenando clérigos, sino tan sólo delegando funciones; y hacía que sus alumnos se llamasen «vicario diputado» o «cura en funciones». Ahora, si algo le ocurría —y no olvidaba que la facción anti-Mister de Henry Green había crecido peligrosamente desde la extensión de la civilización a las tribus que habitaban más allá de los canales Serpentine y Avon—, quedaría alguien para enseñar a los jóvenes e infundir decoro a unas gentes cuyo comportamiento podría de otro modo llegar a ser escandaloso.

En 1897 botaron el primer buque a vapor en el canal del Tamesis. Humphrey había elaborado un calendario marciano utilizando los años terrestres. Su defecto residía en la incertidumbre sobre la fecha exacta de su llegada; de modo que nunca estaba muy seguro en la celebración del cumpleaños de la reina, y el día de Navidad era clara cuestión de azar. Pero la botadura tuvo lugar incuestionablemente en 1897, diez años después del aterrizaje del proyectil.

El buque era pequeño, saltarín y de poco calado, con una caldera sospechosa y ruedas de palas poco eficaces; pero llevó a los emisarios de Humphrey a extraños lugares donde crecían plantas exóticas y el cobre y el tungsteno abundaban tanto como el hierro; donde Mister era sólo un nombre de una vaga leyenda, y donde su mensaje de progreso encontró tan a menudo nubes de proyectiles como coros de oyentes.

Fue el mismo año en que se grabaron los billetes de banco y los marcianos aprendieron a apreciar las ventajas de la propiedad y a vender las cosas por ocho chelines y seis peniques y medio en vez de regalarlas. Y así, con los salarios, los bienes raíces, el comercio, los beneficios, los dividendos y el paro... Todas las

bendiciones de la civilización.

El problema de Henry Green y los descontentos que le seguían no podía ser demorado por más tiempo. Humphrey había impreso carteles explicando el sistema parlamentario, la responsabilidad gubernativa y el imperio de la constitución. A las primeras elecciones, Tom Smith recibió la investidura por Nueva Brighton, en el canal del Tweed; y resultaron elegidos los suficientes partidarios suyos para permitirle formar un gobierno en el que era primer ministro y canciller del Exchequer, con Robert Janes, nacido Poromby Lusu, como primer lord del Almirantazgo. Henry Green era, naturalmente, el jefe de la oposición.

Uno de los primeros actos del nuevo Parlamento fue prohibir el matrimonio con la hermana de la esposa difunta, otro creó un servicio postal, y un tercero decretó que jueces y abogados llevaran peluca. Una Ley de Defensa del Reino fue vigorosamente combatida por Green, alegando que acabaría con los últimos vestigios de las antiguas libertades. («¿Hemos de plegar nuestras costumbres a las visionarias teorías de un extranjero de un planeta inferior?». Gritos de «¡Muy bien! ¡Muy bien!» en la oposición, y de «¡Qué vergüenza! ¡Salvaje! ¡Calumnias!» desde el banco azul). Se suspendieron las sesiones y el primer ministro apeló al país.

Nueva Brighton on Tweed volvió a elegir a Tom Smith, pero el partido de Green obtuvo mayoría de actas. Durante el escrutinio, esta posibilidad había engendrado oscuras profecías; pero el nuevo gobierno conservador —que así llamaba Green a su partido— se hizo cargo del país sin fricciones, e inmediatamente aprobó una Ley de Defensa del Reino, entre las amargas protestas de los liberales de Smith.

Asentada la situación política, florecientes las condiciones económicas y religiosas, Humphrey pasó a ocuparse de la cultura.

Un Times semanal presagió otro diario: se inauguró una public school, y se proyectó una Enciclopedia, Marciana. Mientras se discutía la conveniencia de una Sociedad Filosófica y una Academia de Bellas Artes, se dieron los pasos para formar una Orquesta Filarmónica. Humphrey tuvo el melancólico placer de enfocar el primer telescopio hacia la Tierra y la pura alegría de comer el primer crumpet marciano.

Tenía solamente cincuenta y cinco años en 1917, cuando las últimas tribus salvajes resignaron su independencia. Fue en ese año cuando Tom Smith dimitió finalmente la jefatura liberal a favor de Herbert Nora. La influencia de Humphrey en la cuestión del cambio de nombre se iba debilitando. El clero lo apoyaba en cuanto a los nombres de pila: pero creció la tendencia a conservar los antiguos apellidos marcianos. Fue también el año en que Humphrey empezó a construir Cumberland House y a dar forma a los floridos jardines que desde ella descendían hasta el canal del Severa.

Aunque los cincuenta y cinco era una edad ridículamente temprana para pensar en el retiro, cada vez encontraba menos que hacer. Todo se hallaba en buenas manos. Sin dejar de mirar con recelo algunas de las obras de sus protegidos, no podía negar que

los marcianos pisaban ya terreno firme. Había en ellos buena madera.

Viajaba poco; cuando se ha visto un canal marciano se han visto todos. Revisó y amplió lo planos de Cumberland House; vigilaba a albañiles y vidrieros y mantenía en constante ocupación a los jardineros. Dedicó algún tiempo a recopilar una edición del Anuario de Hacendados Marcianos.

Pero sobre todo pasaba sus días charlando de los viejos tiempos, a menudo con los mismos que entonces planearon su asesinato. El personal de Cumberland House se componía de hombres que no se habían adaptado bien a los nuevos modos o los habían posteriormente abandonado. Humphrey recordaba con ellos el pasado, y unos y otros, por diferentes razones, disfrutaban así.

Un cinco de noviembre estaba sentado a la mesa, vestido de punta en blanco para la cena y de excelente humor. Su mayordomo acababa de servir un plato de caldo de liquen y ya se retiraba, cuando Humphrey llamó.

—¡Espere! Yo...

El hombre se precipitó a recoger el cuerpo que se derrumbaba; pero, antiguo guerrero, conoció la muerte apenas verla.

Lo enterraron en sus jardines; y pusieron sobre su tumba la lápida que él había hecho grabar:

HUMPHREY HOWARD CLARENCE BEACHY-CUMBERLAND SQUIRE
NATURAL DE BUCKINGHAMSHIRE
Recordó siempre a su país.

Sean McDairmuid Murphy, un americano, dirigía la expedición interplanetaria de las Naciones Unidas del año 2002, en la medida en que los demás nacionales que la formaban —la excepción era Yasu Matsuhara— reconocían alguna jefatura. Más exactamente, el doctor Murphy era el decano de los científicos que viajaban en la WAC Field Marshal, y su antropólogo.

Sergei Gobiniev, el etnólogo, se hallaba en abierta contienda con el filólogo, Hyacinthe Langois, sobre sí la Civilización marciana tendría analogías con la terrestre. El geólogo, Luis Alameda, estaba convencido de que no hallarían ni rastro de seres humanos.

El doctor Matsuhara creía que Alameda sufría deformación profesional; en cambio, él tenía un espíritu abierto para cuanto no fuese la botánica y el béisbol. Estaba tan seguro de que encontraría bambú, o algo parecido, como de que San Francisco ganaría el doble campeonato en 2003. O, todo lo más, en 2004.

La expedición debió incluir a un sexto miembro, sir David Rabinovits. Pero desde que el Reino Unido se retiró, en 1990, de la Commonwealth canadiense-australianoafricano-indiooccidental, Westminster había mostrado escaso interés por nuevos horizontes. Sir David fue eliminado y la expedición partió sin biólogo.

—Mejor —dijo Langois—. Quién sabe lo que puede esperarse de la pérfida Albión.

—Sí, pérfida —masculló Gobiniev—. Nos mandaban a un cosmopolita desarraigado, hechura de un corrompido e imperialista gobierno laborista. Sin duda habría recibido órdenes para trabajar contra las democracias populares. Como los lacayos de la sedicente Quinta República.

—Tonterías —dijo Sean Murphy—. Habría mucho que decir de Johnny Bull —la prueba es que Irlanda sigue dividida—, pero el utilizar a David Rabinovits como agente no entraría en sus cálculos. No han pagado el viaje de David porque no les importan Marte ni la ONU ni nada que no sea esa estúpida conmemoración que celebran este año.

El WAC Field Marshal realizó un hermoso aterrizaje a menos de diez millas del lugar donde el proyectil de Humphrey había levantado la arena. Aquello era ahora un parque planetario, conservado intacto en su primitivo estado.

—Desierto —graznó el doctor Alameda—. Desierto estéril.

Langois sacudió la cabeza con aire obstinado, mientras escrutaba el arenal con sus gemelos de campaña. A lo lejos surgió una nube de polvo, que al fin se resolvió en un revuelo de gente.

—¿Qué les decía? ¡Hombres! Y también mujeres, espero.

—Aquellas manchas de color parecen banderas —dijo Matsuhara.

—Imposible —sentenció Murphy—. Será algún capricho evolutivo.

—Son Unión Jacks —identificó Alameda.

—¡Un complot! —exclamó Gobiniev—. ¡Una trampa para desacreditar a la URSS! Una locomotora con grandes ruedas de hierro lanzaba nubes de humo blanco a la cabeza de un vagón cerrado y con múltiples puertas. Se detuvo cerca del WAC Field Marshal, y la muchedumbre de a pie se arremolinó a su alrededor. Las puertas del vagón se abrieron y descendieron los marcianos, vestidos con pantalones de tubo y levitas cruzadas. Uno de ellos, sombrero de copa en la mano izquierda, levantó su diestra.

—¿Son ustedes de la Tierra, supongo?

—No puede ser —decía Murphy—. No puede ser.

—¿Cómo no hablan ruso? —les increpó Gobiniev.

—¿Son ustedes rusos? —preguntó fríamente el marciano—. Crimea y Turquestán... El oso que camina como un hombre...

—Sólo uno —explicó Alameda—. Yo soy del Uruguay.

—Ah, la Banda Oriental... «El país que perdimos». ¿Supongo que habrá también un francés? ¿E incluso un americano?

Matsuhara dijo tímidamente:

—Nos sorprende que su idioma sea el inglés.

—¿De veras? En cambio a nosotros no nos sorprende que ustedes lo utilicen. Pero

vayamos por orden. Yo soy Austen Aboxu, primer ministro y secretario de Estado para la Defensa. Bienvenidos —ahora oficialmente— a Marte. Cuando les divisamos, estábamos celebrando una recepción en el ayuntamiento de Nueva Oxford. Vengan como están —¡je, je!—. Supongo que no les será fácil vestirse de otro modo.

Una expedición ligeramente aturdida escuchó la oferta, llena de disculpas, de llevarlos en su vagón de ferrocarril.

—Es un tanto primitivo; no estamos muy adelantados en vehículos terrestres. En cambio, en barcos... bueno, ahí sí nos sentimos orgullosos. «Impera en las olas» y todo eso, ya saben.

Guardias marcianos con morriones de piel de oso de imitación fueron colocados en torno al VAC Field Marshal, y ellos subieron al vagón.

—Naturalmente, nos desilusionó que la expedición no fuese británica —dijo el primer ministro—. Pero espero que habrá una en cualquier momento. Todavía no se han despertado. Inglaterra pierde todas las batallas menos la última.

—Eso dicen ellos —masculló Murphy.

—Ahora permítanme que les dé una idea de lo que va a pasar en el ayuntamiento. En primer lugar, hablará el arzobispo interino de Marte; me temo que lo encuentren pesado. El deán es peor. Pero hay que respetar al clero. Espero que ahora nos envíen personas apropiadas, ordenadas y con todos los requisitos.

—Qué duda cabe —dijo Murphy por decir algo.

—Después, el jefe de la oposición procederá a despacharse a su gusto. Me pondrá de vuelta y media por no darles la bienvenida como él lo hubiese hecho si las últimas elecciones parciales hubiesen tenido otro resultado. No hagan caso; son cosas del oficio y yo haría lo mismo sí él fuese el muy honorable y yo tan sólo el diputado por Nueva Basingstoke. Encontrarán también a los caballeros pertigueros de la Negra Vara, al guardián de los Cinco Puerto, al lord lugarteniente de los Polos Marcianos...

Y allí estaban, efectivamente, todos ellos y muchos más, cada cual con su larguísimo discurso de bienvenida a los intrépidos exploradores de «nuestro amado planeta». Entre discurso y discurso, se aplicaban al filete de hierbas marcianas, las coles de Marte a la Gladstone y las canalgas aux pommes de Mars. Al fin, Sean Murphy pidió permiso para hablar. Cuando le fue concedido —con gran desilusión del primer editorialista del Times, que se disponía a colocar su ingenioso discurso— Murphy comenzó, vacilante:

—He sido comisionado por las Naciones Unidas para tomar posesión de este planeta en nombre de la ONU...

El primer ministro Aboxu le detuvo con un gesto de la mano.

—Me temo que no pueda hacerlo.

—Bien —dijo Murphy—. Ya veo que están civilizados; no es lo mismo que ocupar un mundo vacío. Pero acaso deseen ustedes adherirse a la ONU...

—Creo que no lo ha comprendido —dijo el primer ministro con suave entonación—. No somos una nación. Al menos, no en el sentido en que ustedes utilizan esa

palabra. Debemos nuestra primera y plena lealtad a la Corona. Al fin y al cabo, constituimos el Dominio de Marte, y corresponde por entero a Su Majestad — obrando por mi consejo— el decidir si hemos de incorporarnos a ésas... Naciones Unidas.

—El cuarto Imperio británico —masculló Sean Murphy—. ¿Es que no hay justicia?

—Mañana —prosiguió el primer ministro, ignorando cortésmente al editorialista del Times— será una gran fiesta. Habrá un desfile por la mañana y un partido de criquet antes del té; y, por la noche, una reconstrucción de Pinafore. Tenemos las canciones, pero la letra está un poco en esqueleto. Espero que disculpen nuestros fallos coloniales; pero hay cosas que tenemos gran ansiedad por saber. Ante todo, la reina, Su Majestad, ¿ha... muerto?

—No, que yo sepa —respondió descuidadamente Murphy.

—Pero... si parece imposible. Es tan vieja...

—¿Vieja? No, no mucho, para lo que ahora se vive.

El señor Aboxu se sentía confundido. La Corona era inmortal... ¿pero la reina? No, no: recordaba demasiado bien su historia. ¿Viva todavía? Comprendía la diferencia entre los años terrestres y marcianos, incluso con la confusión de un calendario marciano basado en la rotación terrestre, y normalmente podía hacer el cálculo de memoria; pero las emociones de la jornada y su breve pero expresiva defensa de la dignidad de la Corona le confundían. Parecía que Su Majestad debía tener unos doscientos años, pero quizá los cálculos del tiempo habían cambiado desde los días de Mister. ¡No, no era posible! Ah, pero la ciencia... Mister lamentaba siempre no poseer más ciencia y hablaba de la época en que los descubrimientos alargarían considerablemente la vida.

—Es cierto. Tiene usted razón.

Langois rebuscó en su memoria para complacer a sus anfitriones.

—En Inglaterra hay fiestas este año. Es el jubileo de la reina.

—¿El jubileo? ¡Pero si fue el año en que llegó Mister! Las bodas de plata, y el cincuenta aniversario de su reinado. Éste debe ser... el ciento sesenta y cinco. Sin duda se trataba de alguna significación especial que Mister había olvidado mencionar.

—Claro... el jubileo. También lo celebramos aquí.

El maestro de ceremonias taconeaba impaciente.

—El oportuno, por favor. Sé que todos están deseando brindar por nuestros visitantes.

—Ah... —suspiro Gobiniev.

—Ante todo, nuestro brindis acostumbrado. Señor primer ministro...

El señor Aboxu se puso en pie y alzó su copa. Todos los comensales, exploradores incluidos, le imitaron.

—Caballeros —dijo con voz ligeramente temblorosa el muy honorable Austen Aboxu, PC, MP, miembro de la Real Sociedad Marciana para la Difusión del Saber

—, ¡por la reina!

Bebieron, y rompieron los tallos de sus copas para que nunca fuesen profanadas con brindis menos dignos. En esto, como en tantas otras cosas, hacían lo que Humphrey les había enseñado. Y ahora todo adquiría nuevo significado; ahora cuando, por vez primera desde los tiempos de Mister la Madre Patria parecía tan próxima.

Un terror insignificante

Will F. Jenkins

Cuando los principios de idealismo acosmístico psicológico se hicieron viables en el mundo habitado por Nancy, no retumbó majestuosamente el trueno. La madre de la niña no se estremeció; el padre no dejó de leer el periódico. En aquel trascendental momento, la Tierra no interrumpió su eterno girar, sobrecogida, aunque posiblemente el obispo Berkeley (1685-1753), en el cielo, estaba agradablemente interesado. Joe Holt, que era psiquiatra y, por tanto, cabía esperar de él cierta intuición para esa clase de cosas, no intuyó absolutamente nada. El firmamento no se oscureció de repente, ni se produjeron profundas conmociones subterráneas. En una palabra, no hubo la menor señal de que estaba a punto de producirse el fenómeno más alarmante de la Historia. Y, sin embargo...

Nancy acompañó a su abuelo hasta la verja. Nancy tenía seis años, y su abuelo sesenta, y eran muy amigos, naturalmente. Nancy andaba a saltitos, porque nunca andaba despacio cuando podía saltar, o, mejor aún, correr. El sol se había hundido ya detrás de las colinas, y empezaba a oscurecer.

En la verja, Nancy permitió a su abuelo que la besara como despedida, con la condescendencia de las niñas que saben que son irresistibles.

Luego dijo:

—Haz desaparecer un penique, abuelo.

Su abuelo, obediente, sacó una moneda de cobre de su bolsillo. La colocó entre sus dedos pulgar y corazón, y se la mostró a Nancy para que la inspeccionara. Nancy contuvo el aliento. Su abuelo chasqueó los dedos. El penique se desvaneció.

Nancy palmoteó con alegría.

—¡Otra vez, abuelo!

El abuelo se preparó para repetir la operación. Nancy acercó los ojos hasta situarlos a unas pulgadas de la moneda. Estaba como fascinada.

El penique se desvaneció por segunda vez.

—¿Es magia de verdad? —preguntó Nancy. Estaba empezando a descubrir que no puede confiarse en las hadas ni en los duendecillos en momentos de apuro. Pero aún no estaba desengañada del todo.

—Es magia de verdad —aseguró su abuelo.

—¡Enséñame cómo se hace! —suplicó Nancy—. ¡Por favor!

El abuelo susurró a su oído confidencialmente:

—Digo «uglidihú», y desaparece. ¿Puedes decirlo tú? Nancy susurró:

—Uglidihú.

—¡Estupendo! —dijo el abuelo. Se incorporó. —Ahora, dile «uglidihú» a este penique y verás lo que pasa.

Sostuvo el penique como antes, entre sus dedos pulgar y corazón.

Nancy dejó oír una risita. Dijo:

—¡Uglidihú!

Su abuelo chasqueó los dedos. El penique se desvaneció. Nancy palmoteó.

—¿Otra vez, abuelo?

—Bueno, otra vez —concedió su abuelo. Cogió el penique. Era el mismo, pero Nancy no se fijó en aquel detalle. Lo tomó entre sus dedos. Los ojos de Nancy centellearon. Dijo:

—¡Uglidihú!

El penique se desvaneció. El abuelo pareció ligeramente sorprendido. Era natural. Nunca había oído hablar del *esse est percipi*, del obispo Berkeley, ni había extraído consecuencias de aquel principio filosófico. Sin embargo, miró a Nancy con expresión radiante.

—Ahora tengo que marcharme, Nancy. Buenas noches.

Nancy agitó alegremente la mano mientras el abuelo se alejaba calle abajo. Cuando dobló la esquina, Nancy regresó saltando al lugar donde habían estado jugando. No se había dado cuenta de que su abuelo, al alejarse, sacudía su manga, como si tratara de hacer salir algo por ella... algo que no apareció.

Nancy se sentó con la idea de continuar jugando sola. Sobre la muñeca que había soltado para acompañar a su abuelo, había una oruga. Nancy la miró con expresión de disgusto. Con el ceño fruncido, dijo:

—¡Uglidihú!

La oruga se desvaneció. Nancy jugó con su muñeca. El jardín empezaba a sumirse en las sombras del crepúsculo. La madre de Nancy llamó a su hija, y la niña se dirigió hacia la casa, llevando a la muñeca cogida por un brazo. Cenó con excelente apetito y se rió con su padre y su madre. Sólo se produjo un alarmante incidente, y dio la casualidad de que pasó inadvertido. Nancy no quería acabar de beberse la leche. Su madre dijo en tono firme que tenía que bebérsela toda. Luego sonó el teléfono, y su madre fue a contestar a la llamada.

Nancy miró con aire confiado la leche que quedaba en su vaso y dijo:

—¡Uglidihú!

La leche desapareció.

Nancy se acostó, después de besar a su padre y a su madre con más afecto que nunca. Durmió plácidamente toda la noche.

Todo era serenidad a través del cosmos. No había la menor señal del hecho extraordinario que había sucedido. Nadie se estremeció con horror. Nadie tembló con justificada aprensión. A nadie, al parecer, se le había ocurrido pensar en el Muy Reverendo George Berkeley, obispo de la Iglesia anglicana, que escribió libros de filosofía y murió en 1753.

A la mañana siguiente, Nancy se despertó tan bulliciosa como de costumbre. Cantó alegremente mientras la vestían, y no se presentó el menor contratiempo hasta que el desayuno estuvo servido. Entonces se produjo un leve choque de voluntades, con la resistencia de Nancy a comerse su papilla de avena. Pero en aquel preciso instante se presentó el lechero con la cuenta, y la madre de Nancy fue a pagarla. Cuando regresó, el plato de papilla estaba vacío. La madre de Nancy elogió con calor a su hija. Nancy dejó oír una risita.

Hacía muy buen tiempo. Nancy, limpia como una patena y vistiendo un trajecito precioso, se dirigió al jardín para jugar con la arena. Mientras, no cesaba de cantar. Era una niña muy feliz. De pronto, Charles, el hijo de los vecinos, entró en el jardín para jugar con ella. Nancy le acogió con la cordial suspicacia con que las niñas acogen a los chiquillos. Charles pisó un castillo de arena que Nancy había decorado con palitos de madera y tapones metálicos de botellas de cerveza. Nancy protestó.

—¡Uf! dijo Charles desdeñosamente—. ¡Eso no es divertido! Vamos a jugar a ir a la luna. Vamos a luchar contra los hombres gato. ¡Rnnnnnnn! ¡Bang-bang!

Nancy hizo una mueca.

—Vamos a jugar a naves espaciales —insistió Charles. Empezó a saltar y gritó—: ¡Buuuuuum! ¡Tres grados! ¡Cuatro! ¡Ataquen a los cohetes enemigos! ¡Buuuuuum! ¡Llegan los piratas del espacio! ¡Preparen los desintegradores! ¡Fuego! ¡Bang! ¡Bang! ¡Rnnnnnnn! ¡Bang!

Inició una feroz batalla espacial con los piratas procedentes de los anillos de Saturno, mientras Nancy se dedicaba plácidamente al decorado de su nuevo castillo de arena.

A Charles se le presentaron dificultades. Una flota de negras naves espaciales procedentes de Sirio descendía en picado sobre los escalones del porche. Charles eludió aquel ataque lateral arrojando varias bombas atómicas. Pero inmediatamente llegó una desesperada llamada de socorro procedente de una nave espacial de pasajeros que era atacada por unos piratas cerca del rosal grande.

—¡Buuuuuuuum! —gritó Charles con ferocidad—. ¡Ya voy, terrestres, disparando con todos mis cañones! ¡Rnnnnn! ¡Toma ésa! ¡Y ésa! ¡Bang! ¡Bang! ¡Ahí va una bomba H para ti! ¡Bum!

Se produjo el desastre. Charles, corriendo en defensa de los pasajeros de la nave espacial, tropezó con el castillo de Nancy y hundió toda el ala Sur. La arena salpicó a Nancy.

—¡Bang! ¡Bang! —rugió Charles en el ardor de la batalla—. ¡Rnnnnnnn! ¡Tomad ésa! ¡Llamando a la Tierra! ¡Nave patrulla espacial informando que los piratas están derrotados! ¡Salgo en dirección a Plutón!

Nancy temblaba de indignación. Dijo, en tono furioso:

—¡Vete a tu casa!

—¡Aló! —dijo Charles—. ¡Soy el capitán Espacio! ¡Estoy luchando contra los piratas!

—¡Vete a tu casa! —repitió Nancy, más irritada aún—. ¡Ya es la segunda vez que pisas mi castillo! ¡Vete a tu casa o te enterarás de quién soy!

Si Nancy le hubiera amenazado con decírselo a su madre, la amenaza podía haber sido eficaz. Pero, ¿qué podía hacerle Nancy?

Charles gritó:

—¡Buuuuuum! ¡Salgo en dirección a Plutón! ¡Llegan invasores procedentes del espacio! ¡Alerta, guarnición de la Tierra! ¡Resistan, que llevo con todos los cañones disparando! ¡Bang! ¡Bang! ¡Buuuuuum!

Salió en dirección a Plutón. Desgraciadamente, dio la casualidad de que Plutón se encontraba junto al macizo de hortensias. La órbita de Charles volvió a coincidir con el castillo de arena.

Nancy dijo, vengativa:

—¡Uglidihú!

Charles desapareció.

Se produjo un gran silencio, y Nancy volvió a edificar su castillo de arena. Mientras trabajaba, cantaba alegremente. Al cabo de unos instantes, se encaminó hacia la casa y pidió algo que comer. Como había hecho desaparecer su papilla de avena, tenía hambre.

Su madre dijo:

—¿Dónde está Charles? Me había parecido oírle jugar contigo...

Nancy mordió un bizcocho y contestó con tranquilidad:

—Le dije «uglidihú» y desapareció.

La madre de Nancy sonrió con aire ausente y reanudó sus quehaceres, pensando que eran más importantes que las fantasías de su hija. Estaba en un error. No había nada más importante. De acuerdo con los principios enunciados por el obispo Berkeley entre 1685 y 1753, las cosas existen porque una mente piensa en ellas como existentes. Nancy había adquirido la capacidad de pensar en ciertas cosas como si tuviesen necesariamente que cesar de existir: un don que a ningún adulto le es factible adquirir. De modo que de acuerdo con el principio del obispo Berkeley, cuando Nancy pensaba en algo como si tuviese que dejar de existir, desaparecía. Todos nosotros hemos deseado poseer ese don en algún momento de nuestras vidas, pero Nancy lo poseía.

A la hora de la comida, se oyó la voz de la madre de Charles llamando a su hijo. Charles no respondió, y su madre se presentó en casa de Nancy. Nancy había llegado a los postres, y estaba rebañando un tarro de mermelada con una cuchara. Oyó que su madre hablaba con la madre de Charles.

—No, no le he visto —estaba diciendo—. Jugaba con Nancy, pero se marchó. — Se volvió hacia su hija—: ¡Nancy! ¿Sabes adónde se marchó Charles?

—No, maaaaaaá —cantó alegremente Nancy. Siguió escarbando en el tarro. Estaba absorta.

Su madre acompañó a su vecina hasta la puerta. Cuando regresó, dijo:

—La madre de Charles está preocupada. —Enarcó ligeramente las cejas—. Charles no suele alejarse. ¿Estás segura de que no te diste cuenta del camino que tomaba?

Nancy sacudió la cabeza.

—¿Se marchó con alguien? —insistió la madre.

Nancy había conseguido reunir una cucharada de mermelada.

—No —respondió tranquilamente—. Le dije «uglidihú» y desapareció.

Su madre no hizo más preguntas. Pero era evidente que estaba preocupada. Una madre de un niño o de una niña siempre comparte la angustia de otra madre cuando un pequeño no aparece. Pero a la madre de Nancy no se le ocurrió ni por un instante que había oído una descripción completa y exacta de la desaparición de Charles.

Después de comer, la madre de Nancy vistió a su hija para llevarla a la ciudad. Iba a celebrarse un desfile, y la madre de Nancy se disponía a sacrificar una tarde para que Nancy se divirtiera. Desde luego, a Nancy no le gustaba ser arrastrada de tienda en tienda, pero, dado que su madre iba a sacrificarle toda una tarde, era razonable que salieran temprano, para hacer algunas compras antes del desfile, y unas cuantas compras más después del desfile. Eso es lo que se dice pensar únicamente en los hijos.

Nancy no tenía ningún presentimiento. Le gustaba que la vistieran de punta en blanco para ir a la ciudad, o a cualquier otra parte, y se retorció de placer mientras su madre le ponía un vestido muy fruncido, un sombrero muy fruncido, una linda chaquetita y unos diminutos guantes blancos que constituían, para Nancy, el colmo de la elegancia. Mientras su madre se arreglaba, Nancy no cesó de cantar, contemplándose en un espejo.

Cantaba, también, mientras su madre conducía el automóvil en dirección a la ciudad. Y continuó cantando cuando cruzaban las calles de la ciudad. La gente la miraba y sonreía, pensando en la inocente y feliz infancia.

Las tiendas estaban llenas de gente. Otras madres que se sacrificaban llevando a sus hijos al desfile. Una mujer gorda empujó a Nancy contra un mostrador. Nancy se enfureció. Alguien protestó, y la mujer gorda se volvió, indignada, y, al girar, la parte más saliente de su cuerpo, que quedaba a la altura de la cabeza de Nancy, envió de nuevo a la niña contra el mostrador.

Nancy dijo rabiosamente:

—¡Uglidihú!

La mujer gorda desapareció.

Alguien lanzó un grito, pero nadie le hizo caso. Surgieron otros cuerpos para llenar el espacio que la mujer gorda había dejado, y Nancy se vio de nuevo zarandeada, y se agarró histéricamente a las piernas de su madre.

Su madre compró un bolso y consiguió extraer a Nancy con vida de entre la multitud. Pero el hermoso sombrero de Nancy había quedado aplastado, y la niña se sentía muy desgraciada.

—¡Pobrecita mía! —dijo su madre con cariño—. No debí traerte a un lugar tan lleno de gente. Vamos a subir a uno de los pisos. Estará más despejado.

Entraron en un ascensor. En aquel momento, la multitud atacó. Una horda de mujeres empezó a empujar resueltamente, mientras los chiquillos aullaban. Las mujeres se olvidan de que son señoras cuando no hay hombres cerca. El encargado del ascensor trató sin resultado de contener la avalancha.

Nancy fue aplastada implacablemente. Aterrorizada, balbució:

—¡Uglidihú!

En el ascensor quedaron solamente cinco personas. Fuera del ascensor no había ninguna mujer, ningún chiquillo.

La madre de Nancy tembló durante un considerable espacio de tiempo después de aquello. Desde luego, no podía ser verdad. Incluso el encargado del ascensor tartamudeó frases ininteligibles cuando un jefe de sección le interrogó. No había nada que decir. El ascensor estaba atestado y, de repente, dejó de estarlo. No se había producido ningún alboroto. Una multitud que estaba allí... y que dejó de estar allí, sencillamente. Los otros ocupantes del ascensor estaban muy pálidos. Todos deseaban salir enseguida de la tienda. Pero, desde luego, no creían en lo que acababan de ver. Ni siquiera lo creía la madre de Nancy.

Pero Nancy se sentía mucho mejor. Más confiada. Ahora sabía que siempre podría despejar el terreno a su alrededor si la gente la empujaba. Su madre se bebió una taza de té en la cafetería más próxima, y trató, temblando, de recordar el significado psiquiátrico de la «ilusión» que había experimentado. Pero, mientras su madre temblaba, Nancy se comía tranquilamente un helado de vainilla.

En aquel momento, la madre de Nancy deseaba regresar a su casa. Había concebido el propósito de consultar a Joe Holt acerca de aquella experiencia. Era el único psiquiatra que conocía personalmente; él y su esposa eran íntimos amigos suyos y de su esposo. Tal vez podría mencionarlo de un modo indirecto... Pero había prometido a Nancy que irían al desfile. De modo que fueron a verlo.

Empezó, como de costumbre, con un despliegue de policías de tráfico, montados en sus motocicletas y haciendo aullar sus sirenas. Nancy les saludó con entusiasmo, agitando la mano. Su madre había conseguido situarse en una esquina para que nada pudiera interponerse en la visión de Nancy. A continuación desfiló una banda de cornetas y tambores, seguida de los cadetes. Y luego las carrozas.

Nancy quedó impresionada por una carroza en forma de cisne, adornada con muchachas cuyos vestidos estaban llenos de lentejuelas. Siguió otra carroza mostrando a unos Boy Scouts atareados alrededor de una fogata. Una carroza imitando a un barco de guerra. Una carroza de Exploradoras.

A lo largo de la calle, los chiquillos empezaron a gritar. Nancy trató de bajar de la acera para ver qué sucedía. Su madre la sujetó con firmeza. Pero la madre de Nancy estaba pensando en aquel momento que nunca había esperado tener que llamar a Joe en plan profesional, aunque, después de todo, era un psiquiatra y jugaba al golf con...

Nancy chilló, excitada. Su madre miró distraídamente hacia la carroza que había provocado todo aquel tumulto. Representaba un dragón. Era una obra muy ambiciosa. El cuerpo del animal ocultaba por completo el camión sobre el cual estaba construido y arrastraba una cola larguísima. Pero la causa de la excitación estaba delante.

En efecto, el dragón tenía un cuello articulado de veinte pies de longitud, pintado de rojo, rematado por una cabeza de cinco pies. La cabeza tenía unos cuernos cortos y romos. Sus ojos eran del tamaño de una sopera, su expresión de estúpida amabilidad, y lanzaba chorros de humo por las fosas nasales. Su cabeza se movía de un lado a otro sobre el cuello articulado, y parecía contemplar a los espectadores alineados a lo largo de las dos aceras de la calle.

Los chiquillos no cesaban de chillar, especialmente aquéllos a quienes el dragón parecía mirar.

Nancy temblaba de excitación. No paraba de saltar, esperando la llegada del dragón.

Al fin, el animal llegó a su altura. El largo y articulado cuello giró en dirección a Nancy. Los enormes ojos parecieron mirarla directamente, con una especie de estólida cordialidad. De sus fosas nasales salieron dos chorros de humo.

Nancy balbució:

—¡Uglidihú!

El dragón se desvaneció, dejando en su lugar un camión sobre el que iban montados cuatro hombres, en paños menores, que habían estado manejando las cuerdas que servían para mover el cuello y la cabeza del dragón. Contemplaban con expresión aturdida sus manos, que estaban vacías. En la calle estalló un imponente alboroto.

La madre de Nancy se encontraba en un estado mental caótico cuando se abrió paso, arrastrando a su hija por la mano, hacia el lugar donde tenía aparcado su automóvil. Su expresión era de desconcierto absoluto, pero consiguió instalar a Nancy en el coche y sentarse ante el volante. Luego se preguntó frenéticamente si se hallaba en condiciones de conducir. Por último, puso el motor en marcha, aferrándose a la dudosa premisa de que la persona que está realmente loca ignora siempre su propio estado mental.

Llegaron tarde a casa, y el padre de Nancy empezaba a preocuparse. Había sido informado de la desaparición de Charles y de las febriles pesquisas que estaba realizando la policía tratando de encontrarle.

Experimentó una sensación de alivio al ver llegar a su esposa y a Nancy, pero su esposa se apeó del automóvil y murmuró:

—Llama a Joe Holt y dile que venga enseguida.

—¿Qué sucede? —preguntó el padre de Nancy, alarmado.

Su esposa habló en el tono tenso de una persona que va a ponerse a gritar de un momento a otro.

—Joe es psiquiatra, ¿no? Tengo que ver inmediatamente a un psiquiatra. ¡Hoy

han sucedido demasiadas cosas! Charles ha desaparecido. Un ascensor lleno de gente ha quedado vacío ante mis propios ojos, y un dragón se ha desvanecido en el aire mientras lo estaba mirando. ¡Me estoy volviendo loca, pero tal vez Joe Holt pueda hacer algo! ¡Llámale, deprisa!

Y empezó a sollozar. Estaba pensando en Nancy. Imaginaba ya un hogar destrozado, a si misma convertida en una loca y divorciada, y al padre de Nancy casado con otra mujer que sería cruel con Nancy, como todas las madrastras, y a la propia Nancy acosada por el espectro de la locura que se erguiría delante de ella. La madre de Nancy no estaba preocupada por su marido. Un detalle muy significativo.

Pero el padre de Nancy sabía cuándo no debía tratar de mostrarse razonable. Y estaba asustado. Cogió el teléfono y habló con tan desesperado apremio, que cinco minutos después Joe Holt, el joven psiquiatra, había recorrido en su automóvil las cinco manzanas necesarias y estaba contemplando a la madre de Nancy. No se había parado a ponerse la corbata y calzaba unas zapatillas.

—¿Qué diablos pasa? —preguntó Joe Holt en un tono muy poco profesional.

Nadie prestó la menor atención a Nancy. Su madre empezó a contar la increíble historia. Su tono era desesperado. De pronto, recordó a la mujer gorda. Contó lo sucedido con ella, estremeciéndose.

Nancy dijo tranquilamente:

—Me estaba aplastando, mamá. ¡Y le dije «uglidihú»!

Su madre no pareció haberla oído. El padre de Nancy trató de sacar a la niña de la habitación. Nancy se aferró convulsivamente a su madre, y su madre a ella.

—¡No te la lleves! —gritó la madre, desesperada—. ¡Todavía no! ¡Espera!... Y cinco minutos después un ascensor lleno de gente quedó vacío ante mis propios ojos.

Empezó a sollozar de nuevo. El padre de Nancy le acarició el pelo.

La voz de Nancy dijo, en tono consolador:

—Pero, mamá, nos estaban aplastando... Por eso les dije «uglidihú». Igual que a Charles. Me estaba molestando, le dije «uglidihú» y le hice desaparecer.

La madre de Nancy dio un respingo. Se quedó mirando a su hija. Repentinamente, su angustiado rostro pareció suavizarse. En tono tranquilo e interesado, preguntó:

—¿Lo has oído, querido? —Pero volvió unos ojos trágicos hacia Joe Holt—. ¿Te das cuenta, Joe? ¡Las cosas que han sucedido han desequilibrado también su pequeño cerebro! ¡No te preocupes por mí, Joe! ¡Haz algo por Nancy!

Joe suspiró con alivio profesional. Todo aquel asunto era muy raro, pero sabía que a veces una mujer hace cualquier cosa por su hijo... incluso recobrar la cordura, si es necesario.

De modo que le dijo alegremente a Nancy:

—De manera que haces desaparecer las cosas, ¿eh? Esto es muy interesante, Nancy. Cuéntamelo todo.

Nancy le miró con una expresión radiante. Le gustaba la gente. La encontraba

irresistible. De modo que contó cómo su abuelo le había enseñado a hacer magia. Bastaba con decirles «uglidihú» a las cosas para que desaparecieran.

—Se lo dije al penique —concluyó, muy satisfecha de sí misma—, y a una oruga que estaba en mi muñeca, y a la leche que anoche no podía beber, y a mi papilla de avena esta mañana, y a Charles, y a una mujer gorda, y a la gente del ascensor, y al dragón. Es muy fácil —añadió generosamente—. ¿Queréis que os lo enseñe?

Su madre abrió unos ojos espantados. Pero Joe Holt se dio cuenta de que no estaba pensando ya en sí misma, sino en Nancy. Y, de hecho, ninguna persona neurótica se preocupa con tanta sinceridad por otra. Joe no comprendía nada, pero empezaba a tener esperanzas.

—¡Desde luego, Nancy! —dijo, en tono cariñoso—. Haz desaparecer este jarrón de flores, ¿quieres?

La madre de Nancy dijo involuntariamente:

—Ése es mi mejor jarrón... —Pero enseguida, añadió—: sí, querida, hazlo desaparecer.

De modo que Nancy, con aire radiante, miró el jarrón casi Ming de su madre y dijo:

—¡Uglidihú!

Y, desde luego, el jarrón desapareció.

Eran las dos de la mañana y llovía a cántaros cuando el abuelo de Nancy se levantó de la cama, refunfuñando, para ir a abrir la puerta. El padre de Nancy y Joe Holt le hablaron al mismo tiempo, en tono nervioso. El abuelo de Nancy les miró con fijeza. La angustia se reflejaba en sus rostros mojados por la lluvia.

—¡Tiene usted que venir a casa enseguida! —dijo el padre de Nancy—. ¡Nancy ha adquirido una idea acosmística de usted, y tiene que ser curada!

Joe Holt rectificó.

—No se trata de una idea. Es una capacidad. Una capacidad psicomotriz.

El abuelo de Nancy dijo, alzando la voz:

—¿Nancy está enferma? ¿Enferma? ¿Y estáis hablando? Vamos!

Cogió un abrigo y se lo puso sobre el pijama. La lluvia arreciaba. Salieron corriendo de la casa y se amontonaron en el convertible de Joe, que partió a gran velocidad.

El abuelo de Nancy inquirió:

—¿Qué es lo que tiene? ¿Cuándo ha empezado?

—Les dice «uglidihú» a las cosas —jadeó el padre de Nancy—. ¡Y desaparecen! La hemos mandado a la cama, pero tenemos que curarla. ¡Piense en lo que puede hacer! ¡Dice «uglidihú»!

El abuelo de Nancy ladró:

—¿Uglidihú? ¿Qué pasa con decir uglidihú? ¡Yo digo uglidihú si me da la gana! ¡Yo le enseñé a Nancy a decirlo!

—Precisamente —dijo Joe Holt, tragando saliva—. Usted le enseñó que un penique desaparecía al ser pronunciada esa palabra. ¡Y ella lo creyó! Es... inmaterialismo idealista.

Se había vuelto para poder gesticular, y tuvo que aferrarse con ambas manos al volante para hacer girar el coche, que se encaminaba directamente al encuentro de un poste telegráfico.

—¡Fue el obispo Berkeley! —jadeó el padre de Nancy—. ¡Joe acaba de enseñármelo! ¡En un libro! El obispo Berkeley dice que la materia no puede existir sin mente. La mente tiene que percibirla para que exista. Ha sido un poderoso argumento durante muchos años. Locke, Hume, Kant, Hegel y compañía.

El automóvil se hundió en un bache, oculto por el agua de la lluvia. Unas cortinas de agua, como brillantes alas, se alzaron a ambos lados del vehículo.

—Esse —dijo Joe Holt, tragando saliva— *est percipi*. Si una cosa no es percibida por alguna mente en alguna parte, no existe. Pero cuando nosotros sabemos que algo existe, no podemos prescindir de su existencia, como idea. Nancy, sí. Cuando Nancy le dice «uglidihú» a algo, es capaz de pensar en ello como cesando de existir. De modo que cesa de existir. ¡Nadie más en el mundo, gracias a Dios, puede hacer eso! ¡Pero Nancy puede!

En el rugiente y goteante automóvil, el abuelo de Nancy miró suspicazmente a los empapados y nerviosos individuos que estaban a su lado. Sus cabellos blancos se erizaron.

—¡Y vosotros sois los que habéis venido a decirme que Nancy está enferma! —bramó. ¡Dos lunáticos!

Los dos lunáticos balbucieron más detalles. Absurdos detalles. Explicaron lo que tenía que hacer el abuelo. Luego, repentinamente, Joe Holt detuvo el automóvil delante de la casa de Nancy, con un gran chirrido de frenos. En aquel preciso instante dejó de llover. Los dos hombres más jóvenes saltaron del vehículo y echaron a correr hacia la casa. El abuelo de Nancy les siguió, más despacio. Al entrar, oyó la pregunta murmurada en voz baja:

—¿Está... está durmiendo, todavía?

—Sí —dijo la madre de Nancy con voz estrangulada. Abrazó al abuelo de Nancy—. ¡Papá! Me alegro mucho...

El saloncito estaba medio vacío. El piano había desaparecido. El jarrón casi-Ming... desde luego. El cuadro de encima de la repisa de la chimenea. Dos sillas. La alfombra.

—¡Estuvimos haciendo experimentos! —balbució Joe Holt desesperado—. Nancy hizo desaparecer el jarrón. No podíamos creerlo. De modo que le dije «uglidihú» al piano. Desapareció. Luego el cuadro. ¡Un juego muy divertido! Nancy tenía un aspecto radiante, diciendo «uglidihú». En un momento determinado me miró a mí... —Se estremeció violentamente.

Como es lógico, el abuelo de Nancy no podía creerlo. Pero la madre de Nancy

trató de convencerle. Los tres —los padres de Nancy y el psiquiatra— arguyeron históricamente. Sus voces subieron de tono.

Luego se oyó una risita en el umbral de la puerta. Allí estaba Nancy, sonriéndole al abuelo. Llevaba su pijama favorito, estampado con figuras de Mickey Mouse.

Tenía un aspecto soñoliento, pero se alegró mucho al ver a su abuelo.

—¡Hola, abuelo! dijo alegremente—. Me has despertado, ¿sabes? Puedo hacer magia, como tú me dijiste. ¿Quieres verlo?

Su abuelo tuvo un instante de espantosa duda. La madre de Nancy se había puesto muy pálida. El padre de Nancy se quedó sin habla. Joe Holt se retorció las manos.

—De momento —dijo el abuelo de Nancy, en tono apresurado—, puedes intentarlo con una cosa pequeña.

Con el infalible instinto de un abuelo, recordó que su abrigo estaba mojado. Lo dejó sobre una de las pocas sillas que quedaban, antes de coger en brazos a Nancy. Formaban una agradable pareja: el robusto anciano y la radiante niña, los dos en pijama.

—Supongamos dijo Joe Holt—, que haces desaparecer el abrigo de tu abuelo, ¿eh, Nancy?

Nancy dejó oír una risita. Luego, su voz pronunció las fatídicas sílabas. El abrigo del abuelo desapareció. El abuelo se sentó bruscamente. Nancy se deslizó desde sus brazos hasta sus rodillas.

Nancy dijo, cariñosa:

—¿Tienes frío, abuelo? ¡Estás temblando!

El abuelo de Nancy se estremeció. Luego dijo, con infinito cuidado:

—Sí, Nancy, tengo frío. No debía haberme quitado el abrigo. Lo necesito. ¿Quieres devolvérmelo, Nancy?

Nancy dijo, cariñosamente:

—No sé cómo hacerlo, abuelo...

—Tienes que decir... ejem... «uglidihú» para que vuelva, ¿sabes? Has hecho desaparecer mi abrigo, de modo que ahora tienes que hacer que vuelva. El «uglidihú» para que vuelva es... ejem... es...

—«Uglidihú» —dijo el padre de Nancy con voz ronca—. El uglidihú para que vuelva es «ublidihú». ¡Ublidigú!

Nancy meditó unos instantes, y se acurrucó contra su abuelo.

—¡Dilo tú, abuelo!

—Si yo lo digo no servirá para nada, —dijo su abuelo, con fingida jovialidad—. ¿Ves? ¡Ublidigú! Lo tienes que decir tú. Y, ahora... ¡Espera un momento, Nancy! Cuando lo digas, no lo digas solamente por mi abrigo; Dilo por todas las cosas a las que les dijiste «uglidibú», por todas al mismo tiempo, y volverán todas a la vez. Será muy divertido.

—No —dijo Nancy—. Charles me tiró tres veces el castillo de arena. Siempre me está molestando.

Joe Holt profirió un gemido.

La madre de Nancy murmuró suavemente:

—No volverá a hacerlo nunca más, querida. Sé buena, y di «ubí... ublidigú» a todas las cosas a las cuales dijiste la otra palabra. Hazlo por mamá, tesoro.

Nancy meditó de nuevo. Su madre le apretó la mano. Y, de pronto, sin entusiasmo, sin alegría, con una especie de resignado consentimiento, Nancy dijo:

Ublidigú.

Volvió el jarrón casi-Ming, y el abrigo de su abuelo, y el piano, y el cuadro de encima de la repisa de la chimenea, y la alfombra, y dos sillas. En el jardín se oyó el llanto de un chiquillo asustado. «¡Buaaaaaa!». Era Charles, que se encontró, de pronto, en la oscuridad, en un jardín mojado por la lluvia. Charles aulló. Los que estaban en casa de Nancy oyeron abrirse la puerta de la casa contigua y unas exclamaciones de alegría. La madre de Nancy cerró los ojos e imaginó otras exclamaciones: una mujer gorda apareciendo repentinamente en el departamento de bolsos de señora de unos grandes almacenes, cerrados al público. Una multitud de mujeres y niños bloqueados en el ascensor de los mismos almacenes, esperando que se hiciera de día. El vigilante nocturno de aquellos almacenes iba a recibir una sorpresa.

El agente de la autoridad que encontrara un dragón en medio de la calle recibiría también un buen susto, lo mismo que los detectives que estaban buscando a un chiquillo, el cual insistiría con terquedad en afirmar que no había estado en ninguna parte. Y diría la verdad.

Incluso una oruga, que había estado trepando por la muñeca de Nancy hasta que la niña dijo «uglidibú», tendría dificultades para encontrar un lugar apropiado para resguardarse de la lluvia. Daba la casualidad de que era una oruga diurna, y no estaba acostumbrada a salir de noche.

El abuelo de Nancy habló con gran cuidado:

—Me olvidé de decirte, Nancy, que ahora que has dicho «ublidigú», el decir «uglidibú» ya no tendrá efecto. Por eso no puedo pronunciar ya la palabra mágica. Pero a ti no te importa que las cosas no desaparezcan cuando digas «uglidibú», ¿verdad?

—¿No desaparecerán? —inquirió Nancy, decepcionada. En voz alta, dijo: ¡Uglidibú!

Su padre, su madre y Joe Holt dieron un respingo.

Pero no ocurrió nada. Nancy se acurrucó contra su abuelo. Suspiró. Cerró dulcemente los ojos. Se había quedado dormida.

No había retumbado el trueno, ni habían zigzagueado los relámpagos, cuando se inició el fenómeno más alarmante de la Historia. Pero, ahora que todo había terminado, brotaron los relámpagos, rugió el trueno y la lluvia empezó a caer de nuevo, a cántaros.

Como timbres de alarma

Robert Moore Williams

El joven guardián, Ve, estaba muy excitado. Había hecho un descubrimiento de tal magnitud que insistía en informar personalmente a Lor, el guardián jefe de aquel sector del universo.

Su superior inmediato le dijo que enviara el informe por conducto regular.

—Lor lo recibirá a su debido tiempo —dijo su superior—. Esas cosas no corren prisa. Hazlo sin prisas, y todo saldrá bien.

Ve no quiso escucharle. El conducto regular era bueno para los informes rutinarios —nivel de radiación de los diversos soles, paso de cometas, explosiones de supernovas, y cosas por el estilo—, pero aquel informe era importante, demasiado importante para que sufriera un retraso. Apeló al antiguo derecho de todos los guardianes a presentar personalmente sus informes a Lor si, al observar los mundos del espacio, notaban algo anormal.

Su superior suspiró. Ve era joven e impetuoso. Ve no había aprendido aún a través de la experiencia que todas las cosas suceden a su debido tiempo, y que, en realidad, es muy poco lo que se puede hacer en lo que a ellas respecta. Pero si Ve invocaba el derecho de los guardianes a presentar informes personales a Lor, tenía que permitirle cruzar la línea. Si Lor le despedía con cajas destempladas por molestarle con nimiedades sin importancia, Ve podría añadir aquella experiencia al acervo de sus conocimientos.

De modo que su superior firmó los pases necesarios y Ve fue acompañado a través de la jerarquía de mandos, a través del equivalente de capitanes, comandantes, coroneles y generales hasta ser introducido a presencia de Lor.

Lor no llevaba ningún emblema. Iba modestamente vestido, y parecía un obrero, quizás un vigilante de una sola estrella, pero Ve no necesitó ver al general de cinco estrellas que estaba a la derecha de Lor, ni al general de cinco estrellas que estaba a su izquierda —los generales de cinco estrellas eran utilizados como mensajeros—, para saber que se encontraba en presencia del jefe supremo. Ya que Lor estaba rodeado de un aura de autoridad. Parecía enorme, acostumbrado a mandar.

Lor estaba sentado ante su escritorio. Había un fruncimiento de concentración en su rostro mientras estudiaba las cifras extendidas delante suyo. No advirtió la presencia de Ve.

Ve esperó. Los generales de cinco estrellas le miraron sin verle. Ve se dio cuenta, súbitamente, de que los técnicos, segunda categoría, no se movían en el mismo plano que los generales de cinco estrellas. Y él había ido a hablar con Lor, que utilizaba a

aquellos generales como mensajeros.

Ve, inquieto mientras esperaba, deseó repentinamente no estar allí. Deseó haber seguido el consejo de su superior presentando su informe por conducto regular. Se retorció y se preguntó si podría salir de la estancia sin que Lor se diera cuenta. Empezó a deslizarse hacia la puerta.

El general que estaba a la derecha de Lor se enteró súbitamente de su existencia.

—Quédate donde estás —dijo.

Ve enrojeció.

—Yo... pensé...

—Y cállate —añadió el general.

Ve casi se mordió la lengua en su apresuramiento por cerrar la boca.

Lor levantó los ojos. Miró directamente a Ve.

—¿Qué deseas? —dijo.

Ve saludó rápidamente.

—Señor, he invocado el antiguo derecho de todos los guardianes...

—De no ser así, no estarías aquí —dijo Lor—. ¿Cuál es tu información? Estoy muy ocupado, como ya has podido ver.

Ve deseó que el suelo se abriera y le tragara.

—Señor, los bichos del Planeta Tres del Sistema Solar 31.941...

Lor parpadeó. Era evidente que no pensaba en lo que Ve estaba diciendo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Los bichos del Planeta Tres del Sistema Solar...

—¿Bichos? —inquirió Lor.

—Así fueron clasificados en el último informe, señor. El informe fue redactado por la última expedición regular que visitó su planeta, hace 4.200 años. Tiene prevista una inspección cada cinco mil años. Posiblemente, la próxima inspección podrá clasificarlos de un modo distinto, pero de momento están anotados como bichos.

Lor hizo un leve gesto con las manos. Un gesto de impaciencia por algo trivial.

—Eso no importa. La clasificación es probablemente correcta. ¿Dónde dices que están situados?

—En el Planeta Tres del Sistema Solar 31.941.

Lor enarcó las cejas.

—¿Y dónde está situado ese Sistema Solar? —inquirió.

Ve quedó boquiabierto por el asombro. Siempre había supuesto, no, le habían dicho específicamente una y otra vez en sus conferencias de adoctrinamiento, que Lor lo sabía todo. Le impresionó intensamente comprobar que Lor ni siquiera sabía dónde estaba situado el Sistema Solar 31.941.

—Bueno, está debajo de las Pléyades —dijo, buscando el modo de explicarle a Lor dónde estaba situado aquel sol y sus nueve planetas—. Al sur de Vega, y...

—Humm —murmuró Lor. Se volvió al general que estaba a su izquierda—. Tráeme el mapa estelar.

El general salió apresuradamente de la habitación. Regresó con el inmenso mapa que mostraba el emplazamiento de todos los soles de aquel sector del Universo. Al fin, Lor consiguió localizar el sistema solar 31.941.

—Aquí está —dijo—. Bueno, no son tan pequeños. ¿El tercer planeta del sol, dices? Tráeme una lupa.

Le entregaron una magnífica lupa. Examinó el mapa con ella durante un largo rato.

—Ahora veo el planeta —dijo, transcurridos unos instantes—. Tiene una sola luna. Bien.

Lor pareció complacido por haber localizado aquel sistema solar. Después de todo, era casi una hazaña haber podido localizar un único sol y nueve planetas circundantes, situados en una de las secciones menos pobladas del universo. El hecho de que aquel sol y sus planetas estuvieran señalados en los mapas indicaba una organización eficaz, lo cual resultaba muy agradable para el jefe supremo.

—Bueno —dijo Lor, alzando la mirada hacia Ve—. ¿Qué pasa con los animales de ese planeta que te ha inducido a presentarme un informe personal?

Ve respiró a fondo. Eso era lo que le había llevado allí, después de recorrer una cuarta parte del universo.

—Señor —dijo—. ¡Han descubierto la energía atómica!

A pesar de no ser más que un técnico de segunda categoría, Ve sabía lo importante que era aquella noticia. La energía atómica, la energía básica del universo. La raza que la poseyera podría trasladarse a cualquier parte y hacer cualquier cosa. No podrían hacerlo inmediatamente, pero una vez realizado el descubrimiento fundamental, todo lo demás llegaría por sus pasos contados.

Los bichos del Planeta Tres poseían la energía atómica.

Los rostros de los generales habían expresado una gran sorpresa cuando Ve habló. Incluso Lor pareció impresionado.

—No —dijo—. Debes de estar equivocado.

—No estoy equivocado —insistió Ve—. Cuando noté la primera vibración procedente de una lejana explosión atómica, llevé a cabo una minuciosa investigación. No cabe ninguna duda. Han conseguido liberar energía nuclear y mantener una reacción en cadena en uno de los elementos más pesados.

Ve se dio cuenta de que la noticia afectaba seriamente a Lor.

—¡Energía atómica! —exclamó Lor—. Eso significa que no tardarán en construir naves espaciales.

Ve asintió.

—Tienen una luna, señor, a la cual pueden llegar con naves espaciales rudimentarias. Y una vez alcancen su luna, no tardarán en volar por todo el sistema solar. Después, no pasará mucho tiempo sin que se presenten aquí.

—Sí —murmuró Lor—. Y cuando nos encuentren...

Ve comprendió la pregunta que se formaba en la mente de Lor. Se estremeció. Por algún motivo desconocido para él, se sentía atraído por los diminutos seres que vivían en el Planeta Tres. A pesar de estar clasificados como bichos, eran grandes en un sentido. A Ve le disgustaba tener que informar a Lor de lo que sabía acerca de ellos, pero tenía que hacerlo.

—¿Son una raza pacífica? —inquirió Lor.

Ve vaciló. Sacudió la cabeza.

—No —dijo—. No son pacíficos. Por el contrario, son muy aficionados a la guerra. Están luchando unos contra otros continuamente, declarándose la guerra por los motivos más nimios, o sin motivos.

Pudo ver el descontento que estas noticias provocaban en Lor. Los generales, en cambio, las acogieron con agrado.

—No llegarán hasta nosotros en seguida —dijo Lor, mirando a Ve—. ¿Crees, por lo que sabes de ellos, que habrán aprendido los caminos de la paz cuando estén en condiciones de llegar hasta nosotros?

Ve suspiró.

—No he visto nada en su historia que lo haga suponer —dijo.

—Entonces, tenemos que hacernos a la idea de que una nueva raza caerá sobre nosotros a través del espacio —observó Lor, con tristeza.

Los generales sonrieron.

En la oficina del jefe supremo se hizo un profundo silencio. Lor estaba meditando en el problema que acababa de presentárseles a los guardianes del espacio.

Ve pensaba también en aquel problema. Las palabras de Lor: «Una nueva raza caerá sobre nosotros a través del espacio» martilleaban incesantemente su cerebro. Poco a poco, empezó a captar el sentido de aquellas palabras. Significaban que los bichos del Planeta Tres cruzarían el espacio. Como eran una raza de guerreros, llegarían en grandes naves de combate, en cruceros espaciales de gran autonomía. Una patrulla de rápidas naves de exploración iría delante de ellos. Habría guerra.

Sólo podía haber guerra. Los bichos del Planeta Tres no conocían otra cosa. Confiar en que cambiaran sus instintos bélicos, era como esperar que el cielo se desplomara. Habían luchado durante tanto tiempo unos contra otros, que el luchar era en ellos una segunda naturaleza, algo que aceptaban sin pensar.

Los guardianes del espacio eran pacíficos. A pesar de que seguían manteniendo una organización militar, casi habían olvidado el propósito por el cual fue creada. Únicamente los generales recordaban cosas como aquéllas. Desde luego, los guardianes poseían grandes poderes, enormes poderes, pero si se permitía que los bichos crecieran demasiado, ni siquiera los grandes poderes de los guardianes bastarían para rechazarlos.

—¿Qué sugieres tú? —preguntó Lor, de pronto, mirando al general que estaba a su izquierda.

—Eliminarlos —respondió inmediatamente el general—. Antes de que alcancen la importancia suficiente para retornos, borrar su planeta de la faz del cielo. Una pequeña expedición puede encargarse del trabajo. Me ofrezco voluntario para conducirla.

—¡No! —exclamó Ve.

Lor le miró y le ignoró. Se volvió al general que estaba a su derecha.

—Y tú, ¿qué sugieres? —preguntó.

El general sonrió.

—Sugiero que esperemos un poco.

—¿Por qué? —preguntó Lor.

El general hizo un expresivo gesto con las manos.

—Si esperamos, se harán más fuertes. Destruirlos entonces será una prueba mucho mejor para nosotros. Desde luego, no sugiero que esperemos hasta que se hagan demasiado fuertes —se apresuró a añadir.

—¿Sólo lo suficientemente fuertes para permitirnos unas maniobras militares en gran escala? —preguntó Lor.

—Algo por el estilo —respondió el general que estaba a su derecha—. Puedo organizar un equipo especial que elabore los planes para su destrucción en cuanto sean tan fuertes que su aniquilamiento no resulte un juego de niños.

—Hum —murmuró Lor.

En su rostro no se reflejaba la menor satisfacción. Miró a los dos generales con expresión pensativa, y luego se volvió hacia Ve.

—Me ha parecido comprender, por tu exclamación, que no apruebas la destrucción de esos bichos —dijo.

Los dos generales estaban mirando a Ve con fijeza. Le estaban viendo, no había duda. La expresión de sus rostros le dijo a Ve lo que le harían si se atrevía a oponerse a sus planes.

Tomó aliento.

—No, señor —dijo.

No miró a los generales. Miró únicamente a Lor.

—¿Por qué? —preguntó Lor.

Era una pregunta que Ve no podía contestar. Pero trató de encontrar una respuesta. Pensó en los pequeños seres del Planeta Tres. Mientras atendía a sus obligaciones, había tenido ocasión de observarlos de cerca. Les había visto realizar cosas excelentes, cosas audaces. Les había visto enfrentarse con un planeta poblado de bestias enormes, de enmarañadas selvas, de estériles desiertos. Les había visto enfrentarse con el hielo de los polos, con el oscuro horror de los grandes océanos. Les había visto hacer aquellas cosas sabiendo que las bestias podían matarles, que la selva podía estrangularles, que los polos podían helarles, que los desiertos podían achicharrarles. Les había visto enfrentarse con la muerte en mil formas distintas, sin

temblar. Para Ve, había cierta grandeza en ellos, en su obstinación en seguir adelante, en su no darse nunca por vencidos.

Pero ése no era el motivo de que no deseara que fueran destruidos; no el único motivo, al menos. Y sabía que los generales no aceptarían ningún motivo. Ya que, indiscutiblemente, unos bichos poseedores de la energía atómica eran unos bichos peligrosos. Ve sacudió la cabeza.

—Ignoro el motivo, señor —dijo.

—Hay que destruirlos ahora —apremió el general que estaba a la izquierda de Lor.

—Es preferible esperar un poco y luego destruirlos —dijo el general de la derecha.

—No sé si podemos destruirlos —dijo Lor.

—¿Eh? —exclamaron a dúo los sorprendidos generales—. Nosotros tenemos el poder.

—Hay implicado algo más que poder —dijo Lor.

Se volvió hacia Ve.

—Dime —inquirió—, ¿han descubierto la energía atómica por sí mismos? ¿Es un secreto que han arrancado a la naturaleza por su propia inteligencia, o han obtenido alguna ayuda para conseguirlo?

Ve no pudo comprender el alcance de aquellas preguntas. Los generales lo comprendieron, y miraron a Ve.

—Han obtenido ayuda para conseguirlo —dijeron los generales—. ¿No es cierto? Han obtenido ayuda.

—No —dijo Ve. Nadie les ha ayudado. Lo han descubierto por si mismos.

Lor miró a sus dos generales.

—Entonces, esto responde a vuestras preguntas. Si han hecho el descubrimiento por sí mismos, no podemos destruirles para protegernos. Existe una ley del universo que dice que una raza o una especie que consiga un adelanto por su propia inteligencia, por su propia fuerza, no será destruida sólo por el descubrimiento que ha hecho. De no ser así, la evolución en los mundos del espacio se interrumpiría.

Los generales escucharon aquellas palabras con el ceño fruncido.

—Seguramente, la ley no rige para los bichos —sugirió uno de ellos.

—La ley rige para todas las formas de vida —replicó Lor—. No olvidéis que hay guardianes que nos vigilan a nosotros, del mismo modo que nosotros vigilamos a los seres que están por debajo nuestro. Si quebrantamos su ley, nos condenaremos a nosotros mismos.

Lor sacudió la cabeza. Un gesto definitivo.

Ve contempló a su jefe, intrigado. Allí había alta política, que él ni siquiera había empezado a comprender. Sabía, desde luego, que existían poderes más elevados que los guardianes del universo, pero no se le había ocurrido que aquellos poderes más elevados pudieran estar interesados en los bichos. Al parecer, lo estaban. Al parecer,

su protección se extendía sobre todas las formas de vida, incluso sobre los seres del Planeta Tres.

Ve se sintió mejor. La destrucción inmediata estaba descartada. Esto era seguro. Lor lo había dicho así.

—No podemos emprender ninguna acción contra ellos —continuó Lor—. La ley les protege. Pero la ley también prevé determinadas protecciones para nosotros, establece determinadas salvaguardias. Durante los siglos que han de transcurrir antes de que los bichos lleguen hasta nosotros, esas salvaguardias tendrán tiempo más que suficiente para actuar.

Sus dedos tamborilearon, impacientes, sobre el escritorio. El descubrimiento de la energía atómica le enfrentaba con un grave problema. Estaba prohibido destruir a los seres que hablan efectuado el descubrimiento, pero, si no les destruía, podía verse obligado eventualmente a luchar contra ellos.

Lor miró al general que estaba a su izquierda.

—Prepara el equipo de exploración de probabilidades para que empiece a funcionar inmediatamente —dijo—. Que lo enfoquen sobre ese planeta donde se desenvuelven los bichos. Aunque no los destruyamos ahora, antes de que hayan tenido una oportunidad para desarrollar el descubrimiento que han hecho, podemos enterarnos si tendremos que destruirlos o no en el futuro. La ley les concede tiempo para su desarrollo. Si no utilizan ese tiempo provechosamente, podríamos eliminarlos alegando incompetencia.

—Enterado, señor —respondió el general.

Mientras el general salía de la estancia, Lor se volvió hacia Ve.

—Examinaremos los diversos caminos que esa raza puede seguir en el futuro —explicó—. Veremos si las salvaguardias funcionan. Como recompensa por tu diligencia en informarme acerca del descubrimiento de la energía atómica, puedes venir con nosotros y ver lo que el futuro reserva a los bichos del Planeta Tres.

Ve siguió a Lor al sector del cuartel general donde estaba instalada la máquina de probabilidades. Nunca había visto aquella máquina, pero conocía la teoría en que se basaba su funcionamiento. Dicho en pocas palabras, era una máquina que revelaba los futuros. No el futuro, sino los futuros, los distintos caminos que un planeta, una raza o un individuo podían seguir.

Cuando entraron en la amplia habitación donde se encontraba la máquina de los futuros, Ve se dio cuenta de la intensa agitación que reinaba a su alrededor. La máquina no era utilizada con frecuencia. Ahora que había sido ordenado su funcionamiento, los técnicos se afanaban en ponerla a punto. Numerosas baterías de calculadores estaban siendo encendidas y comprobadas. Un equipo de bibliotecarios estaba reuniendo la información necesaria acerca del Planeta Tres del Sistema Solar 31.941, información que tenía que ser suministrada a la enorme máquina antes de que

podiera calcular y exponer los diversos futuros que se abrían ante el planeta y ante la raza que lo habitaba.

—Estamos preparados, señor —informó un general—. Si quiere pasar a la sala de visionamiento...

Cuando estuvieron sentados en la sala de visionamiento, todas las luces se apagaron. La oscuridad era absoluta. Toda claridad, toda radiación de cualquier tipo, habían sido eliminadas de aquella sala, incluidos los rayos cósmicos.

—Hemos llegado ya a la conclusión de que el Planeta Tres del Sistema Solar 31.941 tiene tres posibles futuros —dijo la voz de un técnico en la oscuridad—. Pueden existir otros, pero hemos descubierto las tres potencialidades más importantes, los tres caminos que el planeta puede seguir en el futuro. A continuación va a ser explorado el camino número uno.

Se oyó un suave chasquido en la oscuridad, y un sonido sibilante que se apagó rápidamente. Ve sabía que la máquina de los futuros estaba emitiendo intensas corrientes de energía etérea, que se movían a una velocidad varias veces superior a la de la luz y que estaban concentradas sobre el Planeta Tres, explorándolo. Aquellos rayos de energía estaban pesando, midiendo todo el sistema solar, y enviando datos a la máquina.

En la parte delantera de la sala, la oscuridad se aclaró. Empezó a formarse un cuadro, el cuadro de un sol y nueve pequeños planetas subalternos, en miniatura. Tal como era proyectado por la máquina de los futuros, el sistema solar parecía un hermoso juguete capaz de entusiasmar a un chiquillo, pero Ve sabía que aquello era solamente un cuadro, y que la realidad era muy distinta. Había visto de cerca a aquel sol de juguete. Conocía la enorme radiación que desprendía. Aunque en la pantalla pareciera un juguete para niños, Ve sabía lo inmenso que era, allí, en las inexploradas profundidades del espacio.

—Camino número uno, formándose —anunció la voz del técnico.

El pequeño sistema solar empezó a moverse. El movimiento se hizo más rápido a medida que la máquina avanzaba en el Tiempo buscando una de las probabilidades del sistema.

Luego, el sistema solar desapareció y en la pantalla quedó un solo planeta, el Planeta Tres.

El Planeta Tres flotaba en el espacio, un hermoso globo de forma redondeada. Aumentando de tamaño en la pantalla, se hizo visible el azul oscuro de sus mares, el pardo de sus desiertos, el verde de sus fértiles valles y llanuras. Las blancas caperuzas polares resplandecieron bajo los rayos de aquel lejano sol.

Era un espectáculo maravilloso. Ve se removió en su asiento, emocionado por aquella belleza. Incluso Lor, que permanecía muy quieto, mirando con profunda atención, pareció impresionado por la belleza de la escena.

El Tiempo pasaba rápidamente sobre el planeta. Los años discurrían como

segundos. Ve miraba atentamente, buscando alguna señal de actividad.

Sucedió en un abrir y cerrar de ojos.

Se produjo una cegadora explosión.

La pantalla se iluminó súbitamente en un infierno de resplandores blancos, mientras el Planeta Tres estallaba.

Una bomba brilló en el cielo.

Ve se olvidó de respirar.

La pantalla se oscureció.

Lor se removió en su asiento.

—Ése es un posible futuro —dijo, lentamente—. Después de descubrir la energía atómica, empiezan a experimentar con los elementos más ligeros. Provocan una reacción en cadena, probablemente a base del átomo de hidrógeno, que hace estallar todo el planeta.

Uno de los posibles futuros del Planeta Tres era la desintegración. El que llegara o no aquel futuro dependía de la forma en que utilizaran el nuevo poder que habían descubierto. Si lo utilizaban de un modo, se volarían a sí mismos y a su planeta antes de que pudieran darse cuenta de lo que sucedía.

—La posibilidad de que hagan volar su propio planeta es una de las salvaguardias que he mencionado —dijo Lor—. Si siguen ese camino, no tenemos nada que temer de ellos.

Pero, ¿seguirían aquel camino?

Ve no sabía el camino que seguirían, ni lo sabía ninguno de los guardianes, ni siquiera el propio Lor. Aquel camino era solamente un futuro potencial, algo que podía suceder. Pero había otros caminos.

Se oyó de nuevo el sonido sibilante, y de nuevo brillaron en la pantalla los nueve pequeños planetas y su sol, como juguetes capaces de entusiasmar a un chiquillo.

—Camino número dos —anunció la voz del técnico.

Ve miró atentamente.

El Planeta Tres aumentó de tamaño en la pantalla, tan hermoso como siempre. Se produjo un movimiento en el aire, encima del planeta. Ve aguzó la mirada para ver lo que estaba sucediendo.

—¡Guerra! —susurró Lor.

Entonces, Ve vio lo que era aquel movimiento. Bandadas naves cruzaban el aire. En el cielo se estaban produciendo unas feroces luchas. Las naves se embestían y destruían mutuamente. Vio desaparecer ciudades enteras.

Vio el final de la guerra.

Una a una, las naves desaparecieron.

Las ciudades cesaron de desintegrarse.

Ve esperó ver lo que sucedería cuando la guerra hubiera terminado.

Esperó y esperó.

No sucedió nada.

—Acercad más el foco —ordenó Lor.

Los técnicos obedecieron. En la pantalla, el planeta aumentó todavía más de tamaño.

Ve vio lo que había sucedido.

El Planeta Tres estaba muerto. Las ruinas de las ciudades yacían bajo un cielo vacío. Las carreteras estaban desiertas. Los campos aparecían desnudos.

Los ríos discurrían, los mares brillaban al sol, los vientos soplaban, pero en el mundo no había ninguna vida visible. Ninguna forma de vida.

Ningún animal se movía, ninguna vegetación brotaba del suelo.

—Veo lo que ha sucedido —dijo Lor—. Han lanzado un gas radiactivo, tratando de matar a sus enemigos. El gas se ha esparcido a través de toda la atmósfera y ha matado a todas las cosas vivientes del planeta. Un importante producto de la desintegración atómica es la radiactividad...

Ve sabía lo mortíferas que eran las emanaciones radiactivas de la gente del Planeta Tres. Habían hecho una guerra, contaminando de radiactividad toda la atmósfera, destruyéndose a sí mismos.

—Si siguen el segundo camino, no tenemos nada que temer de ellos —dijo Lor—. Nuestra salvaguardia funciona.

El pequeño mundo giraba sin vida en el tranquilo cielo. Eventualmente, cuando hubieran transcurrido unos centenares de siglos, los gases radiactivos se desvanecerían y la vida brotaría de nuevo, para volver a iniciar el largo proceso evolutivo.

Pero aquello costaría millares de años.

—Existen otros caminos —dijo Ve en tono esperanzado.

Era evidente que confiaba en que los habitantes del Planeta Tres seguirían otro camino, escogerían otro futuro, y se salvarían a sí mismos de la destrucción.

—El técnico dijo que había por lo menos otro futuro potencial importante —dijo Ve.

En la oscuridad, se daba cuenta de que Lor le estaba mirando.

—Creo —dijo Lor—, creo que en lo íntimo de tu ser esperas que consigan dominar la energía atómica y eventualmente se lancen contra nosotros.

—No —se apresuró a responder Ve—. Nada de eso.

En lo más íntimo de su ser, le disgustaba ver a aquellos pequeños seres, aunque estuvieran clasificados como bichos, destruyéndose a sí mismos y destruyendo a su mundo. Y ahora sabía por qué no quería verles destruidos. ¡Le atraían a causa de su osadía!

¡Se atrevían a manejar el átomo! Sabiendo que podía destruirles, se atrevían a manejarlo y a investigar sus secretos. Era toda una hazaña. ¡Unos seres tan osados y tan valientes no debían desaparecer del universo!

—Camino número tres, formándose —anunció el técnico.

De nuevo danzaron en el cielo el sol y sus planetas.

Ve contuvo el aliento. Había otro camino que podían seguir en el futuro. ¿Escaparían a la destrucción si seguían este camino? Ve lo ignoraba, pero casi no se atrevía a mirar.

Otra vez la guerra ardió en el planeta, espantosa, terrible, una guerra total.

—¿No aprenderán nunca? —inquirió Ve, pronunciando las palabras casi involuntariamente—. ¿No aprenderán nunca a evitar la guerra? ¿Será siempre una parte de su cultura? ¿No aprenderán nunca que la guerra y la energía atómica no pueden mezclarse?

A lo largo del camino tres se extendía la guerra.

El foco se acercó más y Ve contempló el comienzo de la destrucción. Vio derrumbarse las orgullosas ciudades, vio caer del cielo la lluvia mortífera, vio abrirse enormes agujeros en la martirizada corteza del planeta a medida que los proyectiles atómicos se hundían en busca de las ciudades que habían sido construidas bajo tierra. Esperó, preguntándose cómo se destruirían a sí mismos esta vez.

El átomo podía ser mal empleado de muchas formas. ¡Había tantas cosas que podían hacerse equivocadamente con él!

Lor había llamado a las cosas que podían hacerse equivocadamente con el átomo «salvaguardias», y desde el punto de vista de los guardianes, desde el punto de vista de la gran raza que vigilaba el espacio eran salvaguardias, pero desde el punto de vista de los pequeños seres que habitaban el Planeta Tres eran trampas que conducían a la muerte repentina, a la destrucción total.

Ve miró, sin atreverse a respirar.

La guerra terminó.

El planeta no estaba destruido.

No había ninguna ciudad en pie. La población había quedado reducida a una cuarta parte de lo que era antes de empezar la lucha, inapreciables recursos naturales habían desaparecido para siempre.

Pero la guerra había terminado.

Y el Planeta Tres continuaba en el cielo, y continuaba estando habitado. Ciertamente, la mayoría de los bichos habían muerto, pero habían quedado bastantes vivos.

Ve se dio cuenta de que Lor estaba muy inquieto.

Se dio cuenta de que los generales tenían una expresión vigilante.

La salvaguardia de los guardianes había fallado. Los habitantes del Planeta Tres no habían hecho estallar su mundo, ni se habían destruido a sí mismos.

Manejando el átomo, habían aprendido a dominarlo.

Ése era el motivo de la inquietud de Lor.

El Tiempo corrió rápidamente sobre la pantalla, revelando el futuro de aquella raza, revelando un posible futuro.

La raza empezó a edificar de nuevo.

No edificaban ciudades. Vivían en pequeños grupos, parecían controlar su

número a fin de no sobrepasar sus posibilidades en el terreno de los alimentos. ¡Y seguían adelante, unidos!

No luchaban.

Construían.

Ve vio que empezaban a construir naves espaciales.

Vio la primera nave que despegaba del planeta.

Los técnicos, variando rápidamente el foco de la máquina de los futuros, siguieron el vuelo de aquella nave espacial.

Ve vio que la nave aterrizaba en la luna del planeta.

Supo, entonces, que el primer paso había sido dado.

Supo por qué Lor estaba ahora tan inquieto, por qué los generales permanecían tan vigilantes.

El camino número tres conducía a la conquista del espacio, conducía eventualmente a los lugares donde moraban los guardianes.

El discurrir del Tiempo reveló la construcción de pistas de aterrizaje en la luna, el establecimiento de un tráfico regular, los grandes aprovisionamientos de nuevas materias primas, minerales de todas clases, extraídos del satélite.

Aquella raza ya disponía de suministros adecuados.

Las naves espaciales empezaron a despegar de la luna. Empezaron a volar hacia los planetas. Volaban pacíficamente, a través de las inmensidades del espacio.

—Es suficiente —dijo Lor—. Detened la máquina.

La sala volvió a iluminarse. Ve y los generales siguieron a Lor cuando éste salió de aquel sector del cuartel general donde se albergaba la máquina de los futuros, para regresar a su despacho.

Lor se acercó a la ventana y miró al exterior.

Su ventana se abría al espacio, a la inmensidad de la nada que se extendía entre los mundos. Lor contempló aquel espacio, sin hablar.

La mente de Ve giraba alrededor de una idea central.

—¿Qué camino seguirán, señor? —preguntó tímidamente. En la amplia estancia reinaba un profundo silencio.

—Lo ignoro —respondió Lor—. Tendrán que escogerlo por sí mismos.

El silencio se hizo más pesado.

—Pero, yo creo —continuó Lor al cabo de unos instantes—, creo que será mejor que nos preparemos para recibir visitantes algún día.

El corazón de Ve brincó al oír aquellas palabras.

—Entonces, ¿cree que seguirán el camino número tres? —inquirió.

—Opino que sí —respondió Lor.

Los generales parecieron repentinamente excitados.

—Así que deberemos preparar nuestras defensas —dijeron.

—No —replicó Lor.

Los generales se quedaron contemplándole, asombrados.

—No necesitamos ninguna defensa —continuó Lor—. El único camino que conduce hasta nosotros es, después de un inicial periodo de conflicto, un camino pacífico. Todos los otros caminos conducen a la destrucción. El único camino que conduce hasta nosotros es el camino de la paz. No necesitaremos ninguna defensa contra unos seres que llegarán en son de paz.

Los generales permanecieron silenciosos.

En su interior, Ve se sintió feliz. Aquellos pequeños seres que se atrevían a manejar el átomo no estaban desahuciados: había aún esperanza para ellos.

—Haremos preparativos para recibirles —dijo Lor—. Llegarán hasta nosotros, en son de paz, cuando se hayan dominado a sí mismos y hayan dominado todos los caminos del universo.

Había algo profético en el tono majestuoso de su voz.

—¿Quién sabe? —continuó—. Quizás en alguna época futura podrán ocupar nuestros lugares aquí, como guardianes de este sector del universo, en tanto que nosotros ascendemos a mayores glorias. Éste, creo, es su destino.

Su voz se apagó. Ve permaneció silencioso. Los generales permanecieron silenciosos.

Muy lejos, a través de las vastas profundidades del espacio, los bichos del Planeta Tres trabajaban en su bomba atómica.

Al fin del tiempo

Robert Moore Williams

Los guías indígenas venusinos, tensos por el miedo a algo que no podían o no querían nombrar, habían penetrado en aquella región con evidente repugnancia. Thorndyke, que no sentía el menor respeto por las supersticiones, fue lo bastante inteligente como para no intimidarles. Por el contrario, les encandiló hablándoles del *atjol*, la fuerte bebida indígena, que podrían comprar con sus salarios, y ellos habían vuelto a ponerse en marcha, avanzando hacia la abrupta región montañosa de las tierras cálidas. Luego, cuando se hizo evidente que su destino era realmente la llanura que ellos llamaban Kith-kal-sar, la montaña que canta, los guías habían sostenido un conciliábulo y habían decidido actuar por su cuenta, sin decirle nada a su patrón. A la mañana siguiente, al despertarse, Thorndyke descubrió que todos los hombres que tomaban parte en el safari, porteadores, guías, cocineros, etc., habían desaparecido durante la noche.

Thorndyke era bajo y robusto, nudoso como un olmo, y aunque estaba considerado como uno de los más eminentes psicólogos de la Tierra, al verle por primera vez cualquiera le hubiese tomado por un pirata. Algunas mujeres asustadizas se habían desmayado al verle. Los ejemplares más fuertes, al encontrarse con él, buscaban mentalmente un mazo de baseball u otra arma por el estilo, para tenerla a mano en caso necesario. Hacía mucho tiempo que Thorndyke había aceptado el hecho de que no era atractivo, y en lo que respecta a la opinión de los miembros femeninos del orden de los mamíferos, le tenían completamente sin cuidado. O cualquier otra opinión. Thorndyke era un pequeño universo en sí mismo, con sus propias leyes naturales, las cuales elaboraba a medida que avanzaba por la vida.

La mayoría de los hombres, abandonados por sus guías y ayudantes en medio de las tierras cálidas, hubieran renunciado a la empresa que les había llevado hasta allí y emprendido el camino de regreso. Thorndyke, actuando de acuerdo con sus propias leyes, dedicó cinco minutos a maldecir; luego escogió un rifle ligero que arrojaba una carga capaz de detener a un garo o a un gato-caimán, añadió un paquete de provisiones y medicamentos, y se encaminó directamente hacia Kith-kal-sar.

En su mente, el objetivo que se había propuesto era lo bastante importante como para justificar el riesgo. El objetivo no era la riqueza ni la gloria. Era una canción.

En la Tierra, donde la canción estaba siendo interpretada, era llamada *Viaje al Fin del Tiempo*. Aunque nadie en la Tierra sabía cómo, lo cierto era que la música procedía de Venus, anotada como canción indígena. En la Tierra, había sido sometida a la atención de un famoso director de orquesta, que había captado las posibilidades

de la pieza. El director de orquesta había efectuado una adaptación, a fin de que las notas, un tono y medio altas, pudieran ser emitidas por instrumentos musicales humanos. Indiscutiblemente, la música había perdido mucho con la adaptación. Por desgracia, aún quedaba mucho en ella, y todo malo.

El primer efecto era de tristeza. El segundo, una profunda melancolía. El tercero..., desorientación. Una desorientación que podía adoptar la forma de asesinato, locura, suicidio... La primera y última vez que el número había sido interpretado a través de la radio, más de cien personas murieron violentamente. Al parecer, cualquier tendencia peligrosa existente ya en la mente humana era acentuada por la música.

Después de una audición, el Departamento de Sanidad ordenó la inmediata retirada del número de los programas radiofónicos. Pero existían grabaciones magnetofónicas, que eran interpretadas clandestinamente en pequeños clubs nocturnos de dudosa reputación y en orgías secretas.

La música hacía estallar algo en la mente; provocaba una enfermedad espiritual. Recordando las enfermedades que habían aparecido en la Tierra, traídas de otros planetas por los primeros navegantes interplanetarios, y las rigurosas medidas que habían tenido que adoptarse entonces, las Naciones Unidas habían actuado como lo hubieran hecho si una nueva enfermedad extraterrestre hubiera aparecido sobre la Tierra: enviando una tripulación de médicos y bacteriólogos al foco de origen de la enfermedad, para aislar el germen y combatirlo.

Si, suavizada por la adaptación, desfigurada por instrumentos musicales de otro mundo, poseía tanto poder, ¿cuál sería el efecto de la música en su original, tal como era interpretada en Venus? Este problema les preocupaba. Aunque había otros inquietantes problemas que les preocupaba todavía más.

Thorndyke era un miembro de la expedición que trataba de localizar el origen de la música. La investigación había sido difícil. Las tribus venusianas que vivían alrededor de los espaciopuertos no reconocían la música, tal como la interpretaban los instrumentos terrestres, o se negaban a confesar que la reconocían. Algunos rumores habían señalado como posible fuente de la música al lugar conocido como Kith-kalsar, la montaña que canta, en las tierras cálidas.

Mientras cruzaba la ladera de una abrupta colina, a cuyos pies se abrían grandes charcas de agua pantanosa y barro, el pie de Thorndyke resbaló. Trató de evitar la caída, fracasó, y rodó ladera abajo. Aterrizó en una de las charcas.

Cuando salió a la superficie, divisó un tronco que estaba anclado al fondo y se agarró a él, flotando, sin mover ni un solo músculo. Sabía lo suficiente acerca de los garos, los cocodrilos de los pantanos, para quedarse quieto.

Su caída en la charca había despertado al garo. Si se movía, las vibraciones de aquel movimiento serían transmitidas a través del agua, el garo las captaría y saldría a investigar qué clase de alimento había caído en su cafetería particular.

Irguiendo su cabeza, el garo trató de localizar la fuente del chapoteo que le había

despertado.

Los animales que caían en la charca siempre chapoteaban cuando intentaban salir de ella.

Thorndyke no chapoteó. Tal vez el garo volvería a su sueño. Entonces, el hombre podría deslizarse pulgada a pulgada a lo largo del tronco, hasta alcanzar la orilla.

Y tal vez no podría.

¡Cebo de cocodrilo!, pensó Thorndyke amargamente.

El garo sabía que en la charca había algo; dadas las circunstancias, el monstruo no tenía intención de volver a su sueño. Thorndyke pudo ver al animal irguiéndose y mirando a su alrededor, tratando de comprobar con sus débiles ojos si había algo comestible a la vista. El garo no podía ver de lejos ni demasiado bien. Gruñó, inquisitivamente. Thorndyke no respondió al gruñido.

La cálida tarde era tranquila. La luz del sol brillaba a través de una abertura de las nubes. En alguna parte de la selva, un pájaro de la lluvia gorjeó. Una libélula con alas iridiscentes de un pie de longitud voló por encima de la charca. Thorndyke tuvo conciencia de un sonido... en alguna parte. Llegaba de alguna parte de la ladera y se iba haciendo más intenso: como un afinado coro. Las profundas voces de los bajos rugieron un canto hasta que la selva entera pareció hacerle eco.

Al escucharlo, Thorndyke sintió surgir en su interior un furor repentino, irracional. El fragor de la batalla, el chocar de las espadas contra los escudos, el grito de los vencedores, el sollozo de los vencidos, todo estaba en aquella música. Thorndyke sintió que el odio se levantaba en él, odio al enemigo. Los latidos de su corazón se hicieron más apresurados.

Se dio cuenta, vagamente, de que estaba escuchando una canción semejante a *Viaje al Fin del Tiempo*. Era una canción distinta, escrita para un objetivo distinto, pero brotaba de la misma fuente. El primer efecto de aquella música salvaje era la rabia. El segundo efecto era... alucinación. Como si su mente fuera una pantalla cinematográfica y una película nueva hubiera sido empalmada en medio de una vieja cinta, la alucinación golpeó a Thorndyke.

La charca de agua pantanosa, con el inquieto garo en la orilla, se borró instantáneamente. Sus ojos parecieron desconectarse de sí mismos. Su cerebro contempló una nueva escena. Se vio en un lugar que sabía inexistente, excepto en su imaginación.

Estaba sentado en un hermoso salón, enfrente de un gran ventanal. A través del ventanal divisaba un impresionante paisaje de montañas coronadas de nieve que se extendían en la distancia. Le recordaron las Rocosas, en Colorado. Eran tan reales, que Thorndyke podía haber jurado que las estaba viendo. En su mano había un vaso tan real que pudo saborear la fumosidad del whisky, y sentada a su lado estaba una mujer. No pudo distinguir claramente sus facciones, pero la sabía muy cerca y muy querida para él.

¡Una mujer! Por éste solo hecho, Thorndyke supo que estaba soñando.

Mientras la música se dejó oír, la ilusión perduró. Cuando la música cesó, la ilusión se desvaneció. Thorndyke, atragantándose, vio que continuaba agarrado al tronco. El garo abandonaba el banco de arena para recorrer la charca en su busca, pero el hombre no se dio cuenta de aquel hecho. Su atención estaba concentrada en lo que ocurría en la ladera de la colina.

Había músicos allí. Un grupo de hombres pequeñitos, de unos tres pies de estatura. Eran muy parecidos a los pigmeos, a los desaparecidos bosquimanos del *veld* de Sudáfrica, unos hombres pequeñitos, casi desnudos, de vientres abultados. Thorndyke les vio fugazmente escurriéndose a través de los árboles, emitiendo agonizantes aullidos con sus voces de bajo. Vio por qué corrían, por qué estaban alarmados.

Una mujer humana iba detrás de ellos. En la mano derecha llevaba una delgada y flexible rama de árbol, y golpeaba con ella a su alrededor con toda la fuerza de su brazo.

Por espacio de un segundo, Thorndyke se quedó boquiabierto ante aquel sorprendente espectáculo; luego volvió a adquirir conciencia de su propia situación y su voz se alzó en un aullido.

Al oírlo, la mujer dejó caer la fusta y miró a su alrededor. Localizó a Thorndyke en la charca.

—¡Eh, cuidado! ¡En esas aguas hay un garo! —gritó la muchacha.

—Ya lo sé —respondió Thorndyke—. Si me muevo, me localizará.

—No se mueva —gritó la mujer.

Descendió corriendo la ladera. Como un mono, trepó a un árbol de tronco delgado que crecía a orillas del agua. El árbol se dobló bajo su peso. Haciendo chapotear sus pies en el agua, la mujer empezó a gritarle a Thorndyke:

—¡Nade, estúpido, mientras atraigo al garo hasta aquí!

El cocodrilo de los pantanos, convencido de que había localizado el alimento que había caído en su charca, se dirigió directamente hacia ella. La mujer sacó los pies del agua antes de que emergiera el feo hocico.

Thorndyke no había recibido nunca lecciones de natación, pero en aquel momento no le hicieron falta. Tragando agua y lodo, consiguió llegar a la orilla. La muchacha descendió del árbol y se acercó a él.

La expresión de su rostro indicó claramente que, una vez vio a Thorndyke, lamentaba haber privado al inocente cocodrilo de su cena.

A Thorndyke no le importó aquella reacción. Estaba acostumbrado a ella. La muchacha era pecosa, y tenía el pelo castaño y los ojos del color de los cielos de la Tierra. El psicólogo simpatizó con ella inmediatamente.

—No puedo evitar mi fealdad —dijo—. Son cosas de la herencia.

Sonrió.

Sorprendentemente, la muchacha le devolvió la sonrisa.

—¿De dónde viene? ¿Qué está haciendo aquí? ¿Quién es usted? ¿Qué estaba haciendo en esa charca? ¿Pescando?

—Una pregunta cada vez —respondió Thorndyke. Descolgó la mochila que llevaba a la espalda, la volvió boca abajo para que saliera el agua—. Soy Jim Thorndyke.

—Yo soy Neva August —respondió la muchacha—. Mi padre es misionero.

—¿Y está aquí?

La muchacha asintió.

A Thorndyke nunca habían dejado de asombrarle los lugares que los misioneros escogían para su labor evangelizadora, pero las tierras cálidas de Venus era el último de los lugares donde hubiera esperado encontrar uno.

A continuación le dijo a la muchacha lo que estaba haciendo en Venus.

Ella le escuchó con una expresión de sorpresa, que paulatinamente fue convirtiéndose en temor.

—¿La música de Noro ha llegado a la Tierra? —inquirió—. Entonces, Haswell escapó, después de todo.

—¿Quién es Haswell?

—Un buscador de minas, o por lo menos eso dijo que era. Estuvo aquí con nosotros una temporada. Efectuó algunas grabaciones de la música Noro, y luego desapareció. No sabía lo que le había sucedido, pero pensé que los Noros... —Hizo una pausa—. Ellos se oponían a que grabara su música, y creí...

—¿Que habían echado a Haswell de cabeza a un pantano? —preguntó Thorndyke.

—Bueno, algo por el estilo.

—¿Quiénes son los Noros?

—Olvidé que usted no les conoce.

La muchacha extendió la mirada hacia los árboles que poblaban la ladera de la colina. Su voz se alzó en una serie de notas profundas.

Casi inmediatamente empezaron a reunirse a su alrededor, vacilantes, asustados, mirando a Thorndyke con expresión de recelo, los pigmeos de los pantanos de las tierras cálidas. Aquéllos eran los músicos de Venus.

—Están furiosos conmigo —dijo Neva—. He evitado una guerra entre ellos. Están furiosos y agradecidos al mismo tiempo por ese motivo.

—¿Ha evitado usted una guerra? —preguntó Thorndyke, intrigado—. ¿Cómo?

—Con una fusta —respondió Neva—. Sé que pensará usted que una guerra que puede ser evitada con una fusta no tendrá mucha importancia, pero para los Noros la tiene.

—No veo que lleven armas —dijo Thorndyke.

—Tienen el Canto de Guerra —dijo la muchacha—. Es más que suficiente.

—¿Eh?

Neva le miró pensativamente, como si estuviera sopesando lo que podía decirle.

—Adelante —dijo Thorndyke—. Estoy dispuesto a creer cualquier cosa. ¿Cómo puede servir de arma una canción?

—Lo ignoro, pero lo es. Había dos bandas de Noros, y se disponían a luchar una contra otra con aquel canto y nada más. Cuando terminaran, una de las dos bandas habría quedado aniquilada. Lo he presenciado otras veces con mis propios ojos.

—Pero el canto no tiene efecto sobre usted —dijo Thorndyke.

—He aprendido a no escucharlo —explicó Neva.

—¿Y se atreve usted a utilizar una fusta contra ellos?

—Sí. Cuando iniciaron el Canto de Guerra, me puse muy furiosa. No me detuve a pensar lo que estaba haciendo, me limité a coger una rama y a azotarles, como si fueran niños malos.

—¿Y ellos no trataron de luchar contra usted?

—No, sólo se enfurecieron conmigo. Saben que el Canto de Guerra es malo, y saben que tengo razón al interrumpirlo.

—Si saben que es malo, ¿por qué lo utilizan?

—¿Por qué se hacen la guerra los humanos?

Era una pregunta que Thorndyke no pudo contestar.

—No podemos perder el tiempo filosofando —continuó Neva—: Está usted empapado y sucio. Venga conmigo; le llevaré a mi hogar y conocerá a mi padre. Allí tendrá usted también la oportunidad de estudiar a los Noros.

Thorndyke recuperó su rifle, que había perdido en el momento de producirse su caída. Los Noros se apretujaban a su alrededor, y se le ocurrió hacerles una demostración con su arma. Al otro lado de la charca, el garo había trepado de nuevo al banco de arena. Thorndyke apuntó cuidadosamente a la cabeza del monstruo. El rifle ladró: la cabeza del garo se desvaneció en el aire.

Los Noros no parecieron impresionarse lo más mínimo. Uno de ellos habló con Neva.

—Éste es Tom —dijo la muchacha—. Dice que el arma no es buena, que hace demasiado ruido.

—Pero, mire lo que le ha hecho al garo —observó Thorndyke.

—Dice que él puede hacerle más daño al garo con su música —tradujo Neva.

—¿Eh? —dijo Thorndyke.

El que siguió a la muchacha a través de la selva era un psicólogo preocupado. A su lado, moviéndose tan silenciosamente como sombras, avanzaban los Noros. Thorndyke tenía plena conciencia del misterio que ofrecían aquellos hombres pequeñitos, de vientre abultado.

—Aquí es donde vivimos —dijo Neva.

Habían llegado a un amplio claro abierto en la ladera de una montaña. Debajo de ellos se extendían los pantanos y el bosque lluvioso. Encima de sus cabezas, una escarpada pendiente conducía a una elevada meseta. Directamente enfrente de ellos,

en un farallón de piedra caliza, se abría la amplia boca de una cueva natural. Delante de ella había un hombre muy alto. Agitó la mano, saludando a Neva, y luego, al ver al hombre que la acompañaba, avanzó precipitadamente, asombrado ante la presencia de otro ser humano.

—Papá, te presento a Jim Thorndyke. Éste es mi padre, Lawrence August.

—Es un placer encontrar aquí a otro humano —dijo August, alargando su mano. Su apretón fue firme, sus modales corteses y agradables. Pertenecía a una generación que concedía mucha importancia a los modales—. Encantado de conocerle. ¿No será usted, por casualidad, el James Thorndyke que escribió el libro sobre la psifunción de la mente humana?

Ahora fue Thorndyke el sorprendido.

—El mismo —respondió.

—Entonces, es usted el hombre que hacía falta aquí —dijo August—. Si mis suposiciones son correctas, tenemos aquí un ejemplo de la psifunción, del efecto de la mente sobre la materia. Hasta ahora sólo se ha estudiado el efecto de la materia sobre la mente.

Señaló a los Noros, que desfilaban hacia el interior de la cueva.

Thorndyke captó una vibración sonora. Los Noros estaban cantando.

—Es el Canto de la Reunión —explicó Neva—. No, no debe usted escucharlo, o se verá obligado a seguirles. Apártelo de su mente. Procure no oírlo.

—¿El Canto de la Reunión? —inquirió el psicólogo. Notó que en su interior se despertaba el impulso de seguir a los hombrecillos.

—Es la canción que cantan cuando se reúnen para pasar la noche —dijo la muchacha—. Tápese los oídos.

Thorndyke obedeció, cubriéndose los oídos con las manos. La canción disminuyó notablemente de volumen. El impulso que se había despertado en su interior se convirtió en una especie de susurro, que permaneció en su mente como el eco de una música sirenoide. ¡El *Canto de la Reunión*! ¡El *Canto de Guerra*! ¡La canción llamada *Viaje al Fin del Tiempo*! Cada pieza musical parecía tener un cometido específico. ¿Qué otras canciones tenían? Y, por encima de todo, ¿qué misterio se ocultaba detrás de la música?

Los Noros desaparecieron en el interior de la cueva y los ecos de la música se apagaron. Thorndyke siguió a August a la caverna. Cerca de la entrada, iluminada aún por la luz del sol, había sido instalado un campamento. Era un lugar cómodo, pero estaba muy cerca de la entrada de la cueva. Thorndyke se preguntó si los gatos-caimán no llegaban hasta allí por la noche, pero inmediatamente olvidó aquel asunto.

—¿Dónde viven los Noros? —preguntó.

—Lo ignoramos —respondió August—. En alguna parte de esta cueva, pero no sabemos dónde.

—¿No han tratado de descubrirlo?

August y su hija intercambiaron una mirada.

—Sí —respondió Neva en tono vacilante—. Pero, de un modo u otro, siempre han conseguido rechazarnos.

—Neva cree que nos hipnotizan cada vez que intentamos seguirles —añadió lentamente el misionero. Vio que Thorndyke sacudía la cabeza y continuó—: Sé lo que está pensando: la hipnosis no es posible sin la colaboración y el pleno consentimiento del sujeto. Pero yo creo que quizás los Noros sepan mucho más que nosotros acerca de la hipnosis. Desde luego, saben muchas cosas que... —Se interrumpió bruscamente—. Vamos, siéntese, amigo mío, y hábleme de la Tierra.

—Más tarde —dijo Thorndyke—. Ahora me interesa que me hable de los Noros. Cuénteme lo que sabe acerca de ellos.

—Temo que no sea mucho —respondió August—. Los hechos comprobados son escasos. Todo lo demás es pura suposición. Por ejemplo, no sé si los Noros son un pueblo primitivo que sube los primeros peldaños de la civilización, o si constituyen la raza más adelantada del sistema solar...

Aquella noche, una tormenta azotó la selva. Tendido en el catre plegable que August le había proporcionado, Thorndyke pudo oír el rugido de la tempestad en el exterior de la cueva. En un momento determinado rugió también algo más, un gato-caimán o algún otro animal de los pantanos venusinos. Thorndyke agarró su rifle. Podía oír al animal en el claro que se abría delante de la entrada de la cueva.

Procedente de ninguna parte y de todas partes al mismo tiempo, resonó una música. Era el *Viaje al Fin del Tiempo*.

Fuera, en la oscuridad nocturna, alguien gritó. La música se interrumpió bruscamente.

Empuñando el rifle, Thorndyke avanzó hacia la entrada de la cueva. El resplandor de un relámpago le permitió comprobar que el claro estaba desierto. El animal que había estado allí había... desaparecido.

¿Por qué? Thorndyke lo ignoraba. Pero experimentó la extraña sensación de que unos ojos invisibles vigilaban la entrada de la caverna, y de que una fuerza invisible la protegía.

Ni Neva ni su padre aparecieron. Si habían oído algo, lo aceptaban como un hecho corriente.

El psicólogo regresó a su catre, cada vez más intrigado.

A la mañana siguiente, se oyó un rugido en el cielo y una nave espacial descendió a través de las capas de niebla. Cuando salieron de la cueva, la nave aterrizaba en la meseta situada encima de ellos. Unos momentos después, divisaron a un grupo de hombres que descendían por la ladera de la montaña. Neva se quedó mirando.

—¡Haswell! —exclamó.

Haswell, con una pistola ametralladora colgada al cinto, se acercaba a ellos con aire arrogante. Era un hombre alto, de rostro alargado y ojos astutos y vigilantes. Le seguían dos hombres a los cuales Thorndyke no conocía, aunque reconoció el tipo.

Hombres como aquéllos vagabundeaban alrededor del espaciopuerto de Luna, se emborrachaban y fanfarroneaban por la calle principal de Venuspuerto, y merodeaban por las oficinas de las líneas espaciales de la Tierra, tratando de embarcar en alguna de las naves que se dirigían a un planeta, a cualquier planeta, no importaba cuál, con tal de que les permitiera alejarse de la Tierra lo más rápidamente posible. Eran rufianes del espacio, dispuestos a rebanarle el pescuezo a un hombre por un dólar.

Haswell llegó al claro y avanzó hacia ellos.

—Hola, Neva. ¿Cómo está usted, August? —Sus modales eran amistosos; en su rostro había una sonrisa. Miró a Thorndyke. La sonrisa desapareció—. ¿Quién es? —inquirió.

Neva les presentó. Haswell dijo que se alegraba de conocer a Mr. Thorndyke. Sus ojos desmentían sus palabras.

—¿Por qué ha regresado usted aquí? —preguntó Neva.

—Tal vez para verla a usted —respondió Haswell—. Muchachos, al trabajo.

Los dos hombres asintieron. Dirigiéndose a la entrada de la cueva, empezaron a clavar estacas de metal en el suelo. Los martillos resonaron fuertemente en el tranquilo aire matutino.

—¿Qué están haciendo? —preguntó August.

—Señalando una pertenencia minera —respondió Haswell.

—¿Una pertenencia minera? —repitió el misionero, asombrado—. Pero, si aquí no hay minerales...

—Eso es lo que usted dice, pero no lo que dice el contador. He revisado esta montaña cuidadosamente. No he conseguido localizar el lecho de mineral, pero el contador indica que hay rocas radiactivas debajo de la meseta, en cantidades enormes. Con el precio que alcanzan hoy esos minerales, este lugar vale más millones de los que usted puede contar.

La nuez de Adán de Haswell subía y bajaba mientras estaba hablando. Al parecer, el pensar en millones le hacía tragar saliva.

El metálico sonido de los martillos era lo único que se oía en la tranquila mañana. Una vez clavadas las estacas, Haswell tendría derechos exclusivos sobre esta zona durante un período de veinticinco años.

Neva dijo, lentamente:

—¿Significa eso que se abrirán minas aquí?

—Desde luego —respondió Haswell.

—Pero, ¿qué será de los Noros?

Haswell se encogió de hombros.

—Tendrán que largarse —dijo.

—¡Éste es su hogar! —protestó calurosamente la muchacha—. Suponga que no quieren marcharse. ¿Qué ocurrirá entonces?

—En ese caso...

Haswell volvió a encogerse de hombros. Se interrumpió, para mirar a la entrada

de la cueva.

Cinco Noros, acaudillados por Tom, estaban saliendo de la caverna. Andando con una seguridad muy significativa, avanzaron directamente hacia los humanos. La mano de Haswell se movió rápidamente hacia la pistola ametralladora que llevaba al cinto, luego se apartó.

Los cinco Noros se detuvieron delante de él, y Tom habló en un inglés gutural.

—Márchate —dijo.

—¿Marcharme? —Haswell quedó asombrado, luego se enfureció. Se echó a reír—. Bueno, vale más tomárselo a broma...

Tom habló con Neva, en el idioma Noro, expresando una idea que no podía traducir al inglés. Al terminar no esperó respuesta, sino que dio media vuelta y se alejó. Los otros Noros le siguieron.

—¿Qué es lo que ha dicho? —preguntó Haswell.

—Que ya le ha advertido a usted, y que lo que pueda suceder será por culpa suya.

Por espacio de unos instantes, Haswell pareció impresionado, pero inmediatamente una sonrisa asomó a su rostro.

—Ya me imaginé que esos pequeños diablos plantearían dificultades. Bueno, he venido preparado para enfrentarme con ellas.

—¿Qué va usted a hacer? —preguntó August.

Haswell no respondió. Haciendo seña a los dos hombres para que le siguieran, se dirigió hacia la ladera de la montaña. Regresaron poco después, con otros tres hombres. Todos iban armados. Todos llevaban unos pesados cilindros de metal y mascarillas contra los gases.

—¡Apártense! —le advirtió Haswell a August.

Colocándose las mascarillas, los hombres instalaron los cilindros de metal a la entrada de la cueva. Abrieron las válvulas; una densa humareda amarillenta se extendió hacia el interior de la caverna.

Haswell se volvió hacia August.

—Gas —dijo, con una torva sonrisa—. Eso les hará entrar en razón.

Desde ninguna parte y desde todas partes, desde la delgada capa de tierra que cubría las rocas debajo de ellos, desde los mismos átomos del aire o quizás desde la estructura del propio espacio, llegó un sonido musical: las notas salvajes del *Viaje al Fin del Tiempo*.

Un relámpago amarillento zigzagueó en el aire.

Uno de los hombres que estaba junto a la entrada de la cueva se arrancó la mascarilla, dio un grito y desapareció.

—¿Qué ha sucedido? —aulló Haswell.

Avanzó hacia el grupo de hombres, y luego retrocedió. El relámpago amarillento volvió a zigzaguear. El segundo hombre desapareció.

—¡Eso es obra de los Noros! —gritó Haswell. Se volvió hacia Neva—: ¡Deténgales!

—¿Detenerles? —inquirió la muchacha—. ¿Cómo?

—Usted puede detener el Canto de Guerra, y puede detener también éste. Póngase una mascarilla y entre en la cueva...

—Mi hija no hará nada de eso —dijo August.

Haswell empuñó su pistola ametralladora y apuntó a August mientras hablaba, aunque sus palabras iban dirigidas a Neva.

—Entre en la cueva y deténgales, o disparo —dijo.

Thorndyke avanzó un par de pasos. La pistola ametralladora tableteó, y los proyectiles silbaron muy cerca de sus oídos. Cerca de la entrada de la cueva, el tercer hombre gritó.

Haswell volvió ligeramente la cabeza hacia el sonido. Neva agarró la mano que empuñaba la pistola.

Por espacio de un segundo, Neva y Haswell lucharon. En el momento en que Thorndyke y August se precipitaban hacia ellos, zigzagueó otro relámpago amarillo. Neva lanzó un grito.

El lugar donde se encontraban Neva y Haswell quedó vacío.

Aquello fue todo lo que vio Thorndyke. Luego, el choque eléctrico que acompañaba al relámpago le golpeó. Notó que caía; luego no sintió nada.

Thorndyke recobró el conocimiento lentamente. A medida que sus sentidos volvían a funcionar, adquiría conciencia de unos vagos sonidos: el gorjeo de un pájaro en los árboles cercanos, el aullido de un garo a lo lejos... trató de concentrar sus ideas. Algo había sucedido, pero no sabía qué. Luego recordó. La impresión le ayudó a despejarse. Se sentó.

A su lado estaba August, tendido en el suelo. El anciano gemía en voz baja. La memoria de Thorndyke tenía aún espacios vacíos. Miró a su alrededor, buscando lo que debía haber delante de sus ojos. Haswell y sus hombres, los cilindros de gas en la entrada de la cueva, el gas amarillento y Neva habían desaparecido. Thorndyke se puso en pie trabajosamente. Mirando el sol, calculó que había permanecido inconsciente menos de una hora. Se inclinó sobre August. El misionero respiraba, aunque con ciertas dificultades, y todo hacía suponer que no tardaría en encontrarse bien. El problema era: ¿dónde estaba Neva?

Cuando alguien se ha perdido, se le llama a gritos. La voz de Thorndyke se alzó en un grito. No hubo ninguna respuesta. El psicólogo experimentó la sensación de que nunca habría una respuesta. Se sintió invadido por el pánico.

Un movimiento en la entrada de la cueva atrajo su atención. Apareció Tom, acompañado de otros Noros.

Los hombrecillos parecían asustados. Miraron a su alrededor. Sus profundas voces se interrogaron. Thorndyke avanzó hacia ellos. Tom frunció los labios, tratando de formar palabras con las cuales no estaba familiarizado.

—¿Den...? —La segunda tentativa se resolvió en un—: ¿Dónde...? —

Finalmente, consiguió un reconocible—: ¿Dónde... Neva?

—Eso es lo que me gustaría saber —dijo Thorndyke.

Cogió a Tom por los hombros y lo sacudió como se sacude a un chiquillo obstinado. La cabeza giró sobre sus hombros. Sus ojos se llenaron de furor ante aquella humillación, pero la soportó.

—¡Neva ha desaparecido! —gritó Thorndyke.

—¿Desaparecido? —repitió Tom.

El furor se desvaneció rápidamente de sus ojos.

—Sí, estúpido, ha desaparecido. Quiero saber dónde está. Quiero que vuelva. Ahora mismo. ¿Me has comprendido?

El Noro estaba ahora muy asustado. Thorndyke le soltó. La voz de bajo de Noro habló en un susurro a sus compañeros, contándoles lo que había sucedido.

—¿Dónde está Neva? —preguntó Thorndyke.

Los Noros le miraron, sin contestar. En sus rostros se reflejaba una gran desesperación.

—Marchado... marchado... —Tom susurró el vocablo—. Viaje —¿Cómo dices tú?— al fin del... tiempo. Igual que gatos-caimán, igual que hombres malos. Neva cerca hombre malo cuando nosotros enviar canto. Nosotros no ver Neva, no saber...

La quebrada voz se interrumpió.

—¿Un viaje al tiempo? —inquirió Thorndyke, asombrado.

—Nosotros enviar Neva al futuro —respondió Tom—. Yo no poder... explicar.

—No tienes que explicar nada —dijo Thorndyke—. Lo único que tienen que hacer es traerla de nuevo.

El Noro sacudió la cabeza.

—Nosotros no poder. Ser imposible. Seguramente ser imposible. Sentirlo mucho.

Thorndyke volvió a agarrar el hombro de Tom, volvió a sacudirlo, esta vez con más fuerza.

—¡Tienes que traerla de nuevo!

—Pero... seguramente no poder.

—¿Por qué no?

—Poder enviar al tiempo, no poder hacer regresar, a menos...

El tercer Noro habló bruscamente. Thorndyke no comprendió una sola palabra de lo que estaba diciendo, pero los Noros mostraron una gran excitación. Miraron al psicólogo.

—Thersill decir que poder probarlo —dijo Tom.

—¿Qué es lo que puede probar?

—Hacer regresar Neva.

—¡Que lo intente, entonces!

—Pero hay que coger.

—¿Qué es lo que hay que coger?

—Alguien ir detrás de ella.

—Yo iré —dijo inmediatamente Thorndyke.

—Pero tú puedes no regresar.

—Bueno... —La vacilación de Thorndyke no duró más que una fracción de segundo. Apretó fuertemente los labios—. Correré el riesgo.

—Vamos, entonces. Tener que ir aprisa.

Tom se volvió hacia la cueva. Thorndyke siguió a los Noros.

Neva había dicho que trató de seguir a los Noros a las ocultas profundidades de la cueva, pero que siempre la habían rechazado. Mientras seguía a los hombrecillos, Thorndyke pudo comprenderlo fácilmente. Estaban siguiendo un camino que daba vueltas y vueltas y que, en la oscuridad reinante, sólo era visible para los Noros. De repente se detuvieron, y una puerta se abrió de par en par. Thorndyke quedó boquiabierto.

Delante de ellos había un golfo de luz azulada, extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista. Vio que allí, en el interior de su elevada meseta, había una inmensa cueva. El suelo de la cueva se extendía a sus pies, un amplio paisaje de diminutas ciudades, de campos y bosques, todo en la misma pequeña escala que los Noros, y todo bañado por la brillante luz azulada que ardía en el centro del techo.

En el centro de la cueva había un edificio. Era grande, incluso en el concepto humano; para los Noros tenía que resultar gigantesco... el esfuerzo reunido de una raza.

—Antepasados llegar aquí hace mucho tiempo de tierra moribunda —explicó Tom.

Una larga escalera de caracol conducía al suelo de la cueva. Mientras la descendían, una multitud de hombrecillos fue reuniéndose al pie de la escalera, con los rostros levantados hacia ellos. Cuando llegaron abajo, se alzó un coro de voces interrogadoras. Tom tuvo que hacer un gran esfuerzo para contestar al alud de preguntas que cayó sobre él. Para Thorndyke, era evidente que Tom había quebrantado una ley tribal al permitirle llegar hasta allí. Las explicaciones de Tom fueron finalmente aceptadas, aunque a regañadientes.

—Ven a gran edificio —dijo Tom.

La entrada al edificio era lo bastante amplia para que Thorndyke pudiera cruzarla sin agacharse. Una vez dentro, vio una sola habitación, inmensa, pero fue conducido a un pequeño recinto que aparentemente era un taller. Allí estaban los técnicos Noros. Tom les explicó lo que había que hacer. Contemplaron a Thorndyke con expresión de duda, sacudieron la cabeza y empezaron a trabajar. En primer lugar obtuvieron su peso exacto, luego le colocaron una extraña caperuza de metal en la cabeza y efectuaron una serie de comprobaciones. Quizás estaban midiendo las minúsculas corrientes cerebrales. Thorndyke ignoraba para qué, y no lo preguntó. Otros técnicos estaban ocupados construyendo una especie de chaleco de metal. Cuando lo terminaron, empezaron a construir otro. Terminado éste, le colocaron el primero alrededor del pecho y le entregaron el segundo.

—Vamos —dijo Tom.

Thorndyke siguió al Noro a la habitación grande.

Estaba llena de Noros, sentados en ordenadas hileras alrededor de la enorme máquina que se erguía en el centro. Tom le acompañó hasta ella por un angosto pasillo.

No se parecía a ninguna de las máquinas que Thorndyke había visto hasta entonces. Tenía docenas de medidores, con las divisiones señaladas en color, cada uno de ellos manejado por un Noro sentado en una butaca de control. En el centro de la máquina había un tablero de mandos ante el cual estaba sentado un marchito Noro, como una vieja araña en medio de innumerables telas. La vieja araña miró a Thorndyke. En sus ojos había compasión.

—Desde máquina salir... fuerza —dijo Tom—. Hombre malo tener instrumentos que encontrar fuerza de máquina. Pero él cometer error. Él pensar que instrumentos decir que aquí haber uranio.

Thorndyke gruñó. Recordó que Neva había dicho que Haswell había tratado de conseguir que los Noros le llevaran a las profundidades de la cueva, pero que ellos se habían negado. Estaban ocultándole al buscador de minas la existencia de aquella máquina.

—¿Preparado? —inquirió Tom.

—Preparado —respondió Thorndyke.

—Usar este chaleco para Neva —explicó Tom—. Traerla aquí, si nosotros tener suerte. Sin chaleco, ella no poder volver. Nosotros enviar a ti a darle chaleco a ella.

—Estoy dispuesto —dijo Thorndyke.

Tom hizo una seña al anciano que estaba sentado delante del tablero de mandos. Sonó un gong. Empezó la música. Procedía de los agrupados Noros. Empezó suavemente para ir aumentando en volumen; un gigantesco coro entonando el *Viaje al Fin del Tiempo*.

En aquella fracción de segundo, Thorndyke comprendió al menos una parte del cometido de aquella música. Había originado como una expresión musical de alguna otra cosa: un proceso psicológico. Servía para enfocar sus mentes, quizás, o para provocar el estado de ánimo necesario. En sí misma, probablemente, tenía poca importancia. La parte decisiva estaba dentro de la mente. La mente era lo que podía mirar hacia el futuro... lo que podía atraer o matar. La mente podía hacer otras mil cosas, la mayoría de las cuales ni siquiera comprendía.

Vio, también, la parte que la máquina desempeñaba en aquel extraño rito, celebrado en la caverna de la luz azulada. Traducido a términos humanos, la máquina era un amplificador de energía. Recibía las presiones mentales de los agrupados Noros y las amplificaba hasta que adquirirían la deseada fuerza, concentrándolas, enfocándolas. A través de la máquina, las presiones mentales podían ser enfocadas hacia cualquier lugar, dentro de la caverna o fuera de ella. Podían ser enfocadas hacia el claro que se abría delante de la entrada de la cueva, hacia las selvas de las tierras

pantanosas, quizás hacia cualquier parte de Venus.

Enfrente de cada medidor, un Noro vigilaba atentamente. El anciano sentado delante del tablero de mandos miró a Thorndyke y pulsó un interruptor.

Thorndyke dejó escapar un grito mientras un millón de microscópicas agujas se hundían en su carne. Se sintió sacudido por una fuerte descarga eléctrica. Un relámpago amarillento se interpuso en el camino de su visión. Vio que los Noros, la amplia estancia y todo lo que le rodeaba, oscilaba y se contraía como si lo contemplara a través de un cristal que distorsionara las imágenes.

Sintió un intenso frío, no sabía de cuántos grados, aunque tuvo la sensación de que si duraba mucho quedaría rígido, helado. A continuación recibió la impresión de un movimiento oscilante demasiado rápido para que el ojo humano pudiera seguirlo.

El frío disminuyó. Cayó, se tambaleó, volvió a caer, se puso en pie.

Sus ojos percibieron una débil claridad. El banco de nubes había desaparecido. La selva había desaparecido. El sol brillaba con luz mortecina sobre un planeta moribundo.

Se encontraba en la ladera de una montaña. Debajo de él, en un valle, una hilera de árboles muertos señalaba el lugar por donde había discurrido un río. Un lánguido viento, con sabor a polvo, le acarició el rostro.

Esto... esto era el futuro de Venus, no podía decir a cuántos millones de años de distancia. Éste era el Planeta Velado, cuando ya no era velado. No estaba en el fin del tiempo, pero se encontraba cerca de él, respecto a aquel planeta.

Se dio cuenta de que su mente mostraba síntomas de negarse a obedecerle. Su voluntad luchó contra aquellos síntomas. Debajo de él, en la ladera, yacía un animal: un gato-caimán. Muerto. Thorndyke no pudo ver la causa de muerte. Todavía más cerca había un hombre, uno de los hombres que habían estado con Haswell. Muerto, también.

¿Dónde estaba Neva? Alzó de nuevo su voz, gritando su nombre. El esfuerzo le produjo un intenso dolor en los pulmones. En el tenue aire, su grito no fue mucho más fuerte que un susurro. Notó que su corazón empezaba a latir como si luchara por suministrar suficiente oxígeno a sus tejidos. En aquel aire, el elemento dispensador de vida era escaso.

El chaleco que rodeaba su pecho zumbó ligeramente. Notó las corrientes eléctricas que circulaban por su interior, recordándole que atrás, en otro tiempo, los Noros seguían manteniendo contacto con él, a través del chaleco.

—¡Neva!

Le respondió una voz, muy débil. Neva se puso en pie lentamente.

Thorndyke la vio. Corrió hacia ella.

Neva le miró como si no diera crédito a sus ojos. Era la primera vez en su vida que una mujer parecía complacida al verle. Las ropas y el rostro de Neva estaban cubiertos de polvo. Thorndyke le entregó el chaleco.

—Tome. Póngase esto. He venido a buscarla. Esto la hará regresar.

El esfuerzo le hizo jadear.

—¿Usted...? ha venido a buscarme. —Neva parecía asombrada, incapaz de comprender. Acercándose a Thorndyke, le tocó—. Es usted real —murmuró.

Thorndyke trató de sonreír.

—Me enviaron los Noros. Este chaleco nos hará regresar. No tengo tiempo de explicárselo. Póngaselo...

Neva cogió el chaleco y se quedó mirándolo, como si no comprendiera. Se oyó un sonido de pasos. Una voz gruñó:

—¿Dónde está *mi* chaleco?

Haswell estaba cerca de ellos. Había permanecido tendido, invisible hasta que se puso en pie.

Sorprendido, Thorndyke miró al buscador de minas. Hasta aquel momento, había olvidado la existencia de Haswell.

—¿De modo que no ha traído un chaleco para mí? —dijo Haswell.

—Lo... lo siento. Yo...

—No se preocupe —dijo Haswell—. Cogeré el suyo.

Levantó la pistola ametralladora.

—¿Cómo diablos...? —empezó a decir Thorndyke.

Haswell apretó el gatillo. Una rociada de plomo silbó junto a la oreja de Thorndyke, el cual se dejó caer al suelo.

—Si ese chaleco puede hacerme regresar, lo quiero —dijo Haswell—. Y no me importa quitárselo a un cadáver.

—De acuerdo —murmuró Thorndyke.

El chaleco era una plancha de metal de forma redondeada, de dieciocho pulgadas de anchura y más de dos pulgadas de espesor. Thorndyke había visto a los Noros adaptar una serie de diminutos instrumentos en aquel espacio. Minúsculas baterías proporcionaban una carga limitada de energía. Lentamente, Thorndyke desabrochó los cierres. Se quitó el chaleco, tendiéndoselo a Haswell. El buscador de minas se dispuso a cogerlo. Los dedos de Thorndyke parecieron perder fuerza. El chaleco cayó al suelo. Haswell se inclinó a recogerlo.

Thorndyke salió proyectado hacia adelante. Con toda la fuerza de su cuerpo, golpeó a Haswell detrás de la oreja.

Haswell cayó al suelo. Thorndyke saltó sobre él. El buscador de minas, empuñando la pistola, trató de aplicar el cañón al cuerpo de su adversario. Thorndyke agarró la muñeca de la mano que empuñaba el arma. Oyó que Haswell profería una maldición.

El buscador de minas era tan ágil como un gato-caimán. Consiguió propinarle un rodillazo en el bajo vientre a Thorndyke. Un millar de estrellas bailaron ante los ojos del psicólogo. Las fuerzas le abandonaron. Pero siguió aferrando la mano que empuñaba la pistola. Esperó que le volvieran las fuerzas.

Inútilmente.

Dándose cuenta de que sus pulmones luchaban por absorber aire, sospechó la fatal verdad. No iba a recuperar las fuerzas. Las fuerzas dependían del oxígeno, y en aquella atmósfera había demasiado poco oxígeno para permitir cualquier actividad. Una lucha era imposible. Un esfuerzo violento provocaría el colapso de los tejidos faltos de oxígeno. El gato-caimán y el hombre de la ladera habían muerto por ese motivo.

Economizando fuerzas, permitió a Haswell que tratara de quitárselo de encima. Su única actividad era agarrar la mano que empuñaba la pistola.

Haswell dejó caer el arma. A partir de aquel momento, Thorndyke no hizo el menor esfuerzo por resistir.

Notó que Haswell tiraba violentamente de él. Un estremecimiento sacudió el cuerpo del buscador de minas.

—¡Maldito...! —gruñó Haswell.

Y se quedó inmóvil.

Estaba muerto. Su corazón, latiendo furiosamente en un esfuerzo por suministrar oxígeno a unos tejidos que se habían desarrollado en la Tierra, había fallado. La muerte era sencilla y rápida.

Thorndyke sabía que también él estaba muy cerca de la muerte. No movió ni un solo músculo. Se daba cuenta de que Neva trataba de ayudarle. Le susurró que se alejara.

El psicólogo estaba entablado otra batalla, más dura quizás que la lucha contra Haswell, una batalla por conseguir el oxígeno suficiente para mantenerse vivo. La única posibilidad que tenía de vencer consistía en permanecer quieto. Y ni siquiera así estaba seguro de poder vencer. Era posible que sus esfuerzos por respirar, incluso el latir de su propio corazón, quemaran más oxígeno del que estaba absorbiendo.

Pensó:

Aquí, cerca del fin del tiempo, cuando el sistema solar está desintegrándose, cuando el hombre y todas las realizaciones del hombre están desapareciendo...

Todos los músculos de su cuerpo reclamaban más oxígeno. Todos sus instintos le empujaban a respirar con más rapidez. Pero, si respiraba con más rapidez, el acto de respirar podía quemar más oxígeno del que contenía aquella atmósfera. Obligó a sus fatigados pulmones a respirar cada vez más lentamente.

Poco a poco, célula a célula, el clamor de su cuerpo se apagó. Entonces supo que había ganado la batalla. Se sentó.

Le contó a Neva lo que había sucedido.

—Póngase el chaleco, Neva. Yo volveré a ponerme el mío. Nos marcharemos de aquí.

Regresarían a una atmósfera rica en oxígeno, regresarían a un tiempo en que el sistema solar no estaría próximo a morir. Thorndyke recogió el chaleco, empezó a ponérselo, se detuvo, se quedó mirándolo. Por un instante, creyó que el corazón iba a

parársele.

Haswell, o él mismo, habían pisoteado el chaleco. Parte de la cubierta de metal se había hundido. En el interior, en medio de una maraña de alambres rotos y conexiones aplastadas, colgaban los carretes y tubos destrozados.

—¿Puede usted arreglarlo? —susurró Neva.

—Lo intentaré —respondió Thorndyke.

Media hora más tarde, sabía que era una tarea imposible. Se necesitaban herramientas especiales, conocimientos especiales, habilidades especiales; herramientas, conocimientos y habilidades que sólo los Noros poseían.

—¿No... no puede usted regresar? —preguntó Neva.

Thorndyke sacudió la cabeza. Estaba condenado a quedarse allí para siempre.

—Entonces, yo tampoco regresaré —dijo Neva—. Si usted tiene que quedarse aquí, yo me quedaré también, con usted.

En otro mundo y en otro tiempo habían tenido una palabra para definir lo que Neva estaba diciendo. Era una palabra que Thorndyke no había comprendido plenamente hasta aquel instante. Ahora sabía lo que significaba, y sabía también que era demasiado tarde para dar realidad a aquel significado. Inclino la cabeza.

Se sentaron uno al lado del otro, apoyados contra una roca, y contemplaron cómo se hundía el rojizo globo del sol. Se hundía muy lentamente.

—Escucha... —susurró Neva.

Al principio, Thorndyke creyó que sus oídos le engañaban. En la tenue atmósfera del planeta, procedente de ninguna parte y de todas partes, resonaba una música. Escuchó, conteniendo la respiración.

Era la enloquecedora melodía: *Viaje al Fin del Tiempo*.

Estalló en un poderoso coro, en oleadas de sonido, y luego se apagó rápidamente.

En la ladera, encima de ellos, resonaron unas voces.

—¡Thorny! ¡Neva!

Se pusieron en pie de un salto.

—¡Estamos aquí! —gritó Thorndyke roncamente.

En la ladera, encima de ellos, había... ¡Noros! Vieron el rostro de Tom. Un rostro preocupado, que al verles se distendió en una sonrisa. Tom descendió con rapidez la ladera. También él llevaba un chaleco del Tiempo. La tenue atmósfera no parecía perjudicarlo.

—Estar preocupado... ¡Oh! Yo comprender... Nosotros arreglar muy deprisa.

Vio el chaleco estropeado y sospechó lo que había sucedido. Él y los otros Noros empezaron a trabajar. Tenían herramientas, conocimiento y habilidad de Noros.

—Chaleco arreglado —dijo Tom—. Ahora, nosotros marchar.

Miró a Thorndyke, trató de encontrar palabras para algo que quería decir, y habló rápidamente con Neva en su propio idioma.

Neva tradujo.

—Dice que te diga que los Noros llegaron de este tiempo, hace muchísimos años, que escaparon de la muerte del oxígeno de este mundo retrocediendo en el tiempo, huyendo de la muerte que hay aquí.

—¿Qué? —balbució Thorndyke.

Sin embargo, sabía que los Noros procedían de alguna otra tierra. ¿Por qué no de aquella tierra? Su corta estatura podía responder a la escasez de oxígeno. Pero, sobre todo, su ciencia sólo podía ser el resultado de milenios de desarrollo.

—Dice que te diga que son los descendientes de humanos y venusinos, que las dos razas se mezclaron y se convirtieron en una sola raza, haciéndose más pequeña al mismo tiempo. Dice que, en cierto sentido, los Noros son tus nietos.

—¡Nietos!

La idea le desconcertó.

Sin embargo, en cierto sentido, al menos, era verdad. Para los Noros, él era el hombre de Cro-Magnon, el hombre del amanecer del mundo.

—¡Hola, papá! —dijo Tom, sonriendo.

—¡Hola, hijo mío! —respondió Thorndyke.

Se colocaron los chalecos. Thorndyke y Neva cruzaron juntos el doloroso instante de frío. Apareció la inmensa cueva, y en sus oídos resonó de nuevo la enigmática música...

¡Viaje al Fin del Tiempo!

La gran caverna se estremeció con el sonido, el sonido más maravilloso que Thorndyke había oído.

Más tarde, Thorndyke regresó a la Tierra con Neva. Más tarde aún, se construyó una casa en el corazón de las Rocosas, una casa con una ventana que se abría a un paisaje de cumbres nevadas que se extendían en la distancia.

En sus manos hay una agradable bebida; la habitación es fresca; el aire huele a primavera. Los almohadones son blandos y Neva está sentada a su lado, con la cabeza apoyada en el brazo de su marido, su oscuro pelo suelto y cayendo en cascada.

Con un sobresalto, Thorndyke se da cuenta de que ésta es la alucinación que tuvo en el pantano de Venus.

El futuro que vio entonces se ha convertido en realidad.

¿Se ha convertido en realidad? Thorndyke puede estar aún en la charca de agua, con el garo buscándole. Desde la orilla, los Noros pueden estar proyectando en su mente los colores de la puesta del sol en las Montañas Rocosas, la ventana, la propia Neva.

¿Cuál es la realidad, y cuál la alucinación?

Thorndyke se da cuenta de que nunca llegará a saberlo. Ni le importa. Le basta con soñar que Neva está con él y que los colores de la puesta del sol tiñen de oro las lejanas cumbres.

En alguna parte, hay como un rastro de música suave. Thorndyke escucha. ¿Está

recordando algo, o está oyendo realmente la música? Las notas de *Viaje al fin del Tiempo*.

Dos son una multitud

Sasha Gilien

Permanecí veinte minutos con Charlie Kleingold después de que quedó tendido, muerto, en el sofá de su saloncito.

Y no es que me sintiera sentimental en lo que a él respecta; pero se estaba tan cómodo en la tranquila y silenciosa habitación, que me disgustaba tener que abandonarla y volver a comenzar el trabajo. Pero no había más remedio. En cuanto su corazón dejó de funcionar, supe que la lucecita roja encendida encima de su nombre había empezado a parpadear en el gran tablero, y ya me estaban zumbando para que me presentara a buscar mi nuevo destino.

«¡Que zumben! —pensé—. Después de haber vivido treinta y cinco años con Charlie, unos minutos más no tienen importancia. ¡Pobre Charlie! La verdad es que pasamos muy buenos ratos...».

Eventualmente, desde luego, regresé. Nada había cambiado. El gran tablero seguía parpadeando mientras los muchachos se afanaban quitando las placas con los nombres antiguos y poniendo las nuevas. Las placas antiguas son llevadas a Archivos, y clasificadas por orden alfabético, y a medida que llegan las noticias de nuevas germinaciones se efectúan los nombramientos, y una nueva placa es colocada en el tablero, debajo de una de las lucecitas. Sin embargo, me pareció que la actividad era mayor, como resultado, supongo, del progresivo aumento de la población durante los treinta y cinco años que había durado mi última ausencia. Y, desde luego, nuestro departamento nunca obtiene las asignaciones que necesita para personal, de modo que cada año disminuye un poco su eficiencia, a pesar de la buena voluntad que todo el mundo pone en su tarea.

El altavoz carraspeo, y oí que un oficinista pronunciaba mi nombre. «E-Ag477, E-Ag477, a Destinos». Ya no había vacaciones entre dos trabajos, especialmente para la categoría E. Salir del cadáver y meterse en el óvulo sin haber podido recuperar las energías derrochadas en la última tarea.

—Entra, hijo mío —dijo el director cuando abrí la puerta de su oficina—. Has hecho un buen trabajo con ese Korngold...

—Kleingold.

—Bueno, como se llamara. No sé por qué terminaron con él tan pronto, pero no hago preguntas; me limito a asignar nuevos destinos. Hace unos años me dejaron sin ayudante. Y esta oficina resulta cada día más complicada. En fin...

Tenía aspecto de agotamiento, y me alegré de no tener que cargar con su trabajo burocrático y sus preocupaciones.

—Aquí está —dijo el director, sacando un sobre azul de un fichero y entregándomelo—. Esta vez serán ochenta y nueve años. Que te diviertas.

Al salir de la oficina abrí el sobre y saqué la tarjeta taladrada. El nombre era Arthur Mayhew, 1766 North Glenville Drive, Bel Air, California. Al final había conseguido una buena zona geográfica y lo único que en aquellos momentos necesitaba era un embarazo tranquilo, para poder descansar un poco. Siempre llegamos a nuestro destino en el instante en que el óvulo queda fecundado, y, naturalmente, mientras se desarrolla el trabajo es prácticamente nulo. La tarea empieza realmente después del nacimiento.

La concepción se produjo con toda normalidad, a pesar de los esfuerzos de Mr. y Mrs. Mayhew para boicotearla, y me instalé para pasar nueve meses de tranquilidad, que me eran muy necesarios después de la agitada vida de Charlie Kleingold.

—Creo que ha habido un error —oí que decía alguien con voz velada.

Me volví en redondo para ver a un tipo pálido, de aspecto blandengue, con una expresión desconcertada en su alargado rostro.

—Eso parece. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Éste es mi destino.

Me enseñó su tarjeta. Desde luego, era para Arthur Mayhew, en las mismas señas, aunque el nombre cifrado era I-Es843. Algún oficinista, o incluso el propio director, había sufrido una equivocación y nos había enviado a los dos al mismo sitio. Lo malo era nuestras categorías. Su categoría le señalaba como Introvertido-Esquivo, en tanto que la mía era de Extravertido-Agresivo. Desgraciadamente, no había ninguna posibilidad de regresar a la oficina hasta que la lucecita roja de Arthur Mayhew parpadeara en el tablero.

—Amigo —dije—, la oficina rara vez comete un error. Sin embargo, esta vez ha metido la pata.

—¿Qué podemos hacer?

—Mucho me temo que no podemos hacer absolutamente nada... de modo que será mejor que te quedes al margen y me dejes llevar el timón.

—Pero yo tengo que realizar mi trabajo... —murmuró, en un tono que me escamó.

—Eso ya lo veremos —repliqué.

Me había dado cuenta de que era uno de esos tipos que, bajo un aspecto tímido y prudente, tienen la tozudez de una mula. Se presentaba un verdadero problema. Si por lo menos hubieran enviado a alguien de mi misma categoría... Con dos de nosotros en su interior, Arthur Mayhew hubiera resultado invencible.

Al principio, el problema no me pareció grave. En realidad durante una temporada permanecemos unidos en la común esperanza de vernos pronto libres. Un mes después de la concepción, cuando Mrs. Mayhew descubrió que estaba embarazada, se habló de «interrumpir el asunto», lo cual hubiera significado que podíamos dar por terminada nuestra gestión, pero Mr. Mayhew se puso farruco, y dijo

que adelante, y Mrs. Mayhew tuvo que resignarse a la maternidad, a pesar de lo mucho que le disgustaba la idea. A partir de aquel momento, mi compañero y yo nos evitamos mutuamente en la medida de lo posible hasta que se produjo el parto. Tomé el mando de las operaciones; Arthur salió gritando y pataleando, y durante los primeros tres meses las cosas marcharon a gusto mío. Los Mayhew estaban convencidos de que habían engendrado un pequeño monstruo; alguien que exigía atenciones y cuidados todos los minutos del día y de la noche. Si los aullidos no daban el resultado apetecido, tiraba al suelo todo lo que le caía a mano, o, utilizando su arma final, se ensuciaba deliberadamente en los pañales. Se mostraba simpático cuando alguien le dedicaba su atención; hacía mil monerías, palmeando sus manecitas. Pero, en cuanto le dejaban solo, sus alaridos estremecían a todo el vecindario.

Durante todo aquel tiempo, I-Es843 permaneció ocioso, con su aire taciturno habitual. Procuré ignorarle mientras me dedicaba a Arthur, que estaba convirtiéndose en un maravilloso Extravertido-Agresivo. Pero, una noche, I-Es843 me suplicó que le diera la oportunidad de trabajar un poco y, como en el fondo soy un tonto sentimental, me dejé convencer por sus ruegos y le cedí los controles por veinticuatro horas. El cambio en Arthur fue inmediato. Permaneció horas enteras mirando fijamente al techo, y cuando Annie, la niñera, entró en su cuarto para alimentarle, se encogió en un rincón de su cuna, aterrorizado. Incluso sus juguetes parecían asustarle. Ni siquiera gritaba; se limitaba a lloriquear, y sólo se callaba cuando le dejaban solo.

Cuando hubieron transcurrido las veinticuatro horas, el muy canalla de I-Es843 se negó a soltar los controles.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió, con una sonrisita burlona.

Nada, no podía hacer nada, puesto que él tenía el interruptor. Y él lo sabía, porque añadió, sin dejar de sonreír repulsivamente:

—Para ser un Extravertido-Agresivo, eres de una ingenuidad aplastante.

—¡Santo cielo! —exclamó Annie, que había cuidado a Mrs. Mayhew cuando la madre de Arthur era una niña. Nunca he visto a un chiquillo cambiar de este modo. No tiene fiebre, pero estoy segura de que está enfermo.

—Si que ha cambiado. Y, desde luego, no puedo decir que me desagrada el cambio. Parece mentira que en esta casa pueda gozarse de un poco de tranquilidad. De todos modos, mañana le llevaré a que lo vea el doctor McCleod.

El doctor McCleod, que había ayudado a Arthur a venir al mundo, le encontró bien de salud, aunque también a él le sorprendió la silenciosa melancolía del niño. Le recetó una sobrealimentación y dijo a Mrs. Mayhew que no se preocupara, cosa que ella no iba a hacer, de todos modos.

Ahora, I-Es843 era dueño absoluto de los controles, y tímido que no tenía amigos y que sólo era feliz cuando estaba Arthur Mayhew se convirtió en un chiquillo asustadizo y solo. Apenas hablaba, sus padres tenían cada vez menos acceso a él, y él

se hundía cada vez más en su pequeño mundo, y a sus profesores les preocupaba su desarrollo social, que parecía ser completamente nulo. Desde luego, yo estaba furioso y me pasaba el tiempo acechando una oportunidad de recuperar los controles; deseaba infundir al niño un poco de vida.

La oportunidad se presentó cuando Arthur tenía doce años. Una noche, I-Es843 descuidó un poco la vigilancia. Y yo aproveché la ocasión.

—De acuerdo, amigo, hasta ahora le has manejado a tu antojo. A partir de este momento, es mío —le dije, dándole un codazo para que se apartara. Me miró con aire de reproche y se apartó, aunque yo sabía que iba a tenerlo siempre junto a mí, acechándome.

Empecé con Arthur a la mañana siguiente. A la hora del desayuno, golpeó fuertemente la mesa con la cuchara y aulló:

—¡Ya estoy harto de esta asquerosa harina de avena!

—¿Qué has dicho? —preguntó Mr. Mayhew en tono de incredulidad. En cinco años, era la primera vez que su hijo pronunciaba una palabra en la mesa, aparte del murmurado «Buenos días».

—¡Que ya estoy harto de esta asquerosa harina de avena! —repitió Arthur—. ¿Qué noticias trae el periódico, papi?

—¿Te encuentras bien, Arthur?

—Desde luego que me encuentro bien. Sólo te he preguntado qué noticias trae el periódico.

—Arthur, hay algo...

—Ahórrate el sermón, papi. Vas a hacer que llegue tarde a la escuela.

Y Arthur recogió sus libros y se marchó, dejando a Mr. Mayhew con la boca abierta sobre Los Angeles Times.

Durante el día, cuando Mrs. Kramer salió un momento de la clase, Arthur asombró a sus condiscípulos poniéndose en pie sobre su pupitre y efectuando una notable imitación de la profesora, seguida por una rápida incursión de castigo por toda la clase, a base de tirones de pelo a las niñas y pellizcos a los muchachos. Sus compañeros se desternillaron de risa, pero creo que estaban un poco asustados por el ímpetu de Arthur. Confieso que no pude evitarlo; después de todo aquel tiempo de inactividad, me encontraba rebosante de energías y de ideas nuevas. Cuando Mrs. Kramer acudió apresuradamente para ver qué sucedía, se quedó de una pieza al comprobar que el responsable del jaleo era el pequeño Mayhew. Mrs. Kramer tenía unas ideas excesivamente progresivas en materia de educación, de modo que le pareció de perlas que el muchacho se hubiera desprendido finalmente de su timidez para formar parte como miembro activo de aquel reducido grupo social. Sin embargo, al cabo de unos días empezó a preguntarse si el muchacho no llevaba su entusiasmo demasiado lejos. Desorganizó las clases, creó una banda llamada «Los Vengadores de Arthur» que aterrorizaba a los profesores y a los alumnos, y sus «hazañas» quedaron registradas para siempre en los anales de la Oakglen School. En casa se convirtió en

un muchacho ingobernable, haciendo siempre lo que se le antojaba, a pesar de los tímidos intentos de sus padres de imponerle una disciplina. Era fanfarrón, pendenciero e insultante, y su conducta obligó a la fiel Annie a dejar a los Mayhew y a buscar empleo en otra parte.

—¿Quieres decirme qué es lo que le ha sucedido a nuestro hijo, Clyde? —preguntó Mrs. Mayhew una noche, después de un episodio particularmente violento en el curso del cual Arthur había derrotado en toda la línea a Mr. Mayhew en una batalla de voluntades. Mr. Mayhew se había visto en la necesidad de recurrir a su superioridad física para vapulear a su hijo y encerrarle en su habitación. Desde allí llegaban los espasmódicos aullidos del saxofón alto que Arthur se había llevado (sin permiso) de la escuela.

—Sinceramente, lo ignoro, querida, pero empiezo a estar harto de él. No lo comprendo; era un chico tan retraído, tan tímido... ¿Recuerdas lo preocupados que estábamos por su falta de decisión? Supongo que el cambio se debe a esa maldita escuela progresiva...

Los Mayhew aguantaron otro año antes de enviar a Arthur a la Academia Militar Cleves, especializada en la educación de muchachos ricos que necesitaban ser tratados con mano de hierro. El coronel Cleves no había encontrado aún el acero que no se doblgara entre sus manos. Sin embargo, el Cadete Arthur Mayhew demostró ser un formidable adversario, y si el coronel no hubiera estado tan celoso de su reputación le habría devuelto a su casa al final del primer trimestre. Daba la casualidad de que Arthur tenía un cociente de inteligencia de 30 puntos más que el del coronel, y teniendo en cuenta que yo desarrollo lo mejor de mi trabajo entre los diez y los veinte años, Arthur solía resultar vencedor. «Los Vengadores de Arthur» renacieron a la vida, y su caudillo se mostraba más audaz y arrogante que nunca. Organizó una estruendoso orquestina de la cual era primer saxofón y vocalista, y se las arregló para convertirse en el centro alrededor del cual giraban todas las actividades rebeldes, desprestigiando rápidamente al pobre coronel Cleves, cuyo lema era: «La Obediencia es el Bien más Preciado».

Todo funcionaba tan bien, que llegué a olvidarme por completo de I-Es843, el cual seguía acechando en la sombra. Fue un error, lo reconozco. Una noche se apoderó de los controles. Cuando quise darme cuenta ya no había nada a hacer, y la personalidad del pobre Artie iba a malograrse una vez más.

Se despertó llorando.

—¡Eh, Artie! ¿Qué diablos te pasa? —preguntó Donald Gross, su compañero de cuarto, completamente desconcertado.

—No... no quiero estar aquí. Quiero marcharme a casa.

Donald le miró con el ceño fruncido.

—¿Qué es lo que estás tramando?

—Déjame solo, ¿quieres? —Arthur se volvió de cara a la pared y se tapó la

cabeza con la manta.

Continuaba allí después del desayuno, cuando el coronel Cleves entró en la habitación echando chispas por los ojos.

—¡En pie, Mayhew! —rugió—. ¿Qué significa esto?

Se acercó a la cama y dio un violento tirón a las mantas, dejando al descubierto al pobre Arthur, aplastado contra la pared, tratando de contener sus sollozos. No había nada que le gustara tanto al coronel Cleves como el ver a un muchacho asustado.

—Deje de lloriquear, Mayhew, y levántese. —Se volvió hacia el capitán Prosser, su ayudante—. Capitán, procure que este cadete esté en la Formación Matinal, y asegúrese de que se presenta en mi despacho a las 16 horas.

Cuando el coronel se hubo marchado, el viejo capitán Prosser, que estaba algo intrigado por la conducta de Arthur, le ayudó a vestirse y le acompañó en silencio al patio, donde sus compañeros estaban ya formados, preguntándose qué clase de treta estaba preparando. Con la cabeza baja, Arthur ocupó su lugar en la formación y realizó obedientemente los ejercicios prescritos por el reglamento de instrucción. Al producirse el primer descanso, los miembros de su pandilla le rodearon, esperando que dijera algo.

—¿Qué queréis? —dijo Arthur, con el rostro muy pálido.

—No creo que esté fingiendo —opinó Donald Gross—. Está enfermo, o algo por el estilo.

Hubo un murmullo de inquietud entre los muchachos, y luego, Buddy Baust, el fiel lugarteniente de Arthur, dijo:

—Vamos, Artie, cuéntanos el truco.

—Dejadme solo, por favor —murmuró Arthur, casi sollozando.

Sonó el silbato, y todo el mundo regresó a la formación. Durante el resto del día, Arthur trató de evitar a los muchachos, llegando al extremo de ocultarse en el retrete a la hora del almuerzo y de sus clases de la tarde. Fue sacado de allí por el capitán Prosser, el cual le metió en el despacho del Coronel a las cuatro en punto. El Coronel estaba tan complacido al ver acobardado a Arthur, que se mostró amable con él, limitándose a recordarle que en la Academia Militar Cleves un muchacho tenía que doblegarse si no quería lamentarlo durante toda su vida.

Los compañeros de Arthur le hicieron rápidamente el vacío. No hablaba con nadie ni siquiera con Donald Gross. No sonreía nunca, excepto a sí mismo. Pasaba todos sus momentos libres tumbado en su cama, contemplando la pared. El coronel Cleves envió un brillante informe a los padres de Arthur, asegurándoles que la conducta de su hijo había variado en forma radical y que se sentirían muy complacidos por su nueva actitud. En realidad, cuando sus padres le visitaron el Día del Desfile Anual, Arthur apenas les dirigió la palabra. Permaneció con la vista clavada en el suelo, en actitud encogida. Los Mayhew quedaron asombrados por el cambio, pero había algo tan patético en él, que les produjo más tristeza que alegría.

Durante el viaje de regreso, Mrs. Mayhew dijo:

—Clyde, creo que ese imbécil coronel Cleves ha quebrantado el espíritu de Arthur. Me parece que lo mejor sería sacarle de esa Academia...

—Sólo le falta un año, querida. Es posible que esté sufriendo una transformación, y que su actitud actual sea una fase de su evolución.

Me sacaba de quicio ver lo que I-Es843 estaba haciendo con el pobre Artie; el muchacho inspiraba verdadera lástima. El Día de la Graduación, mientras todos los veteranos se abrazaban y se estrechaban las manos en emocionadas despedidas, Arthur recogió su diploma y echó a correr hacia el automóvil de sus padres, dejándose caer en el asiento trasero. ¡Fue la gota que colmó el vaso de mi amargura! Perdí la cabeza, agarré el brazo de I-Es843 y se lo retorcí hasta que soltó los controles. Luchamos por cogerlos de nuevo, y descubrí que mi adversario, con su aspecto de mosca muerta, era más fuerte de lo que parecía. Durante el tiempo que duró nuestra lucha, Arthur permaneció caído en el asiento del coche, gruñendo y lloriqueando alternativamente. Al final, Mr. Mayhew detuvo el vehículo. Cuando él y su esposa hubieron sacado al muchacho para que le diera el aire, yo me había hecho dueño absoluto de los controles. I-Es843 estaba caído de espaldas, jadeando.

—¿Qué te pasa, Arthur? ¿Qué tienes? —inquirieron los Mayhew al mismo tiempo.

Artie sonrió.

—¿A mí? Nada. ¿Qué va a pasarme? Sólo que me alegro de haber perdido de vista al viejo Cleves, el tipo más asqueroso que viste uniforme... ¿Puedo conducir, papi?

—¡Dios mío! —exclamó Mrs. Mayhew—. No sabes el susto que acabas de darnos. Creímos que te estabas muriendo...

—No digas tonterías. Vamos, papi, deja conducir al viejo Artie.

—Deja de hablar en ese tono —dijo Mr. Mayhew—. No, no puedes conducir. Sube al coche.

Arthur corrió hacia la parte delantera del automóvil, saltó al asiento del conductor y puso el motor en marcha.

—¡El que no suba a bordo se queda en tierra! —gritó, haciendo avanzar el vehículo unos cuantos pies—. ¡Conduce Artie! ¡Aprovechen la ocasión para conocer las delicias de la velocidad!

Mr. Mayhew dirigió a su esposa una mirada de impotencia, y ambos subieron al automóvil, ocupando el asiento trasero. Artie se inclinó sobre el volante como si se dispusiera a tomar parte en la carrera de las Mil Millas, y cuando llegaron a la carretera general el «Buick» volaba a noventa y cinco millas por hora. Arthur hizo sonar el claxon y hundió el pie en el acelerador hasta que no dio más de sí. La loca carrera duró un cuarto de hora: hasta que un coche patrulla tomó cartas en el asunto.

Me sentía muy dichoso, y lo único que enturbiaba ligeramente mi felicidad era la presencia de I-Es843, con sus continuos reproches.

—Estás arruinando la vida del muchacho —me decía.

—Y un cuerno. Tú eres el que has estado a punto de arruinarla.

Tenía agallas: decirme que yo estaba estropeando a Artie.

—Bueno, no me importa lo que digas; no podemos continuar luchando de este modo. No podemos permitirnos ni un momento de descanso.

—¿Y qué?

—Se me ha ocurrido una idea.

—¿De veras?

—En vez de luchar, ¿por qué no nos turnamos en el mando de los controles?

No era una mala idea, pero ofrecía una dificultad: después de mis experiencias anteriores, no podía confiar en aquel tipo.

Se dio cuenta de lo que estaba pensando.

—Te juro que esta vez puedes confiar en mí. Yo confío en ti. Podemos cambiar cada semana.

—Digamos cada veinticuatro horas, y trato hecho.

Sellamos el trato con un apretón de manos, y por primera vez sostuvimos una charla amistosa. Resultó que I-Es843 no era un mal individuo, después de todo. Y no tenía la culpa de que en la oficina hubieran cometido un error. Aunque... ¿cómo podía saber si el error no lo habían cometido al enviarme a mí? Bueno, lo cierto es que desde hace unos años nos alternamos amigablemente el mando de los controles, y la cosa marcha admirablemente para nosotros. Desde luego, para Arthur resulta un poco duro. Y lo malo es que no se verá libre de nosotros hasta que parpadee su lucecita roja, y esto no ocurrirá hasta dentro de sesenta y ocho años.

Entra en mi bodega

Ray Bradbury

Hugh Fortnum despertó a las conmociones del sábado y tendido en la cama y con los ojos cerrado las saboreó una a una.

Abajo, jamón en una cacerola; Cynthia que lo despertaba con aromáticas comidas y no con gritos.

Del otro lado del vestíbulo, Tom que se daba *de veras* una ducha.

Lejos en la luz de moscardones y libélulas, ¿de quién era la voz que ya estaba maldiciendo el clima, el tiempo, y las mareas? ¿La señora Goodbody? Sí. Esa gigante cristiana, de uno ochenta de alto y descalza, la jardinera extraordinaria, la dietista octogenaria, y la filósofa del pueblo.

Fortnum se incorporó, desenganchó la cortina de alambre, sacó el cuerpo afuera y escuchó los gritos de la señora.

—¡Aja! ¡Toma ésta! ¡Tendrás tu merecido! ¡Ah!

—¡Feliz sábado, señora Goodbody!

La anciana se detuvo envuelta en nubes de insecticida rociado por una bomba inmensa.

—¡Tonterías! —gritó—. ¿Con esta invasión de demonios y pestes?

—¿Qué especie esta vez? —preguntó Fortnum.

—No quiero proclamarlo a todos los vientos, pero —la mujer miró sospechosamente alrededor—, ¿qué diría usted si le dijese que soy la primera línea de defensa contra los platos voladores?

—Magnífico —replicó Fortnum—. Cualquiera de estos años habrá cohetes entre los mundos.

—¡Ya los hay ahora! —La mujer bombeó echando el rocío debajo de los arbustos de la cerca—. ¡Ja, ja! ¡Tómate ésa!

Fortnum retiró la cabeza del aire fresco, sintiéndose de algún modo no tan animado como en los comienzos del día. Pobre alma, la señora Goodbody. Siempre la esencia de la razón. ¿Y ahora qué? ¿La vejez?

Abajo sonó la campanilla.

Fortnum se puso la bata y había llegado a la mitad de la escalera cuando oyó una voz que decía:

—Expreso. ¿Fortnum?

Cynthia se volvió desde la puerta de calle, con un paquetito en la mano.

—Expreso aéreo para tu hijo.

Tom bajaba ya las escaleras como un ciempiés.

—¡Oh! ¡Esto tiene que venir del Gran Invernáculo de Novedades!

—Me gustaría excitarme así con el correo común —observó Fortnum.

—¿Común? —Tom, impaciente, cortó el cordel y rompió el envoltorio—. ¿No lees las páginas de anuncios de *Mecánica popular*? Bueno, ¡aquí están!

Todos miraron la cajita abierta.

—Aquí —dijo Fortnum—, ¿qué es lo que está?

—¡Los hongos silvestres gigantes de crecimiento garantizado! ¡Cultívelos usted mismo en el sótano de su casa y obtenga seguros beneficios!

—Oh, por supuesto —dijo Fortnum—. Qué tonto he sido.

Cynthia entornó los ojos.

—¿Esas cositas diminutas?

—«Crecimiento fabuloso en veinticuatro horas». —Tom citó de memoria—. «Plántelos en el sótano...».

Fortnum y su mujer se miraron.

—Bueno —admitió ella—, es mejor que ranas y serpientes verdes.

—¡Claro que sí! Tom corrió.

—Oh, Tom —llamó Fortnum. Tom se detuvo a las puertas del sótano.

—Tom —dijo el padre—. La próxima vez el correo ordinario sería suficiente.

—Diablos —dijo Tom—. Se equivocaron, seguro; pensaron que yo era alguna compañía con mucho dinero. Expreso vía aérea, ¿quién puede permitirse eso?

La puerta del sótano se cerró ruidosamente.

Fortnum, divertido, miró el envoltorio un momento y luego lo echó al cesto de papeles. Mientras iba a la cocina, abrió la puerta del sótano.

Tom estaba ya de rodillas, cavando con un rastrillo.

Fortnum sintió que Cynthia estaba al lado respirando levemente, mirando a la fresca oscuridad.

—Ésos son hongos, espero. No... setas venenosas.

Fortnum rió.

—¡Buena cosecha, granjero!

Tom alzó los ojos y saludó con la mano.

Fortnum cerró la puerta, tomó a su mujer por el brazo y la llevó a la cocina sintiéndose muy bien.

Cerca de mediodía, Fortnum iba en el coche hacia el mercado más próximo cuando vio a Roger Willis, compañero rotariano y profesor de biología en el colegio del pueblo, que sacudía la mano llamándolo insistentemente desde la acera.

Fortnum detuvo el coche y abrió la portezuela.

—Hola, Roger, ¿te llevo?

Willis respondió con una vehemencia excesiva saltando al coche y dando un portazo.

—Justo el hombre que quería ver. Te estoy llamando desde hace días. ¿Podrías

hacer el papel de psiquiatra durante cinco minutos, por favor?

Fortnum examinó a su amigo mientras manejaba.

—Como un favor, claro que sí. Adelante.

Willis se reclinó en el asiento y se estudió las uñas.

—Sigamos en el auto un rato. Eso es. Bueno, lo que quería decirte es esto: algo anda mal en el mundo.

Fortnum rió de buena gana.

—¿No ha sido siempre así?

—No, no, quiero decir... algo raro, algo invisible, está pasando.

—La señora Goodbody —dijo Fortnum, entre dientes, y se detuvo.

—¿La señora Goodbody?

—Esta mañana me dio una conferencia sobre platos voladores.

—No. —Willis se mordió el nudillo del dedo índice, nerviosamente—. Nada relacionado con platillos. Por lo menos, no me parece. Dime, ¿qué es exactamente la intuición?

—El reconocimiento consciente de algo que ha sido subconsciente durante mucho tiempo. ¡Pero no cites a este psicólogo aficionado!

Fortnum rió de nuevo.

—¡Sí, sí! —Willis se volvió, el rostro iluminado. Se acomodó en el asiento—. ¡Eso es! Durante cierto tiempo, las cosas se acumulan, ¿no es así? De pronto, tienes que escupir, pero no recuerdas que se te juntó saliva. Tienes las manos sucias, pero no sabes cómo te las ensuciaste. El polvo te cae encima todos los días y no lo sientes. Pero cuando juntaste bastante polvo, ahí está, lo ves y lo nombras. Eso es intuición, o así lo entiendo yo al menos. Bueno, ¿qué clase de polvo ha estado cayendo sobre mí? ¿Unos pocos meteoros en el cielo nocturno? ¿Un rocío raro poco antes del alba? No sé. ¿Ciertos colores, olores, el modo como cruje la casa a las tres de la mañana? ¿Carne de gallina en los brazos? Todo lo que sé es que ese polvo maldito ha estado juntándose. Lo sé de pronto.

—Sí —dijo Fortnum, inquieto—. ¿Pero qué es eso que sabes?

Willis se miró las manos.

—Tengo miedo. No tengo miedo. Luego tengo miedo de nuevo, en medio del día. Me examinaron los médicos. Estoy perfectamente. No tengo problema de familia. Joe es un chico excelente, un buen hijo. ¿Dorothy? Es notable. Estando con ella no tengo miedo de envejecer o de morir.

—Hombre afortunado.

—Pero que ahora ha dejado atrás la fortuna. Muerto de miedo, realmente, por mi mismo, mi familia, hasta por ti, en este momento.

—¿Por mí? —dijo Fortnum.

Se había entretenido junto a un terreno baldío cerca del mercado. Hubo un momento de inmensa quietud, en el que Fortnum se volvió para observar a su amigo.

Sentía frío ahora, luego de oír a Willis.

—Tengo miedo por todos —dijo Willis—. Tus amigos, los míos, y los amigos de ellos, sin ninguna razón. Bastante tonto, ¿eh?

Willis abrió la portezuela, salió y miró a Fortnum. Fortnum sintió que tenía que hablar.

—Bueno, ¿qué podemos hacer?

Willis alzó los ojos al sol que ardía ciegamente en el cielo.

—Ten cuidado —dijo lentamente—. Vigila todo unos pocos días.

—¿Todo?

—No utilizamos ni la mitad de lo que Dios nos da, el diez por ciento del tiempo. Tenemos que oír más, sentir más, oler más, gustar más. Quizá algo anda mal en el modo como el viento mueve esas hierbas ahí en el terreno. Quizá es el sol en esos alambres de teléfono o las cigarras que cantan en los olmos. Si pudiéramos detenernos, mirar, escuchar, unos pocos días, unas pocas noches, y comparar notas. Dime entonces que me calle, y me callaré.

—Suficiente —dijo Fortnum con una ligereza que no sentía—. Miraré alrededor. ¿Pero cómo sabré cuando la vea que es la cosa que estoy buscando? Willis lo miró, seriamente.

—Lo sabrás. Tienes que saberlo. O estamos perdidos, todos nosotros —dijo serenamente.

Fortnum cerró la portezuela y no supo qué decir. Se sentía incómodo y le pareció que la sangre le subía a la cara.

Willis se dio cuenta.

—Hugh, ¿piensas... que he perdido la cabeza?

—¡Tonterías! —dijo Fortnum, demasiado rápidamente—. Estás un poco nervioso, nada más. Tendrías que tomarte una semana de descanso.

Willis asintió.

—¿Te veo el lunes a la noche?

—En cualquier momento. Pasa a visitarme.

—Espero poder hacerlo, Hugh. Realmente lo espero.

Willis se fue, apresurándose entre las hierbas secas hacia la entrada lateral del mercado.

Fortnum miró cómo se iba y de pronto no tuvo ganas de moverse. Descubrió que estaba respirando profundamente, a largos intervalos, pesando el silencio. Se pasó la lengua por los labios, sintiendo el gusto de la sal. Se miró el brazo apoyado en el hueco de la ventanilla y el vello dorado a la luz del sol. El viento se movía despreocupadamente en el terreno baldío. Se asomó para mirar el sol, y el sol le devolvió la mirada con un golpe macizo de intenso poder, que le sacudió la cabeza. Fortnum se reclinó otra vez en el asiento y suspiró. Luego rió en voz alta y se alejó de allí.

El vaso de limonada estaba fresco y deliciosamente húmedo. El hielo tocaba una música dentro del vaso, y la limonada tenía el sabor ácido justo y el sabor dulce justo. Fortnum sorbió, saboreó, echó atrás la cabeza en la mecedora de mimbre del porche de enfrente. Cerró los ojos. Era la hora del crepúsculo. Los grillos cantaban en la hierba. Cynthia, que tejía ahí delante, miraba a Fortnum con curiosidad; Fortnum sentía la atención de Cynthia.

—¿Qué te preocupa? —dijo Cynthia al fin.

—Cynthia —dijo Fortnum—, ¿cómo anda tu intuición en los últimos tiempos? ¿El clima anuncia terremotos? ¿La tierra se hunde? ¿Se declarará la guerra? ¿O es sólo que nuestro delphinium morirá devorado por los pulgones?

—Un momento. Déjame que lo sienta en los huesos.

Fortnum observó a Cynthia que cerraba los ojos y se sentaba absolutamente inmóvil como una estatua, las manos en las rodillas. Al fin sacudió la cabeza y sonrió.

—No. No se declara la guerra. La tierra no se hunde. Ni siquiera un pulgón. ¿Por qué?

—Me he encontrado hoy con un montón de gente que me anunció calamidades. Bueno, dos por lo menos, y ...

La puerta de alambre se abrió de pronto. El cuerpo de Fortnum se sacudió como si lo hubieran golpeado.

—¡Qué!

Tom, llevando en los brazos un semillero de madera, salió al porche.

—Lo siento —dijo—. ¿Qué pasa, papá?

—Nada. —Fortnum se incorporó, contento de poder moverse—. ¿Es eso la cosecha?

Tom se adelantó, ansiosamente.

—Una parte. Están creciendo muy bien. ¡Sólo siete horas, con mucha agua, mira qué grandes son!

Puso el semillero sobre la mesa entre el padre y la madre.

La cosecha era de veras abundante. En la tierra húmeda brotaban centenares de pequeños hongos de un color castaño grisáceo.

—Caramba —dijo Fortnum, impresionado.

Cynthia extendió la mano para tocar el semillero, y en seguida la apartó, incómoda.

—Odio ser una aguafiestas, pero... no hay posibilidades de que éstos no sean otra cosa que hongos, ¿no es así?

Tom la miró como si lo hubiese insultado.

—¿Qué crees que te daré de comer? ¿Hongos venenosos?

—De eso se trata —dijo Cynthia rápidamente—. ¿Cómo los distingues?

—Comiéndolos —dijo Tom—. Si vives, son hongos comestibles. Si caes

muerta... ¡bueno!

Tom lanzó una carcajada que divirtió a Fortnum pero que sobresaltó a Cynthia. La mujer se acomodó en la silla.

—No... no me gustan —dijo.

—Bueno, oh, bueno. —Tom tomó el semillero, enojado—. ¿Cuándo vamos a tener la primera venta de pesimismo en *esta* casa?

Se alejó arrastrando los pies.

—Tom... —dijo Fortnum.

—No importa —dijo Tom—. Todos piensan lo mismo, que las hazañas del niño de la casa los arruinará para siempre.

¡Maldita sea!

Fortnum entró en la casa justo cuando Tom llevaba los hongos, con semillero y todo, escaleras abajo. Tom cerró de golpe la puerta del sótano.

Fortnum volvió al porche y miró a su mujer, que apartó los ojos.

—Lo siento —dijo ella—. No sé por qué, tuve que decirle eso a Tommy. No...

Sonó el teléfono. Fortnum llevó el aparato afuera, extendiendo el cable.

—¿Hugh? —Era la voz de Dorothy Willis. De pronto parecía muy vieja y muy fatigada—. Hugh, ¿Roger no está ahí, no es cierto?

—¿Dorothy? No.

—¡Ha desaparecido! —dijo Dorothy—. Se llevaron todas las ropas del armario.

La mujer se echó a llorar.

—Dorothy, tranquilízate, estaré ahí en un minuto.

—Tienes que ayudarme, oh, tienes que hacerlo. Algo le pasó a Roger, lo sé —lloriqueó Dorothy—. Si no haces algo, no lo veremos vivo nunca más.

Fortnum puso el tubo en la horquilla muy lentamente, sintiendo la voz de Dorothy que lloraba allí dentro. Los grillos nocturnos cantaban de pronto muy alto. Fortnum sintió que se le ponían de punta los pelos de la nuca, uno por uno.

El pelo no puede hacer eso, pensó. Qué tontería. No puede hacer eso, no en la vida real, ¡no puede!

Pero, uno a uno, lentamente, los pelos se le ponían de punta.

Las perchas estaban realmente vacías. Fortnum las corrió a un lado a lo largo de la barra, y luego se volvió y miró a Dorothy Willis y Joe Willis.

—Pasaba por aquí —dijo Joe— y vi el armario vacío, ¡todas las ropas de papá habían desaparecido!

—Todo iba tan bien —dijo Dorothy—. Teníamos una vida maravillosa. No entiendo, ¡no, no!

Dorothy se echó a llorar otra vez, llevándose las manos a laxara. Fortnum salió del ropero.

—¿No lo oyeron irse de la casa?

—Estábamos jugando en la acera —explicó Joe—. Papá dijo que tenía que entrar

un minuto. Al rato fui a buscarlo, ¡y papá había desaparecido!

—Tiene que haber empacado rápidamente y luego irse caminando, pues si no hubiésemos oído el ruido de un taxi frente a la casa.

Ahora iban por el pasillo.

—Preguntaré en la estación del tren y en el aeropuerto. —Fortnum titubeó—. Dorothy, ¿sabes si Roger tenía algún antecedente...?

—No se volvió loco. —Cynthia calló un rato—. Siento, de algún modo, que lo raptaron.

Fortnum meneó la cabeza.

—No parece razonable que haya hecho las valijas, y se fuera caminando de la casa a encontrarse con los raptos.

Dorothy abrió la puerta como para dejar que la noche o el viento de la noche entrara en el pasillo y se volvió a mirar los cuartos, hablando distraídamente.

—No. Entraron de algún modo en la casa. Aquí, delante de nuestros ojos, se lo llevaron con ellos. —Al cabo de un momento Dorothy añadió—: Ha pasado algo terrible.

Fortnum salió a la noche de grillos y árboles susurrantes. Los anunciadores de calamidades, pensó, hablando de calamidades. La señora Goodbody, Roger, y ahora la mujer de Roger. Ha pasado algo terrible. ¿Pero qué, en nombre de Dios? ¿Y cómo? Miró a Dorothy y luego a Joe. El niño, secándose las lágrimas de los ojos, parpadeando, se dio vuelta muy lentamente, caminó a lo largo del pasillo, y se detuvo apoyando los dedos en el picaporte de la puerta del sótano.

Fortnum sintió un temblor en los párpados, y entornó los ojos como si estuviese tomando una fotografía de algo que quería recordar.

Joe tiró de la puerta del sótano, y bajó los escalones desapareciendo. La puerta se cerró.

Fortnum abrió la boca para hablar, pero Dorothy le tomaba ahora la mano y él tuvo que mirarla.

—Por favor —dijo ella—. Encuéntralo para mí.

Fortnum le besó la mejilla.

—Haré lo humanamente posible.

Lo humanamente posible, Dios, ¿por qué había elegido *esas* palabras?

Se alejó entrando en la noche de verano.

Una respiración entrecortada, un jadeo asmático, un estornudo vaporizador. ¿Alguien que moría en la oscuridad? No.

Sólo la señora Goodbody, oculta debajo de la cerca, trabajando hasta tarde, la mano en la bomba apuntando, el codo huesudo impulsando. El olor dulce y nauseabundo del insecticida envolvió a Fortnum mientras llegaba a la casa.

—¿Señora Goodbody? ¿Todavía en lo mismo?

La voz de la mujer saltó desde la cerca oscura.

—¡Maldita sea, sí! Ofidios, chinches de agua, gusanos, y ahora el *Marasmius oreades*. ¡Señor, crece rápido!

—¿Qué es lo que crece?

—¡El *Marasmius oreades*, por supuesto! ¡Soy yo contra ellos, y pretendo ganar la batalla! ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma!

Fortnum dejó la cerca, la bomba jadeante, la voz ronca, y encontró a su mujer que lo esperaba en el porche casi como si ella fuera a retomar el hilo que Dorothy había dejado pocos minutos antes.

Fortnum iba a hablar cuando una sombra se movió dentro de la casa. Se oyó un chirrido. Un pestillo rechinó.

Tom desapareció en el sótano.

Fortnum sintió como si algo le hubiese estallado en la cara. Se tambaleó. Aquello tenía la apagada familiaridad de esos sueños de la vigilia en que todos los movimientos son recordados antes que ocurran, todos los diálogos son conocidos antes que asomen a los labios.

Se descubrió con los ojos clavados en la puerta cerrada del sótano. Cynthia lo llevó adentro, divertida.

—¿Qué? ¿Tom? Oh, está todo bien. Esos malditos hongos significan tanto para Tom. Además, cuando los echó en el sótano crecieron tan bien, ahí en el polvo...

—¿Crecieron? —se oyó decir Fortnum.

Cynthia lo tomó por el brazo.

—¿Qué hay de Roger?

—Se ha ido, sí.

—Hombres, hombres, hombres —dijo Cynthia.

—No, estás equivocada —dijo Fortnum—. Vi a Roger todos los días los últimos diez años. Cuando conoces tan bien a un hombre, te das cuenta en seguida de cómo le va en la casa, si las cosas están en el horno o en la licuadora. La muerte no le ha soplado aún en la nuca a Roger. No está asustado tratando de dar alcance a su propia juventud inmortal, recogiendo duraznos en la huerta de algún otro. No, no, lo juro, apuesto hasta mi último dólar. Roger...

Se oyó el timbre de calle. El mensajero había subido silenciosamente al porche y estaba allí con un telegrama en la mano.

—¿Fortnum?

Cynthia encendió la luz del vestíbulo mientras abría el telegrama y lo alisaba para leerlo.

*Viajando a Nueva Orleans. Telegrama posible por momento de descuido.
tienes que rechazar, repito rechazar, todos los paquetes expresos certificados.
Roger*

Cynthia alzó los ojos del papel. —No entiendo. ¿Qué significa?

Pero Fortnum ya estaba en el teléfono, llamando rápidamente.

—¿Operadora? ¡La policía, y rápido!

A las diez y cuarto de la noche el teléfono sonó por sexta vez. Fortnum atendió y exclamó inmediatamente:

—¡Roger! ¿Dónde estás?

—¿Dónde diablos voy a estar? —dijo Roger animado, casi divertido—. Sabes muy bien donde estoy, y tú eres el responsable. ¡Tendría que estar furioso contigo!

Fortnum le hizo una seña a Cynthia con la cabeza, y la mujer corrió a escuchar en el teléfono de la cocina. Cuando Fortnum oyó el leve clic, continuó hablando.

—Roger, juro que no sé. Recibí ese telegrama tuyo...

—¿Qué telegrama? —dijo Roger jovialmente—. No envié ningún telegrama. Ahora, de pronto, la policía se precipitó en el expreso del sur, me metieron en un tren local, y estoy llamándote para que me suelten. Hugh, si esto es una broma...

—Pero, Roger, ¡desapareciste!

—En un viaje de negocios, si a eso lo llamas desaparecer. Le avisé a Dorothy y a Joe.

—Todo esto es muy confuso, Roger. ¿No estás en peligro? ¿Nadie está amenazándote, obligándote a hablar?

—Me siento bien, sano, libre y sin miedo.

—Pero, Roger, ¿y tus premoniciones?

—¡Tonterías! Bueno, oye, tú me conoces bien, ¿no es cierto?

—Claro, Roger...

—Entonces muéstrate como un buen padre y dame permiso para ir. Llama a Dorothy y dile que volveré en cinco días. ¿Cómo pudo haberlo olvidado?

—Lo olvidó, Roger. ¿Entonces te veré dentro de cinco días?

—Cinco días, lo juro.

La voz era realmente persuasiva y cálida, el viejo Roger de nuevo. Fortnum meneó la cabeza.

—Roger —dijo—, éste ha sido el día más enloquecido de mi vida. ¿No te estás escapando de Dorothy? Dios, puedes decírmelo a *mi*.

—La quiero con todo mi corazón. Bueno, aquí está el teniente Parker de la policía de Ridgetown. Adiós, Hugh.

—Adiós...

Pero el teniente ya estaba en la línea, hablando, hablando agriamente. ¿Qué se había propuesto Fortnum poniéndolos en estas dificultades? ¿Quién se pensaba que era? ¿Quería o no quería que dejaran en libertad a este supuesto amigo?

—Déjelo en libertad —llegó a decir Fortnum de algún modo, y colgó el tubo e imaginó una voz que llamaba a todos al tren y el trueno pesado de la locomotora que dejaba la estación a trescientos kilómetros al sur en la noche que de alguna manera era cada vez más oscura.

Cynthia entró muy lentamente en el vestíbulo.

—Me siento tan tonta —dijo.

—¿Cómo crees que me siento yo?

—¿Quién pudo haber enviado ese telegrama, y por qué?

Fortnum se sirvió un poco de *scotch* y se quedó en medio del cuarto mirando el vaso.

—Me alegra que Roger esté bien —dijo Cynthia al fin.

—No está bien —dijo Fortnum.

—Pero tú dijiste...

—No dije nada. Al fin y al cabo no podíamos sacarlo a la fuerza de ese tren y traerlo de vuelta si él insistía en que no pasaba nada. No. Mandó ese telegrama, pero luego cambió de parecer. ¿Por qué, por qué, por qué? —Fortnum se paseó por el cuarto, bebiendo—. ¿Por qué prevenirnos contra los paquetes expresos certificados? El único paquete que hayamos recibido este año y que corresponde a esa descripción es el que Tom recibió esta mañana...

La voz de Fortnum se apagó. Cynthia fue rápidamente hasta el cesto de papeles y sacó el arrugado papel de envolver con las estampillas de entrega inmediata.

El matasellos decía: Nueva Orleans, LA.

Cynthia alzó los ojos.

—Nueva Orleans. ¿No es ahí donde va Roger ahora?

En la mente de Fortnum rechinó un pestillo, y una puerta se abrió y cerró. Luego rechinó otro pestillo, y otra puerta se alzó y cayó. Había un olor de tierra húmeda.

Fortnum descubrió que su mano estaba marcando unos números en el teléfono. Al cabo de un rato Dorothy Willis respondió en el otro extremo. Podía imaginarla sentada en una casa donde había demasiadas luces encendidas. Habló tranquilamente con ella un rato, luego se aclaró la garganta y dijo:

—Dorothy, óyeme. Sé que parece tonto. ¿Llegó a tu casa en los últimos días algún paquete de entrega inmediata?

—No —dijo Dorothy con una voz débil, y luego—: No, espera. Hace tres días. ¡Pero pensé que tú sabías! Todos los muchachos de la manzana están en lo mismo.

Fortnum habló con cuidado:

—¿Qué es eso de lo mismo?

—¿Qué te preocupa? —dijo Dorothy—. No tiene nada de malo cultivar hongos, ¿no es cierto?

Fortnum cerró los ojos.

—¿Hugh? ¿Estás todavía ahí? —preguntó Dorothy—. Dije que no hay nada malo en...

—¿Cultivar hongos? —dijo Fortnum al fin—. No. Nada malo. Nada malo.

Y colgó el tubo lentamente.

Las cortinas se movían como velos de luz de luna. El mundo del alba entraba ocupando el dormitorio. Fortnum oía el tictac del reloj, y un millón de años atrás, en

el aire de la mañana, la voz clara de la señora Goodbody. Oía a Roger nublando el sol del mediodía. Oía a la policía maldiciendo por teléfono. Luego otra vez la voz de Roger, el trueno de la locomotora que se apagaba llevándolo a Roger muy lejos. Y al fin, la voz de la señora Goodbody detrás de la cerca:

—¡Señor, crece rápido!

—¿Qué crece rápido?

—¡El *Marasmius oreades*!

Fortnum abrió los ojos y se sentó.

Abajo, un momento después, hojeaba el diccionario.

Siguió con el dedo índice las palabras:

—«*Marasmius oreades*. Hongo que crece comúnmente entre la hierba en el verano y las primeras semanas de otoño...».

Fortnum dejó el libro.

Afuera, en la profunda noche de verano, encendió un cigarrillo y fumó en silencio.

Un meteoro cruzó el espacio quemándose, rápidamente. Los árboles susurraban, débiles.

La puerta de enfrente se abrió y se cerró.

Cynthia se acercó envuelta en una bata.

—¿No puedes dormir?

—Demasiado calor, supongo.

—No —dijo Fortnum tocándose los brazos—. En realidad, hace frío. —Echó dos bocanadas de humo, y luego, sin mirar a Cynthia dijo—: Cynthia, qué pensarías si... —Sintió que se quedaba sin aliento y tuvo que hacer una pausa—. Bueno, si Roger hubiese tenido razón esta mañana. La señora Goodbody, quizá tenía razón también. Algo terrible *está* ocurriendo. Como, bueno —señaló con un movimiento de cabeza el cielo y el millón de estrellas— si unas cosas de otros mundos invadiesen la Tierra, quizá.

—Hugh ...

—No, déjame imaginar.

—Es muy evidente que no nos están invadiendo, pues nos hubiéramos dado cuenta.

—Digamos que nos dimos cuenta a medias, y que algo nos intranquilizó. ¿Qué? ¿Cómo pudimos ser invadidos? ¿Con qué medios?

Cynthia miró el cielo y ya iba a decir algo cuando Fortnum la interrumpió.

—No, no meteoros o platos voladores, cosas que podemos ver. ¿Bacterias? Hay bacterias en el espacio exterior, ¿no es cierto?

—Lo leí una vez, sí.

—Esporas, semillas, polen, virus bombardean probablemente nuestra atmósfera, miles de millones en cada segundo, y así desde millones de años. En este mismo

momento estamos cercados bajo una lluvia invisible. Cae sobre todo el país, las ciudades, los pueblos, y ahora mismo en nuestro jardín.

—¿Nuestro jardín?

—Y el de la señora Goodbody. Pero la gente como ella se pasa la vida arrancando malezas, rociando veneno, aplastando hongos. Sería difícil para cualquier forma de vida extraña sobrevivir en las ciudades. El clima es un problema, también. Lo mejor debe de ser el Sur: Alabama, Georgia, Louisiana. Allá en los bañados húmedos pueden crecer hasta alcanzar un buen tamaño.

Cynthia había empezado a reírse.

—Oh, realmente, ¿no creerás, no es así, que ese Gran Bañado o como se llame la Compañía Novedades de Invernadero que envió a Tom ese paquete tiene como gerentes y propietarios a unos hongos de dos metros de alto que vienen de otros planetas?

—Dicho de ese modo, suena divertido.

—¡Divertido! ¡Es cómico!

Cynthia echó atrás la cabeza, deliciosamente.

—¡Dios santo! —gritó Fortnum, de pronto irritado—. ¡Algo pasa! La señora Goodbody está arrancando de raíz y matando *Marasmius oreades*. ¿Qué es *Marasmius oreades*? Una cierta especie de hongo. Simultáneamente, y supongo que puedes llamarlo una coincidencia, ¿qué llega el mismo día por correo especial? ¡Hongos para Tom! ¿Qué otra cosa ocurre? ¡Roger teme un fin próximo! En pocas horas desaparece, nos telegrafía, ¿qué cosa nos aconseja no aceptar? ¡Los hongos enviados a Tom por correo expreso! ¿Recibió el hijo de Roger un paquete parecido los últimos días? ¡Sí, lo recibió! ¿De dónde vienen los paquetes? ¡Nueva Orleans! ¿Y a dónde va Roger cuando desaparece? ¡Nueva Orleans! ¿No ves, Cynthia, no ves? ¡No estaría preocupado si todas esas cosas no estuviesen relacionadas de algún modo! ¡Roger, Tom, Joe, los hongos, la señora Goodbody, los paquetes, las direcciones, todo es la misma figura!

Cynthia estaba mirándolo ahora, más tranquila, pero todavía divertida.

—No te enojas.

—¡No estoy enojado! —casi gritó Fortnum.

De pronto no pudo continuar. Temía que si seguía hablando se encontraría en algún momento gritando de risa, y por alguna razón se negaba a eso. Miró las casas de alrededor, calle arriba y calle abajo, y pensó en los sótanos oscuros y los niños del vecindario que leían *Mecánica Popular* y enviaban el dinero en millones de pedidos para criar los hongos en sitios ocultos. Así como él cuando era niño había escrito pidiendo sustancias químicas, semillas, tortugas, innumerables emplastos y ungüentos. ¿En cuántos millones de hogares norteamericanos crecían esta noche millones de hongos al cuidado de los inocentes?

—¿Hugh? —Cynthia estaba tocándole el brazo ahora—. Los hongos, aun los

grandes, no piensan, no se mueven, no tienen piernas y brazos. ¿Cómo podrían enviar esos paquetes y apoderarse del mundo? ¡Vamos, echemos una ojeada a tus terribles demonios y monstruos!

Cynthia empujó a Fortnum hacia la puerta. Adentro, fue hacia el sótano, pero Fortnum se detuvo, meneando la cabeza, y una sonrisa tonta se le formó de algún modo en la boga.

—No, no, sé lo que encontraremos. Ganaste. Todo es una tontería. Roger volverá la semana próxima y nos emborracharemos juntos. Vete a la cama ahora y yo tomaré un vaso de leche caliente y estaré contigo en un minuto.

—¡Eso es mejor!

Cynthia besó a Fortnum en las dos mejillas lo apretó tomándolo por los hombros, y subió las escaleras.

En la cocina, Fortnum sacó un vaso, abrió la refrigeradora y estaba sirviéndose la leche cuando se detuvo de pronto.

Adelante, arriba, había un platito amarillo. Sin embargo, no fue el plato lo que le llamó la atención a Fortnum. Fue lo que había en el plato.

Los hongos recién cortados.

Se quedó allí medio minuto por lo menos, respirando y escarchando el aire, hasta que al fin extendió la mano, tomó el plato, lo olió, tocó los hongos, y luego salió al vestíbulo llevando el plato en la mano. Miró escaleras arriba, escuchando a Cynthia que se movía en el dormitorio, y estuvo a punto de llamarla: «Cynthia, ¿tú pusiste esto en la refrigeradora?». No habló. Conocía la respuesta. Cynthia en cambio no sabía nada.

Puso el plato de hongos en la baranda de la escalera y se quedó mirando. Se imaginó a sí mismo en cama más tarde, observando las paredes, las ventanas abiertas, las figuras de la luz de la luna que se movían en el cielo raso. Se oyó a sí mismo diciendo: «¿Cynthia?». Y la respuesta de ella: «¿Sí?». Y él diciendo: «Los hongos pueden desarrollar piernas y brazos, hay un modo». «¿Qué?», diría ella. «Tonto, tonto, ¿qué?». Y él se animaría entonces y no tendría en cuenta la risa de ella y diría: «¿Y si un hombre que camina por el pantano recoge los hongos y se los come...?».

¿Una vez dentro del hombre, se extenderían los hongos por la sangre, se apoderarían de todas las células cambiando al hombre en un... marciano? Aceptada esta teoría, ¿necesitaría el hongo piernas y brazos propios? No, no mientras pudiese entrar y vivir en la gente. Roger había comido los hongos que le había dado su hijo. Roger se había convertido en «otra cosa». Se había secuestrado a sí mismo. Y en un último arranque de cordura, nos había telegrafiado, advirtiéndonos que no aceptáramos el envío expreso de hongos. ¡El Roger que había telefoneado más tarde no era ya Roger sino un prisionero de lo que había comido! ¿No está claro, Cynthia, no lo está, no lo está?

No, dijo la imaginada Cynthia, no, no está claro, no, no, no...

Un murmullo muy débil llegó del sótano, un susurro, un movimiento. Fortnum apartó los ojos del plato, caminó hasta la puerta del sótano y acercó la oreja.

—¿Tom?

Ninguna respuesta.

—Tom, ¿estás ahí?

Ninguna respuesta.

—¿Tom?

Al fin, la voz de Tom llegó desde abajo.

—¿Sí, papá?

—Es más de medianoche —dijo Fortnum, tratando de no elevar la voz—. ¿Qué estás haciendo ahí?

Ninguna respuesta.

—Dije...

—Cuidando mi cosecha —dijo el niño al cabo de un rato, con una voz fría y débil.

—¡Bueno, sal de ahí inmediatamente! ¿Me oyes?

Silencio.

—¿Tom? ¡Escucha! ¿Tú pusiste unos hongos en la refrigeradora esta noche? ¿Por qué?

Pasaron diez segundos por lo menos antes que el muchacho replicara desde abajo:

—Para que tú y mamá comieran, por supuesto.

Fortnum sintió que el corazón se le movía rápidamente y tomó aliento tres veces antes de seguir hablando.

—¿Tom? ¿No... no comiste tú mismo por casualidad algunos de los hongos, no?

—Es raro que lo preguntes —dijo Tom—. Sí. Esta noche. En un sándwich. Después de cenar. ¿Por qué?

Fortnum puso la mano en el pestillo. Ahora le tocaba a él no contestar. Sintió que las rodillas empezaban a aflojarse y trató de luchar contra toda aquella tontería insensata. Por nada, trató de decir pero los labios no se le movieron.

—¿Papá? —llamó Tom, serenamente desde el sótano—. Baja. —Otra pausa—. Quiero que veas la cosecha.

Fortnum sintió que el pestillo se le deslizaba en la mano húmeda. El pestillo crujió. Fortnum se sobresaltó.

—¿Papá? —llamó Tom en voz baja.

Fortnum abrió la puerta.

El sótano estaba completamente a oscuras.

Extendió la mano hacia la llave de la luz.

Como dándose cuenta, desde algún lugar, Tom dijo:

—No. La luz es mala para los hongos.

Fortnum apartó la mano de la llave.

Tragó saliva. Volvió la cabeza hacia la escalera que llevaba al dormitorio. Supongo, pensó, que tendría que decirle adiós a Cynthia. ¿Pero qué idea es ésta? ¿Por qué, en nombre de Dios, he de tener estos pensamientos? No hay motivo, ¿no es así?

Ninguno.

—¿Tom? —dijo, afectando un aire animado—. Listo o no listo, ¡allá voy!

Y dando un paso en la oscuridad, cerró la puerta.

Estación de término

Lee Harding

Soplaba un viento procedente de los montes Brobdingnangian que se extendían a través del lejano horizonte. Un viento que se deslizaba rápidamente por encima de las estériles llanuras, para ascender después las suaves laderas de la colina donde se había posado la nave espacial. Un viento que gimió lúgubrementemente alrededor de Lassiter, que estaba de pie en la parte exterior de la abierta cámara de descompresión, para alejarse después hacia otra interminable llanura.

Lassiter pensó que no era un viento frío, sino hostil. Estéril, también, como el paisaje que barría. Pero a pesar de sus pensamientos, Lassiter descubrió que estaba temblando y se arrebujó todavía más en su chaqueta, mientras sus ojos escudriñaban el cielo, en busca de alguna señal del regreso de la nave de exploración de Agara.

Empezaba a oscurecer. La temperatura era de unos trece grados, y en el cielo crepuscular no había ninguna nube. Pasada una hora, la oscuridad cerraría sus impacientes dedos alrededor de la árida esfera de Centauro Cuatro.

¿Árida? Quizás no *del todo*. Las cajas de Boardman contenían varias muestras de la escasa flora y de la aún más escasa fauna del planeta. Todas ellas mostraban un nivel de desarrollo primario. No existía, o no la habían encontrado hasta entonces, una especie sobre la cual pudieran colocar la etiqueta de «*Especie Dominante*». No habían tenido éxito, aunque quizás la expedición de Agara sería más fructífera. El animal más evolucionado era un pequeño marsupial de unas nueve pulgadas de longitud que poseía la capacidad mental de un ratón terrestre. El planeta parecía incapaz de producir una forma de vida más compleja, del mismo modo que no parecía interesado en producir más que un puñado de diferentes especies vegetales.

A su alrededor, el mundo era improductivo y desnudo, grandes llanuras donde podían encontrarse tres variedades de arbustos y únicamente dos de hierbas. Hacia el Sur, había una sola clase de árboles. A través de toda aquella enorme aridez pululaban algunos animales diminutos, que se arrastraban por el suelo o avanzaban a saltitos como sus equivalentes terrestres, y ninguno de ellos era mayor que el brazo de Lassiter.

Era extraño. Un mundo envuelto en una atmósfera muy rica en oxígeno, que sólo sustentaba un tipo de vida primario. Contaba con dos amplios mares e innumerable ríos, que discurrían plácidamente hacia sus destinos. Escasos bosques salpicaban los tres continentes, pero no había ningún cinturón de selva alrededor del cálido ecuador, un hecho que seguía intrigándoles. Únicamente las interminables estepas separando las zonas más fértiles, que eran patéticamente escasas. Había una sola cordillera

importante, situada al norte de la nave, y hacia allí se había dirigido Agara aquella mañana, en busca de respuestas al infradesarrollo del planeta.

Era como si el Creador, pensó Lassiter, hubiese dejado aquel planeta sin terminar, quizás hasta una fecha posterior.

En muchos aspectos, parecía un enorme parque. Alrededor de ellos había una sensación de paz, como si el gran motor de la vida se hubiera parado y todas las cosas existieran en un estado de perpetuo e idílico éxtasis; un hipnótico Edén del cual habían sido expulsados todos los elementos perturbadores.

Aunque no absolutamente *todos*.

Lassiter se encontró de nuevo temblando, y sus ojos se entrecerraron para tratar de penetrar la creciente oscuridad.

Allí había *algo*, algo que él podía sentir, pero no ver; captar, pero no tocar. Algo imposible de definir, más semejante a una presencia que a una sustancia, más idea que materia, más sueño que realidad.

¿Por qué no lo habían captado los demás? Quizás lo habían captado sin expresarlo. Quizás la imaginación le estaba gastando una broma a Lassiter. ¿Había *realmente* algo oculto más allá de su percepción visual, más allá quizás de sus cinco sentidos, algo malévolamente y vigilante escondido tal vez, detrás de los picos de las montañas que se erguían al Norte?

Mitchell atribuía sus ataques de depresión a factores psicológicos, provocados por su alejamiento de la Tierra. ¿Cómo se explicaba, entonces, que seis semanas en el subespacio no hubieran producido en ellos ningún efecto, y dos días de estancia en aquel extraño planeta hubieran empezado a minar su confianza?

Lassiter conocía la respuesta. Y la respuesta era que allí había *algo* que ninguno de ellos podía explicar, algo que les estaba espiando, que jugaba quizás con sus mentes en tanto que ellos no tenían conciencia de la intrusión.

De pie allí, con los ojos y los pensamientos dirigidos hacia el invisible espía, Lassiter notó que sus sensaciones quedaban como barridas por una gigantesca garra, y por un breve instante casi pudo *sentir* la cosa. Pero la impresión se borró de inmediato.

A lo lejos, algo blanco se deslizaba sobre las estepas. A la leve claridad del crepúsculo, Lassiter reconoció la forma familiar de la nave de exploración de Agara. Las alargadas sombras de las montañas parecían perseguir a la nave, y la impresión de irrealidad a la cual habían sucumbido sus sentidos era tan intensa que, por un momento, Lassiter imaginó que aquellas sombras se alargaban para agarrar la diminuta mota y hacerla retroceder hacia las insondables negruras que dormitaban en las fronteras de la noche. Se apoderó de él una especie de vértigo, y el paisaje pareció difuminarse ante sus ojos.

—Agara —murmuró—. Agara...

Y entonces su visión se aclaró. Las montañas recobraron sus familiares perfiles. Y la nave de exploración avanzó zumbando hacia el navío espacial. Lassiter podía ver ya el rostro de Agara a través del parabrisas.

Entró en la nave y se dirigió al hangar de las embarcaciones de exploración, pulsó un interruptor y esperó mientras una sección del casco se deslizaba a un lado para admitir a la diminuta aeronave.

Agara desaceleró rápidamente y se acercó a la abertura tan ligera como una pluma. Aparcó con suavidad al lado de la otra nave. El zumbido de los motores se apagó.

La diminuta cámara de descompresión se abrió y Agara saltó ágilmente al suelo. Era un hombre bajito, de facciones angulosas y ojos negros e inquisitivos.

Lassiter pulsó otro interruptor y la puerta volvió a cerrarse, borrando la visión y los sonidos del mundo exterior, aunque sin desvanecer la impresión que yacía en las capas más profundas de su conciencia.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Has encontrado algo?

Agara parecía cansado, como si el viaje le hubiera agotado más de lo previsto. Se pasó la mano por la frente, con aire absorto, y empezó a despojarse de su traje de vuelo.

—Poca cosa —respondió—. Un par de plantas... y nada más.

Lassiter pareció sorprendido.

—¿Vas a decirme que en todas esas montañas no has encontrado ni siquiera *un* ejemplar nuevo?

—Exactamente.

—Pero, ¿hasta dónde has llegado? Quiero decir si has cubierto *todo* el territorio.

Agara no le miró. Terminó de quitarse el traje de vuelo y fue a colgarlo en uno de los armarios. Estaba preocupado.

—Desde luego que lo he cubierto: a eso iba. —Se volvió en redondo y contempló a Lassiter con una expresión intrigada—. Muy raro, ¿verdad? Parece que en un mundo como éste tendría que haber... —Se interrumpió, frunciendo el ceño. Luego se encogió de hombros—. ¡Oh! ¡Tonterías! —exclamó—. ¿Por qué hemos de medir cada mundo nuevo de acuerdo con *nuestras* normas?

Lassiter se mordió el labio inferior. Sus ojos se alzaron cautelosos hasta la cerrada puerta del hangar, y se preguntó si las montañas eran todavía sólidas y reales, o si habían vuelto a descomponerse en sombras. La tentación de abrir la puerta de pronto y sorprender quizás a las montañas en su engañosa transformación, fue muy poderosa. Pero la resistió, y se volvió hacia Agara.

—Lo que quieres decir —observó— es que en un planeta de atmósfera tan rica en oxígeno como éste, cabe esperar que existan formas de vida más complejas que las que hemos visto hasta ahora, ¿no es eso?

La pregunta pareció turbar a Agara.

—Algo por el estilo —respondió.

—Piensa en ello. Incluso un cadáver de planeta disecado, como Marte, contiene *cuatro* veces más variedades de las que hemos encontrado aquí.

—Sólo llevamos dos días en este planeta —observó Agara—. No podemos pretender haberlo visto *todo* en tan corto espacio de tiempo.

Lassiter le miró burlonamente.

—Confiesa que aquí no hay mucho que ver.

Agara enarcó las cejas. Lo que Lassiter acababa de decir era cierto. La aridez de Centauro Cuatro era tal, que la detección de formas de vida resultaba relativamente fácil para los mecanizados medios de la nave espacial. Los mares ya eran otra cosa, desde luego, y habría que esperar una investigación más sistemática de la segunda expedición antes de emitir un veredicto definitivo. Hasta entonces, los mares parecían en estrecha correspondencia con la tierra, es decir, sólo albergaban unas cuantas variedades, de naturaleza primitiva y subdesarrollada.

Agara se limitó a asentir.

—Supongo que tienes razón.

Avanzó un paso, como disponiéndose a salir del hangar, pero, de repente, Lassiter le cogió del brazo.

—Dime —inquirió, en tono casi desesperado—, ¿lo has visto?

Agara palideció.

—¿Si he visto qué?

La desesperación asomó a los ojos de Lassiter, y luego se desvaneció. Tartamudeó:

—En... en realidad no... no lo sé. Pero está ahí, puedo *sentirlo*. ¿Y tú, Agara?

Únicamente un leve centelleo en las profundidades de los ojos de Agara traicionó su falta de sinceridad.

—No sé de qué estás hablando —dijo, con demasiada rapidez.

Lassiter le miró fijamente.

—Sí, sí, lo sientes, Agara... lo mismo que Boardman y el capitán, sólo que están demasiado asustados para admitirlo. Pero todos lo sabemos, ¿no es cierto, Agara? Sabemos que está esperando ahí, vigilándonos, espiándonos...

—Voy a ver a Mitchell —dijo Agara.

Lassiter le contempló mientras se alejaba hacia la sala de navegación. Su rostro se ensombreció y volvió de nuevo su atención hacia la abierta cámara de descompresión. Se acercó a ella y tendió su mirada por el paisaje cada vez más oscuro.

Las montañas aparecían opacas y desvaídas... Brobdingnagian. Paladeó la palabra, satisfecho de haberla pescado en los casi olvidados recuerdos de sus lecturas juveniles.

En cuanto dirigió su atención al mundo exterior, Lassiter se dio cuenta del retorno de la enigmática presencia, que pugnaba por abrirse paso hasta su conciencia. Y descubrió que si concentraba su atención en las lejanas montañas su sensibilidad aumentaba, hasta el punto de que todo su cuerpo empezó a temblar como un receptor que vibrara tratando de captar las ondas generadas por las extrañas fuerzas procedentes de las llanuras en sombras.

Alguien estaba espiándoles, *algo* estaba esperando.

Pero, *¿qué?*

Mitchell aceptó los resultados negativos de la expedición de Agara con la adecuada falta de sorpresa.

—Al parecer, hemos encontrado todo lo que había que encontrar —dijo—. Resulta un poco decepcionante, ¿verdad?

Mitchell era un hombre alto, robusto, de poco más de cuarenta años; un verdadero torrente de energía, dotado de una admirable tenacidad que, cuando se aplicaba a los problemas de la exploración extraterrestre, adquiría su punto máximo. Tal poder de dedicación a su trabajo le había valido el honor de pilotar la primera nave exploradora interestelar. La perspectiva de regresar con un informe tan poco brillante resultaba descorazonadora, más aun teniendo en cuenta lo prometedor de su análisis preliminar del planeta.

El corto espacio de tiempo pasado en aquel lugar parecía haber secado en Mitchell la fuente de energía característica de su temperamento. A Agara le dio la impresión de encontrarse ante un hombre completamente agotado y ansioso por regresar a casa.

Pero, ¿acaso no lo estaban todos? En aquel planeta había algo que hacía desear el inmediato regreso a la Tierra.

—Quizás con un poco más de tiempo... —sugirió Agara.

—Ni pensarlo —gruñó Mitchell—. Hemos terminado nuestro trabajo. Teníamos orden de pasar cuarenta y ocho horas aquí y regresar. La Segunda Expedición se encargará de terminar nuestra tarea.

Agara suspiró aliviado. Por lo menos, él había hecho el *ofrecimiento*. Y el capitán tenía razón. El mando había sido muy explícito en sus órdenes: una tripulación de cuatro hombres iría hasta Alfa Centauro y regresaría lo antes posible, a fin de que la nave y los hombres fueran revisados para decidir las mejoras que debían realizarse antes de organizar una Segunda Expedición.

Mitchell se volvió hacia Agara y dijo:

—Parece usted cansado. ¿Por qué no toma algún somnífero? Su trabajo ha terminado. Despegaremos dentro de doce horas.

Agara asintió, con expresión agradecida, y luego una sombra de preocupación nubló su rostro.

—¿Ocurre algo? —preguntó Mitchell.

—¡Oh! Supongo que no... Se trata de Lassiter.

—¿Greg? ¿Qué le pasa?

Agara sacudió la cabeza.

—No estoy seguro. Habla continuamente de esa cosa de las estepas.

—¿Una cosa? ¿Qué clase de cosa?

—Creo que ni él mismo lo sabe. A juzgar por sus palabras, diríase que hay algún *animal* por ahí. Al parecer, es incapaz de describirlo. Pero, sea lo que sea, le tiene muy asustado.

Mitchell fingió mirar a través de una de las ventanillas de observación, para que Agara no pudiera notar la crispación de su rostro.

—¿Cree usted que Lassiter puede estar... algo desquiciado?

Agara tragó saliva. La incertidumbre se había extendido entre aquellos dos hombres como una tensa cuerda de violín, y ninguno de ellos era capaz de reunir el valor necesario para expresar sus temores.

—No sé qué pensar. Pasamos juntos el examen psiquiátrico... y Greg estaba tan sano como cualquiera de nosotros...

Pero en su fuero íntimo pensó: «Si alguien tiene que ser menos estable que los demás, si alguien tiene que *desquiciarse*, será él...».

Mitchell se volvió en redondo. Ahora, su rostro estaba tranquilo, sus gestos seguros.

—Tal vez no se trate de nada grave. De todos modos, este planeta nos está afectando a todos de un modo extraño, ¿no le parece? Menos mal que emprendaremos el regreso mañana por la mañana.

Allí estaba, expresada finalmente en voz alta, la admisión de que algo invisible, algo inexplicable les había dado motivos para sentirse intranquilos y desconcertados, aunque ninguno de ellos lo había experimentado de un modo tan intenso como Lassiter.

—Sí —asintió Agara, sin mirar a Mitchell—. Pero pasarán otras seis semanas antes de que volvamos a ver la Tierra. Creo que no deberíamos perder de vista a Lassiter.

—Buena idea.

Agara salió del cuarto de navegación y cerró cuidadosamente la puerta detrás de él. Durante un largo espacio de tiempo, después de la marcha de Agara, Mitchell permaneció contemplando, pensativo, un punto indeterminado del techo, con una expresión preocupada en sus oscuros ojos.

Al fin, se puso en pie y pulsó un interruptor. La telepantalla se encendió inmediatamente. La noche envolvía a Centauro Cuatro. Mitchell experimentó una sensación de alivio al pensar que la noche no duraba más que seis horas y inedia, y que con el amanecer llegaría la promesa del retorno a la Tierra. Al fin y al cabo, no era extraño que Lassiter estuviera nervioso: hasta entonces, ningún hombre había estado tan lejos del suelo natal. Una vez sumergido en la vorágine de los

ultraespacios, a una distancia fuera de toda posibilidad de comprensión, un hombre podía sentir que la realidad con la cual estaba familiarizado se escurría de entre sus dedos, dejando en ellos el temor a lo desconocido que amenazaba separarle de todo lo que había amado, como si no hubiera sido más que un sueño.

La mano de Mitchell estaba temblando cuando desconectó la telepantalla. Se dejó caer en una de las sillas y el temblor se extendió a todo su cuerpo. Los diminutos dedos de la duda habían empezado a escarbar en su cerebro. ¿Acaso Lassiter estaba en lo cierto? En vez de imaginar cosas, ¿había realmente alguna oscura presencia moviéndose a su alrededor, algo que incluso los más exactos detectores no habían registrado?

Mitchell contempló con fijeza la pantalla apagada, mientras dejaba que su imaginación vagara de un rincón a otro de su mente, en un esfuerzo por encontrar alguna explicación a la intranquilidad que se había apoderado de todos.

Agara no se dirigió a su camarote: se encaminó al camarote donde Boardman guardaba los ejemplares.

Boardman era el miembro más joven de la tripulación. En aquel momento sostenía en alto un pequeño y peludo animal. Cuando entró Agara, Boardman murmuró un distraído saludo, sin apartar la mirada del animal que tenía entre sus manos.

—¿Ha encontrado usted algo nuevo? —preguntó.

—Un par de plantas. Están en la nave exploradora, si es que quiere verlas.

—No corre prisa.

Boardman acarició al animal y luego miró a Agara.

—Un bicho muy pequeño, ¿verdad?

Alzó la tapa de una de las cajas de plástico y dejó caer dentro al diminuto animal. La tapa volvió a cerrarse y el animal quedó encerrado, con el rostro pegado a una de las transparentes paredes.

Agara se inclinó para examinarlo de cerca. El peludo rostro le devolvió la mirada, con los ojillos casi ocultos entre la espesa pelambrera pardusca. El animal se sostenía sobre sus patas traseras, y sus extremidades anteriores eran mucho más cortas. Su tamaño no llegaba a las nueve pulgadas.

—¡Un canguro! —exclamó Agara—. ¡Es un *canguro* en miniatura!

Boardman sonrió.

—Existe un gran parecido, ¿no es cierto? Y es el animal más listo de la colección.

Agara sacudió la cabeza, dejando vagar sus ojos por las cajas que contenían ejemplares de la fauna del planeta, maravillándose de nuevo ante la sorprendente falta de variedad, de verdaderas *rarezas* entre las escasas plantas y animales.

—Verá —dijo—, siempre creí que el Universo era un lugar de variedad infinita. Sin embargo, todas las formas de vida que hemos encontrado, aquí, y en Titán, y en Marte, y en el resto de los planetas del Sistema, no son realmente muy distintas,

¿verdad?

Boardman contestó:

—Desde luego. Pero, ¿se ha parado usted a pensar en el número de astros que existen?

Agara suspiró.

—Supongo que tiene usted razón. Después de todo, éste es el *primer* planeta extrasolar que hemos estudiado. Tal vez fuera de aquí...

En aquel momento se oyó un leve choque transmitido a través de las paredes de la nave. Agara frunció el ceño. El sonido era fácil de identificar: el leve retroceso de una nave exploradora en el momento de abandonar el hangar.

—¿Qué diablos...?

Agara echó a correr hacia el hangar. Antes de abrir la puerta sabía lo que iba a ver.

Una de las pequeñas naves había desaparecido. Y Lassiter también.

Agara se dirigió rápidamente al cuarto de navegación.

Lassiter mantuvo la nave de exploración a poca altura rumbo a las montañas, apenas visibles en la oscuridad nocturna.

En su interior, algo vibraba con la sensibilidad de una cuerda de violín muy tensa; era un receptor para un centenar de distintas percepciones sensoriales, todas desconocidas e inclasificables. Era como si hubiera dejado de ser humano para convertirse en un vasto receptáculo psíquico en armonía con los impulsos emitidos por *algo* que planeaba a su alrededor.

Su mente estaba recibiendo unas impresiones tan extrañas, tan incomprensibles, que tuvo que empujar los restos de su raciocinio a las celdillas de su cerebro y dejar que su conciencia creciera y se hinchara de modo que pudiera encerrar aquellas nuevas sensaciones.

Se sentía como imaginaba que Ulises debió sentirse cuando oyó por primera vez la poderosa llamada de las sirenas. Pero, al contrario de aquél casi enloquecido héroe, Lassiter conservaba el completo dominio de sus motivaciones mentales. Era como si su cerebro se hubiera partido en dos, dejando una parte para atender al gobierno de la nave y a las otras funciones humanas de razonamiento, en tanto que la nueva, esta parte *desconocida* de él se dedicaba a establecer contacto con la vasta presencia que le estaba esperando más allá de las montañas. La parte humana se sentía empujada por una insaciable curiosidad, un ansia de encontrar la respuesta al inquietante silencio, de resolver el problema de su estado mental y demostrar que el motivo del trastorno de sus sentidos no tenía su origen en la imaginación.

«Pero, ¿dónde?», se preguntó. «¿Dónde lo encontraré?».

En el cielo brillaban miríadas de estrellas. Lassiter permanecía sentado, rodeado por el calor de la cabina, mientras el piloto automático le conducía hacia su invisible destino. Quizás no llegase a encontrar nada, como le había sucedido a Agara, y su

única recompensa sería el conocimiento de que su mente se había debilitado con las peripecias del viaje, y esto representaría el final de toda posibilidad de continuar en el Servicio de Exploración Estelar. Por su futuro, y por su salud mental, debía demostrarse a sí mismo que *había* algo que le llamaba con un tipo de percepciones desconocidas; demostrar que sus sensaciones no eran producto de su mente, sino reales.

En su cerebro pareció resonar un *¡ping!* y por un instante sintió que había *tocado* realmente aquel indefinible algo.

La nave se acercaba a las colinas y los gravitadores desaceleraron suavemente. Una lucecita roja parpadeó, reclamando atención al tablero de mandos. Lassiter se inclinó hacia adelante, desconectó el piloto automático y guió la nave en la dirección que su intuición le estaba sugiriendo.

La sensación de una *presencia* extraña se hizo más intensa. La nave pareció sacudida por una poderosa corriente de fuerza psíquica. Lassiter casi pudo sentir el pulso de la cosa hinchándose y contrayéndose como un gran diafragma.

Pero, ¿por qué no lo había sentido Agara?

Aunque... Tal vez Agara *lo había sentido*, pero había sido incapaz de enfrentarse con ello y había huido ciegamente, demasiado avergonzado por su conducta para informar acerca de lo que había visto o *sentido*. Sí, esto podía explicar su inquietud.

Las olas de conciencia crecían y crecían a su alrededor.

¡Aquí! —pensó, excitado—. *¡Aquí!*

Pero, ¿cómo localizarlo?

Dejó que la nave descendiera hasta situarla a poca altura de las onduladas crestas, y marcó un rumbo en el piloto automático que le conduciría más allá de los picos de las montañas. Luego se reclinó en su asiento, esperando, mientras el robot guiaba la nave a través de la tortuosa cordillera.

Lassiter estaba sudando y su corazón latía aceleradamente. Abrió uno de los compartimientos que había frente a él y sacó un desintegrador de corto alcance. Lo introdujo en un bolsillo de su chaqueta. Y pensó que obraba de un modo absurdo al adoptar aquellas precauciones.

Lassiter no se sentía como un hombre que corría hacia las fauces del peligro. Tal vez debiera haberse sentido como un pájaro hipnotizado esperando la succión mortal de la cobra, pero la parte humana de su mente estaba orientada con demasiada claridad para perderse en un miasma de temor. Por el contrario, se creía un hombre a punto de vivir una gran experiencia.

La proa de la nave se irguió de repente para cruzar la primera de las largas líneas de picos, disponiéndose a transportar a Lassiter más allá del mundo normal y dejarle en otro mundo desconocido, que ni siquiera había sido imaginado.

Lassiter se preguntó si lo que estaba viviendo era real o si se trataba de una espantosa pesadilla, producto de su mente cansada. Un sueño compuesto de años luz

de aislamiento de todos los puntos de referencia de la realidad cotidiana. Sin nada a que aferrarse, excepto a la compañía de los otros tres hombres y la solidez de la nave espacial. Lassiter comprendió que el contacto con su mundo se desvanecía, para dejarle vagando por las capas de una nueva dimensión.

Resonó otro *¡ping!* en su cerebro, como un eco que le advirtiera que la presa estaba cercana.

De pronto, todo le pareció *dudoso*. Incluso sus manos, cuando las alzó delante de sus ojos, las vio extrañas y sujetas a interrogante. Incluso la nave de exploración le pareció intangible.

La nave había sobrevolado el primer pico y descendía a lo largo de un valle poco profundo. Comenzó a elevarse de nuevo para cruzar un segundo pico, más alto que el anterior.

En el transmisor de radio brillaba un lucecita verde, pero Lassiter no le prestó atención. Había estado brillando desde que abandonó la nave espacial, y no había modo de apagarla. Era un dispositivo de seguridad destinado a informar a quienquiera que pilotara la nave de exploración que alguien estaba tratando de establecer contacto con él.

Lassiter no deseaba establecer contacto con sus compañeros. Unas palabras de explicación por su parte señalarían su posición, y no tardaría en presentarse la otra nave exploradora. Podían esperar. Pronto descubrirían lo que le había llevado a las montañas.

A medida que la nave ascendía, la presencia vibratoria se hacía más intensa en el interior de la cabina. Pero la nave seguía ascendiendo, envuelta en un largo silencio que se extendía hacia el infinito. Alcanzó la cima de la montaña y la cruzó para sobrevolar el valle que había detrás de ella.

Una ola psíquica pareció envolver y engullir a la diminuta nave.

Lassiter notó que su cuerpo se *encogía*.

Una corriente de incertidumbre pareció invadir las fibras de sus nervios y, por primera vez desde que había salido de la nave espacial empezó a sentirse inseguro acerca de su suerte. La incertidumbre no tardó en cristalizar en los primeros espasmos de miedo. Su mente estaba vacilando en la intensa comunicación establecida alrededor de su conciencia, como un enfurecido mar sin orillas.

Y un viento rugió a través de su alma. Penetró a través de su miedo y lo rompió en pedacitos.

En un último acto de volición consciente, Lassiter pulsó el botón que llevaba la indicación «Descenso», y notó que la nave se posaba suavemente en el valle.

La calma era absoluta, pero el gran pulso que latía en su cerebro creaba un ruido indescriptible. Parecía disminuir y crecer con rítmica intensidad, como si fuera el corazón del universo. El lugar en que se encontraba no se parecía a la frágil nave de exploración, ni a cualquier otro lugar conocido por él. Era una ciénaga viscosa que

ondulaba y se transformaba continuamente.

El mundo de un loco.

Lassiter inclinó la mirada y vio que su propio cuerpo ondulaba y se movía en armonía con el gran Pulso Universal, y lo que quedaba de su mente humana se horrorizó. Un grito de terror quedó ahogado en su garganta y brotó a través de sus labios como un gemido.

Todo estaba *condensado*.

Se produjo un estruendoso *¡clap!* psíquico en el interior de su cráneo, y el mundo volvió bruscamente a ser claro y racional.

Lassiter sacudió la cabeza como si despertara de un sueño. ¿Dónde estaba la nave de exploración? ¿Qué estaba haciendo él allí, solo, de pie sobre la corta hierba del valle?

Parpadeó y miró a su alrededor; pero bajo el cielo sin luna no se veía ni rastro de la pequeña aeronave. Una fresca brisa acariciaba suavemente su rostro.

Alzó la mirada... y sintió que su mente se encogía ante el impacto de la enorme presencia que se extendía sobre él. Sus oídos se llenaron con el sonido de una pesada y terrible respiración, al tiempo que intuía la proximidad de algo enorme, algo *cósmico*.

Lassiter miró a uno y otro lado, buscando un camino para huir, pero la presencia parecía envolver el cielo del valle. Las montañas se erguían por todos lados, hostiles y brutales.

De repente, su pánico se desvaneció. Había ido allí en busca de su desconocido *algo*. ¿Por qué huir ahora que lo había encontrado? Y si tenía que morir, al menos podría ver a su asesino.

De modo que se volvió y se enfrentó con su *algo*.

Al principio no hubo nada que ver; sólo el poderoso pulso de la cosa fue audible en el receptor psíquico forjado por sus propios sentidos olvidados. A su alrededor no había más que las indiferentes estrellas y los furiosos picos de las montañas.

Luego, todo volvió a agitarse. Esta vez, de sus labios fuertemente apretados no brotó ninguna exclamación de miedo.

—¡Hazte visible! —gritó—. *¡Hazte visible!*

Y el mundo se detuvo.

Lassiter empezó a tener conciencia de *algo* en un plano visual como una sucesión de extrañas formas geométricas retorciéndose e interponiéndose en el aire delante de él. Su mente flaqueó ante el asalto, pero se enfrentó con él, decidida.

Luego asumió otras formas, otras dimensiones, y un desfile de desconocidos simbolismos pasó ante sus ojos. Algunos de ellos le hicieron sentirse enfermo, otros le asustaron, pero se negó a dejarse vencer por el miedo antes de descubrir la verdadera forma de su *algo*.

La presencia terminó por cansarse de sus sorprendentes giros. Una gran calma

flotó sobre el valle. Se produjo otra de aquellas extrañas sensaciones de agitación, y cuando Lassiter recobró la visión normal, el mundo estaba inmóvil y las estrellas brillaban apaciblemente en el oscuro terciopelo del firmamento.

Delante de Lassiter, un gran ejército parecía extenderse hacia las más alejadas laderas de las montañas, una masa amorfa que sugería un conjunto de formas humanas fundidas en una gran mancha. No había ninguna sugerencia de individualidad, sino una serie de extensiones de un vasto e invisible organismo.

Una de las figuras se separó de la masa y se acercó a Lassiter. A sus ojos inseguros, la forma parecía moldearse a sí misma a medida que se aproximaba a él, de modo que cuando estuvo a un centenar de metros tenía dos piernas y una indudable forma humanoide y, cuando se detuvo a unos cuantos metros, su aspecto era realmente humano. Un hombre viejo, andrajosamente vestido y con la luz de la sabiduría brillando cálidamente en sus ojos. Su aspecto recordó a Lassiter el que había imaginado que debían tener los antiguos filósofos griegos.

Lassiter tragó saliva y dio unos pasos inseguros hacia el anciano. La solidez del suelo, bajo sus pies, le hizo recobrar el valor.

—¿Quién eres? —preguntó, excitado.

—Eso no tiene importancia —respondió el anciano.

—¡Para mí la tiene!

—No lo creas. Pero tú no puedes comprenderlo.

Lassiter le miró, asombrado.

—Estás hablando en *inglés*.

—No. Ese vocablo no tiene ningún significado... *aquí*.

—*Telepatía*...

—No. No puedes comprenderlo.

—¡Al diablo con que no puedo comprenderlo! ¡Necesito una explicación!

—La tendrás. —El anciano sonrió amablemente como si le estuviera explicando algo muy difícil a un niño—. Yo no soy lo que tú crees ver.

«Eso es bastante razonable», pensó Lassiter. Estaba convencido de que el ser que tenía delante de los ojos no era real, sino una ilusión creada por su *algo*.

—Estoy hipnotizado —acusó, mirando duramente al anciano—. ¿Qué estás tratando de hacer conmigo? ¿Por qué me has *llamado* para que viniera aquí?

—Yo no te he llamado. Tú... me has *oído*. Quizás sería más exacto decir que me has *intuido*. Eres mucho más receptivo que tus compañeros.

De modo que él había estado en lo cierto acerca de ese punto.

—No has contestado a mi pregunta. ¿*Quién* eres? ¿*Qué* eres?

El anciano se encogió de hombros.

—Es difícil de explicar. Pero como es evidente que otros de tu raza te seguirán hasta este punto, tal vez sea mejor que lo intente.

Lassiter frunció el ceño. Aquello no tenía sentido.

—¿Qué quieres decir con lo de «*hasta este punto*»?

—Hasta el fin... ¿Qué otra cosa podría ser?

—¿El fin de *qué*?

—El fin de vuestro universo.

Lassiter se pasó una mano por los ojos, con un gesto de cansancio.

—Temo no comprender lo que estás diciendo.

El anciano sonrió.

—Ya te lo había advertido.

Lassiter alzó la mirada y se quedó contemplando fijamente las estrellas. Una mano helada pareció oprimir su corazón. ¿Por qué le parecían tan artificiales, tan insubstanciales?

—Permíteme que trate de explicártelo —continuó el anciano—. A tu raza le fue concedida la capacidad de conocer y una parte de realidad para que la moldeara de acuerdo con sus necesidades. Extrajisteis un orden del caos primitivo, adaptasteis una bola de barro para vivir sobre ella. Más tarde, se os hizo necesario dirigiros hacia todas aquellas luces que veíais esparcidas a través del cielo nocturno, y tratasteis de extenderos hacia ellas y convertirlas en parte de vuestro mundo. Pero la distancia era demasiado grande. Los instrumentos que habíais inventado no podían penetrar en tan gran espacio. Los telescopios os habían permitido estudiar someramente los planetas más cercanos, pero las estrellas estaban demasiado lejos... Aquí no existe más que una sugerencia de vuestra realidad, y más allá no existe... *nada*.

«Temo que vuestra realidad termine aquí. No podéis ir más lejos».

Lassiter dijo:

—O estás loco... o yo estoy soñando.

El anciano se encogió de hombros.

—Estás soñando.

—Entonces tú eres un producto de mi sueño...

—No. He asumido esta forma por curiosidad, por el deseo de penetrar en vuestro mundo.

—Entonces, ¿qué es lo que eres?

—Yo soy dueño de este lugar. Mira...

Y Lassiter se sintió transportado a una vasta extensión de disforme materia, que se arremolinaba y fundía en torno a un ardiente núcleo central, un universo que se hinchaba y reventaba a su alrededor como un gigantesco fragmento de alguna estrella en explosión, un universo más allá de su capacidad de comprensión, la imposible *enajenación* final. Su cerebro amenazó con estallar, y gritó una silenciosa protesta al torbellino que le rodeaba.

Lassiter sintió que el Dueño agarraba con firmeza la materia insustancial de su mente, y notó la terrible fuerza con que la moldeaba, dándole una forma que le permitiera resistir las enormes presiones generadas a su alrededor. Y entonces,

cuando pareció que su personalidad empezaba a perderse, pudo notar que era transportado de nuevo a través de la remolineante sustancia. En forma vaga pudo percibir una gran luz que brillaba en el vacío, algo que su mente pudo agarrar con firmeza, un rasgo de cordura en un universo que había enloquecido. De repente, las estrellas parecieron estallar a su alrededor, esparciéndose a través de su campo visual como una lluvia de arena, hasta el punto de que Lassiter imaginó que podía extender la mano y coger un puñado de ellas.

Luego, se encontró descendiendo de nuevo a la superficie de un planeta. Vio las grandes montañas Brobdingnagian que salían a su encuentro, y la hierba del valle brotando alrededor de sus pies.

Lassiter miró con fijeza al anciano, y a las borrosas hileras de hombres-sombras que se extendían detrás de él, hacia las montañas.

—Estoy soñando —repitió, como si fuera incapaz de aceptar lo que le había sucedido.

—No —rectificó el otro—. Esta vez no has soñado. He llevado tu mente más allá de las fronteras de vuestro universo, para mostrarte lo que hay allí. Un universo infinito, que rebasa la ridícula comprensión de vuestras mentes infantiles.

Lassiter retrocedió unos pasos. Sus ojos estaban llenos de temor.

—¡Estás loco! —dijo—. ¡Loco!

—No —contestó el anciano—. No estoy loco, ni soy un producto de tu imaginación.

—Entonces, ¿quién eres? —preguntó Lassiter, asustado.

El anciano se echó a reír, y Lassiter se estremeció al oír el sonido de aquella risa. Las montañas se agitaron bajo el impacto de su hilaridad, y Lassiter quedó convencido de que iban a desgarrarse si volvía a reír.

—Permíteme mostrarte hasta qué punto es real vuestra preciosa realidad —dijo el anciano, con acento levemente sarcástico. Y, de repente, el valle fue mucho más brillante que antes, hasta el punto de que cada árbol, cada brizna de hierba se destacó con notable claridad, a pesar de que el cielo nocturno seguía envolviendo el paisaje.

—¿Qué altura tiene aquel árbol? —preguntó el anciano.

Lassiter parpadeó y miró en la dirección que señalaba la mano. Vio un árbol bastante alto, muy parecido a un álamo.

Tragó saliva.

—Unos... unos treinta pies. ¿Por qué?

—Mira.

El anciano extendió la mano hasta que el árbol quedó preso entre sus dedos pulgar e índice, de modo que pareció una miniatura de apenas una pulgada de altura. Delante de los incrédulos ojos de Lassiter, el anciano *arrancó* el árbol de sus lejanas raíces y lo acercó a él.

—Y *ahora*, ¿qué altura tiene?

Lassiter contempló fijamente el diminuto árbol, reposando en la palma de la mano del viejo, y mientras lo contemplaba vio que los nudosos dedos se cerraban alrededor del árbol y lo rompía a trocitos. El anciano los tiró.

Lassiter sacudió la cabeza.

Debo de estar soñando —pensó—. *¿Dónde están Agara y Boardman? ¿Por qué no vienen a rescatarme?*

El anciano le miró con expresión de triunfo.

—¿Ves?

Y con la otra mano arrancó un pico de las montañas y lo acercó a él. Una diminuta roca, en su mano, que luego dejó caer al suelo y aplastó con el pie.

—*Ésta es vuestra realidad* —dijo el anciano.

Y alargó un brazo y cogió un gran puñado de estrellas del cielo nocturno, pasándoselas de una a otra mano como brillantes gemas, mientras el terror se extendía por el rostro de Lassiter. Frotó vigorosamente una contra otra las palmas de sus manos, y sopló el polvo que había quedado en ellas. El polvo se esparció en alas de la brisa nocturna.

El mundo de Lassiter empezó a girar, cada vez con más rapidez acelerando los sonidos de su descompasado corazón. Lo último que oyó fue el universo temblando ante la terrible risa del anciano. Después, perdió la conciencia.

Boardman fue el primero en ver la desaparecida nave de exploración. Se la señaló con un gesto a Agara, que estaba a su lado, e inmediatamente descendieron hasta el valle.

La nave estaba en perfectas condiciones. Pero no había el menor rastro de Lassiter.

Amanecía cuando se elevaron de nuevo, cada uno en una nave, y empezaron la búsqueda.

Agara descubrió a Lassiter, vagando ciegamente por la parte más alejada del valle, con sus ropas hechas jirones y el rostro cubierto de arañazos.

Lassiter no reconoció a su salvador. Sus ojos tenían una expresión ausente, como los de un hombre que ha presenciado algo extraño y espectacular.

Agara transportó el cuerpo de Lassiter a bordo de la nave. Cuando lo hubo instalado en uno de los asientos, llamó a Boardman.

—Aquí, Agara. Le he encontrado. Está vivo, aunque no lo parece.

Lassiter se reanimó un poco cuando le sacaban de la nave y le instalaban en su camastro. Murmuró débilmente, sin reconocer a ninguno de sus compañeros, hasta que Mitchell se inclinó sobre él y dijo, bruscamente:

—Lassiter, vuelva en sí.

Las palabras parecieron penetrar ligeramente a través de la niebla que rodeaba el cerebro de Lassiter. Hizo un esfuerzo para enfocar sus ojos, pero sólo pudo ver a un

grupo de formas vagas moviéndose delante de él. Parecía haber perdido contacto con la realidad.

—Le he visto —murmuró—. Le he visto.

—¿A *quién* ha visto?

Una expresión de asombro se extendió por las facciones de Lassiter.

—No... no lo sé. *No lo sé.*

No notó cómo la aguja se clavaba en su brazo, y unos instantes después estaba profundamente dormido.

Boardman, con la jeringuilla en la mano, miró al capitán.

—¿Y bien?

Mitchell sacudió la cabeza.

—No sé. ¿No creen que puede haber tropezado con *algo*?

Agara movió negativamente la cabeza.

—Nosotros no vimos nada cuando fuimos en su busca.

—¿Absolutamente nada? Quiero decir, ¿ninguna señal, o algo por el estilo?

Un fragmento de recuerdo brotó en la mente de Agara, y por un breve instante una réplica se inmovilizó en su garganta. ¿Acaso no había notado, o mejor dicho, *intuido* algo cuando aterrizaron en el valle? Algo parecido a un olor, un olor *psíquico*, como si una cosa desconocida hubiera descansado allí brevemente... y hubiera vuelto a marcharse.

No, aquello había sido producto de su imaginación.

—Absolutamente nada —respondió, y se preguntó si estaba diciendo la verdad.

El capitán suspiró.

—Bueno. Mantendremos a Lassiter bajo vigilancia hasta que recobre el conocimiento. Tal vez entonces pueda decirnos algo coherente.

Boardman asintió y guardó la jeringuilla en su estuche. Agara y el capitán salieron del camarote y Boardman se quedó solo con el dormido Lassiter, contemplando los músculos de su rostro que se tensaban de cuando en cuando, como si sufriera una pesadilla.

Durante un rato, Boardman se sintió intranquilo, recordando la extraña sensación que había experimentado cuando aterrizaron en el valle, y preguntándose si había sido producto de su imaginación, o si Lassiter *había* visto algo que les evitó a ellos.

Pero en seguida se tranquilizó. Después de todo, ¿por qué preocupares por aquello? Que resolviera el problema —si es que había problema— la Segunda Expedición. Suponiendo, claro está, que *ellos* regresaran a la Tierra.

Una hora más tarde, la nave espacial despegó lentamente. Su cerebro electrónico central había digerido ya las coordenadas correctas para la Tierra. Poco después, la nave penetraba en el subespacio.

Se oyó un intenso ruido procedente del camarote ocupado por Lassiter. Cuando Mitchell acudió para ver lo que sucedía, encontró a Boardman luchando con Lassiter

para impedir que se librara de las ligaduras que le mantenían sujeto a su camastro.

—¡Está usted loco! —gritaba—. Todos ustedes están locos.

Boardman miró al capitán con expresión desesperada.

—¡Ayúdeme a sujetarlo, por favor!

Mitchell agarró fuertemente a Lassiter, mientras Boardman le inyectaba una dosis doble. Lassiter se agitaba furiosamente, gritando:

—¿Es que no lo comprenden? ¿Es que *ninguno* de ustedes lo comprende? No estamos en el subespacio... el subespacio no existe. No existe, en... realidad... no... existe.

Boardman se puso en pie y se pasó una mano temblorosa por la frente.

—¡Uf! —exclamó—. Gracias a Dios que ha vuelto a quedarse dormido. Le he inyectado una dosis capaz de tumbar a un elefante.

Mitchell se sentó en el borde del camastro.

—¿Cuánto tiempo llevaba así?

—Desde que penetramos en el subespacio. La sacudida debió despertarle.

Una expresión preocupada empezaba a extenderse por el rostro del joven.

Mitchell le miró fijamente.

—¿Sucede algo? —inquirió.

—¿Eh? ¡Oh, no! Sólo que...

—Sólo qué...

Boardman se encogió de hombros.

—¡Oh! Supongo que ha sido lo que ha dicho antes de volver a caer en el histerismo... Ha estado hablando de la cosa que encontró en el planeta, o de lo que imaginó haber encontrado. Habló acerca de los sueños, y de la naturaleza de la realidad, y de cosas por el estilo. Parecía creer que carecemos del conocimiento de la realidad, que nuestras mentes no son aptas para penetrar en la esencia de las cosas... Eso es lo que ha estado diciendo. Y, ¿sabe usted una cosa? —Boardman se volvió a mirar a Mitchell, con una extraña expresión—. Sus palabras no resultaban absurdas, ni mucho menos. ¿Comprende lo que quiero decir?

Mitchell sintió que un escalofrío helaba la respuesta en su garganta, como si un enorme puño se hubiera cerrado sobre el frágil caparazón de la nave espacial.

Sí, él sabía *exactamente* lo que Lassiter había querido decir.

Durante las semanas que siguieron, trataron de ignorar los accesos de Lassiter y le mantuvieron bajo el efecto de los sedantes el mayor tiempo posible, con la esperanza de evitar la desintegración de su inteligencia, conservando al mismo tiempo su propia paz de espíritu.

Hasta que el largo viaje llegó a su término y la nave volvió a abrir un agujero en el espacio normal y, en lugar del acogedor espectáculo del Sol y de sus planetas circundantes, no encontraron más que un oscuro vacío, como si una mano gigantesca

los hubiera cogido, dejando aquel terrible boquete en la galaxia donde no existía meta... para ellos.

El problema de la servidumbre

Robert F. Young

Si ha vivido usted alguna vez en un pueblo pequeño, ha visto a Francis Pfleuger, y probablemente le ha enviado en busca del gancho que se cuelga del cielo, de la llave inglesa zurda y de cubos de vapor, y se habrá reído muy a gusto al verle alejarse dispuesto a cumplir su encargo. Los Francis Pfleuger del mundo han inspirado risa desde hace generaciones.

El Francis Pfleuger de nuestro relato vivía en un pueblo llamado Valleyview, y además de la distinción de ser el tonto del pueblo, tenía también la distinción de ser el inventor del pueblo. Dos distinciones que suelen ir de la mano, haciendo que los motivos de risa sean aún mayores, si cabe. En esta avanzada época de abrelatas eléctricos y bruñidas ollas a presión, ¿quién puede sentirse encandilado por el invento de un adulto de inteligencia infantil, realizado en el sótano de una casa?

El Francis Pfleuger de nuestro relato no realizaba sus inventos en el sótano de su casa, sino en la cocina; pero para el caso era lo mismo. Examinaremos uno de ellos. Estaba encima de la mesa de la cocina, y sus diversas piezas se ensamblaban sin orden ni concierto. En el centro había un globo transparente que parecía una pecera puesta boca abajo, y en el centro de la pecera había un objeto que parecía un pez de brillantes colores pero que, desde luego, no lo era. Fuera lo que fuese, se hacía más brillante cada vez que Francis añadía otra pieza, y había llegado a alcanzar un grado de luminosidad tan intenso, que Francis se había visto obligado a ponerse unas gafas de color azul cobalto para mirarlo. Era el día primero de abril de 1962: la fiesta de los Inocentes.

En realidad, la idea de aquel aparato no había nacido en el cerebro de Francis, y los materiales utilizados en su construcción no habían sido creados en su taller de la cocina. Aquella mañana, al salir a recoger la leche, había encontrado una caja junto a la botella de leche y, dentro de ella, la pecera y las piezas, más un folleto titulado:

INSTRUCCIONES PARA MONTAR UNA MÁQUINA ATANUDOS MÚLTIPLE.

Francis pensó que una máquina capaz de atar nudos sería algo muy interesante. En consecuencia, se llevó la caja a la cocina y puso manos a la obra.

Sólo le quedaba una pieza por montar, y procedió a atornillarla en el lugar correspondiente. Luego retrocedió unos pasos para admirar su aparato. Simultáneamente, su aparato se puso en marcha. Las piezas empezaron a vibrar y a emitir chispas; el globo resplandeció, y el objeto brillante que había en su interior empezó a dar sacudidas, como si espantara moscas. Encima del aparato se formó un halo azulado que empezó a girar sobre sí mismo. Giró cada vez más aprisa, hasta que

por último sus componentes gaseosos se separaron y volaron en cien direcciones distintas. A continuación, sucedieron tres cosas: la puerta trasera de la casa de Francis adquirió un tinte azulado, el folleto de instrucciones desapareció y el aparato empezó a fundirse.

Un momento más tarde, Francis oyó una especie de lamento en su puerta trasera.

Simultáneamente, todos los habitantes de Valleyview oyeron una especie de lamento en sus puertas traseras.

Como es lógico, todo el mundo acudió a comprobar la causa de aquel lamento.

El letrero era nuevo. A lo sumo, no llevaba allí más de seis meses.

ESTÁ USTED ENTRANDO EN EL PUEBLO DE VALLEYVIEW —decía—. POR FAVOR; CONDUZCA CON CUIDADO: TENEMOS MUCHO CARIÑO A NUESTROS PERROS.

Philip Myles condujo con cuidado. También él sentía cariño hacia los perros.

La noche ya había tendido su manto sobre el paisaje otoñal, pero en el pueblo de Valleyview no se había encendido ninguno de los faroles de las calles... ni, al parecer, ninguna otra luz. Todo estaba envuelto en la oscuridad, y no se veía a nadie. Philip empezó a sospechar que había llegado a un pueblo fantasma, y cuando los faros de su coche iluminaron el descuidado césped y los arbustos sin podar del parque, quedó convencido de haber llegado a un pueblo fantasma. Entonces vio a la muchacha que paseaba a un perro.

Era rubia, alta, y llevaba un elegante vestido color gris oscuro. Su rostro era atractivo —incluso hermoso, en un estilo clásico y frío—, pero había dejado muy atrás los veinticinco años. Philip, por su parte, había dejado muy atrás los treinta. Cuando la muchacha se detuvo, el perro se detuvo también, a pesar de que no iba atado a una correa. Era un perro pequeño, de color canela, ojos castaños y unas peludas orejas que caían a ambos lados de su rostro, semejantes a las de un perro de aguas. Pero no era un perro de aguas. Sus orejas eran demasiado largas y su cola demasiado fina. Pertenece a una raza —o a una mezcla de razas— que Philip no había visto nunca.

Philip se inclinó a través del asiento y bajó la ventanilla de la parte derecha.

—¿Podría usted indicarme dónde se encuentra el número 23 de la Locus Street? —preguntó—. Es la residencia de Judith Darrow, la procuradora del pueblo. Tal vez la conoce...

La muchacha dio un respingo.

—¿Es usted el agente de la propiedad inmobiliaria que envié a buscar?

Philip dio un respingo, también. Recobrando el dominio de sí mismo, dijo:

—Entonces, usted es Judith Darrow. Temo... temo haber llegado un poco tarde.

Los ojos de la muchacha centellearon. La claridad de los faros permitió apreciar su color verde-gris.

—¡En mi carta especificaba que tenía que estar usted aquí esta mañana, a las

nueve! —dijo—. Ya me explicará usted su sistema para valorar una finca a oscuras.

—Lo siento —dijo Philip—. Mi coche tuvo una avería en el camino, y me hizo perder tiempo. Cuando traté de llamarla por teléfono, la telefonista me dijo que su teléfono estaba descolgado. Si es usted tan amable de indicarme dónde hay un hotel, pasaré aquí la noche y mañana por la mañana valoraré su finca. Hay un hotel, ¿no es cierto?

—Desde luego... pero está cerrado. ¡Zarathustra! ¡Baja! —El perro se había levantado sobre sus patas traseras, apoyando las delanteras en la portezuela del automóvil, en una vana tentativa de atisbar a través de la ventanilla. Al oír la imperiosa voz de la muchacha obedeció rápidamente—. A excepción de Zarathustra y de mí misma —continuó Judith Darrow—, el pueblo está vacío. Todos los vecinos se han marchado ya, y también nosotros nos hubiéramos marchado, de no haberme encargado la venta de las casas y de los locales de negocio. Es una situación un poco embarazosa.

La muchacha se había inclinado hacia adelante, y la luz de los faros iluminó su rostro, suavizando su aspereza.

—No acabo de entenderlo —dijo Philip—. Por su carta supuse que deseaba usted venderme dos o tres locales, pero no todo un pueblo. Este pueblo debía de tener por lo menos un millar de habitantes, y un millar de personas no se trasladan de golpe así como así. —Al ver que la muchacha no parecía dispuesta a dar ninguna explicación, añadió—: ¿A dónde se han trasladado?

—A Pflugersville. Sé que no ha oído hablar nunca de ese pueblo, de modo que puede ahorrarse la observación. —Y luego—: ¿Lleva usted algún documento que sirva para identificarle?

Philip le entregó su permiso de conducir, su tarjeta de negocios y la carta que ella le había escrito. Después de echarles una ojeada, la muchacha se los devolvió. Parecía vacilar acerca de algo.

—¿Por qué no deja que me quede en el hotel? —sugirió Philip—. Si es uno de los locales que están en venta, debe de tener usted la llave...

La muchacha sacudió la cabeza.

—Tengo la llave, pero en el hotel no hay ni un solo mueble. La pasada semana celebramos una subasta y nos desprendimos de todo lo que no pensábamos llevarnos —suspiró—. Bueno, creo que no hay solución. El hotel más próximo se encuentra a treinta millas de distancia, de modo que tendré que alojarle en mi casa. Tengo unos cuantos muebles... regalos de boda, en su mayor parte: lamentaba tener que separarme de ellos. —Subió al automóvil—. Vamos, Zarathustra.

Zarathustra trepó al coche, saltó a través del regazo de la muchacha y se sentó entre los dos jóvenes. Philip puso el vehículo en marcha.

—Un nombre un poco raro para un perro —dijo.

—Lo sé. Creo que se lo puse porque a veces me recuerda a un anciano.

—Pero el Zarathustra original no fue notable por su longevidad, precisamente.

—Entonces, quizás se debió a otra asociación de ideas. Vuelva a la derecha.

Una luz solitaria ardía en una de las tres ventanas de la parte delantera del número 23 de la Locus Street. Su fuente, sin embargo, no era una bombilla eléctrica, sino la pantalla de una lámpara de petróleo.

—El suministro de corriente eléctrica al pueblo fue cortado ayer —explicó Judith Darrow, dándole a la bomba de la lámpara. Luego miró a Philip de soslayo—: ¿Ha cenado usted?

—En realidad... no. Pero, por favor, no se...

—¿Moleste? No podría hacerlo aunque lo deseara. Mi despensa está vacía. Pero, siéntese, y le prepararé unos bocadillos. Le haré también un poco de café: el gas no ha sido cortado aún.

El saloncito tenía solamente tres piezas de mobiliario: dos butacas y una mesita. Cuando se quedó solo, Philip dejó su cartera de mano en el suelo y se sentó en una de las butacas. Se preguntó cómo esperaba Judith hacer el viaje hasta Pfleugersville. No había visto ningún automóvil aparcado delante de la casa, y el inmueble, al parecer, no tenía garaje. Además, era improbable que el pueblo contara con servicio de autobuses... Se encogió de hombros. Llegar a Pfleugersville era asunto de Judith Darrow, no suyo.

Volvió su atención al saloncito. Era una habitación amplia. La casa era también espaciosa... espaciosa y victoriana. Judith debía haber abierto la puerta trasera, ya que a través de las habitaciones de la planta baja penetraba una brisa aromada con el perfume de las flores y del césped. Philip frunció el ceño. Corría el mes de octubre, y ¿desde cuándo brotaban las flores y crecía el césped en octubre? Llegó a la conclusión de que el perfume era artificial.

Zarathustra estaba mirándole con sus grandes ojos castaños desde el centro del saloncito. El animal tenía algo, en efecto, que recordaba a un anciano, a pesar de que sólo contaría con dos o tres años.

—No eres muy buen compañero —dijo Philip.

—Ruf —respondió Zarathustra, y, dando media vuelta, trotó a través de una arcada hacia otra espaciosa habitación que, a juzgar por las estanterías vacías que se alineaban en sus paredes, debió ser una biblioteca, y desde allí, a través de otra arcada, hacia otra habitación —el comedor, indudablemente—, desapareciendo de su vista.

Philip se reclinó cómodamente en la butaca que había escogido. Estaba agotado. Diez horas diarias, seis días a la semana, multiplicados por cincuenta y dos, hacían trescientos doce. Trescientos doce días al año, persiguiendo clientes, hablando, andando, conduciendo, explicando; tratando, a sus treinta y pico de años, de edificar los cimientos que debió de haber empezado a edificar a los veinte y pico: los cimientos de la familia que repentinamente había deseado tener y que esperaba tener algún día. A veces deseaba que la ambición le hubiera dejado definitivamente al

margen, en vez de esperar tanto tiempo para atacarle. A veces deseaba continuar encontrándose bien siendo como antes. A fin de cuentas, no había nada de malo en vivir en hoteles baratos y en casas de huéspedes aún más baratas; no había nada de malo en ser un vendedor con los tacones de los zapatos desgastados de andar de puerta en puerta.

Nada de malo, excepto el insoportable deseo que le asaltaba a veces, y la soledad de las noches largas y vacías.

Zarathustra había vuelto a entrar y estaba de nuevo sentado en el centro del saloncito. No había regresado con las manos vacías —o, mejor dicho, con la boca vacía—, aunque el objeto que había llevado no era la clase de objeto que un perro suele recoger. Era una rosa...

Una rosa verde.

Con incredulidad, Philip se inclinó hacia adelante, y cogió la flor de la boca del perro. Antes de que pudiera examinarla, sin embargo, sonaron unos pasos en la habitación contigua, y, sin saber exactamente por qué lo hacía, Philip escondió la rosa en el bolsillo de su americana. Un instante después, Judith Darrow cruzó la arcada llevando una bandeja. La dejó sobre la mesita, llenó dos tazas de café y señaló un plato de bocadillos.

—Sírvese usted mismo, por favor —dijo.

Se sentó en la otra butaca y sorbió su café. Philip cogió uno de los bocadillos y descubrió que no tenía hambre. Algo, la proximidad de Judith, unida a su silencio, le hacían sentirse incómodo.

—¿Se ha marchado ya su marido a Pflugersville? —preguntó cortésmente.

Los ojos de color verde-gris de Judith se hicieron más fríos.

—Sí, se marchó hace algún tiempo —dijo—. Hace un año, en realidad. Pero hacia un lugar desconocido, no hacia Pflugersville. Pflugersville no era accesible entonces, de todos modos. Llevaba una rubia colgada de un brazo, una pelirroja del otro, y una botella de Cutty Sark en el bolsillo.

Philip quedó anonadado.

—No... no quería... —tartamudeó—. Lo siento...

—¿Por qué ha de sentirlo? Algunos hombres han nacido para establecerse y tener hijos, y otros han nacido para beber y galantear. Ni más ni menos.

—¿De veras? —inquirió Philip. Y, obedeciendo a un repentino impulso, preguntó —: ¿En qué categoría me incluiría a mí?

—Usted se clasifica solo. —A los ojos de Judith había asomado una extraña expresión. Y Philip se dio cuenta, con asombro, de que era una expresión de odio—. Es usted soltero, pero no es todavía un hombre cínico ciento por ciento. Está convencido aún de que en alguna parte hay una mujer merecedora de su devoción. Y no se equivoca: el mundo está lleno de ellas.

El rostro de Philip se contrajo, como si acabaran de abofetearle, y, en cierto

sentido, Judith lo había hecho. Contuvo su rabia con un visible esfuerzo.

—No sabía que mi soltería fuese tan aparente —murmuró.

—No lo es. Me tomé la libertad de informarme acerca de usted por medio de un detective privado. El informe fue bastante insípido en algunos aspectos, pero al contrario de los informes acerca de otros corredores de fincas que mandé realizar, no contenía la más leve insinuación de falta de honradez. La naturaleza de mi negocio es tal, que necesito alguien absolutamente íntegro para tratar con él. Y me ha costado bastante trabajo encontrarle.

—No es usted justa —dijo Philip, ablandado a pesar de sí mismo—. La mayoría de corredores de fincas son honrados. En realidad, en el inmueble donde yo tengo la oficina hay uno al cual le confiaría las joyas familiares... si tuviera joyas familiares.

—Bueno —dijo Judith Darrow—, le felicito por conocer a alguien así.

Philip terminó de beberse el café y se puso en pie.

—Si no le importa —dijo—, voy a acostarme. He tenido un día muy duro.

—Le acompañaré a su habitación.

Judith encendió dos velas y, después de colocarlas en dos palmatorias doradas entregó una de ellas a Philip. La habitación se hallaba situada en el tercer piso, debajo del desván... tan alejada de la de Judith, probablemente, como el tamaño de la casa permitía. A Philip no le importó. Le gustaba dormir en habitaciones situadas debajo del desván. Había un encanto en la lluvia repiqueteando contra el tejado que la gente que dormía en estancias menos elevadas nunca llegaría a conocer. Cuando se quedó solo, abrió de par en par la única ventana, se desvistió y se metió en la cama. Recordando la rosa, la sacó del bolsillo de su americana y la examinó a la luz de la vela. Era verde, más verde incluso de lo que había creído al principio. Su perfume recordaba la brisa estival que soplaba a través de las habitaciones de la planta baja en oposición al frío aire de octubre que penetraba por la ventana de su dormitorio. Dejó la rosa en la mesilla de noche y sopló la vela. Al día siguiente buscaría el rosal que producía aquellas rosas.

Philip estaba acostumbrado a madrugar, y apenas había amanecido cuando, completamente vestido, salió de la habitación con la rosa en el bolsillo y descendió silenciosamente la escalera. Al entrar en el saloncito, encontró a Zarathustra enroscado en una de las butacas, y por un instante tuvo la fantástica impresión de que el perro había extendido una de sus peludas orejas y se estaba rascando el lomo con ella. Sin embargo, cuando Philip volvió a mirar, la oreja había recobrado su tamaño normal y reposaba sobre la mejilla de color canela de su dueño. Frotándose los soñolientos ojos, Philip dijo:

—En pie, Zarathustra, vamos a dar un paseo.

Se encaminó hacia la puerta trasera, con Zarathustra pegado a sus talones. Pero la puerta de salida del comedor estaba cerrada. Frunciendo el ceño, Philip regresó al saloncito.

—De acuerdo —le dijo a Zarathustra—, saldremos por la puerta principal.

Dio la vuelta a la casa, con su canino compañero trotando a su lado. El patio trasero resultó decepcionante. No había ninguna rosa... ni verde ni de otro color. Lo único que contenía era una perrera: un armatoste muy antiguo, demasiado grande para Zarathustra y que, probablemente, databa de la época en que Judith había tenido un perro de mayor tamaño. El patio se encontraba en un lamentable estado de descuido: la hierba no había sido cortada en todo el verano, y las hojas secas se esparcían por todas partes. El patio contiguo ofrecía un aspecto similar, y, al extender la mirada, Philip comprobó que el mismo estado de dejadez prevalecía en toda la vecindad. Evidentemente, los buenos ciudadanos de Valleyview habían perdido todo interés por sus propiedades mucho antes de marcharse del pueblo.

Al final, sus exploraciones le condujeron a la puerta trasera. Si había rosas en alguna parte, los arriates que adornaban el porche de la parte posterior de la casa eran el lugar más lógico para ellas. No encontró nada, aparte de más hierba sin cortar y más hojas secas.

Empujó la puerta trasera, y al encontrarla cerrada dio la vuelta al resto de la casa. Judith estaba esperándole delante de la puerta principal.

—Ha sido usted muy amable al sacar a Zarathustra a pasear —dijo, en tono helado—. Espero que habrá encontrado el patio en orden.

El vestido amarillo que llevaba no encajaba con el tono de su voz, y el fruncido delantal azul atado alrededor de su cintura contrastaba con la frialdad de sus ojos. Sin embargo, su mal humor era real.

—Lo siento —dijo Philip—. No sabía que su patio trasero era terreno vedado. — Tras una breve pausa, añadió—: Si me da usted una lista de los lugares que desea valorar, empezaré mi trabajo en seguida.

—Le acompañaré a usted personalmente... cuando hayamos desayunado.

De nuevo se vio confinado en el saloncito mientras Judith realizaba las necesarias operaciones culinarias, y reaparecía con la bandeja. Era evidente que no deseaba que Philip se acercara siquiera a la cocina. Philip no era de los que lo convierten todo en un misterio, pero éste empezaba a intrigarle profundamente.

Terminado el desayuno, Judith le dijo que esperara en el porche de la parte delantera mientras ella lavaba los platos, y ordenó a Zarathustra que le hiciera compañía. Judith tenía dos voces: la que utilizaba para dirigirse a Zarathustra tenía tonalidades de verano, y la que utilizaba para dirigirse a Philip tenía tonalidades de otoño.

—Algún día —le dijo Philip al perro—, la espina que lleva clavada se desprenderá de su costado, y entonces será demasiado tarde... del mismo modo que fue demasiado tarde para mí cuando descubrí que la persona de la cual había estado huyendo toda mi vida era yo mismo, vestido con una piel de lobo.

—Ruf —ladró Zarathustra, mirándole con sus bondadosos ojos castaños—. ¡Ruf-ruf!

Reapareció Judith, sin delantal, y los tres echaron a andar bajo la dorada luz otoñal del día. Era la primera vez que Philip se enfrentaba con la tarea de valorar todo un pueblo, pero tenía un buen golpe de vista para calcular el valor de una propiedad, y poco antes del mediodía tenía el trabajo medio hecho.

—Si esa gente se hubiera preocupado de conservar sus casas en las debidas condiciones —le dijo a Judith enfrente de los consabidos bocadillos y del consabido café, en el saloncito—, podríamos haber pedido tres veces más por ellas. ¿Por qué permitieron ustedes que las cosas llegaran a ese estado de desidia? ¿Sólo porque iban a mudarse a otro lugar?

Judith se encogió de hombros.

—Era difícil encontrar a alguien que quisiera encargarse de realizar los trabajos caseros. Y no hablemos de los de jardinería. Además, aparte del problema de la servidumbre, hay otra cosa a tener en cuenta: la naturaleza humana. Cuando uno ha vivido en una choza toda su vida, y repentinamente adquiere un palacio, deja de importarle el aspecto que pueda tener la choza.

—¡Choza! —Philip estaba indignado—. ¡Esta casa es encantadora! Prácticamente todas las casas que usted me ha mostrado son encantadoras. Antiguas, sí... pero la antigüedad es una de las condiciones esenciales para que una casa resulte encantadora. Si Pfleugersville se encuentra en la línea de adelantos en materia de viviendas que yo he visto, usted y sus vecinos van a echar de menos sus antiguos hogares.

—Pero Pfleugersville no se encuentra en la línea de adelantos en materia de viviendas que usted ha visto. En realidad, ni siquiera se trata... Bueno, dejemos eso. De todos modos, lo que le interesa es Valleyview, no Pfleugersville.

—Bien —dijo Philip—. Esta tarde terminaré mi trabajo.

Aquella noche, después de una cena sin café —por la tarde habían cortado el gas y el agua—, Philip sumó sus cifras. Ascendían a una suma bastante respetable. Miró a través de la mesita, que había convertido en escritorio, hacia el lugar donde Judith, con la dudosa ayuda de Zarathustra, estaba clasificando un montón de sobres que había colocado en el suelo.

—Pondré el mayor interés en venderlo todo, pero va a resultar un poco difícil hasta que tengamos a unas cuantas familias viviendo aquí —dijo Philip—. La gente muestra cierta resistencia a trasladarse a un lugar deshabitado, y los comerciantes no se deciden a abrir una tienda hasta que cuentan con los indispensables clientes. Pero creo que conseguiré colocarlo todo. Hay un hecho muy alentador, y es que Valleyview forma parte de un distrito escolar centralizado. —Introdujo los papeles que había estado manejando en su cartera de mano, la cerró y se puso en pie—. Me mantendré en contacto con usted.

Judith sacudió la cabeza.

—No hará nada de eso. En cuanto usted se marche, me trasladaré a Pfleugersville.

Mi tarea aquí ha terminado.

—Me pondré en contacto con usted allí, entonces. Lo único que tiene que hacer es darme su dirección y su número de teléfono.

Judith volvió a sacudir la cabeza.

—Podría darle a usted las dos cosas, pero no serviría de nada. Además, a partir de este momento Valleyview es cosa suya, no mía.

Philip se sentó de nuevo.

—Cuando quiera, puede empezar a explicarme eso —dijo.

—Es muy sencillo. Los propietarios de Valleyview me firmaron un poder para que dispusiera de sus casas y de sus locales de negocio. A mi vez, yo le he firmado un poder a usted en el mismo sentido... especificando, desde luego, que después de efectuadas las ventas sólo podrá disponer de la comisión que le corresponda. —Sacó un papel de uno de los sobres—. Después de efectuadas las ventas —continuó—, repartirá usted el dinero obtenido entre las cuatro entidades de beneficencia especificadas en este contrato. —Le entregó un documento—. ¿Comprende ahora por qué me esforcé en encontrar un corredor de fincas digno de confianza?

Philip estaba mirando el documento, incapaz, en su asombro, de leer las palabras que contenía.

—Supongamos —dijo al cabo de unos instantes— que las circunstancias me impiden llevar a término la parte que me corresponde del acuerdo...

—En caso de enfermedad, usted habrá adoptado ya las medidas necesarias para traspasar la propiedad a otro corredor de fincas que, en su opinión, sea tan honrado como usted. Y, en caso de muerte, habrá adoptado ya las medidas necesarias para que el mismo corredor de fincas se haga cargo de todo; y él, en ambos casos, habrá manifestado ya su conformidad con los términos del contrato que tiene usted en la mano. ¿Por qué no lo lee?

Cuando su asombro disminuyó un poco, Philip descubrió que podía hacerlo.

—Sigo sin comprender —dijo Philip, al cabo de un rato—. Es evidente que usted y el resto de los propietarios han adquirido casas nuevas. ¿Sería preguntar demasiado si me intereso en saber cómo van a pagarlas, después de regalar sus casas antiguas?

—Temo que, en efecto, sería preguntar demasiado, Mr. Miles. —Judith sacó otro papel del sobre y se lo entregó—. Ésta es la otra copia. Si es usted tan amable de firmar las dos, podremos dar por cerrado nuestro trato. Como verá, yo las he firmado ya.

—Pero, si vamos a quedar incomunicados —señaló Philip, sintiéndose desazonado, a pesar de todos sus esfuerzos por evitarlo—, ¿qué necesidad tiene usted de una copia?

El aspecto de Judith era glacial. Lo mismo que su voz.

—Mi copia irá a parar a manos de un abogado de confianza, en un sobre cerrado que no abrirá, de acuerdo con mis instrucciones, hasta dentro de cinco años. Si, en el

momento en que sea abierto, ha violado usted los términos de nuestro acuerdo, le demandará judicialmente. Por fortuna, aunque la oficina de correos de Valleyview está cerrada, todos los días, a las ocho de la noche, pasa por aquí una furgoneta del Servicio de Correos. No es que no confíe en usted, Mr. Miles... pero usted es un hombre, al fin y al cabo.

Philip se sintió tentado de hacer pedazos las dos copias y enviar al diablo todo el asunto. Pero no lo hizo, por la sencilla razón de que no podía permitírselo. En consecuencia, desenfundó su pluma y estampó su nombre al pie de las dos copias, con letras grandes y nerviosas. Le entregó una de las copias a Judith y se guardó la otra en el bolsillo interior de la americana. A continuación se puso en pie.

—Esto —dijo—, deja cerrado nuestro trato oficial. Ahora, permítame que le dé un consejo oficioso. Opino que le hace pagar muy caro al mundo el hecho de que su marido la vendiera por una rubia, una pelirroja y una botella de whisky. Me han vendido muchas veces por menos que eso, pero he descubierto que el mundo no paga sus facturas, aunque se le pida un precio justo por el daño que nos ha hecho. Le sugiero que anote su deuda en la partida de incobrables y que se olvide de ella; tal vez de ese modo podrá convertirse de nuevo en un ser humano.

Judith se había puesto en pie y estaba ante él, muy rígida. A Philip le hizo pensar en una exquisita y frágil estatua, y por unos instantes experimentó la sensación de que, si la tocaba, se desharía en un millón de trozos. Los dos permanecieron inmóviles un buen rato; luego, Judith se inclinó, recogió tres de los sobres y se los entregó a Philip.

—Dos de estos sobres contienen las escrituras, los planos y otros documentos que le serán necesarios —dijo, con voz inexpresiva—. El tercero contiene las llaves de las casas y locales de negocio. En cada una de las llaves hay la correspondiente etiqueta con la dirección. Adiós, Mr. Myles.

—Adiós —dijo Philip.

Miró a su alrededor tratando de despedirse de Zarathustra, pero Zarathustra no estaba allí. Al fin, cruzó el vestíbulo, abrió la puerta principal y salió a la calle, sumida en la penumbra. Hacia el este se levantaba una luna llena. Philip se encaminó a su automóvil y tiró su cartera de mano sobre el asiento trasero. Poco después, Valleyview empezó a quedar tras él. Pero no tan lejos como debiera de haber sido. Philip no podía apartar de su mente la rosa verde. Ni podía apartar de su mente a Judith Darrow.

Una rosa verde y una mujer muy hermosa. Todo un pueblo emigrando en masa...

Se llevó la mano al bolsillo y tocó la rosa. Ahora no era más que un tallo y un montón de pétalos, pero su realidad no podía ser negada. Aunque las rosas no florecen en otoño, y en ninguna época del año florecen rosas verdes...

—¡Ruf!

Philip había penetrado en la carretera general y estaba conduciendo a sesenta y cinco millas por hora. Aminoró la velocidad y se volvió a mirar por encima de su

hombro. Sí, llevaba un polizón en el asiento trasero: un polizón de color canela, ojos castaños y orejas descomunales.

—¡Zarathustra! —balbució—. ¿Qué diablos haces aquí?

—Ruf —respondió Zarathustra.

Philip refunfuñó. Tendría que regresar a Valleyview. Ahora tendría que ver de nuevo a Judith Darrow. Tendría que...

Se interrumpió en medio de aquel último pensamiento, asombrado de la brusca aceleración de los latidos de su corazón. Súbitamente, trasladó a Zarathustra al asiento delantero, hizo dar media vuelta al automóvil y emprendió el regreso.

La lámpara de petróleo no brillaba ya en la ventana del saloncito, aunque en el interior de la casa seguía ardiendo una luz. Philip detuvo el coche delante de la casa y cortó el encendido. Palmeó cariñosamente una de las descomunales orejas de Zarathustra, notando vagamente una serie de diminutos nudillos en su extremo inferior.

—Vamos, Zarathustra —dijo—. Voy a entregarte personalmente.

Después de cerrar la portezuela del automóvil, se dirigió a la casa, llevando a Zarathustra pegado a sus talones. Llamó con los nudillos a la puerta principal. Al cabo de unos instantes repitió la llamada. La puerta chirrió, abriéndose ligeramente. Philip frunció el ceño. ¿Se habría olvidado Judith de cerrarla?, se preguntó. ¿O la habría dejado abierta deliberadamente para que Zarathustra pudiera entrar? El propio Zarathustra dio verosimilitud a esta última suposición, levantándose sobre sus patas traseras y empujando la puerta con las delanteras hasta abrirla del todo. A continuación penetró en el vestíbulo y desapareció.

Philip golpeó la puerta.

—¡Miss Darrow! —llamó—. ¡Judith!

Ninguna respuesta. Repitió la llamada. El mismo silencio.

Una brisa estival le envolvió en un perfume de rosas. ¿De qué clase de rosas?, se preguntó. ¿Verdes?

Entró en el vestíbulo y cerró la puerta detrás de él. Se encaminó al saloncito. Las dos butacas habían desaparecido, lo mismo que la mesita. Cruzó el saloncito y entró en la biblioteca; cruzó la biblioteca y entró en el comedor. La lámpara de petróleo ardía con una brillante claridad sobre la mesa del comedor, iluminando un suelo y unas paredes desnudas.

La brisa era más fuerte allí, el perfume de las rosas más intenso. Entonces vio que la puerta que aquella mañana le había cerrado el paso estaba ahora abierta, y avanzó hacia ella. Tal como había supuesto, daba acceso a la cocina. Deteniéndose en el umbral, vio que se trataba de una cocina corriente. Faltaba la mayor parte del menaje, pero la cocinilla de gas y el refrigerador seguían allí. La puerta trasera estaba abierta, y Philip pudo ver la luz de las estrellas que brillaba suavemente sobre campos y árboles.

Philip cruzó la habitación y salió al exterior. Se oyó un leve sonido, como si acabaran de cruzarse unos alambres, y durante un par de segundos el paisaje que se extendía delante de sus ojos pareció oscilar. Luego, bruscamente, volvió a quedar inmóvil.

Philip quedó inmóvil, también... inmóvil en la extraña, pero apacible, noche estival. Se encontraba en una llanura cubierta de verde césped, que se extendía hasta unos promontorios en los cuales crecían unos árboles enanos. A uno y otro lado, el terreno estaba cubierto de flores multicolores que parpadeaban como microcósmicas estrellas. A lo lejos, brillaron las luces de un pueblo. De pronto, Philip vio un rosal lleno de flores verdes; debajo del arbusto estaba sentado Zarathustra, agitando alegremente la cola.

Philip avanzó un par de pasos, se detuvo y alzó la mirada hacia el cielo. Algo estaba equivocado. Por una parte, Casiopea había cambiado de posición, y por otra, Orión estaba torcida. Además, no había nubes que ocultaran la luna, y, sin embargo, la luna había desaparecido.

Zarathustra trotó hacia el lugar donde se encontraba Philip, le miró con sus amables ojos castaños y luego echó a andar en dirección a las luces. Philip decidió seguirle. De todos modos, tenía la intención de visitar aquel pueblo, con Zarathustra o sin Zarathustra. Aquel pueblo era Pfleugersville. Philip supo repentinamente que era Pfleugersville.

Llevaba muy poco rato andando cuando vio una carretera. Un par de faros aparecieron súbitamente en la dirección del pueblo y se convirtieron poco después en un enorme camión. En la cabina había dos hombres, y pintadas en las barandillas de la caja veíanse las palabras: MUDANZAS PFLEUGERSVILLE, INC.

El camión continuó avanzando en la dirección de la cual había llegado Philip, y súbitamente sospechó su destino: Judith estaba trasladando los muebles que por sentimentalismo no había querido vender. La única pega era que la casa de Judith había desaparecido. Lo mismo que el pueblo de Valleyview.

Miró hacia el lugar donde tenían que haber estado las casas, y no vio nada, al principio, excepto la continuación de la llanura iluminada por las estrellas. Luego observó un rectángulo de pálida luz que surgía del suelo, y lo identificó como el marco de la puerta trasera de la casa de Judith. A través de él pudo ver la cocina, y, forzando un poco la vista, vio incluso la cocinilla y el refrigerador.

Paulatinamente, distinguió otros rectángulos que surgían del suelo, alguno de ellos en línea con el de Judith. Todos, sin embargo, aunque perfilados en el resplandor azulíneo que rodeaba el de Judith, carecían de interiores iluminados.

Mientras estaba allí de pie, mirando, el camión se detuvo, dio media vuelta y reculó hacia el rectángulo más brillante, ocultándolo a la vista. Los dos hombres salieron de la cabina y se dirigieron a la parte trasera del vehículo. Philip oyó que uno de ellos decía: «Primero cargaremos la cocinilla». Y luego: «¿Por qué querrá llevarse

esta chatarra?».

La voz del otro hombre era más débil, pero sus palabras fueron perfectamente audibles: «Las mujeres separadas del marido que se convierten en viejas solteras tienen a veces ideas muy raras».

De modo que Judith Darrow no se marchaba realmente de Valleyview, después de todo. Sólo imaginaba que lo estaba haciendo.

Philip siguió adelante. La brisa soplaba a través de sus cabellos, besaba sus mejillas y acariciaba su frente. Las estrellas enviaban su pálida luz a la tierra. Parte del terreno estaba cultivado, y Philip pudo ver el verdor de las plantas que allí crecían, y la brisa llevó su aroma hasta sus fosas nasales. Llegó a la carretera y echó a andar por ella. No vio ningún otro vehículo hasta que llegó enfrente de un amplio edificio con unas ventanas brillantemente iluminadas. Delante del edificio había una docena de automóviles aparcados, de un modelo que Philip no había visto nunca.

Oyó el chirrido de las máquinas y el golpear de los martillos, y se acercó a mirar a través de una de las ventanas. El edificio resultó ser una fábrica de muebles. La mayor parte del trabajo era realizado por máquinas, pero había tareas suficientes para mantener ocupados a los propietarios de los automóviles aparcados en el exterior. La principal tarea manual era la de entapizado. Las máquinas cortaban y cosían y ribeteaban y enclavijaban y ensamblaban, pero al parecer ninguna de ellas estaba adaptada para clavar tachuelas.

Philip volvió a la carretera y siguió andando. Llegó a otros edificios y atisbo a través de sus ventanas. Uno era una pequeña planta de montaje de automóviles, otro una quesería, un tercero era un gran invernadero. En los dos primeros, la mayor parte del trabajo corría a cargo de las máquinas. En el tercero, en cambio, no había ninguna máquina.

Pasó por delante de unos pastos, y vio a unos animales que parecían vacas durmiendo a la luz de las estrellas. Pasó por delante de un campo de maíz recién brotado. Pasó por delante de una fábrica de electricidad, y oyó el zumbido de una dínamo. Finalmente, llegó a los comienzos de Pfleugersville.

A un lado de la carretera había un gran letrero iluminado. Philip se detuvo a leerlo:

PFLEUGERSVILLE, SIRIO XXI

Descubierto el 1 de abril de 1962

Incorporado el 11 de septiembre de 1962

Philip se secó la frente.

Zarathustra había trotado delante de él. Ahora se había detenido y parecía decirle: *Vamos, ahora que has visto todo eso, puedes ver el resto.*

De modo que Philip entró en Pfleugersville... y se enamoró.

Se enamoró de las encantadoras casas, y de los hermosos árboles en flor. De los parterres de flores parpadeantes como estrellas y de los verdeantes cuadros de césped. De los arriates de rosas verdes que adornaban todos los porches. De Pfleugersville, en una palabra.

Evidentemente, era muy tarde, ya que por las calles no circulaba nadie, aunque las ventanas de algunas de las casas estaban iluminadas. De cuando en cuando, pasaba junto a él un perro de la misma raza y del mismo tamaño que Zarathustra. Y, sin embargo, de acuerdo con su reloj, eran las 10:51 de la mañana. Tal vez Pfleugersville tenía un horario distinto. Tal vez aquí era medianoche.

Cuanto más avanzaba, más le gustaba el pueblo. La diferencia entre las casas de Pfleugersville y las casas con las cuales estaba familiarizado Philip era sutil, pero evidente.

Era la diferencia que existe entre el gusto refinado y el simple buen gusto. Allí no había patios «en serie», sino excusales de mármol que formaban parte de la arquitectura general del mismo modo que una cañada forma parte de un monte. Allí no había ventanas estereotipadas, sino paredes con deliciosos recuadros transparentes.

Pasó por delante de una escuela que parecía surgir del mismo suelo en que se asentaba. Pasó por delante de una biblioteca que había sido edificada alrededor de un árbol enorme, cuyas ramas habían entremezclado su follaje con el techo. Pasó por delante de un supermercado construido con cristales de diversos colores. Finalmente, llegó al parque.

Entonces se asombró de veras. Se asombró de los delicados árboles y de los pequeños lagos azules; de los fantásticos surtidores y de los enarenados senderos. Las flores parpadeaban por doquier como las estrellas que iluminaban su belleza multicolor. Se adentró por uno de los senderos hasta que llegó al miradero.

En el miradero había una estatua que representaba a un joven de expresión estúpida que miraba al cielo. En una mano llevaba un destornillador, y en la otra una llave inglesa de seis pulgadas. A unos metros de distancia y contemplando con arrobo el rostro de la estatua se hallaba el joven en persona, tan inmóvil, que de no haber sido por el pedestal sobre el cual descansaba la estatua, Philip hubiera sido incapaz de distinguirles al uno del otro.

En el pedestal había una inscripción. Philip se acercó a leerla a la claridad proyectada por un cercano parterre de flores.

FRANCIS FARNSWORTH PFLEUGER

DESCUBRIDOR DE PFLEUGERSVILLE

Nació el día 5 de mayo de 1962. Murió... Profesión: Inventor. El día primero del mes de abril del año 1962, Francis Farnsworth Pfleuger hizo nacer un campo de coincidencia Moebius y estableció contacto múltiple con el vigesimoprimer de los satélites de la estrella Sirio, dando así acceso a los

habitantes de Valleyview, a través de las puertas traseras de sus casas, a un Nuevo Mundo. Hemos venido a vivir aquí. Hemos venido aquí a criar a nuestros hijos. Aquí, en este idílico pueblo, que fue abandonado por la noble raza que en tiempos lo habitó, para trasladarse a la Gran Nube Magallánica, nos hemos establecido para crear un nuevo y mejor Sistema de Vida. Aquí, gracias a Francis Farnsworth Pfleuger, conoceremos la felicidad, la prosperidad y la liberación del temor. ¡FRANCIS FARNSWORTH PFLEUGER, LOS NUEVOS HABITANTES DE SIRIO XXI TE SALUDAMOS!

Philip volvió a secarse la frente.

De pronto se dio cuenta de que el Francis Pfleuger de carne y hueso le estaba mirando.

—Yo —dijo el Francis Pfleuger de carne y hueso, señalando orgullosamente a la estatua—. Yo.

—Ya lo veo —dijo Philip secamente. Y luego—: ¡Zarathustra! ¡Ven aquí!

El perro había echado a andar por uno de los senderos que desembocaban en la especie de plazuela donde se encontraba la estatua. Al oír que Philip le llamaba, se detuvo, pero sin volverse; se quedó donde estaba, como si estuviera esperando a alguien que fuera a aparecer por el sendero. Al cabo de un momento, apareció alguien: Judith Darrow.

La joven llevaba un vestido blanco muy sencillo, cuyo corte recordaba una túnica griega. Un ancho cinturón dorado aumentaba el efecto, lo mismo que las sandalias que calzaba. Iluminados por el resplandor de las flores, sus ojos parecían más grises que verdes. Philip se dio cuenta de que Judith tenía los párpados enrojecidos.

Judith se detuvo a unos pasos de distancia y miró a Philip sin pronunciar palabra.

—Yo... he... quería devolverle su perro —dijo Philip torpemente—. Le encontré en el asiento trasero de mi automóvil.

—Gracias. He estado buscándole por todo Pfleugersville. Dejé abiertas las puertas de mi casa de Valleyview, para que pudiera salir cuando lo deseara, pero creo que él tenía otras intenciones. Ahora que ha descubierto nuestro secreto, Mr. Myles, ¿qué opina de nuestro nuevo mundo?

—Creo que es encantador —dijo Philip—, pero opino que no está donde ustedes parecen creer que se encuentra.

—¿De veras? —inquirió Judith—. Entonces, supongo que podrá usted mostrarme la luna llena que anoche iluminaba Valleyview. O, mejor todavía, supongo que podrá mostrarle a usted otra cosa. —Señaló a una zona del cielo, a la izquierda del lugar donde apuntaba la nariz de la estatua—. No puede usted verlos desde aquí, pero alrededor de aquella insignificante estrella amarilla hay nueve planetas en órbita. Uno de ellos es la Tierra.

—Pero, eso es imposible —objetó Philip—. Teniendo en cuenta la...

—¿Distancia? En la clase de espacio de que estamos tratando, Mr. Myles, la distancia no es un factor. En el espacio Moebius —como hemos tenido que llamarle por falta de un término más adecuado— cualesquiera dos puntos dados son coincidentes, al margen de lo apartados que puedan estar en el no-Moebius espacio. Pero esto se pone de manifiesto únicamente cuando se establece un campo de coincidencia Moebius. Y como usted ya debe de saber en estos momentos, Francis Pfleuger creó uno de esos campos.

Al oír mencionar su nombre, Francis Pfleuger se dirigió apresuradamente hacia ellos.

—E —dijo—, igual a mc^2 .

—Gracias, Francis —dijo Judith. Se volvió hacia Philip—: ¿Paseamos?

Echaron a andar por uno de los senderos, con Zarathustra pegado a sus talones. Detrás de ellos, Francis volvió a su narcisista contemplación de sí mismo en piedra.

—En Valleyview éramos vecinos —dijo Judith—, pero nunca imaginé que pensara tanto en sí mismo. Desde que erigimos esa estatua, la semana pasada, ha estado contemplándola día y noche. A veces incluso se trae el almuerzo.

—Parece estar muy familiarizado con Einstein.

—No lo crea. Se ha aprendido de memoria la ecuación energía-masa, en un intento de justificar su nueva posición en la vida, pero no tiene ni la más remota idea de lo que significa. No deja de ser irónico que Pflugersville haya sido descubierto por alguien cuyo cociente de inteligencia es inferior a setenta y cinco.

—Nadie con un cociente de inteligencia inferior a setenta y cinco hubiera sido capaz de crear ese campo de que me ha hablado.

—Francis no lo creó deliberadamente: lo hizo por pura casualidad, por medio de una máquina que estaba construyendo para atar nudos. O, por lo menos, eso es lo que él dice. Y sabemos que existió esa máquina, porque vimos sus piezas fundidas en la cocina de su casa, y no cabe duda de que fue la fuente del campo. Aunque Francis no recuerda cómo hizo las piezas, ni cómo las ajustó. En realidad, no comprende todavía lo que ocurrió... aunque tengo la impresión de que sabe más de lo que da a entender.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Philip.

Durante unos instantes, Judith permaneció silenciosa. Luego dijo:

—Todos nosotros prometimos solemnemente no divulgar nuestro secreto a un forastero, a menos que todo el grupo le hubiera aceptado. Pero, por culpa de mi negligencia, está usted enterado de casi todo, de manera que supongo que no habrá inconveniente en que conozca el resto. —Suspiró—. Bueno... trataré de explicárselo...

»Cuando el campo de Francis Pfleuger se hizo realidad, a las puertas traseras de las casas de Valleyview les ocurrió algo que hizo que se abrieran sobre un planeta que uno de los aficionados a contemplar las estrellas locales identificó inmediatamente como Sirio XXI. La buena gente de Valleyview no tenía la menor idea del origen de aquel estado de cosas, hasta que uno de los científicos que accedió a colaborar en el

plan que habían ideado para que su futura utopía se bastara a sí misma, elaboró meticulosamente una teoría que lo explicaba todo.

»Según aquella teoría, la distancia entre dos cuerpos planetarios era curva, al modo de una faja Moebius: por ejemplo, una tira de papel a la cual se da media vuelta antes de unir sus extremos. En este caso, la tira representaba la distancia entre Sirio XXI y la Tierra. La Tierra estaba representada en la tira por un punto, y Sirio XXI por otro, y, naturalmente, los dos puntos se encontraban separados por una distancia —aproximadamente 8.8 años-luz— equivalente. Esto las situaba directamente enfrente una de otra: una a un lado de la tira, y la otra en el otro lado; pero, dado que una faja Moebius tiene una sola superficie —o lado—, los dos puntos ocupaban en realidad el mismo espacio al mismo tiempo. En el «espacio Moebius», por lo tanto, la Tierra y Sirio XXI eran «coincidentes».

Philip contempló por encima de su hombro el pequeño sol amarillo que parpadeaba en el cielo.

—El sentido común —dijo— me dice algo muy distinto.

—El sentido común es un embrollón de primera magnitud —contestó Judith—. Ha estado engañando al hombre desde que apareció sobre la tierra. El sentido común inspiró a Ptolomeo la teoría de la cosmogonía. El sentido común inspiró a los que quemaron a Giordano Bruno...

El hecho de que el sentido común indicara que 8.8 años-luz separaban la Tierra y Sirio XXI en una realidad de sentido común, no demostraba que 8.8 años-luz las separaran en una forma de realidad que estaba al margen del dominio del sentido común —por ejemplo, el espacio Moebius—, y el campo de Francis Pfleuger lo había probado cumplidamente. Las zonas nodales de las puertas traseras que había establecido, sin embargo, eran simplemente manifestaciones limitadas de aquella realidad: en otras palabras, el campo había proporcionado simplemente acceso limitado a una forma de espacio que había existido siempre.

—Aunque —concluyó Judith—, el hecho de que nuestras puertas traseras quedaran afectadas, en tanto que las otras permanecían inalterables, por ejemplo, es algo que no tiene explicación... a menos que se deba a que Francis construyó su aparato en la cocina de su casa. De todos modos, cuando se convirtieron en zonas nodales, se manifestaron sobre Sirio XXI, y los perros de la vecindad inmediata las asociaron con las puertas traseras de las casas de sus desaparecidos dueños, y empezaron a aullar para que les dejaran entrar.

—¿Sus desaparecidos dueños?

—La raza que construyó este pueblo. La raza que construyó las fábricas y cultivó estos campos. Hace un año, según los informes que dejaron, emigraron a la Gran Nube Magallánica.

Philip estaba indignado.

—¿Por qué no se llevaron sus perros?

—No pudieron hacerlo. Después de todo, tuvieron que dejar también sus automóviles y sus muebles, sin contar con la casi increíble provisión de todos los metales imaginables que nos durarán varios siglos. La logística del viaje espacial hizo que incluso un pañuelo de más significara un grave peligro. De todos modos, cuando sus perros nos «encontraron» se alegraron mucho, y en cuanto a nosotros, les cogimos cariño desde el primer momento. Nuestros propios perros, en cambio, no los aceptaron, y se escaparon todos.

—Éste no puede ser el único pueblo —dijo Philip—. Tiene que haber otros en alguna parte.

—Indudablemente. Pero lo único que sabemos es que la gente que construyó éste fue la última en marcharse.

El parque había quedado ahora detrás de ellos, y estaban paseando por una calle de aspecto muy agradable.

—Y cuando usted y sus vecinos descubrieron el pueblo, ¿decidieron expatriarse inmediatamente? —preguntó Philip.

Judith asintió.

—¿Nos lo reprocha usted? Ya ha podido ver que se trata de un lugar encantador. Pero, hay algo más. En Valleyview, teníamos el problema del desempleo. Aquí hay trabajo para todo el mundo, y la consiguiente sensación de que todos somos necesarios. Desde luego, la mayor parte del trabajo es agrícola, pero, ¿qué importa eso? Disponemos de todos los tipos imaginables de máquinas para ayudarnos. En realidad, creo que la única máquina de que carecían los sirianos era una que pudiera fabricar alimentos a base de tejidos. Pero, piense en la más importante de todas las ventajas: por la noche, cuando nos acostamos, podemos hacerlo sin el temor de que durante nuestro sueño caiga del cielo un proyectil termonuclear y nos aplaste a todos. Si hemos convertido en un héroe de la civilización a un tonto de pueblo, no hemos hecho más que rendirle justicia, ya que, voluntariamente o no, nos ha abierto las puertas del paraíso.

—Y ustedes decidieron inmediatamente que nadie, aparte de ustedes mismos y de unos cuantos elegidos, debería cruzarlas.

Judith se detuvo al lado de una verja blanca.

—Sí, es cierto —dijo—. Para conservar nuestro secreto, vivimos en nuestras antiguas casas mientras poníamos en orden nuestros asuntos, cerrábamos nuestras escasas industrias y establecíamos un nuevo sistema monetario. En realidad, mantuvimos a oscuras a nuestros... a los niños, por miedo a que hablaran en la escuela. Sin embargo, suponga que hubiésemos aireado nuestra utopía. ¿Imagina la de oportunistas que hubieran intentado aprovecharse de ella? El pueblo que encontramos era lo suficientemente grande para acogernos a nosotros, y a los pocos amigos, parientes y especialistas que aceptaron nuestra invitación. —Apoyó su mano en la verja blanca—. Aquí es donde vivo.

Philip miró hacia la casa y le pareció encantadora. Un poco menos encantadora,

aunque deliciosa en su propio estilo, era la casa mucho más pequeña que se levantaba al lado de la de Judith.

La muchacha señaló la última vivienda y miró a Zarathustra.

—Casi es de día, Zarathustra —dijo, en tono severo—. ¡A la cama inmediatamente! —Abrió la verja para que el perro pudiera pasar y levantó sus ojos hacia Philip—. Aquí, nuestro horario es distinto. —Y luego—: Tendrá usted que apresurarse si quiere llegar a la puerta trasera de mi casa antes de que el campo se apague.

Philip se sintió repentinamente vacío.

—¿Se apagó? —repitió, en tono sorprendido.

—Sí. No sabemos por qué, pero va perdiendo fuerza, y nuestros científicos han predicho que dejará de existir durante las próximas veinticuatro horas. Creo que no necesito recordarle que tiene usted importantes asuntos que resolver en la Tierra.

—No —dijo Philip—. No necesita usted recordármelo. —Se sintió invadido por una ola de amargura. Había apoyado una mano en la verja, tan cerca de la de Judith como se atrevió. Se daba cuenta de que, mientras se encontraba apartado solamente unas pulgadas de ella en un sentido, en otro se hallaba a años-luz de distancia—. Para usted, los negocios son siempre lo primero, ¿no es cierto? —inquirió con rabia.

—Sí. Los negocios nunca la defraudan a una.

—¿Sabe usted lo que opino? —dijo Philip—. Opino que fue usted quien hizo la venta, no su marido. Opino que le vendió usted a cambio de la práctica de su profesión.

El rostro de Judith palideció como si acabaran de abofetearla, y, en cierto sentido, Philip lo había hecho.

—Adiós —dijo, y esta vez Philip estaba convencido de que si se acercaba a ella y la tocaba, se desintegraría en un millón de trozos—. Dele recuerdos de mi parte al planeta Tierra —añadió en tono helado.

—Adiós —dijo Philip, sintiendo que su furor había desaparecido para dejar nuevamente paso a un inmenso vacío—. Un día de éstos, cuando nos vlemos a nosotros mismos, es posible que nos vea en pedazos por estos alrededores.

Dio media vuelta y se marchó. Anduvo a lo largo de la carretera y cruzó la llanura donde las flores parpadeaban como estrellas, hasta la puerta trasera de la casa de Judith.

Ahora estaba a oscuras, y a Philip le costó algún trabajo distinguirla de las otras. Su marco azulado no era ya tan brillante. Judith Darrow no le había mentado: el campo se estaba apagando.

Cerró la puerta detrás de él, y cruzó tristemente la casa silenciosa y oscura dirigiéndose a la puerta principal. Cerró la puerta principal detrás de él, también, y subió a su automóvil. Creyó que lo había cerrado, pero al parecer no lo había hecho. Puso el coche en marcha en dirección a la carretera que había de conducirle de nuevo a la gran ciudad.

El alba exploraba el cielo de oriente con sus pálidos y sonrosados dedos cuando Philip aparcó su automóvil en el garaje del inmueble donde vivía. Se volvió hacia el asiento posterior para recoger su cartera de mano y los sobres que le había entregado Judith. A su cartera de mano le había crecido pelo. Era blanda y caliente.

—¡Ruf! —ladró—. ¡Ruf-ruf!

Philip supo entonces que todo iba bien. El hecho de que nadie le hubiese invitado a la reunión no significaba que no pudiera invitarse él mismo. Sin embargo, tendría que darse prisa; le quedaban por hacer un montón de cosas, y el tiempo tenía una enorme importancia.

El mediodía le encontró de nuevo en la carretera, con todos sus asuntos resueltos y Zarathustra tumbado en el asiento trasero de su automóvil. A la una de la tarde divisó en la distancia los tejados de Valleyview. A las dos y cinco penetraba en una calle conocida. Aparcó el automóvil en una esquina y echó a andar hacia la puerta principal del número 23. Abrió la puerta, y después de que Zarathustra le hubo seguido al interior de la casa, volvió a cerrarla detrás de él. Cruzó la planta baja y penetró en la cocina. Abrió la puerta trasera, la cruzó ávidamente... y se detuvo, completamente desconcertado.

Debajo de sus pies había losas en vez de césped. En vez de una llanura cubierta de flores, vio una serie de jardines descuidados.

Zarathustra salió detrás de él, descendió los escalones del porche y echó a correr hacia el patio de la casa. Probablemente en busca del rosal que producía rosas verdes.

—¡Ruf!

Zarathustra había regresado y le estaba mirando desde el escalón más bajo. En el escalón más alto, había depositado un presente.

El presente era una rosa verde.

Philip se inclinó y la recogió. Estaba fresca, y su fragancia compendia la verdadera esencia de Sirio XXI.

—Zarathustra —balbució—, ¿dónde la has cogido?

—¡Ruf! —dijo Zarathustra, y echó a correr hacia el patio.

Philip le siguió y vio que se introducía en la antigua caseta del perro. Experimentó una profunda decepción. Allí era donde había estado la rosa: almacenada para conservarla en sitio seguro, como un hueso viejo y sin valor.

Pero la rosa estaba fresca, se recordó Philip a sí mismo.

¿Tenían puerta trasera las casetas de los perros?

Aquella, al menos, la tenía, como comprobó Philip arrodillándose y atisbando en su interior. Una encantadora puerta trasera, con el marco deliciosamente ribeteado por una claridad azulada. Y más allá de la puerta estaba Zarathustra, sentado sobre sus patas traseras, agitando alegremente la cola.

Cruzar la pequeña puerta era una empresa difícil, pero Philip la llevó a cabo. Incluso consiguió hacer pasar su maleta. Y muy a tiempo, por cierto, ya que apenas había pasado cuando el brillo azulado del marco empezó a palidecer. Unos instantes

después se había desvanecido por completo.

Philip se puso en pie. El día era cálido y brillante. Por la posición del sol, coligió que eran las primeras horas de la mañana o las últimas de la tarde. Del sol, no: de los soles. Uno de ellos tenía un brillante color azul, otro era un diminuto punto de luz.

Echó a andar a través de la llanura, precedido por Zarathustra. Tenía ya un discurso preparado, y cuando Judith le recibió en la verja de su casa con ojos interrogantes, lo soltó sin más preámbulo.

—Judith —dijo—, hasta ahora he creído firmemente en mi libre albedrío; pero después de que su perro se ha metido por dos veces en el asiento trasero de mi automóvil, haciendo imposible que no volviera a verla a usted, empiezo a pensar que hay algo contra lo cual ni usted ni yo podemos luchar. Sea lo que sea, me he dejado guiar por ello y he traspasado sus fincas a un agente más digno de confianza que yo mismo. Sé que hace muy poco que me conoce usted, y sé que no soy un miembro aceptado de su grupo, pero tal vez alguien me dará trabajo como cortador de césped o limpiador de ventanas, para permitirme demostrarles que no soy un elemento antisocial; y tal vez, con el tiempo, usted misma llegará a conocerme mejor y se dará cuenta de que, a pesar de que siento una especial debilidad por las rubias que parecen diosas griegas, no me gustan las pelirrojas, las morenas ni el Cutty Sark. De todos modos, he quemado ya mis puentes detrás de mí, y, me convierta o no en un habitante de Pflugerville, me he convertido ya en un habitante de Sirio XXI.

Judith Darrow permaneció en silencio unos instantes. Luego dijo:

—Esta mañana deseaba pedirle a usted que se uniera a nosotros, pero no pude hacerlo por dos motivos: el compromiso que había usted adquirido de vender las casas, y mi propio rencor hacia los hombres. Ha eliminado usted el primero, y el segundo parece haberse desvanecido bruscamente. —Levantó sus ojos—. ¡Por favor, Philip, únete a nosotros! ¡Lo deseo con toda mi alma!

Zarathustra, cuyo verdadero nombre era Siddenon Phenphonderill, les dejó allí con las manos unidas y mirándose a los ojos, y trotó calle abajo, hacia las afueras del pueblo. Trotó a toda la velocidad que le permitían sus trescientos veinticinco años, y no tardó en llegar al lugar de Reunión. Los alcaldes de los otros pueblos le habían estado esperando desde primeras horas de la mañana, y su impaciencia era evidente. Cuando apareció ante ellos, extendieron sus apéndices auditivos y le recibieron con una tempestad de aplausos. Zarathustra —Siddenon Phenphonderill— extendió sus propias «manos» y las sostuvo en alto, reclamando silencio.

A continuación, se sentó delante del pequeño atril y empezó su informe, cuya traducción idiomática se reproduce a renglón seguido.

«Caballeros, les ruego que me disculpen por mi tardanza. No tardaré en referirme a las circunstancias que han motivado mi retraso.

»En primer lugar me ocuparé del asunto que más les preocupa: sí, el experimento fue un éxito, y si utilizan ustedes sus poderes psico-transformadores para volver a

modelar sus pueblos de acuerdo con las normas que mis electores y yo seguimos para volver a modelar el nuestro, y para construir suficientes fábricas que infundan a sus «dueños» aquella sensación de bastarse a sí mismos tan esencial para su bienestar, y si «colocan» ustedes sus desmontadas Dínamos en un lugar tal que la posterior creación de campos pueda ser atribuida a causas accidentales, no tendrán más dificultades de las que tuvimos nosotros para atraerse personal. Sólo tienen que asegurarse de que las viviendas de sus dueños son superiores a las de ustedes, y conducirse como auténticos perros en su presencia. Y cuando elaboren los informes relativos a sus supuestos dueños desaparecidos, procuren que no se contradigan con los que elaboramos nosotros relativos a los nuestros. Sería altamente deseable que nuestra sociedad sirio-humana pudiera estar basada en unos principios menos engañosos que éstos, pero la actitud sumamente humana que estamos explotando lo convierte en imposible, de momento. No me gusta pensar en el resentimiento que crearíamos si revelásemos que, lejos de ser los simples perros que nuestro aspecto sugiere, somos capaces de transformar mentalmente los recursos naturales en cualquier cosa, desde una llave a una sala de conciertos, y me gusta todavía menos pensar en el resentimiento que crearíamos si revelásemos que, pese a toda nuestra capacidad en el campo de lo inanimado, no hemos sido nunca capaces de materializar una sola brizna de hierba en el campo de lo animado, y que los motivos que hemos tenido para coincidentar el planeta Tierra y crear nuestras irresistibles utopías, no se apoyan en una necesidad de compañía, sino en una necesidad de hortelanos. Sin embargo, descubrirán ustedes que todo eso puede ser suavizado eventualmente a través de los niños humanos, con los cuales mantendrán ustedes un contacto diario, teniendo en cuenta que poseen todo el amor que sus padres sienten hacia nosotros, sin demostrarnos la actitud de superioridad de que sus padres hacen gala. Para un niño, un perro es un compañero, no un capricho; un igual, no un inferior. Y los niños de hoy serán los adultos de mañana.

»Volviendo a las circunstancias que ocasionaron mi retraso, debo confesarles, caballeros, que me encariñé con la «dueña» en cuya casa me establecí después de la creación de nuestro campo y de haber convencido a su verdadero perro de que encontraría mejores pastos en otra parte. En realidad, me encariñé tanto con ella, que cuando se presentó la oportunidad de poner remedio a su soledad no pude evitar el intervenir. La persona más adecuada para ella y a la que ella se adecuaba más se presentó en su misma casa; pero, en su obstinación y en su orgullo, ella le injurió en vez de alentarle, haciendo que él se rebelara contra la atracción que ella le inspiraba. Me satisface poderles informar que, por medio de numerosos subterfugios —el último de los cuales hizo necesaria la utilización de nuestra puerta original—, conseguí solucionar ese asunto, y que aquellas dos personas que vivieron solitarias están a punto de embarcarse en unas relaciones que en las leyendas del planeta Tierra vienen definidas con las palabras finales: «Y vivieron muy felices».

»Y ahora, caballeros, les deseo mucha suerte, a ustedes y a sus electores, y que

puedan conseguir unos criados tan excelentes como los nuestros.
«Caballeros, se levanta la sesión».

Viaje siniestro

Conrad Richter

Sucedió la noche en que dormí en la cama de Douglas Creel. Es posible que recuerden ustedes la misteriosa desaparición de mi amigo. Produjo verdadera sensación. Compositor y pianista norteamericano, era famoso entre los artistas y pensadores por sus esfuerzos en favor de una mejora organizada de las condiciones de vida del género humano. Es posible que recuerden ustedes que desapareció cuando se encontraba en una población minera de Nuevo Méjico llamada Grantham. Lo que tal vez no sepan es que había nacido allí, en el seno de una familia de pioneros —su padre era médico y se había unido a los colonizadores del Suroeste—, y que conservaba el hogar paterno.

Solía ir allí una vez al año, a finales de otoño o principios de invierno. Opinaba que el sol y la altitud le eran beneficiosos, y allí podía componer con tranquilidad. Los vecinos se quejaban. Decían que, afortunadamente, no podían oírle todo el tiempo a causa del rugido de los camiones que transportaban mineral al molino. Pero, cuando le oían, su enorme piano negro lograba mantenerlos despiertos hasta altas horas de la noche. De haberse tratado de música melódica, decían, la cosa hubiera sido más soportable. Pero la clase de música que interpretaba, tocando las mismas notas una y otra vez, les alteraba los nervios. Incluso presentaron una denuncia contra él, pero las autoridades de la población la desestimaron.

Aquel mes de noviembre, Doug había regresado a la casa desde París. Los vecinos murmuraron, y gruñeron, y se resignaron a lo irremediable. Luego, la noche del veintitrés de noviembre, durmieron como niños. El «sheriff» dijo que Douglas había regresado a su casa a las diez de la noche, después de haber cenado en el Copper Queen Hotel. No había vuelto a salir de ella. Al día siguiente, la anciana Apolonia, su ama de llaves mejicana, comprobó que sus ropas estaban intactas. En un bolsillo de su pantalón, doblado sobre el respaldo de una silla, estaba su dinero; en la americana, colgada en el armario, apareció su cuaderno de apuntes musicales con cubiertas de cuero de color verde. Lo único que faltaba era un pijama azul, sus zapatillas rojas y un batín de color púrpura.

Doug no estaba casado, ni tenía hermanos. Sus padres habían muerto unos años antes, pero la opinión pública se apasionó con aquella desaparición. Algunos de sus amigos de Nueva York y de Londres sugirieron que los enemigos políticos eran los responsables del hecho. Esto trascendió a los periódicos y convirtió su desaparición en un problema internacional.

En aquella época, yo estaba en el Este y a mi regreso al Oeste la excitación se

había apaciguado ya. Más de una vez, cuando Doug se encontraba en Europa, yo me había alojado y trabajado en su casa, y ahora me dirigí directamente a Grantham. La población había cambiado mucho desde la última vez que estuve allí. En las colinas se había encontrado uranio, y se había montado un molino para tratar el nuevo mineral. Los camiones circulaban día y noche. Este hecho, unido al desagradable aspecto de la población, con las desgarradas colinas que la rodeaban, conferían al lugar un aire atómico y modernista. Era la clase de paisaje que a Doug le gustaba. Se sentía en él como pez en el agua, y yo estaba absolutamente convencido de que no se había marchado de allí por su propia voluntad.

Cuando llamé a la puerta, Apolonia y su sobrina Felicitas, de pie detrás de ella, me acogieron como a un hermano largo tiempo ausente del hogar. Apolonia me explicó que el Juez Connover le pagaba su salario para que continuara atendiendo la casa, pero no se había quedado sola ni siquiera una noche desde que Mr. Creel había desaparecido. Ni estaba dispuesta a hacerlo. Incluso con la compañía de Felicitas se sentía muy nerviosa. Esperaba que yo me quedaría una temporada. Con un hombre en la casa, se sentirían más seguras.

Me pareció completamente natural encontrarme de nuevo en el estudio de Douglas cuando cerró la noche. Con la oscuridad llegaron unas nubes y empezó a llover, una circunstancia muy bien acogida en el Suroeste. La casa era de un solo piso. El estudio de Doug, donde yo trabajaba y dormía, se encontraba en una de las alas, en la parte trasera de la casa. En el tocadiscos había dos de las obras de Douglas: el Concierto en Sol Menor y el Concierto Utopía. Evidentemente, los había estado escuchando poco antes de su desaparición. Obedeciendo a un repentino impulso, puse el tocadiscos en marcha. Luego me senté cómodamente. La sensación de la presencia de Doug era todavía muy intensa en la habitación; pero si había aún alguna vibración de su pensamiento en ella, resultaba ininteligible para mí. Lo único que llegaba a mi conciencia, además de la música, era el rugido de los camiones que transportaban mineral a su paso por la calle, enfrente de la casa.

Grantham se encuentra situado a unos seis mil pies sobre el nivel del mar. Normalmente, al llegar a esa altitud procedente de la costa del Este o del Oeste, duermo como un topo. Sin embargo, aquella noche algo me mantenía despierto. No podría decir cuánto tiempo permanecí insomne, pero recuerdo que pensé que un poco de alimento o de bebida en mi estómago podían ayudarme a conciliar el sueño. Decidí dirigirme al cuarto de baño y beber un poco de agua.

Sentándome en el borde de la cama, me envolví en mi batín y me calcé las zapatillas.

Hasta aquel momento no me había dado cuenta de lo oscuro que estaba el estudio de Doug. «Es la lluvia», me dije a mí mismo, y eché a andar hacia el cuarto de baño sin encender la luz. Los expertos en somnología afirman que una luz puede desvelarle a uno del todo. De modo que avancé a oscuras hacia el lugar donde sabía que se encontraba el cuarto de baño.

Al principio no pensé en ello, pero de repente me di cuenta de que nunca había tardado tanto en llegar a la puerta del cuarto de baño. Tenía las manos extendidas hacia delante. Al no encontrar nada, una extraña sensación se apoderó de mí. ¡Conocía aquella habitación como las de mi propia casa! Pero cuando hube dado una docena más de pasos, supe que estaba irremediablemente perdido. Y, de pronto, tuve conciencia de que el ruido de los camiones que transportaban mineral había cesado. Todo estaba en silencio. A una considerable distancia, me pareció detectar el débil resplandor de una luz, pero a pesar de que eché a andar apresuradamente hacia ella, durante largo rato no se acercó de un modo apreciable. Tuve la impresión de que estaba descendiendo una colina.

Cuando al fin llegué al exterior, no me pareció encontrarme al aire libre. Había cesado de llover. Unas estrellas demasiado grandes y brillantes parpadeaban en el firmamento, escoltando a una luna en cuarto creciente. A su claridad pude ver que me encontraba en un lugar que me era desconocido. Las desgarradas colinas, las rocas y las rústicas casas habían desaparecido. Todo el terreno era llano o suavemente ondulado, y estaba salpicado por unas extrañas casitas, muchas de ellas sin paredes, algunas sin tejado, unidas por unas calles con aspecto de senderos enarenados. Parecía un gigantesco parque lleno de casas diminutas proyectadas para una vida al aire libre. Tenía el encanto de un paisaje japonés, aunque en versión moderna.

—Esto no es Grantham —me dije, en voz alta.

—Creo que ése es el nombre que solían darle, hace muchos años —me respondió una voz. Dato curioso; chapurreaba un inglés que apenas pude entender.

Miré a mi alrededor y vi a un hombre que estaba de pie detrás de mí. Era muy bajito, y de nuevo recordé el Japón. Luego vi que su rostro no era japonés, sino americano, aunque con una extraña diferencia.

—¿Es usted un guardia? —pregunté.

—Soy un observador de la paz y de la abundancia —dijo.

—Ignoro lo que significa eso —confesé—. Pero quizás pueda usted decirme lo que deseo saber...

—Nosotros no pronunciamos, ni siquiera pensamos, la palabra «deseo» —rectificó—. Aquí nos hemos librado del deseo.

Le miré con fijeza, sin comprenderle del todo.

—¿Quiere usted decir que nadie desea nada?

Me contempló con cierta sorpresa.

—Nada. Todo el mundo tiene todo lo que necesita. Desde luego, todos tienen su propio trabajo a realizar. Pero no permitimos que el hambre, la fealdad, la suciedad, la pobreza, la ignorancia, la falta de cuidados médicos o cualquier otra desgracia malogren la paz, la alegría y la seguridad de nuestro pueblo.

La naturalidad de sus palabras, unidas a las pruebas físicas de aquel nuevo mundo que tenía delante de mis ojos, me convencieron. De modo que el gran sueño de Doug, el estado perfectamente organizado, se había convertido en realidad.

—Estaba buscando a un amigo... —empecé, pero me interrumpió cortésmente.

—Aquí no buscamos a nadie, ni nada. Nadie está nunca fuera de su casa, y nada es robado ni permanece perdido demasiado tiempo, porque todo el mundo tiene cubiertas sus necesidades y, por lo tanto, nadie experimenta el deseo de encontrarse en otro lugar. Querrá usted decir que iba a preguntar por otro fugitivo de su época. Se llama Creel.

—¿Conoce usted a Douglas? —exclamé alegremente.

—Sí. Crea obras maestras musicales para nuestro pueblo. Vive, como casi todo el mundo sabe, en GKH 2. Haré que alguien le lleve allí.

—¡Oh! No me importa andar —dije—. En realidad, me gustaría echarle un vistazo a su ciudad.

—Eso es imposible. Alguien tiene que llevarle —insistió cortésmente—. Ni siquiera un visitante tiene que desear nada.

—¿Ni siquiera un poco de aislamiento y libertad? —murmuré.

—El aislamiento no es libertad —dijo, en tono amable—. El verse libre de deseos es la única libertad, y sólo es posible a través de la armonía general con los demás para el bien público.

Sacó algo de debajo de su americana y se lo aplicó a la boca, hablando en una especie de inglés abreviado. Poco después apareció un segundo observador. Era muy cortés y me llevó a una pequeña hondonada donde penetramos horizontalmente en un tubo subterráneo. La puerta se cerró. No experimenté ninguna sensación de movimiento, pero de repente la puerta volvió a abrirse y me encontré en el interior de un edificio de paredes de mármol donde me recibió otro observador de más categoría. La estancia a la cual me llevó estaba decorada con cómoda elegancia. Nos sentamos juntos en una especie de sofá que avanzaba lentamente mientras hablábamos. Aquel funcionario se encargó de informarme de lo perfecta que era su existencia.

—¿No considera una imperfección la lluvia o la sequía? —pregunté.

—Aquí no llueve nunca —sonrió—. Y nunca hay sequía. —Me hizo asomar a una galería—. Como puede ver, todo el campo es verde. Una irrigación subterránea proporciona la humedad necesaria.

—¿Qué me dice de las tempestades de arena? —insistí.

—Las tempestades de arena son desconocidas aquí —respondió.

—De todos modos, tiene que hacer mucho calor en verano y mucho frío en invierno —dije.

—La temperatura es casi constante, con diferencias que no sobrepasan los dos grados, de día o de noche, en verano o en invierno —me aseguró—. Tenemos cosechas todo el año. No estoy muy al corriente de esa materia, pero un observador de la sección de alimentos puede facilitarle las cifras exactas.

Todo aquello empezaba a causarme vértigo. Me pregunté si no me había quedado dormido en la cama de Doug, después de todo. Toqué mis ojos. Estaban completamente abiertos. Me pellizqué la mejilla hasta que me dolió. Pero, si estaba

dormido, no me desperté.

Al cabo de unos instantes, se me ocurrió una idea. Al mirar hacia arriba desde la galería, noté que en el cielo colgaba una luna ligeramente distinta a la que había visto antes.

El firmamento parecía tan azul como el cielo nocturno de Nuevo Méjico, pero ahora, al examinarlo con más atención, me pareció un alto y enorme techo azulado, salpicado de luces en forma de estrellas.

—¡No me diga que estamos en una caverna! —exclamé.

—No tenemos esa palabra en nuestro idioma —me informó—. Creo que en su época la palabra significa algo oscuro y desagradable. Aquí, como puede usted ver, todo es luminoso y agradable.

—Pero, viven ustedes en un mundo subterráneo... —balbucí.

—Vivimos simplemente debajo de la corteza de la tierra —aclaró—. Para la mayoría de nosotros, la corteza de la tierra es un techo más hermoso y deseable que el antojadizo y peligroso cielo. En primer lugar, nos protege contra los proyectiles dirigidos que podrían volatilizarnos. Y en segundo lugar nos permite controlar el clima para el aumento del bienestar humano y el mejoramiento de nuestros cultivos. El indócil globo llamado sol es una fuente de energía vulgar e ingobernable. Nuestros rayos luminosos son refinados y muy superiores. Existen otras muchas ventajas demasiado técnicas para discutir las con alguien perteneciente a una civilización tan atrasada. Una de las cosas que no tardará en comprobar es que nuestros días y nuestras noches son siempre claras; la corteza de la tierra nunca se ve oscurecida por nubes, como el firmamento ordinario.

Mientras me conducía al lugar donde se encontraba Doug, tuve que admitir que nunca había visto un día tan hermoso. El firmamento aparecía intensamente azul y sin una sola nube. Casi pude imaginar que me encontraba en una espléndida mañana de mayo, bajo el cielo de Nuevo Méjico. En otros sentidos, era incluso superior. A esta hora, Grantham estaba llena del rugido de camiones y automóviles. Allí, las calles estaban increíblemente silenciosas. No se oía el estrépito de ningún aparato de radio o de televisión. Los únicos sonidos eran los de contenidas voces humanas, y, como fondo, una suave y persistente música, aunque no podía decir de dónde procedía. Parecía impregnarlo todo. Al principio me pareció discordante, una especie de música abstracta, a base de extrañas y desagradables repeticiones. Afortunadamente, era muy tenue y pude apartarla de mi mente. Al cabo de un rato me di cuenta de que, después de oír aquella disonancia, todo lo que me rodeaba tenía un aspecto más agradable.

El temperamento de las personas que vi era muy pacífico. Eran muy bajitas, casi enanas. Y no vi a ninguna andando apresuradamente por la calle. Este hecho, unido a la belleza organizada del paisaje urbano, me impresionó mucho, y pensé que Doug, cuando le encontrara, iba a reventar de orgullo al poder demostrarme lo acertado de sus teorías.

GKH 2 resultó ser una casita de aspecto encantador. Una de las más atractivas

mujercitas de Millennia me abrió la puerta. Pareció comprender en seguida mi arcaico inglés.

—Sí, mi marido está en casa —me aseguró, como si estuviera preparada para recibir a un visitante procedente de otra época.

Apenas pude creer lo que acababa de oír. ¡El contumaz solterón, casado, y con una criatura tan deliciosa! Entré con el corazón alegre y con joviales palabras de felicitación en mis labios pero, cuando vi a Doug, murieron en mi garganta.

Desde que le conocía, Douglas Creel había sido un hombre robusto y vigoroso, que llevaba lentes, y tenía un saludable color en las mejillas y un brillo de entusiasmo en la mirada al hablar de sus proyectos. Ahora, con sus sueños plenamente realizados, aparecía macilento y enfermo. Al verme, asomó a sus ojos un brillo casi desesperado.

—¡Michael! ¿Cómo has llegado aquí? —exclamó, y se agarró a mi mano como un hombre que se está ahogando. Me miraba ansiosamente, como si no acabara de hartarse de algo de lo cual estaba hambriento. Casi tuve que pedirle que me presentara a su esposa, cuyo nombre resultó ser Kultura. Ella no se había molestado por la demora, y continuó con su expresión tranquila, como si nada pudiera alterar su calma.

—Espero que le permitirán vivir en nuestra vecindad —dijo Kultura.

—Gracias, pero no pienso quedarme mucho tiempo aquí.

Ella me dirigió una divertida mirada.

—Se quedará usted. Ninguno de los que llegan de la dimensión temporal de usted y de Douglas desea regresar a aquella desdichada época de necesidades y rivalidad.

—Nunca me había encontrado en un mundo tan artístico y perfecto —dije, y ella sonrió su silenciosa aprobación.

Hasta que Kultura se hubo disculpado diciendo que tenía que marcharse a lo que llamó una «cooperación», Douglas no pronunció una sola palabra. Pero, cuando su esposa estuvo fuera, me agarró del brazo con tanta fuerza que me produjo verdadero dolor.

—¡Michael, tienes que sacarme de aquí!

Le miré con asombro.

—¿Fuera de dónde?

—De esta maldita era de anulación del miedo y del deseo.

—Pero, yo creía que esto era lo que siempre habías deseado...

Su rostro se ensombreció.

—Me imaginaba saber más que Dios.

—Ésta era, como tú la llamas, ha sido hecha también por Dios.

—¡No! —protestó, excitado—. Ha sido hecha por el hombre. Por el vacuo y pedante cerebro del hombre.

—¿Te encuentras bien, Doug? A mí me parece maravillosa.

—¿Te parece maravilloso ver a los hombres convertidos en enanos? —gritó—. A mi alrededor veo rostros familiares, rostros de personas de Grantham. Cuando conocí

a sus antepasados, eran personas fuertes, independientes. Nadie podía sojuzgarles. Ahora, generación tras generación, aquellos vigorosos mineros han visto encogerse sus cabezas y sus cuerpos, del mismo modo que los jíbaros encogen las cabezas de sus enemigos. Pero esto es mucho peor, porque las cabezas y los cuerpos están todavía vivos.

—Estás bromeando, Douglas. ¿Cómo pueden hacer eso?

—En primer lugar, controlan el aire que respiran esos moradores de las cavernas, los rayos luminosos que regulan su crecimiento y su hambre. Así cuesta menos alimentarlos. Controlan también su temperamento y sus inclinaciones. De otro modo no se resignarían nunca a vivir debajo de la tierra como lombrices, sin posar nunca los ojos sobre el verdadero sol y las verdaderas constelaciones del universo, substituidas por esas miserables imitaciones de Millennia. Andan de la cuna al sepulcro sin contemplar un arco iris ni una puesta de sol. Pero ésta no es la verdadera tragedia de sus vidas.

Me llevó hasta la ventana, junto a su piano.

—Mira hacia fuera. ¿Ves algo? —me preguntó.

Le dije que podía ver casas, arbustos, flores, y, más allá, algo que suponía que eran fábricas, las más ideales que había visto nunca, completamente silenciosas, sin producir humo.

—¿Ves una iglesia? —ladró.

—No, desde aquí, no.

—No la ves, porque no hay ninguna. Han prescindido de Dios. Su nombre y su idea son descuidados, olvidados. En toda Millennia, soy probablemente la única persona que reza.

—¿Tú, Doug? —exclamé, ya que nunca le había visto entrar en una iglesia.

—¡Oh! He aprendido mucho acerca de Dios a través de Su ausencia. Cuando era un chiquillo, me enseñaron que todas las cosas buenas procedían de Dios. Pero no me dijeron que la carencia de bondad puede ser también Dios. Me refiero a lo que le hace a uno trabajar y rezar por algo que no tiene. Ahora creo que es más de Dios que lo primero, porque nos estimula y desarrolla, en tanto que la bondad monótona le estanca a uno como a una rana en un charco.

—Si esto es un estancamiento, Doug, me declaro a su favor —protesté.

—Lo mismo me sucedió a mí al principio. Cuando llegué aquí y me quedaban aún carencias y deseos y aspiraciones de mi existencia americana. El verme aliviado de aquellas cosas resultó muy agradable. Y creí que la sensación de alivio duraría siempre. Pero, una vez se convierte en permanente, el alivio deja de existir como sensación favorable. La vida se convierte en un vegetar puramente animal. Descubrí que era una vaca humana, con un buen establo y libre de temores y sobresaltos, a fin de que pudiera producir leche, como mi único objetivo en la vida.

—En cierta ocasión dijiste que cuando el hombre tuviera todo lo que necesitaba, florecerían las ciencias y las artes —le recordé.

—Estaba ciego —dijo—. El ansia insatisfecha convirtió a Shakespeare en un gran poeta y a Beethoven en un gran músico. Lo mismo que ayudó a engrandecer a América.

—Alguien tiene que ser algo más que una vaca para planear y controlar Millennia —objeté.

—¡Ah! Los Guardianes Gigantes, los Grandes Corazones, como a veces se llaman a sí mismos. Los que lo proporcionan todo. Nos cuentan muchas historias maravillosas. Pero, en realidad, sólo sabemos una cosa acerca de ellos: que no viven en una dócil seguridad como nosotros, pues de ser así no podrían gobernar Millennia. El tener que enfrentarse con problemas hace que se superen a sí mismos y adquieran la capacidad de dominarnos. Incluso han descubierto que los esclavos humanos necesitan tener alguna carencia que eleve su tono vital. Un observador de Historia me contó que, poco después de establecerse el régimen, la gente adoptó una actitud peligrosamente pasiva.

»Se limitaban a vivir, a comer y a respirar. De modo que los Guardianes Gigantes tuvieron que ofrecerles alguna clase de obstrucción y desarmonía... aunque no la suficiente para despertar su naturaleza humana. Sólo la indispensable para evitar su abulia absoluta. Uno de los recursos es la música disonante. ¿Te has dado cuenta? Escucha. Llena cada metro cuadrado de Millennia de modo que nadie, ni de día ni de noche, puede dejar de oírla. Provoca una desagradable sensación de falta de seguridad. Sin exceso. Lo suficiente para mantener despiertas las energías interiores, a fin de superar esa intranquilizadora sensación de desarmonía. Escucha. ¿La oyes?

—¿Qué clase de música interpretas ahora? —le pregunté, recordando que había concentrado sus mayores esfuerzos en la disonancia.

—La Cacofonía de la Caverna —dijo amargamente—. El estado me ha entregado un piano y me ha pedido que componga. Pero, ¿puedo componer lo que quiero? No. únicamente variaciones sobre las mismas frases monótonas que tienen su origen en los primitivos pueblos esclavos de épocas pretéritas.

Paseaba de un lado a otro, con un brillo salvaje en los ojos.

—Nadie sabe lo que he sufrido aquí. Nunca capté el espíritu de mi época americana hasta que salí de ella. Sus frases siguen resonando en mi cerebro. Quise convertirlas en música. Pero me oyeron, como lo oyen todo, y me prohibieron continuar. Aquí, unos sonidos tan apasionados son contrarios al orden. Perturban la tranquilidad. Me asignaron lo que ellos llaman un asensor para asegurarse de mi cooperación.

Aporreó el piano al pasar, se volvió hacia mí y continuó:

—Pero no pudieron detenerme. No necesitaba piano. Todos aquellos espléndidos sonidos y armonías resonaban en mis oídos noche y día. No había tiempo que perder. Vi delante de mí la época en que ya no acudirían, cuando sólo estaría medio vivo como la gente que me rodea. De modo que anoté en secreto mi canto a América. Es un concierto para piano, aunque la orquestación no está terminada todavía.

De un escondrijo del piano sacó unas hojas de papel pautado. Al verlas, pareció transformarle. Una luz brilló en sus ojos, y por unos instantes volvió a ser el hombre al que había conocido en Nuevo Méjico. Luego, en el exterior, resonaron unos pasos que se acercaban a la casa.

—¡Kultura! —susurró—. El Asensor. —Escondió rápidamente las hojas—. Tratará de echarte de aquí, Michael. No descansará hasta hacerte regresar a nuestra época.

—Regresaré. ¡Y tú regresarás conmigo!

—No, amigo mío. Yo no puedo regresar. Los que se someten voluntariamente a la tiranía no se libran nunca de ella. Han cometido el pecado imperdonable. Y, tarde o temprano, tienen que pagarlo con sus vidas.

Su voz estaba tan llena de angustia, que aún me parece estar oyéndola. Luego se abrió la puerta y entró su esposa, sonriente y tranquila como si en el mundo no hubiera más que claridad y seguridad.

—He obtenido un alojamiento para tu amigo. El RLD 146. Voy a acompañarle allí.

Douglas intercambió una mirada conmigo.

—Deja que se quede un día, Kultura. Quiero que esta noche me oiga interpretar el Concierto de la Abundancia. El tenerle aquí me proporcionará algo que necesito.

En el rostro de Kultura no apareció la menor señal de desagrado, mi bienestar pareció inspirarle objeción tras objeción, incluyendo mi falta de ropas adecuadas, las cuales no me podrían ser suministradas hasta unos días más tarde. Finalmente, mi decisión de asistir al concierto en bata y zapatillas pareció desarmarla. La cosa no requería tanto valor por mi parte como pueda parecer. La mayoría de los vestidos que llevaban los habitantes de Millennia eran tan reducidos, que un pijama y un batín resultaban más bien «conservadores».

De todos modos, me pregunté si no sospechaba alguna confabulación entre nosotros. Durante la cena, me habló en tono amable de lo que ella llamó la Instrucción Benévola proporcionada a los enemigos de Millennia, transgresores del espíritu de la liberación del deseo. Únicamente los ciudadanos satisfechos y colaboradores gozaban de la excelente y abundante vida que yo veía a mi alrededor. Un estado como Millennia exigía un amplio servicio a cargo de invisibles coordinadores. Debajo de nosotros había un inmenso laberinto de túneles y cavernas en las cuales estaban situadas las instalaciones de agua, energía, etcétera, y era allí donde aquellos que no apreciaban debidamente las bendiciones de que disfrutaban eran adiestrados en lo que Kultura llamó el Benigno Bien Público. A través de sus palabras comprendí perfectamente que aquellos desdichados eran condenados a morar en las entrañas de la tierra, respirando el aire que les era insuflado desde arriba y pasando allí sus vidas sin volver a ver nunca más las luces sintéticas de Millennia.

Si su propósito era asustarme, lo consiguió plenamente. Aquella noche, antes de salir para el concierto, me pareció ver que Douglas sacaba algo del interior de la caja

del piano y se lo metía en el bolsillo. Luego, los tres nos dirigimos al tubo subterráneo.

Salimos del tubo en el más amplio de los auditorios musicales que había visto en mi vida. Estaba ya lleno de personas de un tamaño ridículamente pequeño. Mirando a través del vasto océano de rostros de Millennia arrastrados hasta allí por la promesa de la música, experimenté la sensación de encontrarme en un país apasionado por las manifestaciones de la cultura.

Pero aquella sensación se desvaneció en cuanto oí la música. La orquesta era muy numerosa y tocaba con habilidad y afinación. Pero lo que interpretaba era las mismas disonancias y repeticiones que yo había captado en las calles y casas de Millennia. Incluso Douglas, cuando empezó a tocar, dejó oír las mismas frases monótonas. Pero, al final de su actuación, el público aplaudió a Douglas con una unanimidad que no podía ser negada.

Atendiendo a los insistentes aplausos, Douglas se dispuso a besar su actuación. Levantó una mano y la agitó en dirección a la orquesta, para indicar que deseaba actuar solo. Cuando volvió a sentarse ante el piano, me di cuenta de que se había producido un cambio en él. Hasta entonces se había conducido como un autómatas, tocando de un modo casi mecánico. Pero ahora, al ver cómo se sentaba ante su instrumento, noté que se me erizaban los pelos de la nuca. Sacó de uno de sus bolsillos unas hojas de papel pautado... las mismas que me había mostrado en su casa y que contenían su concierto americano secreto.

Durante un largo instante permaneció inmóvil y silencioso. Luego alzó sus manos sobre el teclado.

En el curso de mi vida he oído muchas composiciones, sinfonías y suites que trataban de comunicar al oyente el espíritu de América, pero nunca había escuchado nada que lo consiguiera de un modo tan intenso. Es posible que gran parte del poderoso efecto que tuvo sobre mí aquella música procediera del hecho de escucharla en lo que Douglas llamó un desierto de las esperanzas del género humano. Desde las primeras notas comprendí que se trataba de una llamada a la vida y a la libertad. Las disonancias y monótonas repeticiones de los pueblos esclavos habían desaparecido. Lo que ahora soplaba era un hálito de aire fresco procedente de las montañas y del mar, desconocido de todos los oyentes.

A medida que la música avanzaba, pude ver las naves que arribaban a nuestras playas cargadas de amantes de la libertad, los robustos cuerpos de los pioneros abriéndose paso a través de los oscuros bosques y desgarrando el suelo de la pradera. Pude ver los molinos y las fábricas brotando a lo largo de las corrientes de agua. Pude oír los cascos de los bueyes y de los caballos, el chirrido de las ruedas de los carromatos, los trenes, los automóviles, los buques y los aviones, con la gente viajando hacia el Este y hacia el Oeste, hacia el Norte y hacia el Sur, hacia donde deseaban. Y los sonidos que brotaban del piano de Douglas no eran una infantil y mecánica imitación de aquellos otros sonidos, sino una espléndida armonía que abrió

mis ojos a mi propio país y a mi propia época como nada los había abierto hasta entonces. Y me di cuenta de lo que tenía que haber sido el exilio de Douglas, y de la insaciable hambre espiritual que había padecido... y que todavía estaba padeciendo.

Cuando los apasionados y majestuosos acordes se extinguieron, ocurrió algo que yo no hubiera creído posible. Los millares de dóciles espectadores parecieron poseídos de una repentina y frenética locura. Fue como si su recuerdo racial no hubiera muerto del todo en sus cerebros, y Douglas hubiera conseguido removerlo. Se pusieron en pie, gritando, agarrándose y golpeándose unos a otros. Contemplé aquel espectáculo con asombro. Sus emociones naturales habían estado reprimidas durante tanto tiempo, que no sabían cómo reaccionar ante ellas. En una marea incontenible, avanzaron hacia el estrado y hacia el hombre que les había galvanizado.

Al principio creí que querían demostrar a Douglas su admiración y su afecto. Pero iba a aprender que las emociones de la libertad son muy peligrosas para unas personas que no están preparadas para apreciar la diferencia existente entre liberación y libertinaje. Las hordas de histéricos hombrecitos treparon al estrado, arrollando a aquel hombre más alto y mejor dotado que ellos, golpeándole y golpeándose mutuamente. Vi a Douglas, con el rostro ensangrentado, luchando por levantarse, con los pigmeos saltando encima de él. Recordé entonces su trágica y amarga predicción, y supe que no volvería a levantarse.

Ahora, uno de los sanguinarios hombrecitos empezó a cantar con aire de triunfo el tema central del concierto de Douglas. Pronto le imitaron otros, y el auditorio no tardó en convertirse en un infierno de cantos, los observadores-de-la-liberación-del-deseo que hasta entonces habían permanecido inmóviles, sin posibilidad de intervenir, aprovecharon la oportunidad para tratar de dominar la situación. Uno de ellos gritó unas órdenes a través del sistema de altavoces, pero nadie le oyó. Otros llegaron hasta Douglas y arrastraron fuera su cadáver. Entretanto, otro cogió las hojas de papel pautado que continuaban en el piano y las hizo pedazos, arrojándolos contra la multitud. Uno de los trozos, con un par de líneas de notas trazadas por la mano de Douglas llegó hasta mí. Lo cogí y me lo puse en el bolsillo de mi batín.

Pero aquel acto me traicionó. Inmediatamente, la multitud reunida sobre el estrado percibió mi estatura y mi modo de vestir anormales. Empezó a avanzar hacia mí. Gracias a la superioridad de mi tamaño y de mi fuerza, conseguí abrimme paso a través de los que estaban más cerca. Pero una multitud mucho mayor seguía interponiéndose entre la salida y yo. Recordé que al entrar me había fijado en unas puertas intercaladas en los pasillos descendentes. Seguramente estaban destinadas a facilitar la salida. Conseguí llegar a una de aquellas puertas y abrirla. En el interior, la oscuridad era absoluta. Apenas había cerrado la puerta y echado el cerrojo, cuando oí que la multitud trataba de volver a abrirla.

Ignoraba adonde conducía el pasadizo, pero la puerta estaba empezando a ceder y eché a correr hacia adelante. Lo primero que pensé fue que era muy raro que no tropezara contra ninguna pared mientras corría. Al igual que en la noche anterior, mis

manos extendidas sólo encontraban el vacío. Y, sin embargo, debajo de mis pies había una especie de pavimento, el cual parecía ascender. A lo lejos y mucho más alto, un débil resplandor parecía colgar de la oscuridad. Detrás de mí oí el estallido de la puerta al romperse y el espantoso eco de unas voces avanzando por el pasadizo.

Luego, bruscamente, la algarabía cesó. Corrí en medio de un silencio absoluto. Poco antes de llegar al lugar donde brillaba la luz, tropecé con algo invisible y me caí. Afortunadamente, caí sobre algo blando. Al tocarlo con las manos, me pareció que era una cama. La cama de Douglas. A continuación oí un sonido más bello a mis oídos que la música: el rugido de un camión cargado de mineral que pasaba por delante de la casa.

El resto de la noche dormí como un tronco. Cuando me desperté era de día. Al verme rodeado de los familiares muebles de Doug, me dije a mí mismo que todo había sido una ilusión, un sueño. Me levanté, me afeité y me vestí como si nada hubiera pasado. Cuando salí de la habitación, encontré a Apolonia y a Felicitas esperando en el vestíbulo.

—¿Adonde fue usted ayer?

Los ojos de Apolonia estaban clavados en mi rostro.

—Llegué aquí ayer —le recordé.

—Llegó usted anteayer —rectificó Apolonia—. Ayer no salió usted del cuarto. Llamé a la puerta, pero no obtuve respuesta. He pasado un día y una noche tan nerviosa como un gato. Temía entrar y encontrar la habitación vacía, con sus ropas dobladas encima de una silla, como las de mister Creel.

—Supongo que estaba demasiado cansado del viaje y he dormido treinta y seis horas de un tirón...

De todos modos, no quise pasar otra noche en la casa de Douglas, y alquilé una habitación en el Copper Queen. Mi batín estaba sucio y arrugado. Se lo entregué a un botones para que lo llevara a lavar y planchar. Hasta la noche no recordé lo que había creído poner en uno de sus bolsillos. Por la mañana, le pregunté al botones dónde había llevado el batín, y me encaminé hacia allí.

—¿Han encontrado algo en los bolsillos? —pregunté, sintiéndome avergonzado de mi propia credulidad.

Llamaron a una de las lavanderas, una muchacha mejicana que me miró con unos ojos grandes y tranquilos, que me recordaron los de Kultura.

—En los bolsillos no había nada, señor —dijo—. Bueno, sí... Había un trozo de papel de música. Pero no era más que un pedacito de papel, y lo tiré a la basura. Anoche, Pedro lo quemó.

Equipo de exploración

Murray Leinster

I

La luna mas cercana se hallaba sobre las cabezas. Era de forma rasgada e irregular, probablemente un asteroide capturado. Huyghens la había visto con frecuencia, así que no salió de sus habitaciones para verla surcar el cielo con la velocidad aparente de un avión atmosférico ocultando las estrellas a su paso. En vez de eso, se quedó sudando sobre sus papeles de trabajo, lo que era bastante extraño toda vez que era un delincuente y todas sus obras en Loren Dos constituían felonías. Era raro también para un hombre hacer trabajitos en papel en una habitación con contraventanas de acero y una enorme águila calva —libre y sin ataduras— dormitando en una percha de casi ocho centímetros clavada en la pared. Pero aquella no era la verdadera tarea de Huyghens. Su único ayudante, se había enredado con un caminante nocturno y los furtivos navíos de la Compañía Kodius se lo habían llevado alía al lugar de donde provenían tales navíos de la Compañía Kodius. En su soledad, pues, Huyghens tenía que hacer el trabajo de dos hombres. Que él supiera, era el único ser humano en aquel sistema solar. Bajo él se produjeron husmeos. Sitka Pete se levantó pesadamente y caminó acolchadamente hasta su bebedero. Lamió el agua refrigerada y rezongó. Sourdough Charley se despertó y se quejó con un gruñido. Se produjeron otros diversos murmullos y susurros debajo. Huyghens gritó tranquilizador:

—¡Tranquilizaos!

Y siguió con su trabajo. Terminaba un informe del clima y suministraba cifras a su calculador. Mientras la máquina zumbaba dirigiéndolas, pasó los totales del Inventario al registro de la estación, mostrando los suministros que quedaban. Luego empezó a escribir en el registro:

«Sitka Pete en apariencia ha resuelto el problema de matar esfexas individuales. Ha aprendido que no debe abrazarlas y que sus zarpas no pueden penetrar en el cuero de ellas, por lo menos no hasta el fondo. Hoy Semper nos notificó que un grupo denso de esfexas había encontrado la pista o rastro olfativo de la estación». «Sitka se escondió a sotavento hasta que llegaron. Luego cargó contra ellas desde retaguardia y llevando sus patas a la vez por ambos lados de la cabeza de una esfexa, le propinó un terrible par de bofetones. Debió ser como si dos obuses llegaran desde direcciones opuestas al mismo tiempo. Tuvo que cascar los sesos de la esfexa como si cascara

huevos. El bicho cayó muerto. Mató a dos mas con un poderoso par de mamporros. Sourdough Charley y miraba, gruñendo, y cuando las esfexas se volvieron contra Sitka, atacó a su vez. Yo, claro, no podía disparar estando él tan cerca, así que lo habría pasado muy mal de no haber salido corriendo Faro Nell del redil de los osos para ayudarle. La diversión del ataque permitió a Sitka Pete reasumir su nueva técnica, sosteniéndose sobre sus cuartos traseros y golpeando con sus zarpas en el novísimo estilo imitación al abrazo del oso. La pelea no tardó en acabar. Semper voló y gritó por encima de los despojos, pero como de costumbre no intervino en la pugna. Nota. Nugget, el cachorro, quiso tomar parte, pero su madre lo quitó de en medio de un zarpazo. Sourdough y Sitka le ignoraron como de ordinario. ¡Kodius Champion tiene genes sanos!».

Fueron continuando los ruidos nocturnos. Hablan notas como tonos de órgano —emitidos por lagartijas—. Había allí los gritos lúgubres y de risas entrecortadas de los noctívagos. Se oían sonidos como de martillazos y de puertas al cerrarse y de todas partes llegaban hipidos en distintas claves sonoras. Los producían las improbables pequeñas criaturas que en Loren Dos ocupaban el lugar de los insectos.

Huyghens escribió:

«Sitka parecía excitado cuando acabó la pelea. Utilizó su triquiñuela en la cabeza de cada esfexa muerta o herida, excepto en las que él ya había matado, golpeándoles en la testa con sus mazazos impresionantes como si quisiera mostrarlo a Sourdough con gruñidos, mientras llevaban los cadáveres al incinerador. Casi parecía...».

La campana de llegada sonó y Huyghens alzó la cabeza para mirarla. Semper, el águila, abrió sus fríos ojos. Parpadeó.

Ruidos. Hubo un largo y profundo rezongar desde abajo. Algo chirrió en la jungla exterior. Hipidos, martilleos y notas de órgano...

La campana volvió a sonar. Era aviso de que algún imprevisto navío errante por alguna parte había captado el rayo del faro —que sólo los navíos de la Compañía Kodius deberían conocer— y estaba comunicándose para aterrizar. ¡Pero en aquel sistema solar no deberían haber por entonces navíos de ninguna clase! La colonia de la Compañía Kodius era completamente ilegal y habían pocos delitos más graves que la ocupación sin permiso de un nuevo planeta.

La campana sonó por tercera vez. Huyghens soltó un juramento. Alargó la mano para cortar el rayo guía, pero se contuvo. Eso sería inútil. El radar habría fijado y ligado el navío con los rasgos físicos característicos como el cercano mar y el Sere Plateau. De todas maneras el navío hallaría el lugar y descendería al hacerse de día.

—¡Diablo! —dijo Huyghens. Pero esperó sin embargo que la campana sonara. Un navío de la Compañía Kodius llamaría dos veces para tranquilizarle, pero hasta dentro de varios meses no debería llegar ninguna nave de la Compañía Kodius.

La campana llamó una sola vez. El dial del espacio-fono destelló y una voz salió de él, débil como la distorsión de los parásitos estratosféricos:

«Llamando a tierra. Llamando a tierra. Navío; «Odiseo», de la Crete Line,

llamando a tierra en Loren Dos. Aterrizará por lancha, un solo pasajero. Enciendan sus luces de aterrizaje».

Huyghens se quedó boquiabierto. Un navío de la Compañía Kodiak sería bien recibido, pero un navío de la Inspección Colonial sería en extremo mal acogido, porque destruiría la colonia y a Sitka, y a Sourdough, y a Faro Nell y Nugget —y a Semper— y se llevarla a Huyghens para ser juzgado por colonización ilegal y todo cuanto ello implicaba.

Pero un navío comercial, desembarcando en lancha a un pasajero... No habían simples circunstancias bajo las que esto pudiera suceder. No en una colonia desconocida e ilegal. ¡No en una estación furtiva!

Huyghens encendió las luces del campo de aterrizaje. Vio a casi un kilómetro el resplandor sobre el terreno. Entonces se levantó y preparóse para adoptar las medidas necesarias requeridas por el descubrimiento. Envolvió el trabajo de papeleo que había estado haciendo y lo guardó en la caja fuerte. También metió allí todos los documentos personales. Cada archivo, cada prueba de que la Compañía Kodiak mantenía aquella estación, quedó dentro de la caja que cerró rápidamente. Pasó el dedo por el botón del dispositivo de cierre de seguridad que destruiría el contenido de caja, fundiendo incluso sus cenizas hasta hacerlas inservibles para su empleo como prueba ante un tribunal.

Dudó. Si fuera un navío de la Inspección, había de oprimir el botón y resignarse a pasar en la cárcel una larga temporada. Pero una nave de la Crete Line —sí el espacio-fono había dicho la verdad— no era amenazadora. Era simplemente increíble.

Sacudió la cabeza, se puso el atuendo de viaje, se armó y bajó al cubil de los osos, apagando las luces al bajar. Se produjeron murmullos de asombro y Sitka Pete se sentó sobre los cuartos traseros y le miró parpadeando. Sourdough Charley yacía sobre la espalda con las patas al aire. Encontraba así que se dormía más fresco. Giró sobre sí mismo con ruido sordo y lanzó un resoplido que en cierto modo parecía cordial. Faro Nell golpeó la puerta con sus acolchadas patas en su apartamento individual que se le había asignado, para que Nugget no se metiera entre las patas e irritara a los grandes machos.

Huyghens, como el único ser humano de Loren Dos, tenía ante sí las fuerzas de trabajo, las de combate y —con Nugget— las cuatro quintas partes de la población terrestre no humana del planeta. Se trataba de Osos Kodiak mutantes, que descendían de aquel Kodiak Champion de quien tomó el nombre la Compañía Kodiak. Sitka Pete formaba una masa leñosa e inteligente de casi una tonelada de peso de animal carnívoro; Sourdough Charley pesaría doce kilos menos que su hermano. Faro Nell era ochocientos kilos de encanto hembruno y de ferocidad. Entonces, Nugget asomó el hocico por entre la pelambreira de su madre para ver lo que pasa. Su ursina infancia contaba con un peso de doscientos setenta kilitos. Los animales miraban a Huyghens expectantes. Si hubiera llevado a Semper cabalgando sobre su hombro, habrían

sabido lo que se esperaba de ellos.

—Vamos —dijo Huyghens—. Está oscuro fuera, pero alguien viene. ¡Y puede ser malo!

Descorrió los cerrojos de la puerta exterior del cubil de los osos. Sitka Pete salió arrollador por la abertura. Una carga directa era el mejor modo de desarrollar cualquier situación... sí el que la hacía era un macho descomunal de la raza de osos Kodiak. Sourdough marchó trepidante tras él. Sitka se levantó sobre sus cuartos traseros —así tenía una altura de casi cuatro sólidos metros— y olisqueó el aire. Sourdough marchó pesada y metódicamente hacía un lado y después hacía el otro, olfateando a su vez. Nell salió, con sus ocho décimas de tonelada llenas de malicia y runroneó admonitiva a Nugget, que la seguía de cerca. Huyghens permaneció en el umbral, su arma de visor nocturno preparada. Se sentía incómodo al mandar por delante a los osos en la jungla de Loren Dos de noche, pero estaban calificados para presentir el peligro y él no.

La iluminación de la jungla en un amplio sendero hacía el campo de aterrizaje hacía que las cosas tomaran un aspecto fantasmal. Había allí arqueados helechos gigantes y árboles columnarios que crecían por encima de ellos y la extraordinaria maleza lanceolada de la selva. Las lámparas colocadas a ras del suelo, lo iluminaban todo desde abajo. El follaje, quedaba brillantemente alumbrado como para ocultar el resplandor de las estrellas.

—¡Adelante! —ordenó Huyghens agitando el brazo—. ¡Hale!

Cerró la puerta del cubil de los osos y avanzó hacia el campo de aterrizaje por el sendero de la Iluminada selva. Los dos gigantescos machos Kodiak iban en vanguardia. Sitka Pete se dejó caer a cuatro patas y echó a andar. Sourdough Charley seguía cerca, oscilando de parte a parte. Huyghens iba detrás de los dos y Faro Nell cerraba la marcha con Nugget pisándole los talones.

Era una excelente formación militar para avanzar por entre la peligrosa jungla. Sourdough y Sitka eran avanzada y vigilancia de flancos, respectivamente, mientras que Faro Nell cubría la retaguardia y teniendo a Nugget para cuidar contra cualquier ataque desde atrás. Huyghens era, claro, la fuerza de combate. Su arma disparaba proyectiles explosivos que desanimarían hasta a las esfexas y su visor nocturno —un cono de luz que se encendía cuando tocaba el gatillo— le decía con exactitud dónde harían impacto sus balas. No era un arma deportiva. Pero las criaturas de Loren Dos no eran enemigos deportistas. Los noctívagos, por ejemplo, nada tenían de nobles. Pero los noctívagos temían a la luz. Atacaban tan sólo en una especie de histeria cuando la luz era demasiado viva.

Huyghens avanzó hacia el resplandor del campo de aterrizaje. Su estado mental era salvaje. La compañía Kodius, el Loren Dos, era completamente ilegal. Ocurría que, desde cierto punto de vista, constituía una necesidad, siendo ilegal. La débil voz del espacio-fono no convencía en lo tocante a ignorar aquella ilegalidad. Pero si un navío aterrizaba, Huyghens podría volver a la estación antes de que los hombres le

siguieran y pondría en funcionamiento el dispositivo de seguridad de la caja fuerte para proteger a quienes le enviaron a aquel planeta.

Entonces oyó el lejano y áspero rugir de un cohete de los que impulsan las lanchas de aterrizaje —no los bramantes tubos de un navío— mientras caminaba por entre la maleza de apariencia irreal. El rugido se hizo más fuerte a medida que avanzaba, los tres grandes Kodiaks daban zarpazos aquí y allá, olisqueando el peligro.

Llegó al borde del campo del aterrizaje y lo vio cegadoramente brillante, con los rayos divergentes de ordenanza apuntando hacía el cielo para que un navío pudiera comprobar a la vista su instrumental de toma de tierra. Los campos de aterrizaje como aquél habían sido antaño «estándar». Ahora todos los planetas desarrollados poseían radio-rejillas monstruosas estructuras que extraían energía de las ionosferas y alzaban y bajaban navíos estelares con notable suavidad y fuerza ilimitada.

Aquella clase de campo de aterrizaje se encontraría ahora en donde un equipo de inspección estuviera trabajando, o donde alguna Investigación estrictamente temporal de ecología o bacteriología estuviese en marcha, o donde una colonia recién autorizada no hubiera todavía sido capaz de construir su radio-rejilla de aterrizaje. Claro, impredecible que nadie intentase una colonización desafiando la ley.

Ya, mientras Huyghens llegaba al borde del espacio abierto, las criaturas nocturnas habían corrido hasta la luz, como las mariposas y palomitas de la tierra. El aire se veía turbado por locos torbellinos, por diminutas cositas volantes. Eran innumerables y de todas las formas posibles y de todos los tamaños, desde blancos moscones nocturnos y gusanos de muchas alas a aquellas sinuosas y mayores criaturas de apariencia desnuda que podían haber pasado por monos pelados si no hubiesen sido carnívoros y cosas peores.

Las cosas volantes se agrupaban, chirriaban y bailaban y giraban locamente al resplandor, haciendo y emitiendo sonidos particularmente plañideros. Casi formaban una pantalla por encima del espacio descubierto y ya ocultaban las estrellas. Mirando hacia arriba, Huyghens apenas pudo descubrir la llamarada blanco-azulada de los cohetes de la lancha espacial a través de una bruma de alas y cuerpos.

La llama de los cohetes creció poco a poco de tamaño. Una vez osciló para ajustar el rumbo descendiente de la lancha y volvió a la normalidad. Al principio era una mancha incandescente, creciendo hasta que fue como una estrella grande, luego algo más brillante que la luna y después un ojo implacable que despedía fulgor. Huyghens apartó la mirada. Sitka Pete se sentó desmadejadamente y parpadeó mirando hacia la oscura jungla lejos de la luz. Sourdough ignoró el profundo y creciente rugido de los cohetes. Olfateaba el aire. Faro Nell mantuvo a Nugget firmemente bajo una enorme pata y le lamió la cabeza como si le afease que le vieran los recién llegados. Nugget se retorció.

El rugir llegó a ser como de diez mil truenos. Una cálida brisa sopló hacia los bordes del campo de aterrizaje. La lancha a cohetes descendió y cuando sus

llamaradas tocaron la niebla de cosas volantes, éstas ardieron con vivas y fugaces chispas. Luego, por todas partes se alzaron nubes de polvo calcinado y el centro del terreno ardió de manera impresionante. Y algo se deslizó hacia abajo en medio de un tronco de fuego, ahogó las llamas y se puso encima de ellas... y todo se apagó. La lancha cohete estaba allí, descansando sobre su cola y apuntando a las estrellas de las que había venido.

Tras el tumulto sucedió un terrible silencio. Luego, muy débilmente, los ruidos de la noche regresaron. Eran sonidos como de tubos graves de órgano y otros hipidos más suaves y como temerosos. Todo esto aumentó y de pronto Huyghens oyó completamente normal. Mientras vigilaba una portezuela lateral que se abrió con un chasquido metálico, algo se desplegó de su encastre en el casco de la lancha y apareció una escalerilla metálica que surcó el espacio recalentado, en donde la nave estaba posada.

Un hombre cruzó la portezuela. Se volvió y estrechó la mano de alguien. Luego bajó los peldaños metálicos de la pasarela y caminó por la Zona recocida y humeante, portando un saco de viaje. Al final del camino, una vez cruzada rápidamente la zona aún caliente, se detuvo, volvióse a la lancha y se despidió de ella con un ademán. La pasarela se plegó dentro del casco, desapareciendo y casi en seguida bajo las aletas de la cola estalló una llamarada. Se produjeron nuevas nubes de monstruoso y sofocante polvo, una brillantez solar y un ruido más allá de lo soportable. Después, la luz se alzó rauda por encima de la nube de polvo, subió y subió cada vez con mayor rapidez. Cuando los oídos de Huyghens le permitieron volver a percibir sonidos, sólo se escuchaba un zumbar en el cielo y sólo se vela una manchita luminosa ascendente que iba al encuentro del gran navío del que se había separado momentáneamente.

Los ruidos nocturnos de la jungla se reanudaron, aun cuando hubiera un lugar de incandescencia en el claro y el vapor subiera en nubes desde los bordes de la zona más caliente. Más allá de aquéllos, un hombre con su saco de viaje estaba mirando a su alrededor.

Huyghens avanzó hacia él cuando la Incandescencia disminuyó. Sourdough y Sitka le precedieron. Faro Nell le seguía fiel, vigilando maternalmente a su cachorro. El hombre del claro contempló la forma. Tenía que ser sorprendente, aun estando advertido, desembarcar de noche en un planeta extraño, ver como partía el bote de desembarco y con él todos los lazos que le ligaban al mundo y al cosmos, y luego encontrarse con que se le acercaban dos colosales machos de oso Kodiak, con un tercer ejemplar y su cachorro detrás, hacia que la presencia de un ser humano entre ellos, no dejaba también de ser algo más que insólito.

El recién llegado miraba inexpresivo. Retrocedió unos cuantos pasos. Entonces llamó Huyghens:

—¡Hola, usted! ¡No se preocupe por los osos! ¡Son amigos!

Sitka llegó hasta el forastero. Se colocó junto a él y le olfateó. El olor parecía satisfactorio. Olor a hombre. Sitka se sentó con el sólido impacto de más de una

tonelada de carne de oso, y miró al hombre. Sourdough dijo:

—«¡Fuuunsss!».

Y olisqueé el aire más allá del claro. Huyghens se aproximó. El recién llegado vestía uniforme de la Inspección Colonial. Eso era malo. Llevaba las insignias de primer inspector. Peor.

—¡Hola! —dijo el forastero—. ¿Dónde están los robots? ¿Qué mil diablos son estas criaturas? ¿Por qué trasladó su estación? Me llamo Bordman y he venido a hacer un informe del desarrollo de su colonia.

Huyghens contestó:

—¿Qué colonia?

—La Instalación Robot de Loren Dos... —luego Bordman dijo indignado—: ¡No me diga que el patrón del navío se ha equivocado y me ha dejado en un lugar erróneo! Esto es Loren Dos, ¿verdad? Y eso el campo de aterrizaje. ¿Pero dónde están sus robots? ¡Ya debiera haber comenzado a edificar una radio-rejilla! ¿Qué diablos pasa aquí y qué son esas bestias?

Huyghens hizo una mueca.

—Esto es una colonia ilegal, un puesto establecido sin permiso —contestó—. Yo soy un criminal. Estos animales son mis aliados. Si no quiere asociarse con criminales, no lo haga, claro, pero dudo que viva hasta mañana a menos que acepte mi hospitalidad mientras pienso lo que debo hacer con respecto a su aterrizaje. Debiera pegarle un tiro.

Faro Nell se paró detrás de Huyghens, su puesto señalado en todo movimiento de despliegue al exterior. Nugget, sin embargo, vio a un nuevo ser humano. Nugget era un cachorro y por tanto un bicho sociable. Avanzó. Se retorcía jugueteando al acercarse a Bordman. Rezonó, porque se sentía embarazado.

Su madre lo alcanzó y de un mamporro lo echó a un lado. El animal gimió. El gemido de un cachorro de oso Kodiak con un peso de doscientos setenta y cinco kilos es un sonido notable. Bordman retrocedió un paso.

—Creo —dijo cauteloso—, que será mejor que hablemos de esto con calma. Pero si me hallo en una colonia ilegal, claro, usted queda arrestado y cualquier cosa que diga podrá ser utilizada contra usted.

Huyghens volvió a hacer una mueca áspera.

—Bien —contestó—. Pero ahora, si camina junto a mí, volveremos a la estación. Haría que Sourdough llevara su saco —le gusta portar cosas— pero puede tener necesidad de sus dientes. Hemos de caminar casi un kilómetro —se volvió a los animales—. ¡Vámonos! —dijo autoritario—: ¡Volvemos a casa! ¡Hale!

Gruñendo, Sitka Pete se levantó y reintegróse a su puesto en el equipo de combate. Sourdough le seguía, oscilando ampliamente a un lado y a otro. Huyghens y Bordman marcharon juntos. Faro Nell y Nugget cubrieron la retaguardia.

Hubo un solo incidente durante el camino de regreso. Fue un noctívago, puesto en estado de histeria por el sendero de luz. Salió de entre la maleza, emitiendo gritos

parecidos a las carcajadas de un maniaco.

Sourdough lo derribó a más de diez metros de Huyghens.

Cuando todo hubo terminado, Nugget se acercó serpenteando a la criatura muerta, mascullando gruñidos y fingiendo atacar el cuerpo.

Su madre, de un par de zarpazos, llamó al orden al cachorro.

II

De debajo salían confortables murmullos y ruiditos de bestias al aposentarse, producidos por los osos, que por último guardaron silencio y permanecieron quietos. La luz del campo de aterrizaje se había apagado. El retazo iluminado del camino que cruzaba la selva volvía a estar oscuro. Huyghens hizo pasar al hombre recién descendido de la lancha del navío de línea a sus habitaciones. Algo se agitó y Semper sacó la cabeza de debajo del ala. Miró con frialdad a los dos seres humanos, extendió las alas monstruosas de más de dos metros de largo y las agitó. Abrió el pico y lo volvió a cerrar con un chasquido.

—Es Semper —dijo Huyghens—. Semper Tyrannis. Con él se completa la población terrestre de este planeta. Al no ser un ave nocturna se tuvo que quedar en casa y no acudir a darle la bienvenida.

Bordman miró parpadeando al enorme pajarraco posado en una percha de más de siete centímetros de grueso y clavada en la pared.

—¿Un águila? —preguntó—. Osos Kodiak... ¿y ahora un águila?

—Tiene una buena unidad de combate con los osos.

—También son animales de carga —aclaró Huyghens— mutantes, pero osos al fin... Son capaces de soportar más de cien kilos sin que disminuya su eficiencia en el combate. Y no hay problemas de suministros. Viven de la jungla. No de las esfexas, sin el embargo. Nadie se comería a una esfexa.

Sacó vasos y una botella y señaló hacia una silla. Bordman dejó en el suelo su saco de viaje, tomó un vaso y sentó.

—Tengo cierta curiosidad —observó—. ¿Por qué Semper Tyrannis? Entiendo que tenga Sitka Pete y Sourdough Charley como luchadores. ¿Pero por qué Semper?

—Lo criaron para la cetrería —dijo Huyghens—. Se puede lanzar a un perro tras la pista de algo. Lo mismo se puede hacer con Semper Tyrannis. Es demasiado grande para llevarlo posado en un guante de cetrería, por eso las hombreras de mis chaquetas van muy acolchadas. El águila va allí posada. Se trata de un explorador volante. Lo tengo adiestrado para que nos avise de la proximidad de esfexas y en vuelo porta una cámara de televisión en miniatura. Es útil, pero no tiene la inteligencia de los osos.

Bordman se arrellanó y bebió de su vaso.

—¡Interesante, muy interesante!... ¿No dijo usted algo acerca de pegarme un tiro?

—Estoy pensando en hallar una solución —contestó Huyghens—. Sí sumamos todas las condenas que se sentencian por la colonización ilegal, me parece que me tocaría estarme mucho tiempo a la sombra; siempre y cuando usted saliera de aquí y denunciara la existencia de esta instalación. Pegarle un tiro sería cosa lógica.

—Comprendo —dijo Bordman razonablemente—. Pero ya que hemos hablado de

esto... debo decirle que tengo un calcinador apuntándole desde mi bolsillo.

Huyghens se encogió de hombros.

—Es muy probable que mis asociados humanos vuelvan aquí antes de que vengan sus amigos. Usted se verá en un grave aprieto si mis compañeros vienen y le encuentran poco más o menos sentado sobre mi cadáver.

Bordman asintió.

—Eso también es verdad. Lo mismo que es igualmente probable que sus compinches terrestres no quisieran cooperar conmigo como lo harán con usted. Parece ser que tiene la sartén por el mango, aunque mi calcinador le esté apuntando. Por otra parte, usted pudo matarme con la mayor facilidad después de zarpar la lancha, cuando aterrice. Entonces yo no recelaba nada. Por tanto, puede que usted no tenga verdadera intención de matarme.

Huyghens volvió a encogerse de hombros.

—Así pues, ya que el secreto de llevarse bien con la gente está en posponer las disputas —continuó Bordman—, ¿Por qué no aplazamos la solución al problema de quién mata a quién? Con franqueza, si puedo le mandaré a prisión. La colonización ilegal es un mal asunto. Pero supongo que usted siente que le es necesario hacer algo permanente con respecto a mí. Yo en su lugar probablemente lo haría también. ¿Establecemos una tregua?

La expresión de Huyghens denotaba indiferencia.

Entonces la estableceré yo por mi parte —dijo Bordman—. ¡No tengo más remedio! Así que...

Sacó la mano y depositó sobre la mesa un calcinador de bolsillo. Se arrellanó en la silla.

—Guárdelo —le indicó Huyghens—. En Loren Dos no se vive mucho tiempo yendo desarmado —se volvió a la alacena—. ¿Hambriento?

—No me vendría mal comer —admitió Bordman.

Huyghens sacó dos raciones de carne precondimentada y los insertó en el preparador colocado debajo de la alacena. Sacó platos.

—Y ahora, ¿qué pasó con la colonia oficial, permitida, autorizada que debía haber aquí? —preguntó Bordman con viveza—. La licencia se expidió hace dieciocho meses. Hubo un desembarco de colonos con una flota remolcada portando equipo y suministros. Desde entonces han habido cuatro contactos con navíos. Tendría que haber varios miles de robots trabajando industrialmente bajo supervisión humana. Deberían haber más de doscientos kilómetros cuadrados deslindados de jungla y con cultivo de plantas alimenticias para cuando llegaran más colonos humanos. Tendrían que haber, por lo menos casi terminado, una radio-rejilla de aterrizaje. Evidentemente también tendría que haber un radio-faro especial para guiar a los navíos durante el aterrizaje. No lo hay. No hay claro visible desde el espacio. El navío de la Crete Line estuvo en órbita tres días, tratando de hallar un lugar donde dejarme caer. Su patrón estaba que echaba humo. El rayo de usted es el único del planeta y lo encontramos

por casualidad. ¿Qué ha pasado?

Huyghens sirvió la carne. Dijo secamente:

En este planeta podrían haber cien colonias sin que una supiera de la otra. Me imagino algo de lo que pudo pasar a sus robots y mis sospechas son que debieron topar con las esfexas.

Bordman se detuvo, con el tenedor en la mano.

—He leído cosas sobre este mundo, puesto que tenía que presentar un informe acerca de su Colonia. Una esfexa es parte de la vida animal enemiga del planeta. Un carnívoro belicoso de sangre fría, no es un saurio sino que tiene género y especie propios. Caza en manadas. Pesa de trescientos a trescientos cincuenta kilos, cuando es adulto. Letalmente peligroso y simplemente demasiado numeroso para combatirlo. Por su culpa no se concedió nunca licencia para el establecimiento de colonias humanas. Sólo los robots podrían trabajar aquí, porque son máquinas. ¿Qué animal ataca a las máquinas?

Huyghens dijo:

—¿Y qué máquina ataca a los animales? Las esfexas no molestarían nunca a los robots, claro, ¿pero los robots molestarían a las esfexas?

Bordman masticó y tragó su bocado.

—¡Cierto! Estoy de acuerdo en que no se puede fabricar un robot cazador. La máquina es capaz de discriminar, no de decidir. Por eso es porque no hay peligro de que se produzca una sublevación de robots. No les es posible decidir algo sobre lo que no han recibido instrucciones. Pero esta colonia estaba planeada con pleno conocimiento de lo que los robots pueden no hacer. Cuando se limpió de maleza el terreno elegido se le cercó con una valla electrificada que ninguna esfexa podía tocar sin electrocutarse.

Huyghens, pensativo, cortó en pedacitos su carne. Al cabo de un momento, dijo:

—El aterrizaje tuvo lugar en invierno. Hubo de serlo porque la colonia sobrevivió una temporada. Y, según deduzco, el último desembarco se produjo antes del deshielo. Sepa que aquí los años duran dieciocho meses.

—Sí, se desembarcó en Invierno —admitió Bordman—. Y el último aterrizaje se efectuó antes de la primavera. El plan era de explotar las minas para extraer materiales y tener el terreno cercado con una valla a prueba de esfexas antes de que esos bichos volvieran de los trópicos. Tengo entendido que invernan allí.

—¿Ha visto usted alguna vez una esfexa? —preguntó Huyghens. Luego dijo—: No, claro que no. Pero si toma usted una cobra venenosa y la cruza con un gato salvaje, pinta lo que resulte de pardo y azul y luego le contagia hidrofobia y manía homicida a la vez, puede que logre obtener una esfexa. Pero no la raza de esfexas. A propósito, esos bichos infernales pueden trepar a los árboles. Una cerca no les detendría.

—Una cerca electrificada, sí —repuso Bordman—. ¡Nada ni nadie podría rebasarla!

—Un animal no —dijo Huyghens—. Pero las esfexas son una raza. El borde de una esfexa muerta trae a las demás a la carrera con los ojos sanguinolentos. Deje a una esfexa muerta sólo durante seis horas y las tendrá luego a docenas en torno a ella. Dos días y habrá centenares. Más tiempo y tendrá miles de ellas. Van a lloriquear sobre su camarada muerto y a cazar a quien, o lo que lo mató.

Volvió a su comida. Un momento más tarde dijo:

—No es necesario preguntarse lo que pasó a su colonia. Durante el Invierno los robots quemaron y limpiaron una zona de terreno y pusieron una cerca eléctrica según el libro. Vino la primavera y las esfexas volvieron. Entre otras locuras esos bichos son curiosos. Una esfexa trataría de trepar por la cerca sólo para ver lo que había tras ella. Moriría electrocutada. Su cadáver traerla a otras, furiosas porque la esfexa había muerto. Algunas Intentarían trepar por la cerca y morirían. Y sus cadáveres traerían otros. Al poco la cerca se derrumbaría por los cuerpos que colgaban de ella, o un puente de cadáveres de bestias muertas quedaría construido a través de ella... y mientras el viento transportase el olor, las esfexas vendrían, furiosas, corriendo al lugar. Entrarían en el claro y través o por encima de la cerca, destrozando y buscando a alguien que matar y me parece que lo encontraron.

Bordman dejó de comer. Sentía náuseas.

—Habían imágenes y fotografías de esfexas en los datos que leí. Supongo que eso será el resultado... de todo.

—Trató de alzar su tenedor. Lo volvió a dejar.

Huyghens no hizo el menor comentario. Acabó su plato, ceñudo. Se levantó y colocó los cacharros sucios en la parte superior del fregadero automático.

—Déjeme ver esos Informes, ¿eh? —preguntó sombrío—. Quisiera darme cuenta de qué clase de puesto tenían ellos... los robots.

—Bordman dudaba y luego abrió su saco de viaje. Había un micro visor y carretes de películas. Un Carrete entero estaba etiquetado: «Inspección Colonial, Especificaciones para la Construcción», y contenía detalles y planes de todo lo necesario en cuanto material y mano de obra para conseguirlo todo, desde escritorios, oficinas, personal administrativo, radio-rejillas, planetas de gravedad pesada, capacidad de elevación de cien mil toneladas terrestres. Pero Huyghens encontró otro carrete. Lo colocó y manipuló el control rápidamente mirando aquí y allá, deteniéndose sólo con brevedad en las viñetas Índice hasta que llegó a la sección que quería. Comenzó a estudiar la información con creciente impaciencia.

—¡Robots, Robots, Robots! —espetó—. ¿Por qué no les dejan donde pertenecen... en las ciudades para que hagan el trabajo sucio y en los planetas sin aire donde nunca se espera que ocurra nada? Los robots no son propios de las colonias. ¡Sus colonias dependieron de ellos para su defensa! ¡Maldito sea, deje que un hombre trabaje con robots mucho tiempo y creará que toda la naturaleza está limitada como esas maquinas lo son! ¡Éste es un plan para instalar una colonia protegida... en Loren Dos! ¡Colonia protegida... —masculló un juramento—, idiotas, estúpidos,

chupatintas inútiles!

—Los robots son buena cosa —dijo Bordman—. No podríamos seguir adelante con la civilización sin ellos.

—Pero con ellos tampoco se puede domar una tierra salvaje —espetó Huyghens—. Usted tenía una docena de hombres desembarcados, con cincuenta robots para comenzar. Habían partes para montar otros quinientos más y apuesto cualquier cosa a que durante los contactos con los navíos se desembarcaron aun más máquinas de éstas.

—Es verdad —admitió Bordman.

—Los desprecio —gruñó Huyghens—. Siento por ellos lo mismo que los viejos griegos sentían por los esclavos. Son para el trabajo menudo... la clase de trabajo que un hombre realizaría por si mismo, pero que no querría hacer cobrando de otro Individuo. ¡Trabajo degradante!

—¡Muy aristocrático! —dijo Bordman con un punto de ironía—. Me parece que los robots podrían limpiar los cubiles de los osos ahí abajo.

¡No! —saltó Huyghens—. Lo hago yo. Los osos son mis amigos. Luchan por mí. ¡Ningún robot haría ese trabajo tan bien como ellos!

Volvió a gruñir. Los ruidos de la noche siguieron en el exterior. Tonos de órganos e hipidos y el sonido de martillazos y de puertas que se cerraban de golpe. En alguna parte hubo una réplica singularmente exacta de los discordantes chirridos de una bomba aspirante enmohecida.

—Estoy buscando el registro de las operaciones mineras —dijo Huyghens, contemplando las escenas del micro visor.

—No puedo comer —dijo con brusquedad.

—Una operación de pozo abierto no significaría nada. Pero si han construido un túnel y alguien estaba supervisando los robots cuando la colonia fue barrida, hay una ligera oportunidad de que haya sobrevivido durante una temporada.

Bordman le miró con los ojos llenos de súbito interés.

—Y...

—¡Maldición, si es así iré a verlo! —contestó Bordman—. El o ellos no habrán tenido otra oportunidad en absoluto. No es que el quedarse dentro de un túnel sea bueno en ningún caso.

Bordman alzó las cejas.

—Le he dicho que le enviaría a prisión si puedo —anunció—. Usted ha arriesgado las vidas de millones de personas, manteniendo una comunicación sin cuarentena alguna con un planeta sin permiso. Si usted rescata a alguien de las ruinas de la colonia robot... ¿No se le ocurre que habrán testigos de su presencia inautorizada?

Huyghens volvió a poner en marcha el visor. Se detuvo, lo hizo retroceder y marchar hacia delante y era lo que quería. Murmuró con satisfacción:

—¡Construiré un túnel! —en voz alta dijo—. Ya me preocuparé de los

testimonios cuando sea preciso.

Apartó otra de las puertas de la alacena. Dentro estaban los chismes raros y singulares que un hombre utiliza para reparar las cosas de su hogar y que nunca le importan hasta que decide echar mano de ellos. Había una serie de cables, transistores, transformadores y mercancías similares.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bordman.

—Voy a tratar de descubrir si hay alguien vivo allá. Lo hubiese inspeccionado antes si hubiera sabido que existía la colonia. No puedo probar que estén todos muertos, pero si que haya alguno vivo. ¡Está apenas dos semanas de viaje de aquí! ¡Es raro que dos colonias eligiesen lugares tan próximos.

Empezó a reunir los chismes que había seleccionado.

—¡Maldición! —exclamó Bordman—. ¿Cómo puede usted saber si hay alguien vivo a cientos de kilómetros de aquí?

Huyghens manipuló un conmutador y bajó un panel de instrumentos de pared, mostrando aparatos electrónicos y circuitos en su dorso. Se afanó a trabajar en dicho panel.

—¿No ha pensado usted jamás en buscar a un náufrago? —preguntó por encima de su hombro—. Tomemos un planeta con algunas decenas de millones de kilómetros cuadrados y sabemos que ha aterrizado un navío. No se tiene idea de dónde lo ha hecho, pero creemos que los supervivientes tienen energía... ¡Ningún hombre civilizado carecería de energía mucho tiempo si puede fundir metales...! pero construir un radio faro requiere medida de alta precisión y mano de obra. No se puede Improvisar. ¿Así qué, qué haría su náufrago civilizado para guiar a un navío de rescate hasta uno o dos de las millas cuadradas que lo ocupe entre las decenas de millones del planeta?

—¿Qué haría?

—Para empezar, algo primitivo —explicó Huyghens—. Cocina su comida sobre él fuego, etc. Tiene que hacer una primitiva señal estrictamente primaria. Es lo que puede conseguir sin manómetros, micrómetros y herramientas especiales. Pero de ese modo, con la señal primitiva, podría llenar la atmósfera del planeta para que los buscadores no puedan fallar en encontrarla. ¿Comprende?

Bordman se sentía irritado. Sacudió la cabeza.

—Construirá un transmisor de chispa —dijo Huyghens—. Colocaría el chisme sintonizado a la más breve frecuencia que pueda conseguir, en cierto modo de cinco a cincuenta metros de longitud de onda, pero el polo será muy amplio... para que no haya lugar a dudas de que es una señal humana. Comenzará a emitir. Algunas de estas frecuencias darán la vuelta al planeta por debajo de la ionosfera. Cualquier navío que venga bajo su radio de acción recogerá la señal, hará una marcación sobre ella, avanzará un poco y efectuara otra marcación y entonces irá en línea recta adonde el proscrito está plácidamente aguardando con una hamaca improvisada, y sorbiendo quién sabe qué clase de refresco que haya logrado extraer de la vegetación local.

Bordman dijo con un gruñido:

—Ahora que usted lo menciona, claro.

—Mi espacio fono recoge microondas —dijo Huyghens—. Estoy cambiando unos cuantos elementos para hacerle escuchar hasta larga distancia. No será eficiente, pero sí captará cualquier señal de apuro si hay alguna en el aire. De todas maneras, no tengo muchas esperanzas.

Trabajó. Bordman permaneció sentado largo, vigilándole. Abajo, se produjo una especie de sonido rítmico. Era Sourdough Charley, rezongando.

Sitka Pete gruñó en sus sueños. Estaba dormido. En la sala general de la estación, Semper parpadeó rápidamente y luego metió la cabeza bajo un ala gigantesca para echarse a dormir. La luna más próxima —que había pasado por encima no mucho antes de sonar la campana de llegada— volvió a aparecer por el horizonte de levante. Surcó el cielo a gran velocidad.

Dentro de la estación, Bordman dijo furioso:

—¡Mire, Huyghens! Tiene usted motivos para matarme. Aparentemente no lo intenta hacer. Tiene excelentes razones para dejar a la colonia robot estrictamente a solas. Pero se prepara para ayudar si alguien vivo lo necesite. ¡Y es usted un criminal! ¡Un verdadero criminal! De planetas como Loren Dos, se han exportado a otros mundos bacterias verdaderamente horripilantes. Se perdieron en consecuencia abundantes vidas y usted está arriesgando más vidas aún. ¿Por qué diablos lo hace? ¿Por qué hace algo que podría producir resultados monstruosos al resto de los seres humanos?

Huyghens gruñó.

—Usted presume que mis socios no han tomado precauciones sanitarias, no han adoptado una cuarentena. En realidad si lo han hecho. ¡Y vaya que lo han hecho! En cuanto al resto, usted no comprendería.

—No comprendo —saltó Bordman—, ¡pero eso no es prueba que no pueda comprenderlo! ¿Por qué es usted un criminal?

Huyghens utilizaba penosamente un destornillador dentro del panel de la pared. Quitó un conjunto electrónico pequeño y empezó a colocar un nuevo circuito de elementos algo mayores.

—Estoy modificando mi amplificador para que capte todas las ondas que se produzcan de aquí al infierno y vuelta —observó—, pero creo que lo conseguiré... hago lo que hago... porque me parece que es lo que debo hacer. Todo el mundo actúa de acuerdo con la propia y verdadera noción de sí mismo. Uno es un ciudadano consciente, un funcionario leal, una personalidad bien ajustada. Uno actúa de esa manera. Uno se considera animal racional e inteligente. ¡Pero no actúa de esa manera! Me está usted recordando la necesidad que tengo de dispararle o hacer algo similar, lo que un animal verdaderamente racional trataría de hacerme olvidar. Ocurre, Bordman, que soy un hombre. Lo soy. Pero me doy cuenta de ello. Por tanto deliberadamente hago las cosas que un animal meramente racial lo haría, porque ellas

constituyen mi noción de que un hombre que es más que un animal racional tendría que hacer dichas cosas.

Apretó tornillito tras tornillito.

Bordman dijo:

—Oh. Religión.

—Respeto propio —corrigió Huyghens—. No me gustan los robots. Son demasiado como animales racionales. Un robot hará cuanto pueda si su supervisor así lo requiere. Un animal meramente racional para lo que las circunstancias lo requieren, también. No me gustaría tener un robot a menos que tuviese alguna idea de lo que era correcto o no y que me escupiera los ojos si intentase obligarle a hacer alguna otra cosa. Tome los osos de ahí abajo... ¡No son robots! Son bestias leales y honorables, pero me desgarrarían en pedazos si yo intentase hacerles algo que fuese en contra de su naturaleza animal. Faro Nell lucharía contra mí y con toda la creación si intentase hacer daño a Nugget. ¡Eso sería poco inteligente e irrazonable e Irracional! Ella perdería y la matarían. ¡Pero me gusta así! Y lucharé contra usted y toda la creación cuando me obliguen o Intenten obligarme a hacer algo que vaya en contra de mi naturaleza. Será estúpido e irrazonable e Irracional —sonrió por encima del hombro—. Lo mismo haría usted. Sólo que no se da cuenta todavía.

Volvió a su tarea. Al cabo de un momento colocó un control manual sobre un eje de su conjunto recién montado.

—¿Qué es lo que alguien intentó obligarle a hacer —preguntó Bordman con intención—. ¿Qué se le pidió a usted que le convirtió en un criminal? ¿Contra quién se revela usted?

Huyghens dio al conmutador. Empezó a girar el mando que controlaba una serie de circuitos sintonizantes de su receptor artesano.

—¡Oh! —exclamó—, cuando yo era joven la gente en mi entorno trató de hacerme un ciudadano consciente y leal y una personalidad bien ajustada. Trataron de convertirme en un animal racional de alta inteligencia y en nada más. La diferencia entre nosotros, Bordman, es que yo lo descubrí. Naturalmente, yo...

Se interrumpió. Débiles, crujientes, sonidos de fritura salieron del altavoz del teléfono espacial ahora modificado para recibir lo que antaño se llamaron ondas cortas.

Huyghens escuchaba. Inclino la cabeza con atención. Giró el mando muy despacio. Bordman hizo un gesto como para llamar la atención hacia algo del sibilante sonido.

Huyghens asintió. Volvió a ojear el mando, con movimientos infinitesimales.

Del fondo sonoro vino un rítmico musitar. Mientras Huyghens giraba el mando del tono, éste se hizo más alto.

Llegó a un volumen en donde se hizo inconfundible.

Era una secuencia de señales como un zumbido discordante. Habían tres pitidos de medio segundo cada uno, con pausas entre ellos también del mismo espacio de

tiempo. Un silencio de dos segundos. Tres pitidos de un segundo completo de largura con pausas también de medio segundo. Otra pausa de dos segundos y de nuevo tres pitidos de medio segundo con las pausas reglamentarias.

Después silencio durante cinco segundos.

Y vuelta a repetir el sistema.

—¡Diablos! —exclamó Huyghens—. ¡Es una señal humana! Además, hecha mecánicamente. En realidad, parece ser la llamada internacional de Socorro. Se representa por las letras S. O. S., aunque no tengo idea del significado. De cualquier manera, alguien debe haber leído las antiguas novelas de aventuras para así poderse socorrer.

«¡Y si hay alguna persona viva en su autorizada pero destrozada colonia robo!, ésta es la prueba evidente. Además, piden socorro. Yo diría que parecen necesitarlo con suma urgencia.

Miró a Bordman.

—Lo más prudente es sentarse y esperar que venga un navío, suyo o de mis amigos.

—Un navío podría ayudar a los supervivientes náufragos mucho mejor que nosotros. Incluso encontrarles con mayor facilidad.

—Pero quizás para los pobres diablos el tiempo sea algo importantísimo. Por tanto voy a coger los osos y ver si puedo llegar hasta allí. Espéreme en el puesto, si prefiere, ¿qué le parece?

Bordman respondió furioso:

—¡No sea loco! ¡Pues claro que voy! ¿Por qué me ha tomado? ¡Y dos de nosotros tendremos cuatro veces la posibilidad de sobrevivir más que uno solo!

Huyghens sonrió.

—No del todo. Se olvida a Sitka Pete y a Sourdough Charley y a Faro Nell. Seremos cinco si usted viene, en vez de cuatro. Y, claro, Nugget tiene que venir... aunque no sirva de gran cosa, pero Semper hará lo que el cachorro no haga. Usted no tendrá que cuadruplicar nuestras posibilidades, Bordman, pero me alegraré de que venga usted si es lo bastante estúpido e irrazonable y no del todo racional para decidirse a acompañarme.

III

Había allí un espolón de piedra formando un precipicio por encima del valle de un río. A cuatrocientos metros por debajo el ancho arroyo torrencial corría hacia el mar en dirección Oeste.

Veinte o treinta kilómetros a levante, una pared de montañas se alzaba perpendicular contra el firmamento, sus picachos parecían alcanzar alturas inigualables. Todo cuanto divisaba el ojo humano era terreno desgarrado, irregular, accidentado.

Un puntito del cielo comenzó a descender con suma celeridad. Enormes alas batían y batían y ojos glaciales recorrían el rocoso paraje. Con aletazos todavía más vigorosos, Semper, el águila, se posó en el suelo. Plegó las grandes alas y volvió la cabeza briosamente a un lado y otro, sin parpadear. Un pequeño arnés mantenía una cámara miniatura apretada contra su pecho. El animal se colocó en el punto más alto y se quedó allí, formando una solitaria y arrogante figura en medio de la escabrosa vastedad.

Chasquidos, zumbidos y olisqueos y Sitka Pete apareció bamboleándose en el claro. Llevaba también arnés, pero con carga. El arnés era complicado porque la carga tenía que quedar sujeta no sólo cuando el animal caminara normalmente, sino cuando también se sentara o se Incorporara sobre sus cuartos traseros, y tampoco debía estorbarle el uso de sus zarpas durante el combate.

Cansino, el oso recorrió la zona despejada. Atisbó por el lado opuesto y miró hacia abajo. Una vez que se acercó a Semper, el águila abrió el curvado pico y murmuró unos chirridos de indignación. Sitka no le hizo caso.

Se relajó, satisfecho. Se sentó al desgaire, con las patas traseras extendidas. Adoptaba un aire de benevolencia mientras paseaba sus ojuelos por el panorama que le rodeaba.

Más rezongos y olisqueos. Sourdough Charley apareció a la vista con Huyghens y Bordman a sus talones. Sourdough también iba cargado. Un rumor más y Nugget surgió de la retaguardia, impulsado por un zarpazo de su madre. Faro Nell apareció a su vez con el cadáver de un animal parecido al ciervo sujeto a su arnés.

—Elegí este lugar por una foto espacial con el fin de hacer una marcación direccional desde usted. Prepararé el equipo.

Dejó caer su mochila de los hombros al suelo y extrajo un aparato de manifiesta construcción casera. Lo instaló, enchufó una considerable extensión de cable de antena, improvisando una antena direccional, con un amplificador miniatura en su base. Bordman se alivió del peso de su mochila y contempló lo que hacía su compañero. Huyghens se encasquetó unos auriculares. Alzó la vista y dijo con vivacidad:

—Vigile a los osos, Bordman. El viento sopla de donde venimos. SI algo nos

sigue, los osos captarán su olor anticipadamente.

Se atareó manejando los instrumentos. Percibió el ruido de frituras del fondo parásito atmosférico y luego el ruido que sólo podía ser humano, una señal emitida por el hombre. Hizo girar la antena direccional. Zumbidos cortos y largos se percibieron, primero débiles y luego con fuerza. Aquel receptor, sin embargo, había sido construido para aquella determinada longitud de onda. Era mucho más eficiente que el espacio-fono. Recogió tres breves zumbidos, luego otros tres largos y de nuevo tres cortos. Tres puntos, tres rayas, tres puntos. Una y otra vez. S. O. S., S. O. S., S. O. S.

Huyghens efectuó una lectura y trasladó la antena direccional hasta una distancia cuidadosamente medida. Efectuó una segunda lectura, realizó un nuevo traslado y otro, y otro, y otro, tomando lecturas cada vez del cuadro del instrumento. Cuando terminó, comprobó la dirección de la señal no sólo por su potencia, sino también por su fase e hizo una marcación lo más exacta que pudo con los aparatos portátiles.

Sourdough gruñía por lo bajo. Sitka Pete olfateaba el aire y se levantaba. Faro Nell dio un golpetazo a Nugget que lo mandó al rincón mas distante del espacio abierto. La hembra se puso en pie briosamente, mirando colina abajo en la dirección por la que habían venido.

—¡Maldición —exclamó Huyghens.

Hizo un gesto con la mano a Semper, que tenía los ojos fijos en donde los osos gruñían. Semper aleteó y remontó el vuelo saliendo de la zona del espolón e inmediatamente se le vio luchar contra la corriente de aire descendente. Mientras Huyghens preparaba su arma el águila volvió pasando por encima de su cabeza. Volaba majestuosa a treinta metros de altura, planeando y aleteando para sortear las engañosas corrientes de aire. Bruscamente gritó una y otra vez. Huyghens conectó una pantallita de televisión que llevaba en su correa y en un lugar donde podía verla sin dificultad. Vio, claro, lo que la pequeña cámara del pecho de Semper enfocaba... un terreno descendente, irregular, oscilante, como Semper veía, aunque, naturalmente, con menor campo de enfoque. Había allí objetos móviles que marchaban por entre los árboles. Su colorido era inconfundible.

—Esfexas —dijo Huyghens sombrío—. Ocho. No espere que vengan siguiendo exactamente nuestros pasos, Bordman. Corren paralelas a ambos lados de nuestro rastro. Así atacan desplegadas e inmediatamente alcanzan a su objetivo. ¡Y escuche! Los osos pueden dar buena cuenta de los enemigos con quienes se enzarzan... nuestra tarea es matar a los que se desperdigen. ¡Y apunte al cuerpo! Son balas explosivas.

Quitó el seguro de su arma. Faro Nell, emitiendo atronadores gruñidos, fue a colocarse entre Sitka Pete y Sourdough. Sitka la miró y emitió un resoplido como si despreciara los gruñidos bélicos y fanfarrones de la hembra. Sourdough rezongaba. El y Sitka se alejaron de Nell, colocándose en otro lado. Arribos cubrirían un frente más amplio.

No había otro signo de vida que los gritos agudos de las increíblemente diminutas

criaturas, que en aquel planeta eran pájaros y los gruñidos de bajo de Faro Nell y luego el click del seguro del arma de Bordman, cuando éste se preparó para el combate que se avecinaba.

Semper volvió a gritar, aleteando bajo por encima apenas de las copas de los árboles, siguiendo a las formas coloreadas de las esfexas que entre ellos corrían.

Ocho diablos azules y pardos salieron veloces de la maleza. Tenían franjas espinosas, y cuernos y ojos fulgurantes, y parecían salidas directamente del infierno. Nada más aparecieron, saltaron emitiendo entrecortados alaridos como los gritos de combate de los gatos salvajes, sólo que millares de veces amplificadas. El rifle de Huyghens restalló y su detonación quedó borrada por la explosión de la bala dentro de la carne de una esfexa. Un monstruo pardo-azulado cayó gritando. Faro Nell cargó, era la perfecta personificación de una furia al rojo blanco. Bordman disparó y su bala estalló con el tronco de un árbol. Sitka Pete llevó sus garras anteriores en un movimiento masivo como de doble bofetada de rudimentario boxeador. Una esfexa murió.

Entonces Bordman volvió a disparar. Sourdough Charley bufaba. Se lanzó contra un diablo bicolor, rodó por encima de él y le golpeó con las zarpas traseras. La piel del vientre de la esfexa era mas tierna que el resto. La infernal criatura se alejó rodando sobre sí misma, mordiendo sus propias heridas.

Otra esfexa se halló libre del tumulto organizado en torno a Sitka Pete. Giró para saltarle al oso por detrás y Huyghens disparó. Dos bichos más cayeron sobre Faro Nell y Bordman destruyó a uno de ellos mientras que Faro Nell daba cuenta del otro con una furia incontenible. Después Sitka Pete se alzó —parecía gotear esfexas— y Sourdough acercósele, le arrebató una, la mató, la arrojó lejos y volvió a por otra... Entonces ambos rifles detonaron juntos y ya no quedó enemigo contra quien pelear.

Los osos olfatearon uno y otro todos los cadáveres. Sitka Pete alzó una cabeza muerta. ¡Crash!, con sus zarpas la hizo pulpa. Luego repitió con otra la misma operación. De nuevo efectuó la misma operación en el resto, mostraran o no señales de vida. Cuando hubo terminado todas las ocho esfexas estaban completamente inmóviles.

Semper bajó planeando del cielo. Había estado revoloteando y gritando durante la pelea. Ahora se posó en el suelo con precipitación. Huyghens fue de un oso a otro musitando palabras tranquilizadoras, calmándoles con su voz. Costó bastante tranquilizar a Faro Nell, que lamía con apasionada solicitud a Nugget mientras emitía horribles gruñidos.

—Vamos ya —dijo Huyghens cuando Sitka empezó a dar señales de querer volverse a sentar—. Tira esos cadáveres por el acantilado. ¡Vamos!... ¡Sitka! ¡Sourdough! ¡hale!

Guió a los grandes machos cuando recogieron los cuerpos inertes y los arrojaron por el precipicio donde no atrajera a sus semejantes y les pusieran en la pista de los viajeros.

Los cuerpos destrozados cayeron al abismo rebotando en las rocas salientes y quedando en el valle inferior.

—Así sus congéneres se reunirán allá abajo para aullar tristemente y no les será posible encontrar nuestro rastro y tratar de vengar a sus compañeros muertos. Si hubiéramos estado más cerca del río las habría echado al agua para que la corriente los arrastrara y atrajeran a otros diablos como ellos, allá donde quedasen varadas en la orilla. De estar cerca de la estación habría incinerado los cuerpos. Si tuviera que dejarlas en el sitio donde cayeran, tendría la precaución de colocar rastros falsos. Caminar setenta kilómetros a favor del viento sería una buena idea.

Abrió el paquete de la carga que portaba Sourdough y extrajo unos estropajos gigantes y varias latas de antiséptico. Hizo que se tendieran por turno los tres Kodiaks y lavó no sólo los cortes y arañazos que tenían, sino que empapó sus cuerpos allá donde presumía podía haber caído una gota de sangre de esfexa.

—Este antiséptico es también desodorizante —dijo a Bordman—. De otro modo cualquier esfexa que pasara a sotavento nuestro nos olfatearía. Cuando reanudemos la marcha, fregaré también y por la misma razón las pisadas de los osos.

Bordman estaba muy callado. Falló su primer disparo, pero en los últimos segundos de la refriega disparó con cuidado y cada bala dio en el blanco. Ahora dijo con amargura:

—Dudo que valga la pena que me dé instrucciones para comportarme, en caso de que usted muera durante el viaje...

Huyghens sacó de su mochila las ampliaciones hechas de las fotos espaciales de aquella zona del planeta Cuidadosamente orientó el mapa con arreglo a los puntos sobresalientes del paisaje y trazó una línea en una de las fotos.

La llamada de socorro, el S. O. S. viene de algún lugar cercano a la colonia robot —informó—. Creo que un poco hacia el sur. Probablemente de una mina que abrirían en el lado lejano del Sere Plateau. ¿Ve cómo he marcado este mapa? Dos marcaciones, una de la estación y otra desde aquí.

Me alejé del rumbo para hacer estas observaciones que efectué hace unos instantes y así poder tener dos líneas que converjan en el transmisor. Claro es que la señal podría haber venido de la otra parte del planeta, pero no ha sido así.

—Los otros posibles refugiados tienen muchas probabilidades en contra —protestó Bordman.

—No —dijo Huyghens—. Han estado viniendo aquí diversos navíos. Todos destinados a la colonia robot. Bien ha podido estrellarse uno de ellos. Además, están mis amigos también.

Volvió a guardar sus aparatos e hizo un gesto a los osos. Les guió más allá de la escena del combate y cuidadosamente roció de antiséptico desodorante las huellas que dejaban sus acolchadas patas. Con un ademán hizo una señal a Semper, el águila.

—Vámonos —dijo a los Kodiaks—. ¡Hale! ¡Adelante!

El grupo se encaminó colina abajo y volvió a la jungla. Ahora le tocaba el turno a

Sourdough de marchar en vanguardia y Sitka Pete caminó oscilando a ambos lados tras su compañero. Faro Nell seguía después de los hombres, vigilante atenta al cachorro. Era muy pequeño todavía; Nugget sólo pesaba doscientos setenta y cinco kilos.

En el aire, Semper planeaba y volaba describiendo círculos gigantes y espirales, pero sin alejarse nunca demasiado. Huyghens consultaba constantemente la pantalla en donde se reflejaba lo que captaba la cámara aérea. La imagen oscilaba y sufría sacudidas, se ennegrecía y se aclaraba. No había medio de organizar mejor un reconocimiento que aquél y, pese a sus deficiencias, constituía un sistema de gran utilidad. Al poco Huyghens dijo:

—Nos desviaremos hacia la derecha aquí mismo. El camino derecho tiene bastante mal aspecto, hasta parece que un rebaño de esfexas ha matado algo y está devorando los despojos.

Bordman exclamó:

—¡No es lógico que los carnívoros abunden tanto como usted parece creer! Por cada bestia carnívoros tiene que haber una cierta cantidad de otra vida animal. Muchos carnívoros juntos devorarían toda la caza y luego morirían de hambre.

—Se fueron durante el invierno —explicó Huyghens—. Las esfexas estuvieron ausentes durante el invierno, que, por cierto, aquí no es tan duro como usted parece pensar. Y después de que las esfexas van al sur, en estas tierras se multiplican muchas otras especies de animales. Además, las esfexas no se quedan aquí durante toda la estación cálida. Hay una especie de punto máximo y luego durante semanas y semanas no se ve ni rastro de ninguna de ellas hasta que de súbito la jungla hierve otra vez llena de esa clase de diablos. Después se encaminan hacia el sur. En apariencia realizan alguna especie de migración, pero que nadie sabe con certeza en qué consiste o por qué leyes se rige. Hay que tener en cuenta que los naturalistas no se han destacado por su abundancia en este planeta. La vida animal es hostil.

Bordman se estremeció.

Estaba acostumbrado a llegar a un puesto colonial parcial o completamente acabado y examinar y aprobar o rechazar el grado de desarrollo alcanzado en la instalación con arreglo a los planes previstos. Ahora se veía en un medio intolerablemente hostil, dependiendo su vida de un colono ilegal, comprometido en una empresa indefinidamente desmoralizadora —porque la señal mecánica podía seguir sonando mucho después de la muerte de su constructor— y sus ideas acerca de un sinnúmero de asuntos se veían alteradas. Se encontraba con vida, por ejemplo, porque habían luchado a su lado los tres osos gigantes Kodiak y un águila calva. Si a él y a Huyghens les hubieran rodeado diez mil robots para defenderles, ahora ambos estarían muertos. Las esfexas y los robots se habrían ignorado mutuamente y así los fieros animales carnívoros se habrían lanzado directamente contra los hombres, quienes habrían tenido apenas cuatro segundos para descubrir por sí mismos que se les atacaba, prepararse al combate y matar a las ocho esfexas.

Las convicciones de Bordman como hombre civilizado estaban hechas jirones. Los robots eran aparatos maravillosos para hacer lo esperado, cumplir con lo planeado, copiar lo prescrito. Pero también tenían defectos. Los robots sólo podían seguir instrucciones. Si ocurre esto, haz lo otro; sí sucede tal cosa, haz aquélla. Pero ante otra alternativa imprevista los robots quedan desamparados, desvalidos, inermes. Por eso una civilización robótica funcionaba tan sólo cuando no se esperaba que se produjera lo insólito.

Bordman estaba abrumado.

Halló a Nugget, el cachorro, husmeando intranquilo, a sus talones. El osito tenía bajas las orejas con tristeza cuando Bordman le miró. Le pareció al hombre que Nugget recibía demasiados mamporros disciplinarios por parte de su madre Faro Nell. Estaba casi derrumbado psicológicamente.

La falta de información del cachorro y su incapacidad para sobrevivir independientemente en aquel medio ambiente le martilleaba en su interior.

—Hola, Nugget —dijo Bordman con tristeza—. ¡Siento exactamente lo mismo que tú!

Nugget pareció alegrarse. Dio unos saltitos. Trató de jugar mirando esperanzado el rostro de Bordman.

El hombre extendió la mano y acarició la cabezota de Nugget. Era la primera vez que acariciaba a un animal.

Oyó un resoplido tras él. Con la piel de la nuca erizada giró en redondo.

Faro Nell le miraba... más de ochocientos kilos de hembra de oso sólo a tres metros de distancia y mirándole a los ojos. Durante un instante Bordman sintió pánico y notó que un frío le calaba hasta los huesos. Entonces se dio cuenta de que los ojos de Faro Nell no despedían llamas. No estaba gruñendo, ni emitía los escalofriantes sonidos que el desnudo peligro que corría Nugget le había hecho emitir en el espolón rocoso. Le miraba con suavidad. En efecto, al cabo de un momento, se dio la vuelta para efectuar alguna investigación independiente de no importa qué cosa que había despertado su curiosidad.

El grupo siguió adelante, Nugget triscaba junto a Bordman y tendía a tropezar con él a causa de su torpeza de cachorro. De vez en cuando miraba al hombre con adoración, expresando en sus ojillos un profundo afecto, propio de las criaturas más jóvenes.

Bordman siguió adelante. Al poco volvió a mirar atrás. Faro Nell iba ahora cubriendo la retaguardia de manera más amplia. Parecía hallarse satisfecha de tener a Nugget al cuidado inmediato de un hombre. Poco a poco se sintió sereno.

Un rato más tarde Bordman llamó a la cabeza.

—¡Huyghens! ¡Mire! ¡Parece que he sido nombrado niñera oficial de Nugget!

Huyghens se volvió a mirar atrás.

—¡Oh!, dele de cuando en cuando un azote y volverá con su madre.

—¡Y un cuerno! —dijo Bordman belicoso—. ¡Le gusto al cachorro!

El grupo continuó la marcha.

Cuando cayó la noche, acamparon.

No podían encender fuego, claro, porque todas las cosas diminutas de los alrededores vendrían a bailar al resplandor. Pero tampoco podía haber oscuridad a causa de que los noctívagos cazaban en las sombras.

Así que Huyghens colocó lámparas barrera que hicieron un muro de luz crepuscular cerca de su campamento y la bestia parecida al ciervo, que Faro Nell transportó en sus lomos, se convirtió en el plato principal de la cena.

Después durmieron —por lo menos lo hicieron los hombres— y los osos dormitaron y rezongaron y se despertaron y volvieron a dormirse.

Semper permaneció posado inmóvil y con la cabeza bajo el ala y sobre la rama de un árbol. Al pasar las horas se produjo un víentecillo fresco y agradable y todo aquel mundo pareció renacer a la luz de la mañana, difundida por entre la jungla por su sol recién salido. Entonces se levantaron y se pusieron en marcha.

Aquel día permanecieron inmóviles durante dos horas mientras las esfexas husmeaban la pista dejada por los osos. Huyghens descartó la necesidad de un antiodorífero para ser usado en las botas de los hombres y en las patas de los osos, que hiciese que el seguir su rastro fuese algo desagradable para las esfexas. Bordman aceptó la idea y sugirió que podría fabricarse un olor repelente a dichos carnívoros, que hiciese que la esfexa que lo percibiera sintiera sus tripas removerse. Si se conseguía tal cosa, los seres humanos podrían ir por doquier libremente, sin ser molestados.

—¡Como mofetas! —contestó Huyghens sardónico—. ¡Una idea muy inteligente! ¡Muy racional! ¡Puede sentirse orgulloso!

Y de pronto Bordman no se sintió en absoluto orgulloso de tal idea.

Volvieron a acampar. La tercera noche estaban en la base de aquella notable formación, el Sere Plateau, que en la distancia parecía una cordillera pero que actualmente y visto de cerca era una desierta meseta.

No es razonable que un desierto tenga altura, mientras que las tierras bajas posean lluvia, pero a la cuarta mañana encontraron la razón del porqué. Vieron, lejos, muy lejos, una verdaderamente monstruosa masa montañosa al fin de la larga extensión de la plataforma. Era como la proa de un navío. Yacía, según observó Huyghens, directamente en línea con los vientos dominantes y los dividía como la proa de un barco divide las aguas. Las corrientes de aire húmedo fluían junto a la plataforma, no por encima de ella y su interior estaba desierto y quedaba sin protección alguna bajo el sol de las grandes altitudes.

Les costó todo un día llegar hasta la mitad de la ladera. Y aquí, dos veces, mientras trepaban, Semper voló gritando por encima de conglomerados de esfexas, a un lado y otro de los viajeros.

Eran grupos mucho más numerosos de los que Huyghens había visto antes, de cincuenta a cien monstruosidades juntas, en donde ya una docena era un rebaño

considerable y temible.

Miró en la pantalla que mostraba que Semper veía, cuatro o cinco kilómetros lejos. Las esfexas subían colina arriba hacia el Sere Plateau en una larga fila. Cincuenta, sesenta... setenta bestias salidas del infierno con sus colores azul y pardo.

—No me gustaría nada que ese rebaño se tropezase con nosotros —dijo cándidamente Bordman. No creo que tuviésemos ninguna probabilidad de salir con vida.

—Aquí es donde un tanque robot sería útil— observó Bordman.

—Cualquier cosa blindada —admitió Huyghens—. Un hombre en una estación blindada como la mía estaría a salvo. Pero si mataba a una esfexa se vería sitiado. Tendría que estar allí, respirando el olor de la esfexa muerta hasta que éste se hubiera despejado. Y no podría matar a ninguna más o el sitio se prolongarla hasta que viniera el invierno.

Bordman no sugirió las ventajas de los robots en otros asuntos. En aquel momento, por ejemplo, estaban subiendo una ladera cuya inclinación media pasaba de los cincuenta grados. Los osos trepaban sin esfuerzo a pesar de sus cargas.

Para los hombres era un tormento infinito. Semper, el águila, se manifestaba impaciente con los osos y los hombres, que subían tan despacio por una inclinación facilísima para el ave.

Se adelantó por la ladera y osciló en el aire al recibir las corrientes del borde de la plataforma. Huyghens vio las imágenes que desde el aire enviaba a la pantallita portátil.

—¿Cómo diablos adiestra usted así a los osos? —preguntó Bordman jadeando. Se habían detenido para un respiro y los Kodiak les esperaban impacientemente—. Puedo entender a Semper, pero...

—Yo no les adiestré —dijo Huyghens mirando a la pantalla—, son mutantes. Heredaron como cosa corriente el conjunto sexual de las características físicas. También se ha trabajado bastante en los genes correspondientes a los factores psicológicos. Había necesidad, en mi planeta natal, de un animal que pudiese pelear como una fiera, vivir de lo que produjese la tierra, llevar carga y tolerar a los hombres por lo menos tan bien como los perros. En los viejos días intentaron inculcar estas deseadas propiedades físicas a un animal que ya tenía la personalidad que querían. Algo así como un perro gigantesco, digamos. Pero allá en mi patria siguieron otro camino. Escogieron las características físicas deseadas y fomentaron la personalidad, la psicología. El trabajo se logró hace un siglo. El oso Kodiak llamado Kodius Champion fue el primer verdadero éxito, pues tenía todo cuanto se deseaba. Estos que usted ve aquí, son sus descendientes.

—Parecen normales —comentó Bordman.

—¡Lo son —contestó acalorado Huyghens—. ¡Tan normales como un buen perro. No estarán adiestrados, como Semper. ¡Se adiestran a si mismo! —miró la pantalla de sus manos, que mostraba el suelo a dos mil o dos mil quinientos metros de altura—.

Semper, ahora, es un pájaro domesticado sin demasiado cerebro. Es un halcón educado y en cierto modo glorificado. Pero los osos quieren llevarse bien con los hombres. Emocionalmente dependen de nosotros. Como los perros. Semper es un criado, pero ellos son compañeros y amigos. Semper esta domesticado, pero ellos son leales. Semper está acondicionado. Ellos nos aman.

Semper me habría abandonado si se hubiese dado cuenta que podía hacerlo; piensa que sólo puede comer lo que el hombre le da. Pero los osos no querían hacerlo. Les gustamos nosotros. Admito que yo les quiero, quizás porque ellos me quieren a mí.

Bordman dijo con deliberación:

—¿No es usted un poco charlatán, Huyghens? Usted me acaba de decir algo que servirá para localizar y condenar a las personas que le mandaron aquí. No es difícil descubrir en dónde se produjeron las mutaciones psicológicas de los osos y dónde también dejó descendientes un oso llamado Kodius Champion. ¡Yo mismo puedo descubrir de donde vino usted ahora, Huyghens!

Huyghens alzó la vista de la pantalla que mostraba aquella imagen temblorosa.

—No importa —dijo amistoso—. Allí también soy criminal. Está oficialmente archivado que rapté a estos osos y me escapé con ellos. Lo que, en mi planeta natal, es un crimen tan odioso como el mayor que pueda cometer el hombre. Es peor que ser cuatrero o ladrón de caballos en los antiguos tiempos terrestres. Los parientes y primos de mis osos están muy bien considerados. En mi casa, soy todo un criminal.

Bordman le miró fijamente.

—¿Lo robó usted? —preguntó.

—Confidencialmente —contestó Huyghens—, no. ¡Pero hay que demostrarlo! — Luego, al cabo de unos segundos, dijo—: Eche una mirada a la pantalla. Vea lo que Semper puede ver sobre el borde de la plataforma.

Bordman miró; el águila planeaba en grandes idas y venidas. Por la experiencia de los pasados días, Bordman sabía que Semper gritaba con furia al volar. El pajarraco surcaba el cielo hacia el borde de la plataforma.

Bordman estudió la Imagen transmitida. Tenía sólo diez por quince centímetros, pero carecía de grano y su color era exacto. Se movía y giraba al mismo tiempo que lo hacía la cámara que portaba el águila. Por un instante, en la pantalla apareció la empinada ladera de la montaña y, a un borde, como puntos, se podían distinguir los hombres y los osos. Luego esta imagen desapareció para que se viera lo alto de la plataforma.

Allí habían esfexas. Una manada de doscientas trotaba hacia el desierto interior. Marchaban al descubierto, ramoneando. La cámara vaciló y mostró más animales de aquéllos. Mientras Bordman miraba y al ascender más alto el pájaro, pudo ver aún otras esfexas subiendo por el borde de la plataforma desde una serie de brechas producidas por la erosión. El Sere Plateau estaba infestado de infernales criaturas. Era inconcebible que allí hubiese caza suficiente para tantas esfexas. Se las veía tan bien

como podrían verse las manadas de ganado en los planetas ricos en pastos.

El fenómeno era simplemente imposible.

—Emigrando —observó Huyghens—. Le dije que lo hacían. Se encaminan a alguna parte. ¿Sabe una cosa? ¡Dudo que fuera saludable para nosotros tratar de cruzar el Plateau atravesando un enjambre de esfexas!

Bordman masculló un juramento, cambiando bruscamente de humor.

—Pero se sigue recibiendo la señal. Alguien está vivo en la colonia robot. ¿Tenemos que esperar hasta que haya terminado la migración?

—No sabemos —apuntó Huyghens—, que haya alguien vivo, con plena certeza. Puede que necesiten ayuda con urgencia, por lo que tenemos que llegar hasta ellos. Pero al mismo tiempo...

Miró a Sourdough Charley y a Sitka Pete, trepando pacientes por la ladera y esperando mientras los hombres hablaban y descansaban. Sitka había logrado hallar un sitio y se había sentado. Una Impresionante zarpa le mantenía sujeto e impedía que se deslizara pendiente abajo.

Huyghens agitó el brazo señalando en una nueva dirección.

—¡Vamos! —gritó vivaz—. ¡Vamos! ¡Hacia allá! ¡Hale!

Siguieron por las laderas del Sere Plateau, ni ascendiendo hasta la planicie de su cumbre —donde se congregaban las esfexas— ni descendiendo hasta el pie de la colina, donde pululaban, también, las esfexas. Avanzaron a lo largo de las laderas y de los flancos montañosos, con pendientes que oscilaban entre treinta y sesenta grados y no cubrieron mucho territorio. Prácticamente llegaron a olvidar cómo se camina por el terreno llano.

Al término del sexto día acamparon en la cima de un Ingente peñasco que sobresalía del muro pétreo de una montaña. Apenas había sitio en la peña para todo el grupo. Faro Nell Insistió con sus refunfuños en que Nugget debería quedarse en la parte más segura, es decir, en la más próxima al flanco del monte. La osa habría obligado a los hombres a colocarse en la parte exterior, pero Nugget gimoteó solicitando a Bordman. Por tanto, cuando Bordman se cambió de sitio para confortar al osito, Faro Nell gruñó a Sitka y a Sourdough quienes se apretujaron dejándola libre un lugar próximo al borde.

Se pasó hambre en el campamento. De camino se habían tropezado ocasionalmente con manantiales que fluían de las laderas de las montañas. Los osos bebieron en ellos con frecuencia y los hombres llenaron sus cantimploras. Pero aquélla era la tercera noche que pasaban en la ladera y allí no había caza en absoluto. Huyghens no hizo el menor movimiento para sacar víveres para Bordman y él. Bordman, por su parte, no hizo el menor comentario. Estaba empezando a participar en la relación íntima entre osos y hombres, que no era esclavitud por parte de los animales, sino algo más. Era un sentimiento mutuo. De ello se daba cuenta.

—Uno pensarla —dijo—, que puesto que las esfexas no parecen cazar mientras van de camino a la cima, allí arriba deberá haber caza en abundancia. Esos bichos lo

ignoran todo cuando están subiendo.

Era verdad. La normal formación de combate de las esfexas era una línea amplia que automáticamente rodeaba a cuanto tendiese a huir, desbordándole por los flancos y atacando por detrás si ese algo era capaz de pelear. Pero ahora ascendían la montaña en largas filas, una tras otra, en apariencia siguiendo senderos establecidos hacia mucho tiempo.

El viento soplaba a lo largo de las laderas y llevaba suspendidos los diversos olores lateralmente. Pero las esfexas no se desviaban de su camino. Las largas procesiones de odiosas criaturas pardo-azuladas —era difícil considerarlas bestias naturales, machos y hembras y poniendo huevos como los reptiles de otros planetas— las largas procesiones se limitaban simplemente a trepar.

—Delante de ellas deben haber otros cuantos miles de bestias de su especie —comentó Huyghens—. Han debido estar acudiendo a este lugar durante días o semanas. La cámara de Semper nos ha hecho ver miles ya. Tienen que formar una cantidad incontable. Las que llegaron primero se comieron toda la caza que había y los últimos en llegar tendrán un problema en sus satánicos cerebros: el de alimentarse.

Bordman protestó:

—¡Pero tantos carnívoros reunidos en el mismo lugar es imposible! ¡Sé que están ahí, pero reconozco que no puede ser!

—Su sangre es fría —observó Huyghens—. No queman alimento para mantener la temperatura del cuerpo. Después de todo, muchas criaturas pasan largos períodos de tiempo sin comer. Hasta los mismos osos hibernan. Pero esto no es hibernación... ni tampoco estiviación.

Estaba instalando su receptor de onda corta en plena oscuridad. Era inútil tratar de hacer una marcación desde allí. El transmisor se hallaba al otro lado del Sere Plateau que ahora se veía infestado de esfexas.

Al poco se produjeron los susurros y frituras del fondo y en seguida oyose la señal.

Tres puntos, tres rayas, tres puntos. Huyghens apagó el aparato.

Bordman dijo:

—¿Y no podríamos haber respondido a esa señal antes de salir de la estación? ¿Aunque sólo fuera para darles ánimos?

—Dudo que tengan receptor —contestó Huyghens—. De todas maneras, no esperan respuesta hasta dentro de muchos meses. No se pasarán a la escucha día y noche en servicio permanente y si están viviendo en el túnel de la mina y tratan de salir furtivamente al exterior para conseguir víveres y prolongar el alimento que puedan tener consigo, estarán con demasiado trabajo para entretenerse preparando grabadores o relees.

Bordman permaneció en silencio unos instantes.

—Tenemos que conseguir comida para los osos —dijo al fin— Nugget es una

criatura y tiene hambre.

—Lo haremos —prometió Huyghens—. Quizás me equivoque, pero me parece que el número de esfexas trepando por las laderas que vemos hoy es inferior al que vimos ayer o al de anteayer. Puede que estemos a punto de cruzar el estiaje de su migración. Cada vez se ven menos. Cuando atravesemos su sendero, tendremos que tener cuidado de los noctívagos y similares. Pero pienso que las esfexas habrían barrido toda la vida animal que hallaron en su ruta emigratoria.

No tenía razón del todo. El sonido de golpes y el gruñir de los osos le despertó en la oscuridad.

Ráfagas ligeras de brisa le azotaron el rostro. Encendió bruscamente la lámpara de su cinturón y el mundo pareció verse rodeado por una película blancuzca que se alejó. Algo aleteó.

Entonces vio las estrellas y el infinito espacio desde el borde de la peña en que acampaban. Las grandes cosas blancas aletearon hacia él.

Sitka Pete resopló con potencia y gruñó. Faro Nell se balanceó rugiendo a la vez. Entre sus zarpas capturó algo.

—¡Cuidado con eso! —exclamó Huyghens.

Más cosas de forma extraña y pálidas como la piel humana, retrocedieron y aletearon locamente hacia él.

Una zarpa peluda y enorme se extendió dentro del rayo de luz de la linterna y apresó una cosa voladora.

Otra gran zarpa apareció. Los tres gigantes Kodiaks estaban sentados sobre sus cuartos traseros, despanzurrando criaturas que revoloteaban febriles, incapaces de resistir a la fascinación que les producía el fulgor de la linterna. A causa de sus giros alocados era imposible verlas con detalle, pero eran aquellos seres nocturnos desagradables que parecían monos emplumados voladores, pero que eran bichos diferentes de medio a medio.

Los osos no se precipitaban. Rezongaban por lo bajo con notable aire de indiferencia, capacidad e intención. Montoncitos de cosas rotas se iban formando a sus pies.

De pronto no quedaron ya más. Huyghens apagó la luz. Los osos carraspearon y se pusieron afanosamente a comer en la oscuridad.

—Esas bestias eran carnívoras y chupadores de sangre, Bordman —dijo Huyghens con calma—. Extraen a sus víctimas toda su sangre como vampiros... no sé qué triquiñuela emplean para no despertarles... sólo he averiguado que cuando las infortunadas víctimas mueren por falta de sangre, la tribu de vampiros se pone a comerse los cadáveres. Pero los osos tienen la piel muy gruesa y se despiertan apenas los roza algo. Y son omnívoros. Se lo comen todo menos las esfexas. Uno podría decir que esos animales nocturnos vinieron para la cena. Y no deja de ser verdad porque gracias a ellos los osos están cenando... como siempre, los Kodiak viven de lo que produce el terreno.

Bordman murmuró una súbita exclamación. Hizo una luz débil y vio como la sangre le manaba por la mano. Huyghens le pasó su botiquín de bolsillo con desinfectantes y vendas. Bordman contuvo la hemorragia y se vendó la mano. Entonces se dio cuenta de que Nugget masticaba algo. Le enfocó con la luz. Nugget tragó convulsivo. Parecía evidente que el osito había cazado y devoraba la criatura que chupó sangre de Bordman. Pero eso era imposible saberlo, puesto que el cachorro no iba a dar explicaciones ni referencias.

Por la mañana reanudaron la marcha a lo largo de la escarpada ladera. Después de caminar largo rato en silencio, Bordman dijo.

—Los robots tampoco habrían podido hacer nada contra esos vampiros, Huyghens.

—Oh, podían ser fabricados para vigilar y advertir al hombre de la presencia de esas bestias —dijo Huyghens tolerante—. Pero juzgue usted por si mismo. Con robots tendría el hombre que luchar sólo una vez que recibiera el aviso de la proximidad de vampiros detectados por la máquina. Para mi gusto, prefiero los osos.

Señaló el camino. Por dos veces Huyghens se detuvo para examinar el suelo de la base de las montañas con sus binoculares. Parecía más animado al reanudar la marcha. El monstruoso picacho que era como la proa de un navío al extremo del Sere Plateau se veía mucho más cerca. Hacia el mediodía se cernía ingente por encima del horizonte a menos de veinticinco kilómetros de donde se hallaban. Y fue entonces cuando Huyghens ordenó el alto definitivo.

—No se ven más congregaciones de esfexas allá abajo —dijo animoso—, y no hemos visto ninguna fila de ellas trepando desde hace muchos kilómetros.

Cruzar un sendero de esfexas significaba simplemente esperar hasta que un grupo hubiera pasado y atravesar antes de que otro grupo apareciera a la vista.

—Tengo el presentimiento —dijo Huyghens—, de que dejamos atrás la ruta migratoria. ¡Veamos lo que nos dice Semper!

Hizo un gesto al águila para que volara. Como todos los seres que no sean humanos, los pájaros normalmente solo actúan para satisfacer su apetito y luego tienden a la holganza y al sueño. Semper había viajado los últimos kilómetros posado en el bulto de carga de Sitka Pete. Ahora se remontó por los aires y Huyghens se puso a mirar las imágenes que aparecieron en la pantalla.

Semper volaba raudo. La pantallita mostraba una imagen oscilante y difícil de mantener fija, pero al cabo de pocos minutos el ave volaba ya por encima del borde de la plataforma. Allí se distinguían algunos matorrales y el terreno quedaba algo ondulado.

Pero al subir aún más Semper, apareció el desierto interior. Las proximidades estaban limpias de bestias. Sólo de vez en cuando, sí el águila escoraba mucho y la cámara enfocaba hasta la vastedad de la plataforma, veía Huyghens alguna señal que indicara la presencia de las feroces bestias pardo-azuladas. Pero luego pudo percibir masas enormes como rebaños ultra gigantescos. Algo increíble, porque los carnívoros

no se reúnen nunca en cantidades tan exorbitantes.

—Vamos a subir recto —dijo Huyghens satisfecho—. Cruzaremos el Plateau por aquí y sesgaremos un poco a sotavento incluso. Me parece que hallaremos algo interesante camino de la colonia.

Dio la señal a los osos de que iniciaran la ascensión.

Llegaron a la cumbre horas después, apenas antes de la puesta del sol. Y vieron caza. No mucha, pero caza en los herbazales y breñales del borde del desierto. Huyghens derribó un rumiante peludo. Cuando cayó la noche el aire se hizo cortante. Hacía mucho más frío allí que durante la noche en las laderas. El aire era fino. Bordman no tardó en imaginarse la causa. Al abrigo de la proa montañosa del peñasco, el viento estaba en calma. No habían nubes. El suelo irradiaba su calor al espacio vacío. A la madrugada el frío sería muy crudo con toda seguridad.

—Y hará calor de día —asintió Huyghens cuando Bordman le mencionó lo que sospechaba—. Los rayos de sol son terriblemente calcinantes allá donde el aire es muy fino, pero en la mayoría de las montañas reina el viento. Durante el día, aquí, el suelo tenderá a calentarse como la superficie de un planeta sin atmósfera. Puede que en la arena a mediodía, el termómetro llegue a marcar 60 ó 70 grados centígrados. Pero por la noche el frío será igualmente exagerado.

Lo era. Antes de medianoche Huyghens encendió una hoguera. No podía temerse nada de los noctívagos puesto que la temperatura descendía por debajo del punto de congelación.

Por la mañana los hombres estaban envarados por el frío, pero los osos rezongaban y se movían con viveza. Parecían gozar del fresco matutino. Sitka y Sourdough, en efecto, estaban jugueteando hasta el punto de que se enzarzaron en una pelea de mentirijillas, rugiéndose mutuamente y lanzándose golpes que eran fingidos, pero que hubieran podido destrozar el cráneo de un hombre. Nugget parloteaba excitado al verles. Faro Nell los contemplaba con una mirada femenina de desaprobación.

Iniciaron la marcha. Semper parecía perezoso. Tras un solo y breve vuelo descendió para posarse en la carga de Sitka, como el día anterior. Allí permaneció contemplando el panorama que a medida que avanzaban se iba convirtiendo de semiárido en un puro desierto. No tenía intención de volar. A las grandes aves no les gusta el vuelo cuando no hay vientos ni corrientes de las que puedan aprovecharse.

Una vez Huyghens hizo alto y señaló a Bordman dónde estaban exactamente en la ampliada foto-mapa tomada desde el aire y el lugar preciso del que provenía la señal de socorro.

—Lo hace usted por si acaso le ocurriera algo, —dijo Bordman—. Reconozco que es sensato, pero... ¿pero qué podría yo hacer en ayuda de esos supervivientes, si es que llegaba hasta ellos, sin la ayuda de usted?

—Lo que ha aprendido acerca de las esfexas le ayudaría —repuso Huyghens—. Los osos también le ayudarían. Además, dejamos una nota en mi estación. Quien

quiera que aterrice en el campo de aterrizaje, ya que el rayo faro está en marcha, hallaría Instrucciones para llegar hasta el sitio que nosotros pretendemos alcanzar.

Volvieron a caminar. El estrecho sendero de la orilla no desértica del Sere Plateau quedaba detrás de ellos y marchaban por tanto cruzando la polvorienta arena del desierto.

Mire aquí —dijo Bordman—. Quiero saber algo. Usted me dijo que está fichado en su planeta natal como ladrón de osos. Eso es una mentira que me dijo usted para proteger a sus amigos de la persecución y detención por parte de la Inspección Colonial. Le veo a usted solo, arriesgando la vida cada día. Corrió un gran riesgo al no disparar contra mí. Ahora se arriesga aún más por ayudar a hombres que serán testigos en su contra cuando se celebre el juicio. ¿Por qué lo hace?

Huyghens sonrió.

—Porque no me gustan los robots. No me gusta el hecho de que estén subordinando a los hombres, haciéndoles depender de ellos.

—Siga —insistió Bordman—. ¡No veo por qué el sentir antipatía hacía los robots le convierta a usted en un criminal! Además los hombres no se están subordinando tampoco a los robots.

—Pues si lo están. Soy un miserable, claro. Pero... me gusta vivir como un hombre en este planeta. Voy donde me place y hago lo que me viene e a gana. Mis ayudantes son mis amigos. ¿Si la colonia robot hubiera tenido éxito, habrían vivido como hombres los humanos de ella? Difícilmente. ¿Tendrían que vivir como les permitieran los robots! Habrían de quedarse en el interior de la cerca construida por los robots. Tendrían que consumir los alimentos que cultivaran los robots del suelo y no otros. ¡Oh, un hombre no podría siquiera trasladar su lecho más cerca de la ventana porque los robots del servicio doméstico no podrían trabajar! ¡Los robots les servirían del modo determinado por los propios robots... pero todo lo que ellos, los humanos, sacarían del caso sería estar al servicio de los robots!

Bordman sacudió la cabeza.

—Mientras el hombre necesite el servicio de los robots, tendrá que aceptar lo que los robots tengan en pro y en contra. Si uno no necesita de esos servicios...

—Yo quiero decidir por mí mismo qué es lo que quiero en vez de verme limitado a escoger lo que me ofrecen. En mi planeta natal nosotros tuvimos medio dominado el mundo con perros y armas. Después desarrollamos a los osos y con ellos terminamos el trabajo. Ahora hay exceso de población y falta de espacio para... ¡perros, osos, y hombres! Más y más personas se ven desposeídas de su derecho a la decisión, permitiéndoseles tan sólo escoger entre las cosas que los robots les ofrecen. Cuanto más se depende de los robots, más limitadas suelen ser las alternativas. ¡No queremos que nuestros hijos se limiten a querer lo que los robots les proporcionen. Preferimos verlos jugar con abandono allá donde los robots no puedan darles nada, limitarles en nada. Queremos que se conviertan en hombres y mujeres. No en malditos autómatas que viven empujando o oprimiendo controles robóticas para

obtener lo necesario para seguir oprimiendo más controles. Si eso no es subordinación a los robots...

—Lo que usted dice no es más que un argumento emotivo —protestó Bordman—. No todo el mundo siente de ese modo.

—Pero yo sí. Y lo mismo pasa con una buena cantidad de otras personas. Ésta es una galaxia condenadamente grande y apta para contener algunas sorpresas. Lo único seguro en un hombre y un robot que dependen entre sí, es que ninguno de ellos puede hacer frente a lo imprevisto. Va a venir un tiempo en el que necesitemos hombres que si puedan afrontar lo imprevisto. En mi planeta natal alguien solicitó Loren Dos para colonizarlo. Se le negó la autorización... demasiado peligroso. Pero los hombres, si son hombres, pueden colonizar cualquier parte. Así que vine a estudiar el planeta. Esencialmente a las esfexas. Eventualmente, teníamos intención de volver a solicitar la licencia, con pruebas de que éramos capaces de manejar esas bestias. Ya lo estoy haciendo en tono menor. Pero la Inspección autorizó una colonia robot... ¿y dónde está?

Bordman adoptó una expresión sombría.

—Ha escogido usted un medio erróneo de conseguir su fin, Huyghens. Es ilegal. Lo es. El espíritu de adelantado, cosa admirable, se ha visto mal encaminado. Después de todo fueron adelantados también quienes dejaron la Tierra y se lanzaron en busca de las estrellas. Pero...

Sourdough se alzó sobre sus cuartos traseros y olisqueó el aire. Huyghens preparó su rifle. Bordman quitó el seguro del suyo, pero nada ocurrió.

—En cierto modo —dijo Bordman—, habla usted de libertad y libre albedrío, que mucha gente considera cosas de la política. Usted afirma que puede ser algo más. En principio lo admito. Pero su manera de exponer estos conceptos los hacen sonar como principios de una supuesta religión engañosa.

—Es autorespeto.

—Puede que usted...

Faro Nell gruñó. Empujó a Nugget con el hocico para arrimarlo más a Bordman. Le rezongó y trotó con rapidez hasta donde estaban Sitka y Sourdough encarados hacia la vasta planicie infestada de esfexas del Sere Plateau. Se instaló en posición de combate entre los dos machos.

Huyghens miró con atención más allá de los osos y en su torno.

—¡Esto puede ser malo! —dijo—. Pero por fortuna no hay viento. Hay aquí una especie de colina. ¡Venga, Bordman!

Corrió delante, Bordman le seguía y Nugget iba pisándole los talones con su andadura pesada. Llegaron al punto elevado, un montículo de no más metro y medio por encima de la arena que les rodeaba, con un descoyuntado vegetal de apariencia de cactus sobresaliendo del suelo. Huyghens utilizó los binoculares para explorar los alrededores.

—Una... Una esfexa —dijo con sequedad— ¡Sólo una! Y queda fuera de toda

razón que haya una esfexa sola. ¡Pero tampoco es racional que se reúnan en cientos de miles! —humedeció el dedo y lo alzó—. Tampoco hay viento.

Volvió a emplear los binoculares.

—No sabe que estamos aquí —añadió—. Se aleja. No se ve otra a la vista... —dudó, mordiéndose los labios—. Mire aquí Bordman me gustaría matar a esa esfexa y averiguar algo. Hay un cincuenta por cien de probabilidades de que pudiera hallar algo realmente importante. Pero... podría tener que correr. Si tengo razón... Habrá que hacerlo rápidamente. Voy a montar a Faro Nell para ir de prisa. Dudo que Sitka y Sourdough quieran quedarse. Pero Nugget no puede correr muy de prisa aún. ¿Quiere quedarse a cuidarlo?

—Supongo que usted sabe lo que se hace —contestó Bordman tras aspirar hondo.

—Mantenga los ojos bien abiertos. Si ve algo, aunque sea lejos, dispare y ¡volveremos a la carrera! No espere a que esté lo bastante cerca para hacer blanco seguro. Dispare en cuanto le vea... si es que lo ve...

Bordman asintió. Encontraba particularmente difícil hablar. Huyghens se acercó a los osos y trepó en Faro, agarrándose con fuerza a sus peludos lomos.

—¡Vámonos! ¡Hacia allí! ¡Hale!

Los tres Kodiaks se alejaron a toda velocidad. Huyghens oscilando y bamboleándose sobre Faro Nell. El súbito galope hizo que Semper casi perdiera el apoyo de sus patas. Aleteó frenético y alzó el vuelo. Siguió a su amo desde poca altura.

Ocurrió todo muy de prisa. Un oso Kodiak puede viajar tan veloz en ocasiones como un caballo de carreras. Los tres animales se encaminaron como flechas hacia un lugar a menos de un kilómetro en donde una forma pardo-azulada giró para hacerles frente. Se oyó la detonación del arma de Huyghens, que disparó desde lomos de Faro Nell, la explosión del proyectil y la del disparo sonaron casi juntas. El monstruo dio un salto y murió.

Huyghens bajó de la osa. Pareció febrilmente atareado en algo del suelo. Semper describió unos círculos y tomó tierra. Contempló la escena con la calva cabeza ladeada.

Bordman tenía la vista fija. Huyghens hacía algo a la esfexa muerta. Los dos osos machos olisqueaban por los alrededores, mientras que Faro Nell miraba su amo con gran curiosidad. En el montículo, Nugget bramó un poquito y Bordman le acarició. Nugget gruñó más fuerte. A lo lejos Huyghens se enderezó y montó a lomos de Faro Nell. Sitka miró atrás porque Sourdough se colocaba a su lado. Ambos miraron en dirección a Bordman. Los dos osos emprendieron el regreso al trote rápido. Semper alzó el vuelo, posándose en el hombro de Huyghens.

Entonces Nugget ululó histéricamente y trató de trepar por Bordman como un oseño intenta trepar por el tronco de un árbol ante la presencia del peligro. Bordman cayó y con él el animal... y entonces se produjo el relampagueo de una piel a listas y espinosa y el aire se llenó de los gritos y aullidos de una esfexa en pleno salto de

ataque. La bestia tenía a Bordman como meta. Cayó sobre el hombre y el osezno.

Bordman no oía nada excepto los escalofriantes gritos de la esfexa, pero a cierta distancia Sitka y Sourdough acudían a la velocidad de un cohete. Faro Nell emitió un rugido que estalló nítido en el aire. Y mientras Bordman rodaba para ponerse en pie y empuñar su rifle, sintió algo que forcejeaba, que se agitaba, que daba coletazos. Su puro instinto le hizo reaccionar. La esfexa se agazapaba para saltar sobre el cachorro y Bordman, sin tiempo para más, utilizó el rifle tal y como lo había cogido, por el cañón, y golpeó con él como si fuera una maza.

Pero la esfexa percibió su presencia y giró en redondo. Bordman se vio derribado. Un monstruo de más de trescientos cincuenta kilos salido directamente del infierno —medio gato salvaje, medio venenosa cobra, con manía homicida e hidrofobia— es imposible de resistir cuando su impacto se recibe en mitad del pecho.

Entonces fue cuando llegó Sitka, bramando. Se plantó sobre sus cuartos traseros, emitiendo rugidos atronadores, desafiando a la esfexa al combate. Se lanzó hacia adelante. Huyghens se aproximó, pero no podía disparar porque Bordman se hallaba dentro del radio de acción de la bala explosiva. Faro Nell gruñía y rezongaba, luchando entre el ansia de asegurarse de que Nugget no había sufrido el menor daño con la frenética furia de una madre cuyo hijito se ha visto en peligro.

Montado en Faro Nell, con Semper posado estúpidamente en su hombro, Huyghens contempló impotente cómo la esfexa escupía y aullaba a Sitka, teniendo tan sólo que extender una zarpa para acabar con la vida de Bordman.

IV

Se alejaron de allí, aunque Sitka parecía querer alzar con los dientes el desmadejado cadáver de su víctima y lanzarlo repetidamente al suelo. Parecía el doble de furioso porque un hombre —para quien todos los descendientes de Kodiús Champion sentían un profundo y emocional respeto— hubiera sido atropellado. Pero Bordman no tenía ninguna herida grave. Juró y perjuró mientras los osos corrían hacia el horizonte. Huyghens le había instalado en el arnés de carga de Sourdough, atándole y dejándole una sujeción manual para que no cayera.

Bordman gritó:

—¡Maldita sea, Huyghens! ¡Esto no está bien! ¡Sitka recibió unos cuantos arañazos profundos! ¡Las zarpas de ese bicho del infierno pueden ser ponzoñosas.

Pero Huyghens gritó a los osos:

—¡Hale! ¡Hale!

Y continuaron su carrera contra el tiempo. Llevaban cubiertos tres kilómetros, cuando Nugget gimió desesperadamente por causa de su cansancio y Faro Nell se detuvo firmemente para empujarle con el hocico.

—Esto puede ser bastante bueno —dijo Huyghens—. Considerando que no hace viento y que la gran masa de las bestias esta abajo de la plataforma y que ahí hablan sólo dos ejemplares. Quizás están demasiado atareados en las honras fúnebres. De todas maneras...

Saltó al suelo y sacó el antiséptico y las gasas.

—Primero Sitka —le espetó Bordman—. ¡Yo estoy bien!

Huyghens desinfectó las heridas del corpulento oso. Eran ligeras porque Sitka Pete tenía vasta experiencia en la lucha con las esfexas. Luego Bordman dejó que el producto de olor tan peculiar —rezumaba a ozono— le fuera aplicado en gasas a las rasgaduras de su pecho. Contuvo el aliento cuando sintió las punzadas del escozor.

Luego, dijo:

—Fue culpa mía, Huyghens. Le miraba a usted en vez de escrutar el panorama. No tenía idea de lo que estaba haciendo.

—Efectuaba una rápida disección —le confesó Huyghens—. Por suerte, aquella primera esfexa era hembra, como me esperaba. Y estaba a punto de poner sus huevos. ¡Uf! Y ahora sé por qué y dónde emigran las esfexas y cómo es que no necesitan caza aquí arriba.

Colocó un vendaje adhesivo a Bordman y abrió la marcha hacia levante, acrecentando la distancia entre el grupo y las esfexas muertas.

—Antes les había hecho la disección —dijo Huyghens—. Nunca se ha sabido bastante acerca de ellas. Si el hombre ha de vivir aquí es preciso averiguar muchísimas cosas más.

—¿Vivir aquí con osos? —preguntó irónico Bordman.

—Oh, sí —dijo Huyghens—. Pero el caso es que las esfexas vienen al desierto para desovar, para emparejarse y para criar gracias al calor del sol reconfortante, en la incubación. Es un sitio bastante particular. Las focas regresan a un lugar especial para emparejarse... y los machos, por lo menos, pasan sin comer muchas semanas en la época de celo. El salmón vuelve a su arroyo nativo para desovar. No comen y mueren poco después. Y las anguilas —utilizo ejemplos terrestres, Bordman— viajan varios miles de kilómetros hasta el mar de los Sargazos para emparejarse y morir. Desgraciadamente, las esfexas no mueren, pero es evidente que tienen un lugar ancestral para procrear ¡y que vienen al Sere Plateau para poner sus huevos!

Bordman continuó marchando. Estaba furioso; furioso consigo mismo por no haber tomado las mas elementales precauciones; porque se había sentido demasiado seguro, como es costumbre sentirse un hombre en una civilización de robots; furioso porque no había utilizado su cerebro cuando Nugget gimió, ya que incluso un cachorro de oso es capaz de olfatear la proximidad del peligro.

—Y ahora —añadió Huyghens—. Necesito algo del equipo que posee esa colonia robot. Con él creo que podemos dar un paso firme hacia el proyecto de hacer que este planeta se convierta en habitable por los hombres.

Bordman parpadeó.

—¿Qué dice?

—Equipo —repitió Huyghens con impaciencia—. Lo habrá en la colonia robot. Los robots eran inútiles porque no podían prestar atención a las esfexas. Aun tienen el mismo defecto. ¡Pero si se les modifica el control, esas maquinas servirán! ¡No creo que se hayan estropeado por permanecer unos meses a la intemperie!

Bordman siguió adelante, caminando. Al poco, dijo:

—¡Nunca me Imaginé, Huyghens, que usted quisiera algo procedente de la colonial.

—¿Y por qué no? —preguntó impaciente Huyghens—. Cuando los hombres construyen maquinas que hacen lo que ellos quieren, no hay nada malo. Incluso los robots son buenos si están donde deben estar. Pero en el trabajo que quiero hacer los hombres tendrán que utilizar lanzallamas. En la colonia ha de haber chismes de éstos, puesto que tuvieron que quemar la maleza de una buena zona de terreno para construir la colonia. Y esterilizadores del terreno, para matar los brotes de todas aquellas plantas que los robots no pudieran controlar. ¡Volveremos a subir aquí, Bordman, y cuando menos destruiremos los huevos de esas bestias infernales! Si no podemos hacer mas que eso, repitiéndolo cada año, llegara un momento en que habremos exterminado la raza. Probablemente hay otras hordas de esfexas con lugar de desove distinto. Pero también lo encontraremos. ¡Convertiremos este planeta en un lugar donde los hombres de mi planeta puedan venir y seguir siendo hombres!

Bordman respondió sardónico:

—Fueron las esfexas las que derrotaron a los robots. ¿Esta usted seguro de que no quiere convertir este mundo en algo que sea saludable para los robots?

Huyghens soltó una carcajada.

—Usted sólo ha visto a un noctívago —dijo— ¿Y qué le parecen esas cosas de la ladera que le habrían extraído hasta la última gota de su sangre? ¿Sería usted capaz de recorrer el planeta con un robot de guardaespaldas, Bordman? ¡Ni hablar! Los hombres no podrían vivir en este mundo con sólo la ayuda de los robots. ¡Ya lo vera!

Encontraron la colonia al cabo de sólo diez días mas de viaje y después de que muchas esfexas y mas de unos cuantos animales tipo ciervo y peludos rumiantes hubieran caído bajo sus armas o por causa de los osos. Y hallaron supervivientes. Eran tres, endurecidos, barbados y hondamente amargados. Cuando la cerca electrificada se derrumbó, dos de ellos estaban en el túnel de una mina, instalando un nuevo panel de control para que los robots trabajaran. El tercero era el encargado de la explotación minera. Se alarmaron al interrumpirse de súbito la comunicación con la colonia y volvieron en un camión-tanque para ver qué pasaba, salvándose tan sólo por el hecho de ir desarmados. Hallaron esfexas husmeando y lloriqueando en torno a la caída colonia en un numero que les parecía increíble. Las esfexas olfatearon a los hombres del Interior del vehículo, pero no pudieron romper el blindaje. A su vez los hombres no podían matarlas, ya que de haber aniquilado a alguno de aquellos monstruos, las demás esfexas les hubieran seguido hasta la mina sitiándoles allí.

Los supervivientes suspendieron, claro, todo trabajo de minería e intentaron usar los robots controlados a distancia para sus propósitos de venganza y para obtener alimentos. Los robots mineros, sin embargo, no estaban diseñados para aquella tarea. Y no tenían armas. Improvisaron lanzallamas en miniatura que quemaban combustible de los cohetes y ocasionalmente hicieron que algunas esfexas huyeran gritando lastimeramente y con el pellejo chamuscado. Pero eso era inútil en cuanto no mataba a las bestias. Y representaba un gasto de combustible. Al fin se parapetaron tras unas barricadas bien construidas y usaron sólo el combustible para mantener una señal luminosa preparada para utilizarla el día que viniera otro navío a inspeccionar la colonia. Se hallaban en la mina como en una prisión, racionada la comida, sin esperanza alguna. Como única diversión tenían la contemplación de los robots mineros que no podían funcionar para no gastar combustible, pero que de todas maneras lo único que eran capaces de hacer era extraer minerales.

Cuando Huyghens y Bordman llegaron hasta ellos, los infelices se echaron a llorar. Odiaban a los robots y a todas las cosas robóticas un poco menos que odiaban a las esfexas. Pero Huyghens les explicó y, armados con las armas que portaban los osos en sus paquetes de carga, marcharon a la colonia muerta con los machos Kodiak como vanguardia y con Faro Nell cubriendo la parte de atrás.

Durante el camino mataron a seis esfexas. En el claro, ahora con la maleza crecida, habían cuatro más. En las habitaciones de la colonia sólo había desorden y fragmentos de lo que antes fueron hombres. Pero habían alimentos, no muchos, porque las esfexas mordieron todo cuanto olía a hombre y al hacerlo estropearon los paquetes plásticos de comestibles esterilizados por radiación. Pero hallaron algunas latas de alimentos en conserva que habían salido intactas de la destrucción general.

Y también combustible, que los hombres podían usar cuando tuvieran arreglados

los paneles de control del equipo. Había robots por doquier, brillantes y bruñidos y listos para funcionar, pero inmóviles, con las plantas creciendo en su torno y sobre ellos.

Ignoraron aquellos robots y en su lugar colocaron combustible a los lanzallamas —después de adaptarlos al manejo humano, ya que estaban diseñados para que los robots los hicieran funcionar— y también reaprovisionaron al gigantesco esterilizador del suelo que había sido construido para destruir la vegetación que los robots no podían arrancar de los cultivos. Luego tomaron el rumbo hacia el Sere Plateau.

Al pasar el tiempo Nugget se fue convirtiendo en un mimado cachorrillo de oso, puesto que los hombres libertados aprobaban apasionadamente cuanto pudiera crecer y convertirse en un aniquilador de esfexas. Cada vez que acampaban hacían objeto al osito de sus caricias, mimos y atenciones.

Por último llegaron a la plataforma siguiendo un camino trazado por las esfexas hasta la cumbre y entonces un enjambre de tan mortíferos bichos se lanzó contra ellos aullando y mostrándose dispuestos a despedazarlos. Mientras Bordman y Huyghens disparaban sin cesar, las grandes máquinas enarbolaban sus armas especiales. El esterilizador del suelo, tal y como estaba diseñado, era tan mortífero contra la vida animal que contra las semillas, siempre y cuando se pudiera alzar y apuntar su rayo diatérmico.

Los osos dejaron de ser necesarios al poco tiempo, porque los quemados cadáveres de las esfexas atraían a más y más ejemplares vivos de todos los confines de la plataforma, aun cuando no hubiera brisa alguna que transportara el hedor de la carne quemada. El asunto de las esfexas oficialmente podía darse por terminado, aunque vinieron a miles para lloriquear y tratar de vengar a sus compañeras muertas... cosa que no pudieron hacer. Al cabo de un tiempo, los supervivientes de la colonia robot condujeron sus máquinas en grandes círculos en torno al enorme montón de bestias asesinadas, destruyendo a las recién llegadas a medida que venían. Fue la mayor matanza que el hombre había hecho hasta la fecha en cualquier otro planeta y quedarían muy pocos individuos de la horda de esfexas que solía procrear en aquella zona del desierto.

VI

Ni tampoco nacerían mas, porque el esterilizador del suelo pasaría por encima de las arenas que contenían los huevos de la esfexa, allí depositados para la incubación solar. Y el sol no los incubaría después de esa pasada.

Huyghens y Bordman, para entonces, estaban acampados al borde de la plataforma con los Kodiaks. En cierto modo era beneficioso para los hombres de la colonia manejar por sí solos la operación de matanza de crías y gérmenes. Después de todo, sus compañeros habían muerto víctimas de aquellos horriblos e implacables animales cuya casta trataban ahora de aniquilar.

Una noche Huyghens apartó bruscamente a Nugget de donde el cachorro estaba olisqueando la carne de un venado puesta a asar sobre la hoguera del campamento. Nugget, gimiendo apenado, corrió a refugiarse tras su amigo Bordman y allí se quedó, esperando que el Inspector Colonial le acariciara.

—Huyghens —dijo Bordman—, ha llegado el momento de zanjar nuestros asuntos. Usted es un colono ilegal y mi deber es arrestarle.

Huyghens le miró con Interés.

—¿Me ofrecerá el indulto a cambio de que denuncie a mis socios? —preguntó—, ¿o habré de alegrar que no se me puede pedir que testifique en ml contra?

Bordman exclamó:

—¡Esto es irritante! Toda la vida he sido un hombre honrado, pero... no creo en los robots, como antes creía, a no ser que estén en los lugares adecuados para ellos. ¡Y éste no es un lugar apropiado! Por lo menos no en el aspecto en que la colonia había sido planeada. Las esfexas por poco los barren a todos, en cambio los robots nada podían hacer contra esos animales. Aquí tendrán que vivir osos y hombres o las gentes habrán de pasarse la existencia tras cercas a prueba de esfexas, aceptando solo lo que les traigan los robots. ¡Y este planeta tiene demasiadas cosas de valor para que la humanidad lo deje de lado! ¡Pero vivir en un medio ambiente de robots en un planeta como Loren Dos... no sería satisfactorio para el amor propio de las gentes!

—No se me estará poniendo religioso, ¿verdad? —preguntó Huyghens con sequedad—. Recuerde que antes la palabra «religioso» era su vocablo favorito para expresar el autorespeto.

—¡Déjeme terminar! —protestó Bordman—. Mi trabajo consiste en dar el visto bueno al trabajo que se ha hecho en un planeta antes de que los primeros colonos definitivos se instalen a vivir en él. Y, claro, ver si se han cumplido las especificaciones. Ahora, la colonia robot a la que me mandaron inspeccionar, está prácticamente destruida. Tal y como la diseñaron no podía funcionar. No le era posible sobrevivir.

Huyghens gruñó. Caía la noche. Dio la vuelta a la carne del fuego.

—En casos de emergencia —dijo Bordman—, los colonos tienen derecho a

llamar a cualquier navío que pase por la vecindad en demanda de ayuda. ¡Naturalmente! Así que mi informe dirá que la colonia tal y como estaba planeada resultó impráctica y que se vio invadida y destruida, excepto los tres supervivientes que se fortificaron y emitieron la señal de socorro. ¡Bien sabe usted que lo hicieron!

—Siga —gruñó Huyghens.

—Y ocurrió que... ocurrió que... si no le importa... que una nave con usted, los osos y el águila, captó la llamada. Así que usted aterrizó para ayudar a los colonos. Ésa es la historia. Por tanto no es ilegal que usted se encuentre aquí. Era ilegal que estuviera usted ya aquí cuando se necesitó ayuda. Pero fingiremos que entonces usted aún no había venido.

Huyghens miró por encima del hombro a la noche que se consolidaba. Dijo:

—Ni yo mismo lograría creerlo aunque me lo contara mi padre. ¿Cree que lo creerá la Inspección?

—No son tontos —dijo Bordman con sequedad—. ¡Claro que no lo creerán! Pero cuando mi informe diga que por causa de esta inverosímil serie de acontecimientos se ha hecho factible la Colonización de este planeta, cuando antes no lo era, y cuando mi informe demuestre que una colonia robot sola es una soberana tontería, pero que con osos y hombres de su mundo además podrían reducirse tantos miles de colonos al año... Y, como de todas maneras, la mayor parte de eso es verdad...

Huyghens pareció estremecerse un poco al reflejo de las llamas.

—Mis informes tienen peso —insistió Bordman—. ¡De todas maneras se ofrecerá el asunto tal y como le digo! los organizadores de la colonia robot tendrán que estar de acuerdo o se verán obligados a arriar velas. Y su gente de usted puede hacerles aceptar las condiciones que se les antojen...

El temblor de Huyghens se hizo claramente perceptible. Se estaba carcajeando.

—Es usted un miserable embustero, Bordman —dijo—. No es inteligente ni razonable echar por la borda toda una vida de honradez sólo para sacarme de un apuro, ¿verdad? No ésta actuando como animal racional, Bordman. Pero ya me lo pensé que obraría así cuando llegara el momento.

Bordman se agitó.

—Es la única solución que veo factible —dijo—. De todos modos dará resultado.

—La acepto —contestó Huyghens sonriendo—. Con mi agradecimiento. Si al menos puede significar que unas cuantas generaciones más de hombres puedan vivir como tales en un planeta que va a necesitar de muchos esfuerzos para poderlo domesticar. Y... si quiere saberlo... porque así se impedirá que maten a Sourdough, a Sitka, a Nell y a Nugget por haberlos traído yo aquí ilegalmente.

Algo oprimió con fuerza la espalda de Bordman. Nugget, el oseño, se apretaba contra él en su deseo de acercarse más a la fragante y aromática carne asada. Avanzó. Bordman perdió el equilibrio en su asiento y cayó de espaldas al suelo. Quedó con las piernas abiertas. Nugget olisqueaba el aroma de la carne con deleite.

—Dele un azote —dijo Huyghens—. Así se retirará.

—¡No! —exclamó Bordman indignado desde donde estaba—. No lo haré. ¡Es mi amigo!

La cúpula

Fredric Brown

Kyle Braden permanecía sentado en su mullida butaca, contemplando el interruptor de la pared opuesta y preguntándose por millonésima vez (¿o sería por billonésima?) si estaba dispuesto a correr el riesgo de accionarlo. La millonésima o la billonésima vez en... aquella tarde haría treinta años.

Significaría probablemente la muerte, pero él no sabía bajo que forma. Desde luego, no sería una muerte atómica... todas las bombas se habrían utilizado ya hacía muchos años. Habían servido únicamente para destruir por completo la civilización. Para ese fin, había bombas de sobra. Y sus cuidadosos cálculos, realizados hacía treinta años, demostraban que tendría que transcurrir casi un siglo antes que el hombre consiguiese iniciar una nueva civilización... es decir, lo que quedase del hombre.

Mas, ¿qué ocurría en aquel momento, allá afuera, al otro lado del campo de fuerza en forma de cúpula que todavía le protegía de aquel horror? ¿Qué habría allí? ¿Hombres o bestias? ¿Y si la Humanidad se hubiese embrutecido totalmente, abandonando el terreno a otros animales menos malignos? No, la Humanidad había conseguido sobrevivir sin duda; únicamente debía de haber retrocedido. Y posiblemente el recuerdo del propio mal que se había infligido perduraría como una leyenda, para evitar que cometiese aquel tremendo error por segunda vez. Pero..., ¿bastaría para evitarlo, aunque el recuerdo de la catástrofe se conservase plenamente?

Treinta años, se dijo Braden. Suspiró ante el recuerdo de aquel lapso de tiempo que pareció interminable. Pero él había contado con todo lo necesario durante aquellos años, y la soledad era preferible a una muerte repentina. Más valía vivir solo que perecer..., morir allí afuera de alguna horrible manera.

Esto era lo que pensaba treinta años atrás, cuando él tenía treinta y siete. Y seguía pensando lo mismo en la actualidad, después de haber cumplido los sesenta y siete. No lamentaba en absoluto haber hecho lo que hizo. Pero se sentía cansado. Por millonésima vez (¿o sería billonésima?) se preguntó si no había llegado ya el momento de accionar aquel interruptor.

¿Y si allá afuera la Humanidad hubiese conseguido regresar a alguna sencilla forma de vida agrícola? Él podría ayudar a sus semejantes, darles cosas y consejos muy necesarios. Podría saborear, antes de ser verdaderamente viejo, su gratitud y la dicha de ayudar al prójimo.

Además, no quería morir sólo como un perro. Había vivido solo y había soportado bastante bien su soledad..., pero a la hora de la muerte necesitaba la

compañía de sus semejantes. Morir sólo allí dentro sería peor que perecer en manos de los nuevos bárbaros que esperaba encontrar en el exterior. Era hacerse demasiadas ilusiones suponer que sólo después de treinta años la Humanidad ya habría conseguido crear una cultura agraria.

Y aquel día sería el mejor para hacerlo. Se cumplían treinta años de su encierro voluntario, si sus cronómetros no mentían, lo cual era imposible. Esperaría unas cuantas horas para que fuese exactamente la misma fecha y la misma hora, treinta años hasta el último minuto. Sí, ocurriese lo que ocurriese, entonces lo haría. Hasta aquel momento, el carácter irrevocable que tendría la acción de pulsar el interruptor le había detenido cada vez que pensaba en hacerlo.

Si la cúpula de energía pudiese anularse para crearse de nuevo, le hubiera sido fácil tomar aquella decisión y lo habría intentado hacía ya mucho tiempo. Tal vez a los diez o quince años de la catástrofe. Pero se requería una energía tremenda para crear el campo de fuerzas, a pesar que bastaba con muy poca energía para mantenerlo. Cuando lo creó, todavía existía energía en grandes cantidades en el mundo.

Por supuesto, el propio campo había hecho que se interrumpiese la conexión — todas las conexiones— después que él lo creó, pero las fuentes de energía existentes en el interior del edificio habían bastado para atender a sus propias necesidades y suministrar la pequeña cantidad de energía requerida para mantener el campo.

Sí, se dijo de pronto con decisión, accionaría aquel interruptor cuando se cumpliesen exactamente treinta años. Treinta años eran demasiado tiempo para estar solo.

Él no había querido estar solo. Si Myra, su secretaria, no se hubiese ido cuando... pero lo hizo por enésima vez. ¿Por qué había demostrado ella tanta terquedad, tan ridícula terquedad, para desear compartir la suerte del resto de la Humanidad, para querer prestar ayuda a los que ya no la necesitaban? Y ella le amaba. Si no hubiese sido por aquella idea quijotesca, se hubiera casado con él. Tal vez él le explicó la verdad con demasiada crudeza y ella se impresionó. ¡Qué maravilloso hubiera sido que ella se hubiese quedado con él!

En parte, de ello tuvo la culpa que las noticias llegasen antes de lo que él esperaba. Cuando él apagó la radio aquella mañana fatídica, ya sabía que sólo quedaban unas cuantas horas. Oprimió el botón para llamar a Myra y ella entró, bella, fresca, serena. Se hubiera dicho que no escuchaba jamás los noticiarios ni leía los periódicos... que no sabía lo que estaba pasando.

—Siéntate, querida —le dijo él.

Los ojos de Myra se abrieron un poco, con asombro, ante aquella inesperada manera de dirigirle la palabra, pero se sentó graciosamente en la silla que siempre utilizaba para tomar notas al dictado. Enarboló su lápiz.

—No, Myra —dijo él—. Esto es un asunto personal... muy personal. Quiero pedirte que te cases conmigo.

Esta vez, ella abrió los ojos con verdadero asombro.

—Dr. Braden, ¿es que... bromea usted?

—No. Te aseguro que no. Sé que tengo algunos años más que tú, pero no muchos, supongo. Tengo treinta y siete cumplidos aunque parezco algo más viejo a consecuencia de lo mucho que he trabajado en mi vida. Y tú tienes... ¿Veintisiete, no es eso?

—Cumplí veintiocho la semana pasada. Pero no pensaba en la edad. Es que... verá. Si digo que me parece demasiado repentino, parecerá una frase común, pero es la verdad. Usted ni siquiera... —y sonrió con expresión traviesa— ni siquiera me ha acosado. Y usted es el primer hombre para el cual he trabajado que no lo ha hecho.

Braden le dirigió una sonrisa.

—Lo siento. No sabía que eso fuese necesario. Pero Myra, hablo en serio. ¿Quieres casarte conmigo?

Ella le miró con aire pensativo.

—Yo... no sé. Lo curioso es que... creo que estoy un poco enamorada de usted. No sé por qué he de estarlo. Usted siempre se ha portado de una manera muy fría, interesado únicamente en su trabajo. Nunca ha intentado besarme, ni siquiera me ha piropeado.

»Pero... la verdad es que no me gusta esta declaración tan repentina y poco... sentimental. ¿Por qué no me lo vuelve a preguntar dentro de unos días? Y entre tanto... no estaría demás que me dijese también que me ama. No le vendría mal.

—Te lo digo ahora, Myra. Perdóname. Pero al menos... no te opones a la idea... no me dices que no.

Ella denegó lentamente con la cabeza. Sus ojos, fijos en él, eran hermosísimos.

—Entonces, Myra, permíteme que te explique por qué me he declarado de una manera tan imprevista y repentina. En primer lugar, he estado trabajando desesperadamente contra el reloj. ¿Sabes en qué he estado trabajando?

—En algo relacionado con la defensa... En un... aparato. Y si no me equivoco, lo ha estado haciendo por su cuenta, sin apoyo del gobierno.

—Exactamente —dijo Braden—. En las altas esferas no aceptarían mis teorías... y casi todos mis colegas, los demás físicos, están en desacuerdo conmigo. Pero afortunadamente tengo —o mejor dicho, tenía— recursos particulares muy cuantiosos procedentes de unas patentes que registré hace algunos años, sobre aparatos electrónicos. Sí, he estado trabajando en una defensa contra las bombas atómicas y los ingenios termonucleares... una defensa contra todo, que será eficaz excepto en el caso que la Tierra se convierta en un pequeño sol. Un campo de fuerzas globular a través del cual nada, absolutamente nada, puede ingresar.

—Y usted...

—Sí, lo he creado. Está a punto de entrar en operación ahora mismo, en torno al edificio en que nos encontramos, permaneciendo activo mientras yo lo desee. Nada podrá atravesarlo aunque lo mantenga durante muchos años. Además, este edificio

está provisto de una tremenda cantidad de abastecimientos de toda clase. Hay incluso productos químicos y semillas para los cultivos hidropónicos. Tengo más que suficiente para que vivan aquí dos personas durante... durante toda una vida.

—Pero... supongo que entregará su invento al gobierno, ¿verdad? Si es una defensa contra las bombas de hidrógeno...

Braden frunció el ceño.

—Sí, lo es, pero por desgracia su valor militar es insignificante, por no decir nulo. Y los altos jefes del ejército lo saben. Tienes que saber, Myra, que la energía requerida para crear este campo de fuerzas aumenta en progresión geométrica con relación a su tamaño. El que rodea a este edificio tendrá veinticinco metros de diámetro... y cuando lo ponga en acción, la cantidad de energía requerida dejará probablemente a oscuras a todo Cleveland.

»Cubrir con una de estas cúpulas de energía aunque sólo fuese una pequeña aldea o un campamento militar, requeriría más energía eléctrica de la que consume toda el país en varias semanas. Y una vez cortado el suministro de energía para permitir que algo o alguien entrase o saliese, se requeriría la misma cantidad descomunal de energía para activarlo de nuevo.

»El único empleo concebible que podría hacer el gobierno de este invento sería precisamente el que intento hacer yo. Preservar la vida de una o dos personas, a lo sumo de algunos individuos... para que sobreviviesen al holocausto y la época de salvajismo y brutalidad subsiguiente. Y con excepción del que aquí existe, ya es demasiado tarde para establecer otro equipo similar en otro sitio.

—¿Demasiado tarde? ¿Por qué?

—No habría tiempo para construir la instalación. Querida, tenemos la guerra encima.

La joven palideció intensamente.

Braden prosiguió:

—Lo ha dicho la radio, hace unos minutos. Boston ha sido destruida por una bomba atómica. Se ha declarado la guerra. —Habló más de prisa—. Y tú sabes lo que esto significa y las consecuencias que acarreará. Voy a cerrar el interruptor que creará el campo y lo mantendré en vigor hasta que considere seguro abrirlo nuevamente. —No quiso impresionarla aún más diciéndole que no creía poder abrirlo en todo lo que les restaba de vida—. Ahora ya no podremos ayudar a nuestros semejantes... es demasiado tarde. Pero podemos salvarnos nosotros.

Suspiró antes de añadir:

—Siento tener que exponerte los hechos con tanta crudeza. Pero ahora ya sabes por qué lo hago. En realidad, no te pido que te cases conmigo ahora, si aún tienes algún escrúpulo. Sólo te pido que te quedes aquí hasta que tus últimos escrúpulos desaparezcan. Déjame decir y hacer las cosas que creo mi deber hacer y decirte.

»Hasta ahora —prosiguió sonriendo—, hasta ahora he trabajado tanto, tantas horas al día, que no he tenido tiempo de cortejarte. Pero ahora tendremos tiempo,

muchísimo tiempo... y quiero que sepas que te amo, Myra.

Ella se levantó de pronto. Como sin ver, casi a ciegas, se dirigió hacia la puerta.

—¡Myra! —la llamó él, dando la vuelta a la mesa para salir en su seguimiento. Al llegar al umbral, ella se volvió y le detuvo con un gesto. Tanto su semblante como su voz eran tranquilos.

—Tengo que irme, doctor. Estudié un curso de enfermería. Mis servicios pueden hacer falta.

—¡Pero, Myra, tú no sabes lo que va a suceder ahí fuera! Los hombres se convertirán en animales. Sufrirán la más horrible de las muertes. Escúchame, te quiero demasiado para permitir que te enfrentes con esto. ¡Quédate, te lo suplico!

De manera sorprendente, ella le sonrió.

—Adiós, doctor Braden. Es posible que yo también muera con el resto de los animales. Le autorizo a que me considere loca.

Y cerró la puerta tras ella. Él vio cómo se alejaba desde la ventana. Al terminar de descender la escalera, echó a correr por la acera.

En el cielo resonaba el rugido atronador de los reactores. «Probablemente son los nuestros», se dijo Braden. «Es demasiado pronto para que sean los otros». Aunque también podría ser el enemigo... que había llegado cruzando el Polo y el Canadá, a tan gran altura que los aparatos no habrían podido ser detectados, para descender en picada después de cruzar sobre el lago Erie, con Cleveland como uno de sus objetivos. Era posible que incluso estuviesen enterados de su existencia y de sus trabajos y, por ello, considerasen a Cleveland como un objetivo primordial. Echó a correr hacia el interruptor y lo accionó.

Frente a la ventana y a seis metros de ella, surgió un muro opaco y gris. Todos los sonidos procedentes del exterior cesaron. Él salió de la casa y contempló el extraño muro. Era la mitad visible de un hemisferio gris de doce metros de alto por veinticinco de ancho, suficiente para contener la casa de dos pisos, de forma casi cúbica, donde tenía su vivienda y sus laboratorios. Y él sabía además que se hundía a doce metros de profundidad en la tierra, para contemplar una esfera perfecta. Ningún agente exterior podría atravesarla, por poderoso que fuese; ninguna lombriz podría penetrar en ella por debajo.

Nada ni nadie la atravesaron durante treinta años.

«Tampoco fueron demasiado malos, aquellos treinta años», se dijo. Tenía sus libros... leyó y releyó sus obras favoritas hasta sabérselas casi de memoria. Continuó sus experimentos y, aunque durante los últimos siete años, desde que cumplió los sesenta, cada vez le habían interesado menos y había ido perdiendo su espíritu creador, consiguió realizar algunos pequeños descubrimientos.

Ninguno de ellos comparable con el campo de fuerzas o siquiera con sus inventos anteriores, pero le faltaba incentivo. Había poquísimas probabilidades que lo que inventase fuese de utilidad para él o para alguien. ¿Le serviría un adelanto en electrónica a un salvaje que ni siquiera sabría cómo manejar un sencillo aparato de

radio y mucho menos construirlo?

En fin, había tenido cosas más que suficientes para mantenerle ocupado y con ello salvar su razón, aunque no su felicidad.

Se dirigió hacia la ventana y contempló la muralla gris e impalpable que se alzaba a seis metros de distancia. Si pudiese bajarla un momento para levantarla de nuevo una vez hubiese distinguido lo que había al otro lado... Pero una vez bajada, lo sería para siempre.

Volvió junto al interruptor y se puso a mirarlo. De pronto se abalanzó sobre él y lo desactivó. Regresó lentamente a la ventana y poco a poco fue avivando el paso, hasta que por último casi corrió hacia ella. La muralla gris había desaparecido y lo que vio más allá de donde estaba era absolutamente increíble.

No era el Cleveland que él había conocido, sino una hermosa ciudad, una nueva ciudad. Lo que antes era una calle estrecha se había convertido en una amplia avenida. Las casa, los edificios, eran limpios y bellos, y su estilo arquitectónico le era desconocido. Los árboles, el césped, todo estaba bien cuidado. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo era posible? Era inadmisibile que después de una guerra atómica la Humanidad se hubiese recuperado tan de prisa para realizar tan gigantescos progresos. O bien toda la Sociología se equivocaba de medio a medio.

¿Y dónde estaban los habitantes de aquella ciudad? Como en respuesta a esta muda pregunta, un automóvil cruzó ante él. ¿Un automóvil? Era distinto a todos los que él conoció. Mucho más rápido, de líneas mucho más esbeltas, extraordinariamente manejable... apenas parecía tocar el suelo, como si utilizase la antigravedad para anular su peso, mientras unos giróscopos lo estabilizaban. En él iba una pareja, el hombre sentado al volante. Era joven y apuesto y su compañera también joven y hermosa.

Se volvieron para mirar hacia él y de pronto el joven detuvo el vehículo, frenando casi en seco, a pesar que iban a una velocidad considerable. «Naturalmente», se dijo Braden, «no es la primera vez que pasan por aquí y estaban acostumbrados a la presencia de la cúpula gris. Y ahora se dan cuenta que ha desaparecido». El coche se puso de nuevo en movimiento. Braden supuso que iban a avisar a alguien.

Se acercó a la puerta y salió a la hermosa avenida. Una vez en el exterior comprendió la razón que se viesan tan pocas personas y que hubiese tan poco tráfico. Sus cronómetros no habían funcionado bien. En aquellos treinta años se habían parado con frecuencia. Era muy temprano y por la posición del Sol dedujo que serían entre las seis y siete de la mañana.

Comenzó a caminar. Si se quedaba allí, en la casa donde había permanecido durante treinta años bajo la cúpula, no tardaría en venir alguien cuando la pareja que le había visto difundiese la noticia. Desde luego, los que viniesen le explicarían lo que había ocurrido, pero él quería averiguarlo por sí mismo, para irlo descubriendo gradualmente.

Comenzó a caminar, sin cruzarse con nadie. Aquel barrio se había convertido en

una hermosa zona residencial y era muy temprano. Distinguió algunas personas a lo lejos. Vestían de una manera diferente a la suya, pero no lo bastante para que su atuendo despertase una curiosidad inmediata. Vio algunos de aquellos vehículos extraordinarios, pero ninguno de sus ocupantes le hizo caso. Iban a una velocidad increíble.

Por último, llegó a una tienda que estaba abierta. Entró en ella, ya tan consumido por la curiosidad que no podía esperar más. Un joven de cabello rizado arreglaba objetos detrás del mostrador. Miró a Braden con expresión sorprendida e incrédula, y luego le preguntó cortésmente:

—¿En qué puedo servirle, señor?

—Le ruego que no me tome por un loco. Más tarde le explicaré. Contésteme esto: ¿Qué ocurrió hace treinta años? ¿No hubo una guerra atómica?

Los ojos del joven se iluminaron.

—Claro, usted debe de ser el hombre que ha permanecido encerrado en la cúpula. Esto explica por qué usted...

Se interrumpió con embarazo.

—Sí —dijo Braden—. Yo estaba bajo la cúpula. Pero... ¿Qué pasó? ¿Qué pasó después de la destrucción de Boston?

—Vinieron astronaves, señor. La destrucción de Boston fue accidental. Vino una flota de naves desde Aldebarán. Una raza mucho más adelantada que nosotros pero animada de benévolas intenciones. Vinieron para hacernos ingresar a la Unión y para ayudarnos. Por desgracia una de sus naves cayó —precisamente sobre Boston— y el motor atómico que le suministraba la energía explotó, matando a un millón de personas. Pero a las pocas horas aterrizaron centenares de otras naves y los extraterrestres nos explicaron lo sucedido y nos presentaron sus excusas... con lo que se consiguió evitar la guerra, por muy poco. Las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos ya iniciaban su ataque, pero se consiguió hacer regresar a nuestros aviones.

Braden preguntó con voz ronca:

—Entonces, ¿no hubo guerra?

—En absoluto. La guerra es algo que pertenece al pasado más tenebroso, gracias a la Unión Galáctica. Ni siquiera existen actualmente gobiernos nacionales que puedan declararla. La guerra es imposible. Y nuestro progreso, con la ayuda de la Unión, ha sido tremendo. Hemos colonizado Marte y Venus; estaban deshabitados y la Unión nos lo asignó a nosotros, para que pudiésemos realizar obra de expansión. Pero Marte y Venus ya no son más que los suburbios. Viajamos a las estrellas. Incluso hemos...

Hizo una pausa al ver que Braden se aferraba al borde del mostrador, como si fuese a caerse. Se había perdido todo aquello. Había permanecido treinta años enclaustrado y a la sazón ya era un viejo.

Preguntó entonces:

—Incluso tienen..., ¿qué?

Algo en su interior le dijo que ya sabía lo que iba a venir y apenas escuchó su voz al formular la pregunta.

—Verá usted, no somos inmortales, pero poco nos falta. Nuestra vida se cuenta por siglos. Hace treinta años, yo debía tener su edad en aquella época. Pero... lamento que usted lo perdiese, señor. Los procedimientos que empleaba la Unión sólo servían a seres humanos que no hubiesen sobrepasado la madurez; es decir, que a lo más tuviesen cincuenta años. Y usted debe de tener...

—Sesenta y siete —respondió Braden secamente—. Muchas gracias por sus informaciones..., joven.

Sí, se lo había perdido todo. El viaje a las estrellas..., hubiera dado todo cuanto poseía por efectuarlo, pero ahora ya no le interesaba. Y había perdido también a Myra.

Hubiera podido ser suya y ambos gozarían aún de una juventud casi perpetua.

Salió de la tienda y dirigió sus pasos hacia la casa que había estado cubierta con la cúpula. Probablemente ya estarían esperándole allí. Y tal vez le proporcionarían la única cosa que pensaba pedirles: energía para restablecer el campo de fuerzas, con el fin de terminar lo que le restaba de vida bajo la cúpula. Sí, lo único que ahora deseaba era lo que antes menos había ambicionado... morir como había vivido: es decir, solo.

Terrestres portadores de presentes

Fredric Brown

Dhar Ry meditaba a solas, sentado en su habitación.

Desde el exterior le llegó una onda de pensamiento equivalente a una llamada. Dirigió una simple mirada a la puerta y la hizo abrirse.

—Entra, amigo mío —dijo—. Podría haberle hecho esta invitación por telepatía, pero, estando a solas, las palabras resultaban mas afectuosas.

Ejon Khee entró.

—Estas levantado todavía y es tarde.

—Si, Khee, dentro de una hora debe aterrizar el cohete de la Tierra y deseo verlo.

Ya se que aterrizara a unas mil millas de distancia, si los cálculos terrestres son correctos. Pero aún cuando fuese dos veces mas lejos, el resplandor de la explosión atómica seguir siendo visible.

He esperado mucho este primer contacto. Aunque no venga ningún terrícola en ese cohete, para ellos será el primer contacto con nosotros. Es cierto que nuestros equipos de telepatía han estado leyendo sus pensamientos durante muchos siglos, pero este ser el primer contacto físico entre Marte y la Tierra.

Khee se acomodó en el escabel.

—En efecto —dijo—. Últimamente no he seguido las informaciones con detalle. ¿Porque utilizan una cabeza atómica? Se que suponen que nuestro planeta esta deshabitado, pero aun así...

—Observan el resplandor a través de sus telescopios para obtener... ¿Como lo llaman? un análisis espectroscópico. Eso les dirá mas de lo que saben ahora (o creen saber, ya que mucho es erróneo) sobre la atmósfera de nuestro planeta y de la composición de su superficie. Es como una prueba de puntería, Khee. Estarán aquí en persona dentro de unas conjunciones de nuestros planetas. Y entonces...

Marte se mantenía a la espera de la Tierra. Es decir, lo que quedaba: Una pequeña ciudad de unos novecientos habitantes. La civilización marciana era mas antigua que la de la Tierra, pero había llegado a su ocaso y esa ciudad y sus pobladores eran sus últimos vestigios. Deseaban que la Tierra entrara en contacto con ellos por razones interesadas y desinteresadas al mismo tiempo.

La civilización de Marte se había desarrollado en una dirección totalmente diferente a la terrestre. No había alcanzado ningún conocimiento importante en ciencias físicas ni en tecnología. En cambio, las ciencias sociales se perfeccionaron hasta tal punto que en cincuenta mil años no se había registrado un solo crimen ni producido mas de una guerra. Habían también experimentado un gran desarrollo en

las ciencias parasicológicas, que la Tierra apenas empezaba a descubrir.

Marte podía enseñar mucho a la Tierra. Para empezar, la manera de evitar el crimen y la guerra. Después de estas cosas tan sencillas, seguían la telepatía, la telekinesis, la empatía...

Los marcianos confiaban que la tierra les enseñara algo de mas valor entre ellos: restaurar y rehabilitar un planeta agonizante, de modo que una raza a punto de desaparecer pudiera revivir y multiplicarse de nuevo.

Los dos planetas ganarían mucho y no perderían nada.

Y esa noche era cuando la Tierra haría su primera diana en Marte. Su próximo disparo, un cohete con uno o varios tripulantes, tendría lugar en la próxima conjunción, es decir, a dos años terrestres o cuatro marcianos. Los marcianos lo sabían, porque sus equipos telepáticos podían captar los suficientes pensamientos de los terrícolas como para conocer sus planes.

Desgraciadamente a tal distancia la comunicación era unilateral. Marte no podía pedir de la Tierra que acelerase su programa, ni informar a sus científicos acerca de la composición de la atmósfera de Marte, objetivo de ese primer lanzamiento.

Aquella noche, Ry, el jefe (traducción mas cercana de la palabra marciana), y Khee, su ayudante administrativo y amigo mas íntimo, se hallaban sentados y meditando hasta que se acerco la hora. Brindaron entonces por el futuro con una bebida mentolada, que producía a los marcianos el mismo efecto que el alcohol a los terrícolas y subieron a la terraza.

Dirigieron su vista al norte, en la dirección donde debía aterrizar el cohete. Las estrellas brillaban en la atmósfera.

En el observatorio número 1 de la luna terrestre, Rog Everett, mirando por el ocular del telescopio de servicio, exclamo triunfante:

—¡Explotó Willie! Cuando se revelen las películas, sabremos el resultado de nuestro impacto en este viejo planeta Marte.

Se incorporo, pues de momento no hacía mas que observar y estrechó la mano de Willie Sanger. Era un momento histórico.

—Espero que el cohete no haya matado a nadie. A ningún marciano, quiero decir, Rog. ¿Habrá hecho impacto en el centro inerte de la Gran Syrte?

—Muy cerca, en todo caso. Yo diría que a unas mil millas al sur. Y eso es puntería para un disparo a cincuenta millones de millas de distancia... ¿Willie crees que habrá marcianos?

Willie lo pensó un segundo y respondió:

—No.

Tenía razón.

Un hombre distinguido

Fredric Brown

Se llamaba Hanley, Al Hanley, y al mirarle nadie hubiera pensado que iba a ser tan importante. Y de haber conocido la historia de su vida hasta el momento en que llegaron los Darianos, nadie hubiera sospechado lo agradecido que iban a estar una vez leído este relato a Al Hanley.

En aquel momento daba la casualidad de que Hanley estaba borracho. Y no es que el hecho fuera anormal: llevaba una larga temporada borracho, y se proponía continuar en aquel estado, a pesar de que se había convertido en una empresa difícil. Se había quedado sin dinero, y sin amigos que pudieran prestárselo. Había agotado también su lista de conocidos.

Se encontraba en la penosa condición de tener que andar varias millas para visitar a alguien a quien conocía muy superficialmente y tratar de obtener un préstamo de un dólar... o de veinticinco centavos. La larga caminata desvanecería los efectos del último trago. Bueno, no del todo, de modo que se hallaba en el estado de Alicia cuando estaba con la Reina Roja y tenía que correr todo lo que podía para permanecer en el mismo lugar.

Y mendigar a los desconocidos no era aconsejable, ya que los polizontes podían echarle el guante y obligarle a pasar una noche de sed en el calabozo, lo cual hubiera sido mucho peor. Se encontraba en aquella fase del alcoholismo en que pasar doce horas sin beber significaba enfrentarse con todos los horrores del infierno, en forma de delirium tremens.

El delirium tremens son simples alucinaciones. Si uno es listo, sabe que no existen. A veces incluso resultan una compañía agradable, si se es aficionado a esa clase de cosas. Circunstancia que no se daba en Hanley. Se presentan cuando un hombre que ha estado borracho durante una larga temporada, se ve repentinamente privado de la bebida por un prolongado período, como cuando está en la cárcel, por ejemplo.

El pensar en ellas mantenía a Hanley en un estado de sacudimiento. Sacudiendo específicamente la mano de un antiguo amigo, un amigo íntimo al cual sólo había visto unas cuantas veces en toda su vida, y en circunstancias no demasiado favorables. El nombre del amigo era Kid Eggleston, y se trataba de un robusto aunque maltrecho ex boxeador, que recientemente había sido el matón de una taberna, donde Hanley le había conocido, naturalmente.

Pero no necesitamos concentrarnos en recordar su nombre ni su historia, porque no va a durar mucho en lo que respecta a este relato. En realidad, dentro de un minuto

y medio, exactamente, va a gritar, y luego se desmayará y no oiremos hablar más de él.

Pero, de camino, permítanme mencionar que si Kid Eggleston no hubiera gritado ni se hubiera desmayado, ustedes no estarían ahora leyendo este relato. Estarían, quizás, cavando en una mina, bajo un sol verduoso, en el extremo más apartado de la galaxia. No creo que la perspectiva les entusiasme, de modo que no olviden que fue Hanley quien les salvó y continúa salvándoles de ella. No sean demasiado duros con él. Si Tres y Nueve se hubieran llevado a Kid, las cosas serían muy distintas.

Tres y Nueve procedían del planeta Dar, que es el segundo (y único habitable) planeta de la anteriormente citada estrella verde situada en el extremo más apartado de la galaxia. Tres y Nueve no eran, desde luego, sus nombres completos. Los nombres Darianos son números, y el nombre completo de Tres era 389057792869223. O por lo menos, ésa sería su traducción al sistema decimal.

Estoy seguro de que ustedes me perdonarán por mencionarles simplemente como Tres y Nueve. Ellos no me lo perdonarían. Un Dariano siempre se dirige a otro citando su número completo, y cualquier abreviación es, no sólo descortés, sino insultante. Pero los Darianos viven mucho más tiempo que nosotros. Por lo tanto, pueden permitirse el lujo de malgastarlo, cosa que yo no puedo hacer.

En el momento en que Hanley sacudía la mano de Kid, Tres y Nueve estaban aún a cosa de una milla de distancia, midiendo de abajo arriba. No iban en un avión, ni siquiera en una nave espacial (Y, desde luego, tampoco en un platillo volante. Naturalmente que sé lo que son los platillos volantes, pero pregúntenme por ellos en otro momento. Ahora tengo que ocuparme de los Darianos). Iban en un dado espacio-tiempo.

Supongo que tendré que explicar esto. Los Darianos habían descubierto —como nosotros podemos descubrir algún día— que Einstein tenía razón. La materia no puede viajar a una velocidad superior a la de la luz sin convertirse en energía. Y a ustedes no les gustaría convertirse en energía, ¿verdad? Lo mismo les ocurría a los Darianos cuando iniciaron sus exploraciones a través de la galaxia.

De modo que llegaron a la conclusión de que se puede viajar a una velocidad superior a la de la luz, si se viaja simultáneamente a través del tiempo. Es decir, a través del continuo espacio-tiempo, más bien que a través del espacio en si. Su trayecto desde Dar cubría una distancia de 163.000 años luz.

Pero, dado que simultáneamente hablan retrocedido 1.630 siglos, el tiempo transcurrido para ellos durante el viaje había sido cero. En su viaje de regreso habían recorrido 1.630 siglos hacia el futuro, y llegaron a su punto de partida en el continuo espacio-tiempo. Espero que comprendan lo que quiero decir.

De cualquier modo, allí estaba su dado, invisible para los terrestres, una milla encima de Filadelfia (Y no me pregunten por qué escogieron precisamente Filadelfia: no comprendo que a alguien se le ocurra escoger Filadelfia para nada). Había estado posado allí durante cuatro días, mientras Tres y Nueve recogían y estudiaban las

emisiones de radio, hasta que fueron capaces de comprender y hablar nuestro idioma.

Desde luego, no aprendieron absolutamente nada acerca de nuestra civilización, ni de nuestras costumbres. ¿Imaginan ustedes la posibilidad de trazar un cuadro de la vida de los habitantes de la Tierra, escuchando una mezcla de concursos de lo toma o lo deja, caldos concentrados, Charles Mac Carthy y las Lágrimas de Una Madre?

Y no es que a ellos les importara cómo era nuestra civilización, mientras no fuera lo bastante desarrollada como para representar una amenaza para ellos... cosa de la que quedaron convencidos al cabo de cuatro días. No puede reprochárseles que obtuvieran esa impresión, que al fin y al cabo era correcta.

—¿Bajamos? —le preguntó Tres a Nueve.

—Sí, le dijo Nueve a Tres.

Tres se enroscó alrededor de los mandos.

—... desde luego que le vi boxear —estaba diciendo Hanley—. Y era usted muy bueno, Kid. Su manager debía de ser muy malo, pues no encuentro otra explicación al hecho de que no llegara usted a la cumbre. Tenía usted clase. ¿Qué le parece si vamos a echar un trago?

—¿Paga usted o yo, Hanley?

—Bueno, en estos momentos ando un poco escaso de fondos, Kid. Pero necesito un trago. En recuerdo de los viejos tiempos...

—Usted necesita un trago como yo un agujero en la cabeza. Está como una cuba, y será mejor que deje la bebida antes de que el delirium tremens...

—Creo que ya se ha presentado —le interrumpió Hanley—. Mire quién hay detrás de usted.

Kid Eggleston volvió la cabeza y miró. Gritó y se desmayó. Tres y Nueve estaban acercándose. Más allá veíase un monstruoso dado, de veinte pies de longitud. Mejor dicho, había el perfil de un dado. Su modo de estar allí y, sin embargo, de no estar allí, resultaba algo intranquilizador. Aquello debía de ser lo que asustó a Kid.

Porque en Tres y Nueve no había nada que pudiera infundir temor. Eran vermiformes, de unos quince pies de longitud (completamente extendidos) y de un pie de espesor, aproximadamente, en el centro, terminando en punta por ambos lados. Eran de un agradable color azul pálido, y no poseían ningún órgano sensorial visible, de modo que no podía saberse donde empezaban y donde terminaban... lo cual no importaba demasiado, a fin de cuentas, porque los dos extremos eran exactamente iguales.

Y, a pesar de que estaban avanzando hacia Hanley y hacia el ahora yaciente Kid, no tenían lo que podía corresponder a una cabeza y lo que podía corresponder a unos pies. Avanzaban flotando y en su posición normal: enroscados.

—Hola, muchachos —dijo Hanley—. Habéis asustado a mi amigo, maldita sea. Y en el preciso instante en que se disponía a invitarme a un trago. De modo que me debéis uno.

—Reacción ilógica —le dijo Tres a Nueve—. Éste es un ejemplar de otra clase.

¿Nos los llevamos a los dos?

—No. El otro, aunque de mayor tamaño, es más debilucho, evidentemente. Y un ejemplar será suficiente. Vamos.

Hanley retrocedió un par de pasos.

—Si vais a invitarme a un trago, de acuerdo. De no ser así, quiero saber adónde vamos.

—A Dar.

—¿Quieres decir qué habéis venido aquí desde Dar? Mira, muchacho, mi menda no irá a ninguna parte hasta que aflojéis la mosca y me paguéis un par de chatos.

—¿Has entendido algo? —le preguntó Nueve a Tres. Tres agitó negativamente uno de sus extremos—. ¿Nos lo llevamos a la fuerza?

—No es necesario, si viene voluntariamente. ¿Quieres entrar voluntariamente en el dado, criatura?

—¿Hay algo de beber dentro?

—Sí. Entra, por favor.

Hanley se dirigió hacia el dado y entró. No es que creyera que estaba realmente allí, desde luego, pero, ¿qué tenía que perder? Cuando se presentan las alucinaciones, es mejor seguirles la corriente. El dado era sólido, y no amorfo, ni siquiera transparente, desde el interior. Tres se enroscó alrededor de los mandos y manipuló cuidadosamente unos delicados mecanismos con ambos extremos.

—Estamos en el intraespacio —le dijo a Nueve—. Sugiero que nos quedemos aquí hasta que hayamos estudiado este ejemplar y podamos informar si es apto para nuestros propósitos.

—¡Eh, muchachos! ¿Qué hay de ese trago?

Hanley estaba empezando a preocuparse. Sus manos temblaban, y las arañas estaban deslizándose a lo largo de su espina dorsal.

—Parece que está sufriendo —dijo Nueve—. Tal vez tiene hambre, o sed. ¿Qué es lo que beben esas criaturas? ¿Peróxido de hidrógeno, como nosotros?

—La mayor parte de la superficie de su planeta parece estar cubierta de agua, abundante en cloruro sódico. Podemos sintetizar un poco...

Hanley aulló:

—¡No! Ni siquiera agua sin sal. ¡Necesito whisky!

—Analizaremos su metabolismo —dijo Tres—. Con el intrafluoroscopio, puedo hacerlo en un segundo.

Se desenroscó de los mandos y se acercó a un extraño aparato. Parpadearon unas luces.

Tres dijo:

—¡Qué raro! Su metabolismo depende de $C_2 H_2 OH$.

—¿ $C_2 H_2 OH$?

—Si. Alcohol... al menos, básicamente. Con cierta dilución de H_2O y sin el cloruro sódico presente en sus mares, así como cantidades fabulosamente menores de

otros ingredientes. Eso parece ser lo único que ha consumido durante un período bastante largo. Se encuentra en una proporción de 24% en su corriente sanguínea y en su cerebro. Todo su metabolismo parece estar basado en ello.

—Muchachos —suplicó Hanley—. Me estoy muriendo por un trago. ¿Qué os parece si suspendéis la conferencia y me dais algo de beber?

—Un momento, por favor —dijo Nueve—. Voy a preparar lo que necesitas. Déjame utilizar los nonios en el intrafluoscopio, y añadir el psicómetro.

Parpadearon más luces, y Nueve se dirigió a un rincón del dado que era un laboratorio. Cuando regresó no había transcurrido un minuto. Llevaba una especie de cubilete lleno hasta la mitad de un líquido ambarino.

Hanley lo olió, luego bebió. Suspiró profundamente.

—Estoy muerto —dijo—, esto es licor irlandés, el néctar de los dioses. No existe otra bebida como ésta.

Bebió ávidamente, y el líquido ni siquiera quemó su garganta.

—¿Qué es eso, Nueve? —preguntó Tres.

—Una fórmula muy complicada, adaptada a sus exactas necesidades. Cincuenta por ciento de alcohol, cuarenta y cinco por ciento de agua. Los restantes ingredientes, sin embargo, son considerables en número; incluyen todas las vitaminas y minerales que su sistema precisa, en proporción adecuada y todos insípidos. Además, otros ingredientes en cantidades minúsculas para mejorar el sabor... de acuerdo con sus gustos. A nosotros nos sabría horriblemente, en el supuesto de que pudiéramos beber alcohol o agua.

Hanley suspiró y bebió largamente. Se tambaleó un poco. Luego miró a Tres y sonrió.

—Ahora sé que no estás ahí —dijo.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Nueve a Tres.

—Sus procesos mentales parecen completamente ilógicos. Dudo de que su especie sirva para la esclavitud. Pero tenemos que asegurarnos, desde luego. ¿Cuál es tu nombre, criatura?

—¿Qué importa el nombre, camarada? —preguntó Hanley—. Llámame como quieras. Vosotros sois mis mejores amigos. Llevadme donde queráis. Con tal de que me aviséis cuando llegemos a Dar...

Bebió largamente y se tumbó en el suelo. Unos extraños sonidos surgieron de él, pero ni Tres ni Nueve pudieron identificarlos como palabras. Sonaban aproximadamente así: Zzzzzz, glup... Zzzzzz, glup.

Le sacudieron, tratando de despertarle, pero fracasaron en el intento.

Le observaron, sometiéndole a todas las pruebas que su estado permitía. Hanley no se despertó hasta unas horas después. Se sentó y miró a los dos Darianos. Dijo:

—No lo creo. No estáis aquí. Por el amor de Dios, dadme otro trago, de prisa.

Le dieron el cubilete: Nueve había vuelto a llenarlo. Hanley bebió. Cerró los ojos. Dijo:

—No me despertéis.

—Pero, si estás despierto...

—Entonces, no dejéis que me duerma. Esto es pura ambrosía... la bebida de los dioses.

—¿Quiénes son los dioses?

—Ya no hay. Pero esto es lo que bebían. En el Olimpo.

Tres dijo:

—Procesos mentales completamente ilógicos.

Hanley alzó el cubilete. Dijo:

—Aquí es aquí, y Dar es Dar, amigos —Bebió.

—¿Qué sabe usted acerca de Dar? —preguntó Tres.

—Dar no tiene las cosas que tenéis vosotros. A vuestra salud, muchachos.

Bebió de nuevo.

—Demasiado estúpido para ser adiestrado para algo que no sea un trabajo físico —dijo Tres—. Pero, si tiene el vigor suficiente, tal vez podamos recomendar una incursión a este planeta. Tiene de tres a cuatro mil millones de habitantes. Y nosotros podemos utilizar el trabajo manual: tres o cuatro mil millones de esas criaturas nos ayudarían considerablemente.

—¡Hurra! —dijo Hanley.

—No parece coordinar bien —dijo Tres pensativamente—, Pero quizás su vigor físico es considerable. Criatura, ¿cómo debemos llamarte?

—Llamadme Al, muchachos.

Hanley se estaba poniendo en pie.

—¿Es ése tu nombre, o el de tu especie?

Hanley se recostó contra la pared y meditó unos instantes.

—El de la especie —dijo—. ¡Un momento! Voy a decirlo en latín.

La dijo en latín.

—Deseamos comprobar tu vigor. Corre arriba y abajo de uno a otro lado de este dado, hasta que te canses. Deja, yo sostendré el cubilete con tu alimento.

Cogió el cubilete de manos de Hanley. Hanley se resistió a soltarlo.

—Un trago más —dijo—. Sólo un traguito más, y correré para ti. Correré para el presidente.

—Tal vez lo necesite —dijo Tres—. Dale un poco más, Nueve.

Podía ser el último trago por una temporada, de modo que Hanley lo aprovechó bien. Luego contempló alegremente a los cuatro Darianos que le estaban mirando. Dijo:

—Os veré en las carreras, muchachos. A todos. Y, apostad por mí. Ganador y colocado. ¿Otro traguito, primero?

Le dieron otro traguito... esta vez realmente corto: menos de dos onzas.

—Basta —dijo Tres—. Ahora, corre.

Hanley dio un par de pasos y cayó de bruces. Dio media vuelta sobre sí mismo y

se quedó tendido en el suelo, con una beatífica sonrisa en el rostro.

—¡Increíble! —dijo Tres—. Tal vez trata de engañarnos. Vamos a comprobarlo, Nueve.

Nueve lo comprobó.

—¡Increíble! —dijo—. Realmente increíble que después de un esfuerzo tan pequeño esté inconsciente... inconsciente hasta el punto de ser insensible al dolor. Y no está fingiendo. Su tipo es completamente inútil para Dar. Ajusta los mandos y enviaremos un informe. Nos lo llevaremos, de acuerdo con nuestras instrucciones complementarias, como un ejemplar para el parque zoológico. Físicamente, es el ejemplar más raro que hemos descubierto en cualquiera de los varios millones de planetas.

Tres se enroscó en los controles y utilizó sus dos extremos para manipular mecanismos. Transcurrieron ciento sesenta y tres mil años luz y 1.630 siglos, ajustándose de un modo tan absoluto y perfecto que ni el tiempo ni la distancia parecieron haber sido cruzados.

En la capital de Dar, la cual gobierna a millares de planetas útiles, y ha visitado millones de planetas inútiles —como la Tierra—, Al Hanley ocupa una gran jaula de cristal en un lugar de honor, como ejemplar realmente asombroso.

En el centro de la jaula hay una balsa, de la cual bebe a menudo y en la cual se le ha visto bañarse. La balsa está siempre llena de un brebaje delicioso, que es en relación con el mejor whisky de la Tierra, lo que el mejor whisky de la Tierra es en relación con la ginebra de tina elaborada en una tina sucia. Además, está reforzado —sin que afecte a su sabor— con todas las vitaminas y minerales que el metabolismo de Hanley necesita.

No produce resaca ni otras desagradables consecuencias. Es una bebida tan deliciosa para Hanley como la constitución de Hanley para los visitantes del zoo, los cuales le contemplan admirados y luego leen el cartel colgado de su jaula, encabezado por el nombre de su especie en latín... tal como Hanley se la reveló a Tres y a Nueve.

ALCOHOLICUS ANONYMOUS

Vive a base de una dieta de C2 H2 OH, ligeramente reforzada con vitaminas y minerales. Ocasionalmente brillante, pero completamente ilógico. Carece de vigor: sólo puede dar unos cuantos pasos sin caerse. Carece de todo valor comercial, pero es un fascinante ejemplar de la más extraña de las formas de vida descubiertas hasta ahora en la Galaxia. Procede del Planeta 3, del Sol JX647-HG908.

Tan raro, en realidad, que le han sometido a un tratamiento que le hace prácticamente inmortal. Y es bueno que sea así, porque es un ejemplar zoológico tan interesante, que si algún día muere, los Darianos tendrían que

bajar a la Tierra en busca de otro. Y podría suceder que tropezaran con usted o conmigo... y que diera la casualidad de que usted o yo, según el caso, estuviéramos sobrios. Y esto sería terrible para todos nosotros.

Un lugar de los dioses

Stephen Vincent Benet

El Norte, el Oeste y el Sur son buenos terrenos de caza, pero está prohibido ir al Este. Está prohibido ir a cualquiera de los Lugares Muertos excepto para buscar metal, y en tales casos el que toca el metal tiene que ser un sacerdote o el hijo de un sacerdote. Después, el hombre y el metal tienen que ser purificados. Ésas son las normas y las leyes; y están bien hechas. Está prohibido cruzar el gran río y contemplar el lugar que fue el Lugar de los Dioses. Está severamente prohibido. Ni siquiera podemos pronunciar su nombre. Allí es donde moran los espíritus, y los demonios. Allí se encuentran las cenizas del Gran Incendio. Esas cosas están prohibidas; han estado prohibidas desde el principio de los tiempos.

Mi padre es un sacerdote. Por tanto, yo soy el hijo de un sacerdote. He estado en los Lugares Muertos con mi padre. Al principio, estaba asustado. Cuando mi padre entró en la casa en busca de metal, me quedé de pie junto a la puerta, sintiéndome débil y pequeño. Era la casa de un hombre muerto, la casa de un espíritu. No tenía el olor del hombre, aunque en un rincón había huesos humanos. Pero el hijo de un sacerdote no puede dar muestras de temor. Contemplé los huesos en la sombra y mantuve mi voz firme.

Luego salió mi padre con el metal: un trozo grande, impresionante. Mi padre me miró con los dos ojos, pero yo no eché a correr. Me dio el metal para que lo sostuviera. Lo cogí y continué viviendo. De modo que mi padre supo que yo era realmente su hijo y que cuando me llegara la hora sería un sacerdote. Eso fue cuando yo era muy joven. Sin embargo, mis hermanos no lo habían hecho, aunque eran buenos cazadores. A partir de entonces, me cedieron el mejor trozo de carne y el rincón más caliente junto al fuego. Mi padre velaba por mí; estaba muy contento porque sería un sacerdote. Pero cuando fanfarroneaba o lloraba sin motivo, me castigaba con más severidad que a mis hermanos. Y era justo que lo hiciera.

Pasado un tiempo, recibí autorización para ir a las casas muertas en busca de metal. De modo que aprendí cómo eran aquellas casas, y los huesos dejaron de asustarme. Los huesos son ligeros y viejos; a veces se deshacen en polvo si los toco. Pero esto es un gran pecado.

Aprendí los cánticos y los sortilegios. Me enseñaron a contener la sangre de una herida, y muchos secretos. Un sacerdote tiene que saber muchos secretos: eso era lo que mi padre decía. Si los cazadores creen que lo sabemos todo acerca de los cánticos y los sortilegios, pueden creerlo; no les perjudica. Me enseñaron a leer libros antiguos y a escribir la antigua escritura. Era difícil y me costó mucho aprenderlo. Mis

conocimientos me hacían feliz; eran como fuego en mi corazón. Lo que más me gustaba era oír hablar de los Tiempos Antiguos y las historias de los dioses. Me hacía a mí mismo muchas preguntas que no podía contestarme, pero el formularlas era bueno. Por la noche, me gustaba permanecer despierto y escuchar el ruido del viento. Me parecía la voz de los dioses mientras volaban a través del aire.

Nosotros no somos ignorantes como el Pueblo de los Bosques. Nuestras mujeres hilan la lana en la rueca, y nuestros sacerdotes llevan túnicas blancas. Nosotros no comemos raíces, ni hemos olvidado la antigua escritura, aunque es muy difícil de comprender. Sin embargo, mis conocimientos y mi falta de conocimientos ardían en mí. Deseaba saber más. Cuando, al fin, fui un hombre, me dirigí a mi padre y le dije:

—Ha llegado el momento de que emprenda mi viaje. Dame tu permiso.

Me miró durante largo rato, acariciándose la barba, antes de contestar:

—Sí, ha llegado el momento.

Aquella noche, en la casa del sacerdocio, pedí y recibí la purificación. El cuerpo me dolió, pero mi espíritu era una roca fría. Mi propio padre me interrogó acerca de mis sueños.

Me ordenó mirar el humo del fuego y ver. Vi, y dije lo que vi. Era lo que siempre había visto: un río y, más allá del río, un gran Lugar Muerto, por el que paseaban los dioses. Siempre había pensado en eso. Los ojos de mi padre tenían una expresión severa cuando se lo dije; ya no era mi padre, sino un sacerdote. Dijo:

—Éste es un sueño fuerte.

—Es mío —dije, mientras el humo se dispersaba y mi cabeza se sentía más ligera.

En la cámara exterior estaban entonando el canto de la Estrella, que era como un zumbar de abejas en mi cerebro.

Mi padre me preguntó cómo iban vestidos los dioses, y yo le dije cómo iban vestidos los dioses. Nosotros sabemos cómo van vestidos por los libros, pero yo les había visto como si estuvieran delante de mí. Cuando hube terminado, dejó caer las támaras tres veces y las estudió mientras caían.

—Éste es un sueño muy fuerte —repitió—. Puede devorarte.

—No tengo miedo —dije, y le miré con los dos ojos. Mi voz sonó muy débil en mis oídos, pero eso era a causa del humo.

Mi padre me tocó en el pecho y en la frente. Me dio el arco y las tres flechas.

—Tómalas —dijo—. Está prohibido viajar hacia el Este. Está prohibido cruzar el gran río. Está prohibido ir al Lugar de los Dioses. Todas esas cosas están prohibidas.

—Todas esas cosas están prohibidas —dije, pero la que hablaba era mi voz, y no mi espíritu.

Mi padre volvió a mirarme.

—Hijo mío —dijo—, en mi juventud también tuve sueños. Si tus sueños no te devoran, puedes ser un gran sacerdote. Si te devoran, continuarás siendo mi hijo. Ahora, puedes emprender tu viaje.

Me puse en marcha rápidamente, como ordena la ley. El cuerpo me dolía, pero no

mi corazón. Cuando amaneció, me encontraba fuera de la vista de la aldea. Oré y me purifiqué a mí mismo, esperando una señal. La señal fue un águila. Volaba hacia el Este.

A veces, las señales son enviadas por espíritus malos. Esperé de nuevo sobre la roca plana, sin tomar ningún alimento. Estaba muy quieto. Podía sentir el cielo sobre mi cabeza y la tierra debajo de mi cuerpo. Esperé hasta que el sol empezó a hundirse. Entonces, tres ciervos cruzaron el valle, dirigiéndose hacia el Este; no me olfatearon ni me vieron. Entre ellos había un cervatillo blanco: una señal muy grande.

Los seguí a distancia, esperando lo que sucedería. Mi corazón estaba turbado por aquella marcha hacia el Este, pero yo sabía que tenía que ir. Mi cabeza estaba muy débil a causa del ayuno; ni siquiera vi la pantera que saltaba sobre el cervatillo blanco. Pero, antes de que pudiera darme cuenta, el arco estaba en mi mano. Disparé, y la pantera cayó en pleno salto. No es fácil matar a una pantera con una sola flecha, pero la que yo disparé le penetró por el ojo y se alojó en su cerebro. Entonces supe que tenía que ir hacia el Este. Supe que ése era mi viaje. Cuando se hizo de noche, encendí una fogata y asé carne.

Hay ocho soles de viaje hasta el Este, y un hombre pasa por muchos Lugares Muertos. El Pueblo de los Bosques les teme, pero yo no. Una vez encendí mi fogata al borde de un Lugar Muerto, por la noche, y a la mañana siguiente, en la casa muerta, encontré un buen cuchillo, muy poco oxidado. Era pequeño para lo que llegó más tarde, pero animó a mi corazón. Siempre que buscaba algo que cazar, lo encontraba delante de mi flecha. Por dos veces me crucé con grupos de cazadores del Pueblo de los Bosques sin que me vieran. De modo que supe que mi magia era fuerte y mi viaje despejado, a pesar de la ley.

Cuando iba a ponerse el octavo sol, llegué a las orillas del gran río. Estaba a medio día de viaje después de que hube dejado el camino de los dioses. Ahora no utilizamos los caminos de los dioses, ya que están deshaciéndose en grandes bloques de piedra. El bosque es más seguro. Desde muy lejos, había visto el agua a través de los árboles, pero los árboles eran muy tupidos. Al final salí a un espacio abierto, en la cima de un farallón. Debajo estaba el gran río, como un gigante tendido al sol. Es muy largo, muy ancho. Puede beberse todos los arroyos que nosotros conocemos y quedarse con sed. Su nombre es Ou-dis-sun, el Sagrado, el Largo. Ningún hombre de mi tribu lo ha visto; ni siquiera mi padre, el sacerdote. Era mágico, y oré.

Luego alcé mis ojos y miré hacia el Sur. Allí estaba: el Lugar de los Dioses.

¿Cómo puedo decir el aspecto que tenía? No lo comprenderíais. Estaba allí, a la rojiza claridad del crepúsculo. Aquellas cosas eran demasiado grandes para ser casas. Estaba allí, bañado por la luz roja del crepúsculo, poderoso y en ruinas. Supe que los dioses no tardarían en verme. Me cubrí los ojos con las manos y me arrastré hasta el bosque.

Desde luego, hacer lo que había hecho y continuar vivo era suficiente. Desde luego, pasar la noche sobre el farallón era suficiente. Los del Pueblo del Bosque no se

atrevían a acercarse tanto. Sin embargo, a lo largo de toda la noche, supe que tendría que cruzar el gran río y llegar al Lugar de los Dioses, aunque los dioses me devoraran. Mi magia no me serviría para nada, y sin embargo había un fuego en mis entrañas, un fuego en mi mente. Cuando salió el sol, pensé: «Mi viaje ha sido despejado. Ahora regresaré, dando por terminado mi viaje». Pero, mientras lo estaba pensando, sabía que no lo haría. Si iba al Lugar de los Dioses, seguramente moriría, pero si no iba, no volvería a haber paz en mi espíritu. Y, si se es sacerdote y el hijo de un sacerdote, es preferible perder la vida a perder el espíritu.

No obstante, mientras construía la balsa, las lágrimas brotaron de mis ojos. Los hombres del Pueblo de los Bosques podían haberme matado sin lucha, de haber llegado en aquel momento, pero no se presentaron. Cuando la balsa estuvo hecha, recité los adagios de los difuntos y me pinté a mí mismo para la muerte. Mi corazón estaba frío como una rana y mis rodillas parecían de agua, pero el fuego que ardía en mi mente no me hubiera permitido reposar. Mientras empujaba mi balsa río adentro, empecé mi canto fúnebre. Tenía derecho a él. Era un canto muy bonito. Canté:

*»Soy John, hijo de John. Mi pueblo es el Pueblo
de las Colinas. Ellos son los hombres.
Voy a los Lugares Muertos, pero no soy asesinado.
Cojo el metal de los Lugares Muertos, pero no soy maldecido.
Viajo por los caminos de los dioses y no tengo miedo. ¡Eh-yah!
He matado la pantera. ¡Eh-yah!
He venido al gran río. Nadie había llegado hasta aquí antes.
Está prohibido ir hacia el Este, pero yo he venido;
prohibido ir al gran río, pero yo estoy aquí.
Abrid vuestros corazones, vuestros espíritus, y escuchad el canto.
Ahora voy al Lugar de los Dioses; no regresaré.
Mi cuerpo está pintado para la muerte, y mis piernas tiemblan.
Pero mi corazón es grande mientras voy al Lugar de los Dioses.*

No obstante cuando llegué al Lugar de los Dioses estaba asustado, muy asustado. La corriente del gran río es muy fuerte; agarraba mi balsa con sus manos. Aquello era magia, ya que el río es ancho y tranquilo. Pude sentir los espíritus malos a mi alrededor en la radiante mañana; pude sentir su aliento sobre mi nuca mientras me deslizaba corriente abajo. Nunca había estado tan solo. Traté de pensar en mis conocimientos, pero en mis conocimientos no había ya ninguna fuerza, y me sentí pequeño y desnudo como un pájaro recién salido del cascarón... sólo sobre el gran río, el siervo de los dioses.

Sin embargo, al cabo de un rato mis ojos se abrieron y vi. Vi las dos orillas del río; vi que en otra época habían habido caminos de los dioses a través del río, aunque ahora estaban rotos y caídos. Eran muy grandes y habían quedado rotos en la época del Gran Incendio, cuando cayó fuego del cielo. Y la corriente me llevaba cada vez más cerca del Lugar de los Dioses, y las enormes ruinas se erguían más altas delante de mis ojos.

No conozco las costumbres de los ríos; nosotros somos el Pueblo de las Colinas. Traté de guiar mi balsa con la pértiga, pero empezó a girar. Pensé que el río quería llevarme más allá del Lugar de los Dioses y sumergirme en las Aguas Amargas de las leyendas.

Entonces me enfurecí; mi corazón se sintió fuerte. Dije en voz alta: «Soy un sacerdote y el hijo de un sacerdote». Los dioses me escucharon; me enseñaron cómo tenía que remar con la pértiga en un lado de la balsa. La corriente cambió por sí misma; me acercó cada vez más al Lugar de los Dioses.

Cuando estaba muy cerca, mi balsa chocó contra algo y volcó. Yo puedo nadar en nuestros lagos; nadé hasta la playa. Había un gran espigón de metal oxidado que se hundía en el río; me arrastré hasta él y me senté allí, jadeando. Había salvado mi arco, y dos flechas, y el cuchillo que había encontrado en el Lugar Muerto, pero eso era todo. Mi balsa se alejaba remolineando hacia las Aguas Amargas. La miré, pensando que si estuviera montado en ella, al menos tendría una muerte segura. Sin embargo, cuando hube secado y tensado la cuerda de mi arco, eché a andar hacia el Lugar de los Dioses.

Notaba el suelo bajo mis pies; no me quemaba. No es cierto —como dicen algunas leyendas— que el suelo, allí, queme siempre, ya que a mí no me quemaba. Aquí y allá había las huellas del Gran Incendio en las ruinas, es verdad. Pero eran unas huellas muy antiguas. No es cierto, tampoco, como dicen algunos de nuestros sacerdotes, que el Lugar de los Dioses sea una isla cubierta de nieblas y sortilegios. No lo es. Es un gran Lugar Muerto... mayor que cualquiera de los Lugares Muertos que conocemos. Está Cruzado Y entrecruzado por caminos de los dioses; aunque la mayor parte de ellos están agrietados y rotos. En todas partes hay las ruinas de las altas torres de los dioses.

¿Cómo diré lo que vi? Avancé cautelosamente, con el arco en la mano, atento a la menor señal de peligro. Tenía que haber oído los lamentos de los espíritus y los alaridos de los demonios, pero no oí nada. Todo estaba silencioso y bañado por el sol. El viento y la lluvia y los pájaros que dejaban caer semillas habían hecho su obra; la hierba crecía en las grietas de la piedra rota. Es una hermosa isla; no me extraña que los dioses la escogieran para establecerse en ella. Si yo hubiese llegado allí como un dios, hubiera hecho lo mismo.

¿Cómo diré lo que vi? Las torres no están todas rotas; aquí y allí se yergue una, como un gran árbol en un bosque, y los pájaros anidan en lo más alto. Pero las torres tienen un aspecto tenebroso, porque los dioses no moran ya en ellas. Vi a un pez-halcón, cazando peces en el río. Vi una pequeña danza de mariposas blancas sobre un montón de piedras y columnas rotas. Avancé y miré a mi alrededor; vi una piedra labrada, con unas letras grabadas, partida por la mitad. Puedo leer letras, pero no pude entender aquéllas. Decían: UBTREAS. Había también la destrozada imagen de un hombre o un dios. Había sido hecha de piedra blanca y llevaba el pelo largo y echado hacia atrás, como el de una mujer. Su nombre era ASHING, como leí en un

trozo de su roto pedestal. Pensé que sería prudente rezarle a ASHING, aunque yo no conocía a aquel dios.

¿Cómo diré lo que vi? Ni la piedra ni el metal olían a hombre. Ni había muchos árboles en aquel páramo de piedra. Había muchas palomas, que anidaban en las torres: los dioses debieron amarlas mucho, o quizás las utilizaban para sus sacrificios. Había gatos salvajes de ojos verdes, que vagabundeaban por los caminos de los dioses sin temer al hombre. Por la noche aullaban como demonios, pero no son demonios. Los perros salvajes son más peligrosos, ya que cazan en manadas, pero no los encontré hasta más tarde. En todas partes hay piedras labradas, que tienen grabadas cifras y palabras mágicas.

Avancé hacia el Norte; no traté de ocultarme. Cuando un dios o un demonio me viera, moriría. Pero no tenía miedo. Mi hambre de conocimiento ardía en mí; había demasiadas cosas que no podía comprender. Al cabo de un rato, el que estaba hambriento era mi estómago. Podía haber cazado, pero no lo hice. Es sabido que los dioses no cazaban como nosotros; obtenían su alimento de cajas y tarros encantados. A veces se encuentra alguno en los Lugares Muertos. En cierta ocasión, cuando era un chiquillo, abrí uno de aquellos tarros, probé su contenido y lo encontré dulce, pero mi padre me descubrió y me castigó severamente; ya que a menudo, aquel alimento es mortal. Ahora lo había superado todo en materia de prohibiciones, y entré en las torres más bonitas, buscando el alimento de los dioses.

Lo encontré finalmente en las ruinas de un gran templo en el centro de la ciudad. Tenía que haber sido un templo importante, ya que el techo estaba pintado como el cielo nocturno con sus estrellas: pude apreciarlo claramente, a pesar de que los colores estaban muy desteñidos. Descendía hacia unas grandes cuevas y túneles: tal vez guardaban aquí sus esclavos. Pero, cuando empecé a bajar, oí el chillido de las ratas, de modo que no bajé. Las ratas son asquerosas, y allí tenía que haber muchas tribus de ratas, a juzgar por los chillidos. Pero encontré comida en el centro de unas ruinas, detrás de una puerta que estaba abierta. Comí solamente las frutas de los tarros; tenían un sabor muy dulce. Había bebida, también, en botellas de cristal; la bebida de los dioses es fuerte, y se sube a la cabeza. Cuando hube comido y bebido, dormí encima de una piedra, con el arco al alcance de mi mano.

Al despertarme, el sol estaba bajo. Vi a un perro sentado. Su lengua colgaba fuera de su boca; parecía que estuviera riéndose. Era un perro grande con un pelaje de color gris oscuro, tan grande como un lobo. Me incorporé de un salto y le grité, pero no se movió; continuó allí sentado, como si se estuviera riendo. Aquello no me gustó. Cuando cogí una piedra para tirársela, se apartó rápidamente de la trayectoria de la piedra. No me tenía miedo; me miraba como si yo fuera carne. Desde luego, podía haberle matado con una flecha, pero ignoraba si había otros. Además, se estaba haciendo de noche.

Miré a mi alrededor. No lejos de allí había un ancho y agrietado camino de los dioses, que conducía hacia el Norte. Las torres eran bastante altas, aunque no tan altas

como otras y si bien la mayoría de las casas muertas estaban derruidas, algunas se mantenían en pie. Avancé hacia aquel camino de los dioses, manteniéndome en las alturas de las ruinas, mientras el perro me seguía. Cuando llegué al camino de los dioses, vi que había otros detrás de él. De no haberme despertado tan a tiempo, me hubieran sorprendido durmiendo y me hubieran hecho trizas. De todos modos, me tenían atrapado; no se apresuraban. Cuando entré en la casa muerta, permanecieron vigilantes en la entrada. Indudablemente, pensaban tener una buena caza. Pero un perro no puede abrir una puerta, y yo sabía, por los libros, que a los dioses no les gusta vivir al nivel del suelo, sino en las alturas.

Acababa de encontrar una puerta que pude abrir cuando los perros decidieron atacar. ¡Ja! Quedaron sorprendidos al cerrarles la puerta en las narices; era una buena puerta, de metal fuerte. Pude oírles ladrar ferozmente, pero no me detuve a contestarles. Estaba a oscuras. Encontré una escalera y empecé a subirla. La escalera daba muchas vueltas, y mi cabeza empezó también a darlas. En lo más alto había otra puerta; encontré el tirador y la abrí. Entré en una pequeña cámara. En uno de los dos lados había una puerta de bronce que no podía ser abierta, ya que no tenía ningún pomo. Tal vez había una palabra mágica para abrirla, pero yo no conocía la palabra. Me dirigí hacia la puerta de la parte opuesta de la pared. La cerradura estaba rota, de modo que me limité a empujarla y a entrar.

Dentro, había un lugar de grandes riquezas. El dios que vivió allí debió de haber sido un dios poderoso. La primera habitación era una pequeña antesala. Esperé allí durante algún tiempo, diciéndoles a los espíritus del lugar que llegaba en son de paz y no como un ladrón. Cuando me pareció que habían tenido tiempo de oírme, continué avanzando. ¡Ah, qué riquezas! Todo estaba tal como había sido. Las grandes ventanas que se abrían sobre la ciudad no habían sufrido ningún daño, aunque estaban cubiertas con el polvo de muchos años. Había alfombras en los suelos, cuyos colores no estaban demasiado desteñidos, y las sillas eran blandas y hondas. Había cuadros en las paredes, muy raros, muy hermosos. Recuerdo uno de un ramillete de flores en un jarrón; si uno se acercaba a él, no podía ver nada más que manchas de color, pero si retrocedía unos pasos, las flores podían haber sido cogidas el día anterior. Experimenté una extraña sensación al mirar aquel cuadro, y al mirar la figura de un pájaro, esculpida en alguna arcilla dura y ver que era tan parecido a nuestros pájaros. En todas partes había libros, la mayoría en lenguas que no pude leer. El dios que vivió allí tuvo que haber sido un dios sabio.

Sin embargo, era muy raro. Había un lugar para lavarse, pero sin agua; quizás los dioses se lavaban con aire. Había un lugar para cocinar, pero sin leña, y aunque había una máquina para cocer comida, no había ningún lugar para poner fuego. Tampoco había velas ni lámparas. Había cosas que parecían lámparas, pero no tenían aceite ni mecha. Todas aquellas cosas eran mágicas, pero yo las toqué y continuaba viviendo; la magia había desaparecido de ellas. Permittedme decir una cosa muy rara. En el lugar para lavarse, una cosa decía «Caliente», pero no era caliente al tacto; otra cosa

decía «Fría», pero no estaba fría. Esto debió de haber sido una poderosa magia, pero la magia había desaparecido. No comprendí nada... y me hubiera gustado saberlo.

La casa del dios estaba cerrada y seca y polvorienta. He dicho que la magia había desaparecido, pero eso no es cierto; había desaparecido de las cosas mágicas, pero no había desaparecido del lugar. Sentía los espíritus a mi alrededor, pesando sobre mí. Hasta entonces no había dormido nunca en un Lugar Muerto y, sin embargo, aquella noche tenía que dormir allí. Al pensar en ello, mi lengua se secó en mi garganta, a pesar de mi deseo de adquirir más conocimientos. Estuve a punto de bajar y enfrentarme con los perros. Sin embargo no lo hice.

No había recorrido todas las habitaciones cuando cayó la oscuridad. Entonces, regresé a la gran habitación que se abría sobre la ciudad y encendí fuego. Había un lugar para hacer fuego y una caja llena de leña, aunque no creo que cocinaran allí. Me envolví en una alfombra y dormí enfrente del fuego.

Ahora contaré lo que es una magia muy poderosa. Me desperté en medio de la noche. Cuando me desperté, el fuego se había apagado y yo tenía frío. Me pareció oír susurros y voces a mi alrededor. Cerré los ojos para acallarlos. Alguien dirá que volví a dormirme, pero yo no creo que me durmiera. Pude sentir a los espíritus arrastrando a mi propio espíritu fuera de mi cuerpo, del mismo modo que un pez es arrastrado fuera del agua.

¿Por qué tendría que mentir acerca de ello? Soy un sacerdote y el hijo de un sacerdote. Si existen espíritus, como ellos dicen, en los pequeños Lugares Muertos próximos a nosotros, ¿qué espíritus no habrá en aquel gran Lugar de los Dioses? ¿Y no desearían hablar después de tan largos años? Sé que me sentí arrastrado del mismo modo que un pez es arrastrado fuera del agua. Me había salido de mi propio cuerpo; pude ver mi cuerpo dormido enfrente del fuego apagado, pero no era yo. Me habían arrastrado para que contemplara la ciudad de los dioses.

Tenía que haber sido oscuro, ya que era de noche, pero no había oscuridad. En todas partes había luces: líneas de luz, círculos y manchas de luz... Diez mil antorchas no hubieran iluminado tanto. El mismo cielo estaba intensamente iluminado; apenas podían verse las estrellas a causa del intenso resplandor del cielo. Pensé: «Esto es magia poderosa», y temblé. En mis oídos había un rugido semejante al de la torrencial crecida de los ríos. Luego, mis ojos fueron acostumbrándose a la luz y mis oídos al ruido. Supe que estaba viendo la ciudad tal como había sido cuando los dioses estaban vivos.

¡Sí, era un gran espectáculo! No hubiera podido presenciarlo con el cuerpo: mi cuerpo hubiera muerto. Por todas partes andaban los dioses, a pie y en carruajes; había dioses en número incontable y sus carruajes bloqueaban las calles. Habían convertido la noche en día para su placer; no se acostaban con el sol. El ruido de su ir y venir era el ruido de muchas aguas. Lo que podían hacer era mágico; lo que hacían era mágico.

Miré a través de otra ventana; los grandes puentes de sus ríos habían sido

reparados, y los caminos de los dioses iban de Este a Oeste. ¡Y los dioses eran incansables, siempre estaban en movimiento! Excavaban túneles por debajo de los ríos; volaban por el aire. Con herramientas increíbles, realizaban obras gigantescas; ninguna parte de la tierra estaba a salvo de ellos, ya que, si deseaban una cosa, la pedían al otro extremo del mundo. Y siempre, mientras trabajaban y descansaban, mientras se divertían y hacían el amor, había un redoble en sus oídos: el pulso de la ciudad gigante, latiendo y latiendo como el corazón de un hombre.

¿Eran felices? ¿Qué es la felicidad para los dioses? Eran grandes, eran poderosos, eran maravillosos y terribles. Al contemplarles, a ellos y a su magia, me sentía como un niño. Un poco más, me parecía, y pondrían sus manos sobre las estrellas. Les veía dotados de sabiduría más allá de la sabiduría, y de conocimientos más allá del conocimiento. Y, sin embargo, no todo lo que hicieron estuvo bien hecho, y a pesar de su sabiduría no consiguieron la paz.

Entonces vi lo que les había sucedido, y fue algo indescriptiblemente espantoso. Cayó sobre ellos mientras andaban por las calles de su ciudad. He estado en las luchas contra el Pueblo del Bosque: he visto morir a los hombres. Pero cuando los dioses guerrearán contra los dioses, utilizan armas que nosotros no conocemos. Fuego que cae del cielo y una niebla que envenena. Aquélla fue la época del Gran Incendio y de la Destrucción. Corrían como hormigas por las calles. ¡Pobres dioses, pobres dioses! Luego, las torres empezaron a caer. Unos cuantos escaparon... si, unos cuantos. Las leyendas lo cuentan. Pero, incluso después de que la ciudad se hubo convertido en un Lugar Muerto, durante muchos años el veneno estuvo todavía en el suelo. Lo vi todo; vi morir al último de ellos. En la ciudad destrozada la oscuridad era completa, y yo lloré.

Vi todo esto. Lo vi tal como lo he contado; aunque no con el cuerpo. Cuando me desperté por la mañana estaba hambriento, pero no pensé en mi hambre, ya que mi corazón estaba perplejo y aturdido. Conocía el motivo de la existencia de los Lugares Muertos, pero no comprendía por qué había sucedido. Me parecía que no tenía que haber sucedido, con toda la magia que poseían. Recorrí toda la casa buscando una respuesta. En la casa había muchas cosas que no pude comprender, a pesar de ser un sacerdote y el hijo de un sacerdote. Era como estar a orillas del gran río por la noche, sin ninguna luz para mostrar el camino.

Entonces vi al dios muerto. Estaba sentado en su silla junto a la ventana, en una habitación en la cual no había entrado antes, y, en el primer momento, creí que estaba vivo. Luego vi la piel del dorso de su mano: era como cuero reseca. La habitación estaba cerrada, caliente y seca; indudablemente, esto le había conservado tal como era. Al principio tuve miedo de acercarme a él; luego, el temor desapareció. Estaba sentado, contemplando su ciudad; iba vestido con las ropas de los dioses. No era ni joven ni viejo; no pude calcular su edad. Pero en su rostro había sabiduría, y una gran tristeza. Era evidente que no había querido huir. Se había sentado junto a su ventana, para ver morir a su ciudad; después, también él había muerto. Pero es preferible

perder la vida que perder el espíritu; y por el rostro de aquel dios podía asegurarse que no había perdido su espíritu. Sabía que, si le tocaba, se desharía en polvo; y, sin embargo, en su rostro había algo inconquistado.

Y esto es todo, ya que entonces supe que el muerto era un hombre. Supe que todos habían sido hombres, ni dioses ni demonios. Éste es un gran conocimiento, difícil de decir y de creer. Eran hombres. Recorrieron un oscuro camino, pero eran hombres. Después de eso no tuve miedo. No tuve miedo de regresar a mi hogar, aunque tuve que luchar dos veces con los perros y me vi perseguido durante dos días por el Pueblo del Bosque. Cuando vi de nuevo a mi padre, oré y fui purificado.

—Mi padre tocó mis labios y mi pecho. Dijo:

—Te marchaste siendo un muchacho. Has regresado convertido en un hombre y en un sacerdote.

Dije:

—¡Padre, eran hombres! ¡He estado en el lugar de los Dioses y lo he visto! Ahora, mátame si es la ley, pero yo sé que eran hombres.

Me miró con los dos ojos.

—La ley no tiene siempre la misma forma —dijo—. Has hecho lo que has hecho. Yo no pude hacerlo en mi época, pero tú has llegado detrás de mí. ¡Cuenta!

Hablé, y él escuchó. Después, quise contárselo a todo el pueblo, pero mi padre me disuadió de hacerlo.

—La verdad es un ciervo difícil de cazar —dijo—. Si comes demasiada verdad de una vez, puedes morir de una indigestión de verdad. Nuestros antepasados no obraron caprichosamente al prohibir los Lugares Muertos.

Tenía razón; es mejor que la verdad llegue poco a poco. Yo he aprendido esto, siendo un sacerdote. Quizás en los tiempos antiguos comieron el conocimiento demasiado de prisa.

De todos modos, ha sido un comienzo, ahora no vamos a los Lugares Muertos sólo en busca de metal; allí hay libros, y herramientas. Los libros resultan difíciles de leer, y las herramientas mágicas están rotas, pero podemos examinarlas e interrogarnos. Al menos, ha sido un comienzo. Y, cuando sea Sumo Sacerdote, iremos más allá del gran río. Iremos al Lugar de los Dioses —al lugar Nueva York—, no un solo hombre, sino una compañía. Andaremos por las calles agrietadas y pronunciaremos sus nombres en voz alta, sin temor.

Buscaremos las imágenes de los dioses y encontraremos el dios ASHING y los otros: los dioses LICOLN y BILTMORE y MOSES. Pero los que edificaron la ciudad eran hombres; no eran dioses ni demonios. Eran hombres. Recuerdo el rostro del hombre muerto. Eran hombres que estuvieron aquí antes que nosotros. Tenemos que volver a edificar.

El traidor

José María Aroca

Le cogieron en París.

Los seres misteriosos habían desaparecido. Pero unas cuantas chozas de brillante metal en la tundra siberiana daban mudo testimonio de que no había sido una pesadilla.

En realidad, podía haber sido una pesadilla. Una pesadilla durante la cual la Tierra había permanecido indefensa, incapaz de resistir o de huir, mientras las extrañas formas aleteaban sobre sus verdes campos y sus hermosas ciudades. Y el despertar no había aportado la convicción de que todo había sido un mal sueño. No, había sido una espantosa realidad. Y los terrestres no habían sido capaces de resistir a los seres misteriosos, del mismo modo que un chiquillo no es capaz de matar al ogro de su cuento favorito.

Un curioso parangón, porque lo que finalmente había salvado a la Tierra había sido un cuento infantil. Una fábula.

La antigua fábula del león y el ratón. Cuando el león hubo agotado su orgullosa ciencia contra los invencibles e inmortales invasores de la Tierra, el ratón atacó y los venció.

El ratón, en este caso, fueron los microbios, una de las formas de vida más diminutas: como en el cuento de Wells, los seres misteriosos no estaban inmunizados contra las infecciones bacterianas. Sus monstruosos cuerpos fueron fácil presa de las enfermedades que sus poderosas inteligencias desconocían, y los pocos que sobrevivieron emprendieron una precipitada fuga en su ingenio espacial y desaparecieron definitivamente.

Si el traidor hubiera sabido el efecto que las bacterias iban a tener sobre ellos, les hubiera advertido, desde luego. Les habría informado de todo lo demás, cuando le recogieron en una calle de una gran ciudad como ejemplar de ser humano destinado a la experimentación. Una medida imprescindible antes de efectuar la gran invasión.

Habían escogido bien. A cambio de la recompensa que le ofrecieron, el traidor estaba dispuesto a vender a toda la raza humana. No era un hombre culto, pero era inteligente. Y les dijo todo lo que querían saber acerca de la probable reacción de la humanidad ante una situación con la cual no se había enfrentado nunca. Les dijo todo lo que sabía, sin que tuvieran que presionarle lo más mínimo. Por la recompensa que le habían ofrecido, hubiera sido capaz de cualquier traición.

Le cogieron en París. La multitud lo arrancó de manos de la policía, que no puso demasiado entusiasmo en impedirlo: su traición era del dominio público.

Cuando la multitud hubo saciado un poco su furor y el traidor había perdido la mayor parte de sus vestidos y el dedo pulgar de la mano derecha, le arrojaron al Sena y le mantuvieron debajo de las aguas grises con unas largas pértigas, como si fuera un venenoso reptil.

El traidor se tumbó tranquilamente sobre el lecho del río y sonrió con malignidad mientras un centenar de miles de personas se retorcían en la agonía de la muerte. Luego, el traidor ascendió a la superficie y echó a andar por las desiertas calles de París hasta que llegó al edificio de las Naciones Unidas. Allí se dio a conocer a un teniente de los servicios de vigilancia, diciéndole que había ido a entregarse voluntariamente y que estaba dispuesto a someterse a juicio en cualquier lugar del mundo que desearan.

Sonreía, convencido de su superioridad, de la eficacia de los poderes ultraterrenos que le habían conferido los seres misteriosos. El aparato de seguridad de las Naciones Unidas se hizo cargo de él.

El juicio fue una farsa legal. El acusado se reconoció culpable de haber traicionado al género humano, pero no permitió que le interrogaran. Cuando un abogado insistió, ante sus amables negativas, cayó repentinamente al suelo como herido por un rayo, muerto.

A continuación, el traidor se dirigió al Presidente del Tribunal y le dijo que estaba dispuesto a aceptar cualquier condena que le impusieran, excepto la de muerte. No podían matarle, explicó. Aquello era una parte de la recompensa que los seres misteriosos le habían concedido. La otra parte era él quien podía matar o inmovilizar a cualquier persona desde cualquier distancia.

Cuando terminó de hablar y volvió a sentarse, era evidente que el traidor se sentía muy satisfecho de sí mismo.

Uno de los abogados se puso en pie y se encaró con él.

Si lo que acababa de decir era cierto, preguntó, ¿por qué no habían utilizado aquel poder los seres misteriosos? ¿Por qué no habían matado a todos los habitantes de la Tierra para ocupar después el planeta vacío?

El traidor contempló sus dedos y se encogió de hombros. El dedo pulgar que le había sido arrancado por la furiosa multitud unos días antes empezaba a crecer de nuevo.

—Necesitaban esclavos —respondió.

—¿Y al final, cuando algunos de ellos estaban todavía sanos?

El traidor miró fijamente al abogado, el cual se sentó bruscamente, dando por terminado su interrogatorio. Pero el hombre que había traicionado a su propia raza sonrió y le permitió seguir viviendo.

Incluso terminó la pregunta por él, y la contestó.

—¿Por qué no mataron entonces? Tenían otra cosa en el cerebro: ¡bacterias!

Y el traidor rió estruendosamente su macabro chiste.

Los azules ojos del abogado se clavaron en su rostro y el traidor dejó de reír. Casi

afablemente, dijo:

—Es una verdadera lástima que yo no sea uno de aquellos seres misteriosos. ¡Las bacterias me hubieran destruido!

Y se echó a reír de nuevo, hasta que las lágrimas corrieron por sus mejillas.

El Presidente del Tribunal aplazó entonces la sesión, y el traidor fue conducido de nuevo a su confortable prisión, por un grupo de aterrorizados policías.

Aquella noche, el abogado no durmió. Permaneció horas enteras sentado en una butaca, contemplando las blancas paredes de su despacho. Se alegraba de que los seres misteriosos no le hubieran concedido también al traidor el don de la telepatía.

Había descubierto su talón de Aquiles.

Las parálisis, las muertes a distancia, eran actos de una voluntad consciente. El mismo había admitido que si su cerebro era destruido, sus poderes quedarían también destruidos. Los seres misteriosos no habían pensado en vengarse, porque sus mentes estaban enteramente ocupadas en la tarea de salvarse a si mismos.

Pero el abogado se daba cuenta de lo inútil de su descubrimiento. No había medio de atacar el cerebro del traidor sin que él lo supiera.

Posiblemente podían anular su conciencia drogándole, o propinándole un fuerte golpe en la cabeza, pero el intentarlo equivaldría a un suicidio colectivo. Al traidor le bastaría una fracción de segundo para matar a todos los seres humanos. No iba a permitir que le operasen el cerebro, convirtiéndole en un idiota para el resto de su vida. Para siempre, rectificó inmediatamente. Pero luego pensó en aquel pulgar que volvía a crecer después de haber sido arrancado... No, extirparle el cerebro no serviría de nada, puesto que volvería a crecerle.

Era inútil seguir pensando en el asunto. No podían hacer absolutamente nada contra su invencibilidad. Aunque.

El abogado consultó su reloj. Eran las cuatro de la mañana. Se puso en pie y se dirigió a la cocina; salió casi inmediatamente, y a continuación se encaminó, a través de las calles silenciosas, hacia el hotel donde se hospedaba el traidor en calidad de prisionero. Al llegar allí, tomó el ascensor hasta el sexto piso.

Dos soñolientos policías se pusieron en pie de un salto al verle llegar. El abogado se llevó un dedo a los labios, recomendándoles silencio, y empujó la puerta de la habitación, que no estaba cerrada. Entró de puntillas, y se acercó a la cama donde reposaba el hombre que era invencible e inmortal... y humano. Humano, y sujeto a la involuntario inconsciencia que la naturaleza exige a todos los hombres.

El traidor estaba durmiendo.

El abogado sacó de su bolsillo una larga aguja de acero, que utilizaba normalmente para pinchar la carne en la cocina de su casa. Sin que le temblara el pulso, la hundió en uno de los cerrados ojos del traidor y la hizo girar una y otra vez, hasta que el cerebro del durmiente quedó convertido en una informe pulpa.

El juicio continuó celebrándose normalmente. El acusado había perdido su aire

insolente. Ahora miraba enfrente de él con una expresión vacua, y todos sus movimientos tenían que ser dirigidos. Pero estaba vivo, y su dedo pulgar había vuelto a adquirir su tamaño normal.

El abogado tuvo en cuenta el detalle y no dejó de señalarlo al Tribunal. El dedo pulgar se había regenerado por completo en el período de seis semanas: tenían que partir de la base de que su cerebro se regeneraría en un plazo de seis semanas.

Los jueces deliberaron por espacio de cuatro días. El problema era muy peliagudo, ya que la inmortalidad al servicio del mal estaba más allá de toda posible solución humana. No se trataba de imponer una pena justa a un delincuente: se trataba de proteger a la raza humana de un aniquilamiento repentino. Un problema insoluble... pero que tenía que ser resuelto. El hecho de que el juicio se celebrara en Francia facilitó la solución.

El traidor fue condenado a prisión perpetua —nunca mejor aplicado el término—, pero la sentencia contenía una cláusula especial.

Mientras viviera, el condenado sería guillotinado una vez al mes.

El jardinero

Raymond Jones

Jimmy Correll odiaba el olor de las escuelas. El olor de los libros usados, el olor de la tiza, los perfumes de los profesores y el oleoso producto que Mr. Barton frotaba cada noche sobre los suelos de madera. El olor desagradable de muchas prendas de ropa sudadas y reunidas en aquellos cálidos días primaverales.

Todos aquellos olores fluían a través de los vestíbulos de la *Westwood High* y penetraban en el amplio auditorium que no tardaría en verse lleno con la Asamblea de los viernes. Mr. Barton estaba abriendo ya las altas ventanas contra aquel olor. Jimmy asomó la cabeza a través de la puerta parcialmente abierta y contempló la angulosa figura del custodio moviéndose a lo largo de la pared.

Mr. Barton conocía los resultados de todos los partidos que *Westwood* había jugado desde que llegó allí en 1931. Palmeaba los bíceps de los muchachos y rugía en voz alta cuando les ganaba en la discusión de quién había vencido a quién en tal año. Pero nunca palmeaba el brazo de Jimmy. Le hablaba afectuosamente y le pasaba la mano por el pelo. A veces Jimmy pensaba que Mr. Barton era el único amigo que tenía... además de Brick Malloy, desde luego.

Sacó la cabeza y cerró la puerta sin hacer ruido. Le hubiera gustado llamar a Mr. Barton y decirle lo que estaba haciendo, pero nadie debía verle ahora.

Sonó una campana. Los cinco minutos de descanso entre clase y clase habían transcurrido. Jimmy corrió hacia el final del vestíbulo y se dirigió al cobertizo donde se guardaban las bicicletas. Montó en la suya y cruzó rápidamente el patio de la escuela.

No interrumpió su frenético pedaleo hasta que llegó al puente que cruzaba el Willow Creek, a casi dos millas de distancia de la *Westwood High*. Su respiración se había hecho muy dificultosa, de modo que se apeó de la bicicleta y, llevándola de la mano, descendió a pie una ligera pendiente que conducía a un lugar oculto debajo del puente. Al llegar allí siguió por la orilla, donde la hierba era tan alta que casi llegaba a ocultar los viejos senderos. Finalmente se detuvo, a media milla del puente, debajo de las enormes y umbrías ramas de un sauce. Allí, en la sombra, la hierba era más corta. Jimmy se dejó caer boca abajo sobre ella.

Durante un largo rato no hizo el menor movimiento. Estaba a salvo. Sabía que su descanso no podía durar, pero no le importaba. Estaba a salvo por hoy: el Día de Jimmy Correll en la *Westwood High*. Cuando le encontraran ya habría transcurrido.

En su interior estaba llorando, pero no permitió que las lágrimas asomaran a sus ojos. ¡El Día de Jimmy Correll! Le dedicaban aquel día y celebraban una asamblea en

su honor. Y toda la escuela le despreciaba... a excepción de Mr. Barton y de Brick Malloy.

Lleno de pánico, pensó en lo que hubiera sido sentarse en la plataforma, mientras Mr. Mooremeister, el Director, decía cosas agradables que no tenían significado para él. Pensó, también, en el efecto que su desaparición produciría en sus padres, que deberían sentarse a su lado en la plataforma. Pero no había podido evitarlo; esperaban demasiado de él.

Se acercó a la orilla del riachuelo y contempló las aguas claras y profundas que se deslizaban delante de sus ojos. Aquél era el lugar donde Brick le había enseñado a pescar. Tal vez no debió ir allí. Si preguntaban a Brick... Pero no se les ocurriría hacerlo hasta que fuera demasiado tarde. Sólo necesitaba un par de horas.

Se quitó los zapatos y los calcetines y hundió sus pies en el agua fría. Deseaba hacerles comprender que aquél era el lugar a que pertenecía, con la Tierra y el agua y la maleza creciendo a lo largo de las orillas del riachuelo.

Tal vez si le hubieran permitido estar solo hubiera podido encontrar un lugar adecuado para él en la escuela, pero no le permitían estar solo. Estuvo una semana en el primer grado, y luego le ascendieron al tercero. Permaneció un mes allí. Después, no se le consideraba como perteneciente a un grado determinado. Se limitaba a ir de clase en clase, absorbiendo lo que los libros y los profesores podían enseñarle.

El próximo otoño, querían enviarle a la Universidad.

Había ganado una beca de cuatro años de la Martindale Electric Company, en su Concurso anual para Jóvenes Científicos. Había presentado su proyecto astronómico y escrito un ensayo sobre el Espacio, la Próxima Frontera. Los jueces dijeron que era lo mejor que habían visto desde que se inició el concurso.

No se le había ocurrido que ni siquiera le dejarían terminar sus estudios superiores. Pero Mr. Dunlap, de la compañía Martindale, quería que ingresara en la Universidad el próximo otoño. El Dr. Webber, Presidente de la Universidad, también lo deseaba. El Dr. Webber no le había perdido de vista desde que los primeros informes de su genio empezaron a salir de la escuela elemental de Lincoln.

Y Mr. Mooremeister también quería que ingresara en la Universidad. Mr. Mooremeister más que nadie. *Siente unos deseos locos de librarse de mi*, pensó Jimmy.

El recuerdo de su primera entrevista con el Director continuaba impresionando a Jimmy. Fue el día en que Mr. Gibbons, el Director de la escuela elemental de Lincoln, acompañó a Jimmy a Westwood. Le dejaron en una pequeña antesala mientras los dos hombres hablaban. El tabique era recio, pero esto no cambiaba las cosas. Jimmy no necesitaba oír sus palabras para saber todo lo que llenaba sus mentes. Aquello continuaba asustándole un poco. Era una de las cosas que nunca le había contado a nadie. Era como si se encontrara en el interior de los cráneos de los dos hombres.

Mr. Mooremeister gruñó de descontento cuando Mr. Gibbons le explicó a qué había ido.

—¡No me venga con genios precoces, Gibbons! —exclamó—. ¡Cualquier cosa menos eso! Nuestro equipo de fútbol no tiene un solo defensa que valga la pena; hace muchísimo tiempo que no hemos ganado un partido... ¡Y quiere usted que me haga cargo de un pequeño genio!

»Llévele con Smithers, al Central. A Smithers *le encantan* los muchachos capaces de permanecer sentados un día entero y de recitar todo el «Hamlet» de memoria.

—Tiene usted que aceptarle —dijo Mr. Gibbons—. Sabe más que la mitad de mis profesores. Pertenece a su distrito; y el doctor Webber, de la Universidad, le tiene echado el ojo.

—Entonces, lléveselo a Webber. ¡Yo no lo quiero!

—Iría a la Universidad dentro de un año o dos. Ahora, el doctor Webber cree que Jimmy es demasiado joven para asistir a la Universidad.

—Demasiado joven a los nueve años, pero a los diez o a los once ya se habrá convertido en un hombre —dijo mister Mooremeister sarcásticamente.

Mr. Gibbons permaneció callado unos instantes. Luego dijo, lentamente:

—Jimmy es un niño un poco raro. Nadie puede acercarse a él lo suficiente como para conocerle de veras, pero yo estoy convencido de que va a convertirse en un gran hombre. Creo que la cosa más importante que usted o yo podemos hacer en nuestras vidas, no demasiado útiles, por otra parte, es procurar que eso que Jimmy lleva dentro no se malogre antes de haber madurado.

Jimmy no podía recordar cuándo oyó por primera vez la palabra prodigio. Desde luego, fue mucho antes de su época escolar, pero entonces no se había preocupado de ella. No suponía que iba a ser distinto de los otros chiquillos.

Ahora se preguntaba si le quedaba alguna posibilidad de ser algún día como ellos.

Recordaba el preciso instante en que descubrió que existía una diferencia.

En la clase elemental, Miss Brown escribió la palabra «correr» en la pizarra. Esto sucedió el primer día de clase. Le costó tres ridículas etapas mostrar su significado. Y luego, a media mañana, Jimmy se puso en pie y anunció solemnemente: «Yo ya sabía cómo tenía que leerlo. Siempre he sabido leer».

Empezó un recitado de la larga lista de clásicos, textos científicos y aventuras del Pato Donald, que había leído con la ayuda y la guía de su padre. Al llegar a la mitad se interrumpió. Una especie de viento helado sopló en torno de él. Miss Brown y sus compañeros de clase le estaban mirando, en medio de un profundo silencio.

Instintivamente, comprendió lo que había hecho. Era un extraño entre ellos, un forastero; y le odiaban por ello.

Después de aquella experiencia, aquel mismo frío mortal le acompañó. El duro castigo del odio a alguien que era distinto. Por la noche, al acostarse, lloró desconsoladamente. Lloró por el inmenso vacío que se había abierto a su alrededor.

Su madre le meció en sus brazos, y su padre dijo que aquello se debía a la excitación de su primer día de escolar. Trataron de persuadirle de que la cosa no tenía importancia. Pero no lo consiguieron.

Estaba de pie ante la boca de la inmensa y vacía caverna de su vida, y vio la oscuridad y los solitarios años que le esperaban dentro de ella.

No podía recordar cómo empezó a interesarse por las estrellas y por la Tierra, por el agua y por el aire, por las cosas que se arrastraban y nadaban y volaban. ¡Aquel mundo a que había llegado era un lugar maravilloso!

Y siempre había sido capaz de saber todo lo que deseaba acerca de aquel mundo casi sin necesidad de preguntar. En realidad, no recordaba haber aprendido a leer. A la primera ojeada a una página impresa, había sabido. Pero, después de aquel primer día de escuela, nunca le contó a nadie, ni siquiera a sus padres, las cosas que él podía hacer y que los otros muchachos desconocían por completo.

Recordaba la primera vez que asistió a la clase de ciencias, por ejemplo, cuando le habían mostrado un microscopio, al igual que a los otros alumnos. Parecía un objeto completamente inútil. Frunciendo un poco los ojos, pudo ver claramente la serpenteante ameba en la pequeña gota de agua. Pero supo que era el único de la clase que podía verla.

Sabía también, que ellos no comprendían nada acerca de las estrellas. Leyó en sus libros que los hombres habían construido grandes telescopios para proyectar su vista hasta los umbrales del espacio. Pero, desde su infancia —no podía recordar la primera vez—, él había paseado la vista por las arenas rojizas de Marte. Había recorrido las antiguas ruinas, y en su imaginación había jugado al escondite con los diminutos y morenos seres que vivían allí, los únicos restos de la orgullosa y desaparecida raza que había construido aquellas ruinas.

Sabía que era el único que podía hacer esas cosas. Y se despreciaba a sí mismo por ello, ya que, ¿de qué le servían tales dones, si le encerraban en una tumba que le mantenía apartado de la vida y de la amistad de su propia especie?

Por tanto, procuró ocultar cuidadosamente sus extrañas facultades, pero le resultó imposible adaptarse al paso de sus compañeros de escuela, por mucho que lo intentó. No pudo enmascarar su talento.

Sabía que no era normal. A veces incluso se preguntaba si era humano. Durante aquel primer año de escuela, Miss Brown hizo correr la voz, y Mr. Gibbons acudió a comprobar por sí mismo el genio de Jimmy. Le trasladaron a la clase superior, y así empezó la cosa.

Se convirtió en una especie de fenómeno, pero únicamente Mr. Gibbons le demostraba una sincera simpatía. Los otros profesores nunca lo hicieron. Sus compañeros de clase le contemplaban con despreciativa curiosidad. Jimmy creyó que las cosas cambiarían cuando les conociera a fondo. Pero la intimidación de Jimmy era algo muy difícil de alcanzar, y además le cambiaban de clase antes de que hubiera tenido tiempo de conocer a sus condiscípulos.

Cuando la diferencia de edad ensanchó más aún el abismo, Jimmy renunció. Nunca tuvo por amigo a un compañero de clase, hasta que conoció a Brick Malloy.

En los archivos de la Universidad había un manuscrito mecanografiado y

encuadernado, de una pulgada y media de espesor, dedicado a una descripción y análisis de Jimmy Correll. A su autor, Ralph Grosset, le había valido el doctorado en psicología, y a Jimmy todo un verano teniendo a alguien con quien hablar.

Ralph Grosset había descrito en detalle la memoria fotográfica de Jimmy y su desarrollada capacidad para el razonamiento deductivo, pero había omitido las cosas que Jimmy trató de decir acerca de las maravillas y los misterios del Universo, y acerca del odio y de la soledad. Grosset no estaba interesado en aquellas cosas. Sólo quería preparar una tesis para su doctorado, y en realidad no simpatizaba con Jimmy. Casi le temía, y desconfiaba de él.

Jimmy no esperaba que las cosas ocurrieran de un modo distinto. Y hacía mucho tiempo que había aprendido a devolver frialdad por frialdad, retirándose más y más a su pequeño mundo interior. Pero se encontraba muy solo.

Tan solo, que no podía soportarlo por más tiempo.

Sacó sus piernas de las heladas aguas del riachuelo y se tendió en un lugar bañado por la luz del sol que se filtraba a través de un árbol. Contempló el cielo que se divisaba entre las ramas del sauce. Estaba convencido de una cosa: el próximo otoño no iría a la Universidad.

Sabía lo que sucedería si iba allí. La primera vez que entrara en la clase se echarían a reír y le dirían que la guardería infantil se encontraba tres puertas más allá. Los profesores se tomarían a broma su presencia, aunque trataran de asegurarle que para ellos resultaba completamente normal la asistencia a sus clases de chiquillos de once años. No simpatizarían con él.

Y todos ellos hablarían por encima de su cabeza de los asuntos corrientes de la vida, los partidos de fútbol, los bailes y las reuniones del mundo al cual Jimmy no pertenecía. Ya que no podían librarse de su presencia, le ignorarían del todo.

Así había sucedido en Westwood. Le llamaban «Profesor» y «Cuatro Ojos».

Lo que más odiaba de todo eran las clases de gimnasia. El blanco y sofocante vaho del vestuario, le ponía enfermo. Odiaba el olor a sudor, y a ropa y a zapatos sucios. El vello de los cuerpos que le rodeaban le asustaba y le hacía avergonzarse de su propia desnudez infantil.

Y los otros se avergonzaban de tenerle entre ellos. La mayoría de ellos se limitaban a ignorar que estaba allí.

A principios de otoño del año anterior había sucedido el milagro. Jimmy encontró un amigo. El viejo Mr. Barton era amigo suyo, desde luego, pero Mr. Barton era amigo de todo el mundo. Brick Malloy era distinto. Brick era un compañero de clase. Capitán del equipo de fútbol.

Jimmy podía andar con la cabeza erguida cuando iba con Brick. Todo el mundo se volvía a mirar y saludaba cuando pasaba Brick. Los saludos no iban dirigidos a Jimmy, pero él sabía que los otros estaban mirando mientras él andaba al lado de su amigo. En sus ojos, día a día, había aparecido una nueva expresión. Sorpresa al principio, después, casi aceptación y respeto.

Jimmy no había esperado tanto cuando Brick dio el primer paso hacia él. Se mostró rudo y amargo como se mostraba con todos. Brick no pareció darse cuenta.

—Estoy en un apuro, Jimmy —dijo Brick—. Eres el hombre más indicado para sacarme de esa clase de apuro, si estás dispuesto a ayudarme.

Jimmy no había esperado tanto cuando Brick no se había burlado de él en los vestuarios. Brick estaba siempre tan seguro de labrarse su propio camino, que nunca necesitaba interponerse en el de nadie.

—Me van a suspender en trigonometría —continuó Brick—, a menos que encuentre a alguien que consiga meterla en mi cabeza. No dispongo del tiempo suficiente para estudiar solo. Parece como si tuviera que decidirme por el fútbol o por la trigonometría... y al paso que voy quedaré mal en las dos cosas.

Sin el menor entusiasmo, Jimmy aceptó la tarea de profesor. La trigonometría no tenía secretos para él, y supo iniciar en ellos a su compañero. Brick le ofreció una generosa recompensa, pero al final de la primera semana, cuando la simpatía estaba creciendo ya entre ellos, Jimmy hizo su propia proposición.

—Yo también estoy en un apuro —dijo—. Deseo aprender a lanzar bien una pelota, para que los compañeros dejen de burlarse de mí en el gimnasio. Deseo aprender a batear y a correr. Enséñame esas cosas, ¿quieres, Brick?

El trato quedó cerrado: intercambiarían sus conocimientos. Y Jimmy empezó a dominar los músculos de su delgado cuerpo. Por primera vez, experimentó la sensación de que su cuerpo le pertenecía, y tenía derecho a ocupar su porción de espacio. Jimmy tenía derecho a participar en los juegos de sus compañeros. Brick le respetaba y le enseñó a respetarse a sí mismo.

Y un día, en aquel mismo lugar, Jimmy confió el gran secreto de su agonizante interrogación acerca del universo al cual habían llegado. Jimmy había capturado su primer pez, y en el cielo, el sol estaba tiñendo de rosa los altos cirros.

Contemplaron cómo el color se desvanecía lentamente.

—¿No te has interrogado nunca acerca de ello? —inquirió Jimmy.

—¿Acerca de qué?

—¡De todo...!

Y entonces, repentinamente, surgieron las palabras contenidas durante tanto tiempo porque no había nadie que pudiera comprenderlas.

—Los colores, por ejemplo —dijo Jimmy—. Los colores de la salida y la puesta del sol, los colores del arco iris, el azul del cielo. En el espacio, lejos de la Tierra, el cielo no es azul: es negro. ¿Sabías eso, Brick? Algún día iré allí. Voy a pasearme, por la Luna y ver lo que parece la Tierra vista desde allí. E iré a Marte antes de morir.

»Voy a descubrir por qué estalla un átomo. Nadie lo sabe, todavía. Nadie sabe lo que es, en realidad, la fisión o la fusión. Sólo se conoce el modo de hacer que se produzca. Pero nadie conoce el misterio del átomo. Yo voy a descubrirlo, Brick.

—Estoy seguro de que lo harás —dijo Brick—. Vas a ir más lejos y más aprisa, a más altura y más profundidad de lo que la mayoría de los hombres han soñado nunca.

—Y tú, Brick, ¿qué es lo que vas a hacer? ¿No te gustaría ir allí, también?

—¿Yo? Espero convertirme en ingeniero civil... suponiendo que apruebe la dichosa trigonometría. Mi padre me tiene preparada una plaza en su negocio de construcción.

—¿Es eso lo que quieres hacer?

—Desde luego. Construiré puentes en América del Sur y alcantarillas en Siria. Mi padre no ha llevado a cabo ninguna obra importante y espera que lo haga yo. Yo también deseo hacerlo.

»Y un hombre tiene que hacer lo que él desea, no lo que otro cree que debe hacer. En cuanto a ti, vas a volar más alto que todos nosotros...

—¿Por eso me odian?

Los ojos de Brick reflejaron una sincera sorpresa.

—¡De modo que es eso! —dijo—. Por el amor de Dios, Jimmy, deja de torturarte con esa idea absurda. Todo el mundo simpatizaría contigo, si le dieras una oportunidad.

Jimmy sabía que era mentira. Ahora, tendido sobre la misma hierba, sabía que Brick sólo había tratado de ser amable. Les había dado una oportunidad, hasta que el corazón le dolió de tanto desear su amistad. Pero continuaban odiándole, y Jimmy les tenía miedo.

También le asustaba presentarse a la farsa que sería el Día de Jimmy Correll. Estaba demasiado asustado para ir a la Universidad el año próximo.

Estaba demasiado asustado para separarse de Brick.

No se avergonzaba de esto. Por primera vez en su vida sabía lo que era pasear por el patio de la escuela y por las calles de su vecindad, libre de miedo y con cierta sensación de orgullo. Brick le había dado una sincera amistad. No estaba avergonzado de sentirse orgulloso de ello... y temía perderlo.

Tal vez si permanecía en Westwood hasta el año siguiente —con Brick—, podría adquirir la suficiente fuerza para andar solo. Pero si tenía que marcharse ahora hacia otro mundo de burlones desconocidos, estaría perdido. Nunca encontraría el camino de regreso hacia el mundo de cielo y luz que Brick le había mostrado.

Dejó de pensar y permitió que se deslizara el tiempo, mientras sorbía el placer del agua y del cielo, y el suave susurro del viento en la hierba y en las ramas del sauce. Y luego supo que había sucedido lo que él sabía que sucedería, debido a que había sido lo bastante estúpido como para regresar a aquel lugar encantado.

Brick estaba allí, contemplándole.

Jimmy alzó la mirada hasta el rostro de su amigo. Un rayo de luz a través de las ramas le cegó. Brick se sentó en la orilla.

—Te están buscando, Jimmy —dijo.

Jimmy notó una sensación de malestar en la boca del estómago. No podían haberle buscado mucho.

—¿Por qué has venido a buscarme aquí? —preguntó.

—Creo que siempre he sabido que ocurriría esto —dijo Brick lentamente. Arrancó unas briznas de hierba—. Creo que siempre he sabido que echarías a correr cuando llegara la gran oportunidad. Es lo que siempre has hecho: salir corriendo.

—¡No puedes aconsejarme sinceramente que vaya allí! —protestó Jimmy—. Y no pienso ir, cualesquiera sean tus argumentos.

—No esperaba otra cosa de ti. Sólo pensé que sería un buen momento para decirte lo que siempre he sospechado: no has comprendido, a pesar de tu inteligencia, lo que ello significa.

—¡Sé lo que estoy haciendo! —Jimmy se puso en cuclillas delante de Brick, con su rostro infantil encendido por la indignación—. Nadie va a hacerme saltar a través de un aro, como un perro de circo. ¡Jimmy Correll, el cachorro amaestrado, va a saltar!

Brick se reclinó hacia atrás, sonriendo cínicamente.

—Brick... lo único que deseo es una oportunidad de quedarme en Westwood otro año. —Las palabras surgían atropelladamente de los labios de Jimmy—. No sabes lo que significa para mí... poder hablar contigo y pasear por la escuela como si tuviera derecho a hacerlo. Si puedo quedarme un año más, tal vez podré conseguirlo. Pero ahora no puedo. ¿No lo comprendes? Además... el año próximo tú irás también a la Universidad.

Brick se puso en pie.

—No cuentes conmigo, muchacho. Hace una hora que he terminado contigo. Creí que si esperaba lo suficiente, demostrarías que tienes valor. Pero veo que es inútil. No lo has tenido, y nunca lo tendrás.

El rostro de Jimmy reflejó una gran desesperación.

—Brick... Brick...

—Ya es hora de que cuides de ti mismo. No puedes continuar colgado de los faldones de mi chaqueta. Tienes que enfrentarte con las cosas tú solo. Encontrar tu propio camino.

—¡Maldito seas, Brick Malloy! ¡Maldito seas!

Pero Brick había dado media vuelta y desaparecía ya en la alta hierba, que crecía a lo largo de la orilla.

El encanto se había desvanecido. El lugar no volvería a ser nunca un refugio sagrado, maravilloso. Jimmy permaneció tendido en la hierba largo rato, tratando de recobrar las perdidas sensaciones. Pero sabía que se habían desvanecido.

Se puso en pie y echó a andar a lo largo del sendero. No le serviría de nada continuar allí. Cuando Brick llegara a la escuela, enviarían a alguien a buscarle. Sus padres, o el director, o alguien...

Al llegar a la vista del puente, alzó la mirada. Habían llegado ya. No parecía que Brick hubiera tenido tiempo de llegar a la escuela e informar, pero en el recodo de la carretera, junto al puente, había un automóvil.

Jimmy lo reconoció. El viejo automóvil pertenecía a mister Barton, el bedel.

¡Tenía que ser Mr. Barton el que viniera a buscarle! Aquello sería la traición final.

Mr. Barton estaba esperando en el asiento delantero, fumando su pipa. La portezuela estaba abierta, y se movía ligeramente a impulsos del viento.

Al verle, el bedel agitó una mano.

—Hola, Jimmy. ¿Quieres regresar conmigo? Podemos poner tu bicicleta en la parte de atrás.

Jimmy subió al automóvil con una amarga expresión en los ojos.

—Supongo que Brick le habrá contado a todo el mundo lo que he hecho.

—No lo sé: no he visto a Brick.

—Entonces, ¿cómo sabía que estaba aquí? ¿Por qué ha venido?

—Lo he sospechado. Y he supuesto que ahora ya estarías preparado para regresar, de modo que se me ocurrió venir a buscarte.

Las lágrimas llenaron súbitamente los ojos de Jimmy. Se inclinó hacia adelante en actitud de súplica.

—¡No me lleve allí! ¡Lléveme a alguna otra parte!

—De acuerdo. Iremos a dar un paseo, si quieres —dijo Mr. Barton afablemente—. Voy a poner tu bicicleta en la parte de atrás.

Al cabo de unos instantes, el asmático automóvil se alejaba de la ciudad y de la *Westwood High*. Mr. Barton no dijo nada y continuó fumando su pipa. Luego, repentinamente, Jimmy rompió a hablar, contando toda la historia desde sus comienzos, en el primer grado. Habló de la soledad de ser distinto, del odio de todos aquellos que eran completamente normales, del miedo insuperable a enfrentarse con todos sus enemigos en la Asamblea que iba a celebrarse en su honor.

—¡No soy más que un fenómeno! —exclamó amargamente—. ¡Soy más inteligente que cualquiera de ellos, y no tengo ningún amigo!

Mr. Barton asintió calmamente, y luego habló.

—Tienes que decidir cuál de las dos cosas deseas. O las estrellas y los átomos de que siempre has hablado... o las palmadas en la espalda de muchachos como Tom Marlow y Jack Foster... Puedes tener una de las dos cosas, pero solamente una.

»Tom, y Jack, y el resto de los muchachos no intimarán nunca con el Jimmy Correll que se muere de ganas de navegar por el espacio, de pasear por la Luna, de excavar en las antiguas ciudades de Marte. Se ríen de estas cosas, porque temen mirar tan alto o tan lejos. Pero palmetearán tu espalda si renuncias a todo eso y te conviertes en uno de ellos.

—¡Yo quiero ser como ellos! ¿Por qué no puedo serlo, y conservar lo otro además? ¿Qué es lo que me pasa para que no pueda ser como los otros muchachos, de modo que dejen de odiarme y sean amigos míos?

—Puedes hacerlo Jimmy. Sólo tienes que cerrar los ojos a las cosas que ves, y que nadie más puede ver. Cerrar tus oídos a las cosas que sólo tú puedes oír. Reírte de sus estúpidas bromas. Entonces serás uno de ellos, y no se burlarán más de ti. ¿Es eso lo que quieres?

—Sí —dijo Jimmy con un hilo de voz—. Quiero que ellos me aprecien, y jueguen conmigo, y dejen de odiarme.

—¿A costa de renunciar a Ruffy y a sus amigos? ¿A costa de renunciar a las puestas de sol en el desierto de Loh-Khita?

Jimmy se volvió lentamente hacia el anciano. Un repentino escalofrío recorrió su espina dorsal. Sintió frío y miedo al mismo tiempo.

—¿Cómo sabe usted lo de Ruffy? —susurró roncamente—. ¿Cómo sabe usted lo del desierto de Loh-Khita? ¡Todo eso está en Marte!

Mr. Barton asintió.

—Sí, lo sé. Pero no has contestado a mi pregunta. ¿Puedes renunciar a todo eso? ¿Puedes renunciar a contemplar el resplandor de la Tierra desde el Mare Imbrium, y a explorar las ruinas de la malhadada colonia marciana en la Luna? ¿Abandonarás aquellos antiguos recipientes contruidos con la piedra pómez del Mare Serenitatis, a cambio de un palmoteo de Tom Marlow?

—¿Cómo sabe usted todo eso?

La voz de Jimmy era un grito de agonía.

—Yo también lo he visto —dijo Mr. Barton, con calma.

—Yo también... entonces... ¡usted es como yo!

—Sí. Puedo ver sin necesidad de un telescopio. Puedo ver las cosas microscópicas en una gota de agua. Puedo conocer los pensamientos de los hombres antes de que ellos hablen.

Repentinamente, Jimmy rompió en sollozos, unos sollozos hondos con los cuales se liberaba de su angustia.

—¡Creí que estaba solo! —exclamó—. ¡Creí que estaba completamente solo en el mundo!

—Nunca has estado solo —dijo Mr. Barton—. Ni un solo instante desde que naciste. Te hemos estado vigilando cuidadosamente.

El llanto de Jimmy remitió, y alzó de nuevo una mirada maravillada e incrédula hasta el rostro del anciano bedel.

—¿Quién? —preguntó en un susurro—. ¿Quién me ha estado vigilando?

—Tu propia raza. No todos los hombres nacen ciegos y sordomudos y obtusos como son las personas normales de la sociedad humana. Pero han habido muchas generaciones de aquellos que no lo eran... y fueron aplastados y destruidos del mismo modo que podías haberlo sido tú.

»Nosotros somos como simientes de bosques gigantes, arrastradas por el viento hasta una enmarañada selva. Las simientes germinan en aquel medio anormal, pero la planta se ve privada del necesario sustento, que le es robado por la maleza.

»Lo mismo ocurre con los seres humanos. Un ser «superior» está sin madurar durante su infancia, y puede ser aplastado por los enjambres de seres normales cuyas potencialidades son únicamente una milésima parte de las suyas. Tú has aprendido ya a someterte a los que son muy inferiores a ti. Has estado a punto de renunciar a tus

grandes dones, sólo para ganarte la aprobación de tus compañeros de clase.

—¡Pero eso fue antes de saber lo que usted acaba de decirme! —exclamó Jimmy—. Y se debió a que me sentía muy solo. No podía soportarlo, siendo el único...

Mr. Barton asintió.

—Lo sé. A mí me ocurrió lo mismo. Cualquier simiente, incluso la de un bosque gigante, necesita alimento y protección durante su período de crecimiento. De otro modo no puede sobrevivir, a no ser que arraigue en un lugar donde no existan plantas competitivas.

»Pero esto último sucede pocas veces. Por ello es necesario efectuar un buen trabajo de... digamos de jardinería. Tenemos que mantener apartada la selva hasta que la simiente haya crecido lo suficiente como para resistir cualquier ataque. De modo que puedes llamarme «jardinero».

Jimmy continuaba mirando a su anciano amigo. Las cosas que había dicho iban adquiriendo sentido en su mente. Comprendía lo que Mr. Barton quería expresar: Jimmy estaba desarrollando las facultades de un Homo Superior, pero era todavía un niño, una cosa inmadura, en pleno crecimiento. Y los adultos de Homo Normal — ¡incluso sus hijos!— eran capaces de derrotarle en su fase actual, si quedaba abandonado a sus propias fuerzas...

¡Pero no lo estaba! ¡Nunca volvería a estar solo! Las lágrimas asomaron de nuevo a sus ojos.

—Hábleme de los otros —susurró—. ¿Dónde están? ¿Cómo puedo encontrarles? El bedel sacudió la cabeza.

—Eso tendrá que esperar. No estás preparado aún para ser... transplantado. Irás a la Universidad, tal como deseas, y continuarás tu fase de crecimiento. Pero no tienes que temer lo que los Normales puedan hacer. No tienes que pensar en la posibilidad de renunciar a tus dones sólo para ganar su amistad. Puedes ser tú mismo y crecer a tu manera, ya que allí no faltará tampoco un jardinero, dispuesto a protegerte y a guiarte cuando la selva amenace aplastarte.

Jimmy no se había dado cuenta hasta entonces, pero habían dado la vuelta al Creek Loop y se acercaban de nuevo a la ciudad. Al fondo se erguían las edificaciones de la *Weswood High*. Jimmy experimentó una sensación de pesar al darse cuenta de que la entrevista había terminado y Mr. Barton volvía a ser el bedel de la escuela. Se preguntó cuántos años tendrían que transcurrir para que *ellos* le invitaran a... a dondequiera que estuviesen...

Mr. Barton aparcó el automóvil y se apeó.

—Creo que la Asamblea está a punto de empezar, Jimmy. Tendremos que darnos prisa.

El sol brillaba terriblemente en sus ojos y parpadeó. Andando detrás del anciano bedel, Jimmy se preguntó si realmente había oído las cosas que recordaba, o si las había soñado. Pero, no era un sueño: Mr. Barton conocía a Ruffy, y estaba enterado de la existencia del desierto de Loh-Khita.

Entraron en el edificio, y repentinamente Jimmy se odió a sí mismo intensamente por tratar de tender un puente entre Tom Marlow y las estrellas. Tom crecería para convertirse en un conductor de camión, y le tendría sin cuidado que las estrellas brillaran o no en el cielo.

¿Qué era lo que Brick había dicho? *Encuentra tu propio camino*. Eso era. Aquél era el secreto. Tener paciencia. Lincoln y Westwood no eran toda la creación. Más allá, en el resto del mundo, había otros como él, tan solitarios como él. Algún día se reuniría con ellos, y su soledad terminaría.

Pero la soledad no era lo más terrible del mundo. Las estrellas también estaban solas, pensó, y los hombres envidiaban su gloria.

Cruzó el vestíbulo y entró en el auditorium, que se encontraba casi lleno. Mientras pasaba, unas voces aullaron: «¡Bienvenido, Profesor!».

Apenas oyó el odiado apodo.

Al ver a Mr. Mooremeister, casi echó a correr hacia él.

—¡Jimmy! —exclamó el director—. ¡Por fin! ¿Dónde diablos te habías metido? Tus padres están que trinan. Te hemos estado buscando...

—Me sentía ligeramente indispuerto —dijo Jimmy—. Tuve que salir a pasear un poco para despejarme. Siento mucho haber causado molestias.

—Molestias... —murmuró el director. Cogió severamente a Jimmy por el brazo y se lo llevó a su despacho—. Molestias...

Sus padres estaban allí. Al ver su rostro lloroso, comprendieron sin necesidad de palabras. Mr. Mooremeister continuó murmurando acerca de lo fastidioso de la situación.

Mr. Dunlap y el Dr. Webber estaban llenos de curiosidad, convencidos de que habían sucedido cosas que estaban más allá de su capacidad de comprensión.

Jimmy entró un momento en los lavabos para lavarse la cara y peinarse. Luego se dirigió al gran salón.

El contemplar a los estudiantes reunidos allí estuvo a punto de inundarle el antiguo pánico. Pero recordó las palabras de Mr. Barton, y superó sus temores. Hasta cierto punto, sus compañeros le inspiraban lástima. Sabía en lo que iban a convertirse. Serían políticos, y pilotos de aviación, e ingenieros.

Pero ninguno de ellos compartiría sus inquietudes acerca de la formación del universo, ni su gran poder para descubrirlo. Tenía que hacer claro para ello todo lo que consiguiera descubrir. Al fin y al cabo, vivían en su mismo mundo. Y tenían derecho a conocerlo.

Todo el mundo permaneció en pie mientras la banda interpretaba el himno de la escuela. La plataforma estaba llena. Allí estaba Mr. Lawson. Era el profesor de física, que en sus horas libres trabajaba como agente de seguros. Jimmy ignoraba lo que Mr. Lawson iba a hacer en el programa. Y luego el corazón de Jimmy latió fuertemente: Brick había llegado y estaba ocupando su puesto en la parte posterior de la plataforma.

Había olvidado que Brick era uno de los oradores previstos. Brick representaba al cuerpo de estudiantes que iban a rendir tributo a Jimmy. ¡Menudo tributo sería el suyo! Brick le odiaba ahora por cobarde. Tenía que hablar con Brick y decirle que las cosas habían cambiado, que nada era igual a como había sido hasta poco antes. Pero no tuvo ocasión de hacerlo. Mr. Mooremeister estaba poniéndose en pie y empezando su discurso:

—Amigos, estudiantes, profesores y parientes...

Había pocos familiares de los alumnos entre el auditorio. Estaban sonriendo y asintiendo complacidos en los últimos bancos. Jimmy reconoció a Mrs. Parks, la profesora de su Escuela Dominical. Casi todos los vecinos de la manzana habían venido.

—... todos ustedes conocen la historia de Jimmy Correll —continuó la solemne voz de Mr. Mooremeister—. No tengo que contarla, aunque es una historia que valdría la pena volver a contar. Quiero expresar de nuevo lo orgullosos que nos sentimos, la ciudad de Murrayton y las escuelas de Lincoln y Westwood a las cuales ha asistido Jimmy. Quiero expresar públicamente lo orgulloso que me siento de haber conocido y comprendido al genio que tenemos entre nosotros: ¡a Jimmy Correll!

Jimmy sintió que podía perdonar a Mr. Mooremeister el decir aquellas cosas que no creía, aunque deseó por unos instantes que Mr. Mooremeister las creyera. Pero aquello ya no importaba. El director no era más que un Tom Marlow adulto, y Jimmy ya no podía odiar ahora a ninguno de ellos.

Pero tenía que decírselo. Tenía que decírselo y hacerles comprender cuál era el milagro de las estrellas. Tenía que tocar sus corazones y sus mentes con la increíble gloria del átomo, y mostrarles las maravillas del espacio y de la noche, y la infinitud del tiempo.

Brick se estaba poniendo en pie. Avanzó lentamente por la plataforma, sin separar los ojos del rostro de Jimmy. Se detuvo delante de él y cogió su mano.

Jimmy tragó saliva con dificultad y se incorporó a medias en su silla.

—Brick...

Brick Malloy se volvió hacia los estudiantes.

—No es mucho lo que alguien como yo puede decir acerca de un personaje como Jimmy. Lo más importante que deseo decir es que Jimmy ha sido amigo mío, y que me siento muy orgulloso de ello. Espero haber sido un verdadero amigo para Jimmy. La mayoría de vosotros sabéis lo que Jimmy ha hecho por mí. Yo no estaba dotado de una inteligencia demasiado despierta, y Jimmy ha tratado de enmendarlo durante la temporada de fútbol. Para mí ha sido una maravillosa experiencia. Me gustaría saber que Jimmy lo cree así. Pienso en Jimmy como en mi propio hermano. Y le considero uno de los mejores amigos que he tenido nunca.

En el pecho de Jimmy pareció abrirse un gran vacío. Parpadeó para aclarar su visión. En el auditorio no veía el odio que hasta entonces había creído ver. Tal vez nunca había estado allí, tal como Brick había tratado de decirles.

Así es como sería siempre, pensó. Nunca encontraría muchos que le rodearan los hombros con su brazo, o le palmearan la espalda, o rieran *sus* bromas. Ellos harían esta clase de cosas. Le colocarían delante de ellos y le ofrecerían honores y discursos. Era la única cosa que sabía ofrecer a alguien como él.

Jimmy contempló los rostros de sus condiscípulos. Tenían una expresión de sinceridad y estaban de acuerdo con las cosas que Brick acababa de decir. *Sentían* los honores que le ofrecían. Y luego Jimmy se volvió bruscamente hacia el hombre que estaba detrás de él. Mr. Mooremeister había alargado la mano y le palmeaba el hombro. Los ojos del director estaban fijos en Brick y asentía con una sonrisa de felicidad a lo que el muchacho estaba diciendo.

Entonces, Jimmy se sintió inundado de una extraña sensación de dicha. ¡Mr. Mooremeister también lo *sentía*!

—Jimmy vive en un mundo que ni vosotros ni yo podemos ver —continuó Brick—. Vive en un mundo de estrellas, y átomos, y fuerzas que mantienen al mundo en su lugar. Él sueña en esas cosas, mientras nosotros... bueno, mientras nosotros soñamos en que llegue el sábado por la noche para acudir a una cita con una chica, o en una nueva caña de pescar de fibra de cristal...

»Resulta difícil ser amigo de un personaje como Jimmy. Siempre va mucho más adelante que uno. Creo que casi todos vosotros sabéis lo difícil que resulta ser un amigo de Jimmy...

No, no es eso, Brick, se dijo Jimmy a sí mismo. Nunca más volverá a ser difícil ser amigo de Jimmy. Ahora sabe que hay muchas cosas que Mr. Barton no le había dicho, muchos motivos por los cuales tiene que permanecer en este lugar antes de ir a reunirse con los de su raza. Por primera vez, se ha dado cuenta de que la cosa ha resultado tan difícil para los Tom Marlow y los Mr. Mooremeister como para él. *Te lo demostraré, Brick. Os lo demostraré a todos. Seré vuestro amigo. Palabra.*

Amanecida

Robert Bloch

En el cielo silbaron las cabezas de torpedo cargadas de explosivos, y el fragor de su paso hizo temblar a la montaña.

En las profundidades de su abovedado santuario, el hombre permanecía sentado, deífico e inescrutable, enterado de todo lo que estaba sucediendo. No tenía necesidad de salir de su refugio para contemplar el cielo.

Sabía lo que estaba sucediendo: lo había sabido desde aquella noche en que el sol parpadeó y se apagó. Un anunciante, embutido en la bata blanca símbolo de las artes curativas, había estado emitiendo un importante mensaje acerca del laxante más popular del mundo: el que la mayoría de la gente prefería, el que cuatro de cada cinco médicos usaban personalmente. En medio de su elogio de aquel nuevo y sorprendente descubrimiento, había hecho una pausa para advertir al auditorio que se dispusiera a escuchar un boletín especial.

Pero el boletín no llegó; un momento después, la pantalla ennegreció y rugió el trueno.

Durante toda la noche, la montaña tembló, y el hombre sentado tembló también; no por miedo al futuro, sino por miedo al presente. Había esperado aquello, por ese motivo se encontraba allí. Otros habían hablado del asunto durante años. Habían circulado rumores, advertencias solemnes y comentarios en las tabernas. Pero los que esparcían rumores, y los que hacían advertencias, y los que comentaban en los bares, no habían hecho ningún movimiento. Se habían quedado en la ciudad y sólo él había huido.

Algunos de ellos lo sabían, se habían quedado para aceptar el inevitable final del mejor modo posible, y él los admiraba por su valor. Otro habían tratado de ignorar el futuro, y él los detestaba por su ceguera. Y a todos compadecía.

Había comprobado, hacía mucho tiempo, que el valor no era suficiente, y que la ignorancia no representaba la salvación. Las palabras prudentes y las palabras estúpidas son idénticas en un sentido: no detienen la tormenta. Y cuando la tormenta se acerca, lo mejor es huir.

Él se había preparado aquel refugio montañoso, a mucha altura sobre la ciudad, y estaba a salvo, y estaría a salvo durante los años siguientes. Otros hombres de igual riqueza podían haber hecho lo mismo, pero fueron demasiado listos o demasiado estúpidos para enfrentarse con la realidad. De modo que mientras ellos esparcían sus rumores y pronunciaban sus advertencias y hacían sus comentarios, él se había construido su refugio; revestido de plomo, y provisionado de todo lo que podía

necesitar durante muchos años, incluida una generosa provisión del laxante más popular del mundo.

Por fin llegó el alba y los ecos del trueno se apagaron, y el hombre se dirigió a un refugio especial, desde el cual podía enfocar su telescopio sobre la ciudad. Miró y remiró, pero allí no había nada que ver: nada, sino nubes en remolino que giraban cubriendo, con su negrura, el inflamado horizonte.

Se convenció de que tenía que bajar a la ciudad si quería ver, y efectuó los adecuados preparativos.

En primer lugar, un traje especial fabricado a base de tela aislante y láminas de plomo, difícil y costoso de obtener. El traje era un alto secreto; del tipo que sólo poseían los generales del Pentágono. No podían procurárselos a sus esposas, y tenían que robarlos para sus amantes. Pero él tenía uno. Y se lo puso.

Una plataforma móvil le ayudó a descender hasta la base de la montaña, donde había un automóvil esperándole. Lo puso en marcha, las puertas se cerraron automáticamente detrás de él, y emprendió el camino hacia la ciudad. A través de la mirilla de su casco aislante contempló la niebla amarilla, y condujo lentamente, a pesar de que no encontró ningún tránsito ninguna señal de vida.

Al cabo de un rato la niebla desapareció y pudo contemplar el paisaje rural. Árboles amarillos y hierba amarilla silueteándose contra un cielo amarillo en el cual grandes nubes negras giraban y giraban.

Un cuadro de Van Gogh, se dijo a sí mismo, sabiendo que era una mentira. Ya que ninguna mano de artista había destrozado los cristales de las granjas, arrancando la pintura de las paredes de los graneros ni estrujado el cálido aliento de los rebaños que pacían en los campos, dejándolos en pie, helados, muertos.

Condujo a lo largo de la ancha carretera que desembocaba en la ciudad; una carretera que habitualmente hervía de objetos multicolores, que eran vehículos a motor. Pero no había ningún automóvil en toda la longitud de la arteria.

No los vio hasta que se acercó a los suburbios. Al doblar una curva, estuvo a punto de chocar contra varios de ellos. Y le invadió el pánico y se detuvo.

La carretera, ante él, aparecía llena de automóviles hasta donde alcanzaba la vista: una masa sólida, guardabarros contra guardabarros, dispuesta a avanzar hacia él con chirriantes ruedas.

Pero las ruedas no giraban.

Los automóviles estaban muertos. Toda la carretera era un cementerio de automóviles. El hombre cruzó el lugar a pie, inclinándose reverentemente ante los cadáveres de los Cadillac, los cadáveres de los Chevrolet, los cadáveres de los Buicks. Delante de sus ojos tenía la evidencia de unas muertes violentas; los cristales destrozados, los guardabarros aplastados, retorcidos.

Las señales de la lucha eran lastimosas de ver; aquí había un diminuto Volkswagen, aplastado entre dos poderosos Lincolns; allí, un MG había muerto

debajo de las ruedas de un impresionante camión. Pero ahora todo estaba inmóvil. Los Dodges, y los Hornets, y los Ramblers...

Resultaba duro para él comprobar la tragedia que había sorprendido a las personas que iban en el interior de aquellos vehículos: también estaban muertas, desde luego, pero su fallecimiento no era tan impresionante. Tal vez su pensamiento había sido afectado por la actitud de la época, en la cual un hombre tendía a ser cada vez menos identificado como un individuo, y cada vez más considerado de acuerdo con la valoración simbólica del automóvil que conducía. Cuando un desconocido conducía por la calle, rara vez se pensaba en él como en una persona; la inmediata reacción era: «Ahí va un Ford... ahí va un Pontiac... ahí va un Jaguar descapotable». Y los hombres se jactaban de sus automóviles, en vez de hacerlo de sus cualidades personales. De modo que, en cierto sentido, la muerte de los automóviles era más importante que la muerte de sus propietarios. No parecía que los seres humanos hubieran muerto en un frenético esfuerzo por huir de la ciudad; eran los automóviles los que habían efectuado un esfuerzo final para escapar, y habían fracasado.

Continuó andando por la carretera hasta que llegó a las primeras filas de los suburbios. Allí, las huellas de la destrucción eran más evidentes. Las explosiones habían hecho su efecto... En el campo, la pintura había sido arrancada de las paredes, pero en los suburbios las paredes habían sido arrancadas de los edificios. No todas las viviendas estaban derruidas. Había muchas casa en pie, pero en su interior no se apreciaba la menor señal de vida. Los aparatos de radio y televisión estaban muertos.

Vio entorpecido su avance por montones de escombros. Al parecer, una de aquellas explosiones había afectado a aquella zona de un modo directo; su camino estaba bloqueado por un montón de los heterogéneos restos de Exurbia.

Pasó por encima o dio un rodeo alrededor de Cajas de Kleenex, cabezas artificiales que habían colgado de los escaparates de las tiendas, artículos para automóviles, arrugadas listas de compra y garabateadas notas de citas con el psiquiatra.

Se detuvo ante unos Grandes Almacenes, y sus pies se enredaron con los camiones de nylon, cajas de supositorios desodorantes y un montón de discos de Harry Belafonte.

Le resultaba difícil de avanzar con normalidad, ya que las calles estaban llenas de vehículos destrozados y las aceras aparecían bloqueadas por los trozos o las fachadas enteras de los edificios. Estructuras enteras habían sido arrancadas de cuajo, y, en algunas casas, había quedado al descubierto el interior de las habitaciones. Aparentemente, la explosión se había producido de un modo repentino, sin previo aviso, ya que había pocos cadáveres en las calles y los que se encontraban en el interior en el interior de los inmuebles indicaban que habían encontrado la muerte mientras desempeñaban sus ocupaciones habituales.

Continuó andando, y evitó deliberadamente mirar los cadáveres. Pero no podía

evitar verlos, y con la costumbre la repugnancia se convirtió en simple aprensión. Que luego dejó paso a la curiosidad.

Al pasar por delante del patio de recreo de una escuela, se alegró de que el final se hubiera producido sin violencia. Probablemente, una ola de gas paralizante se había extendido a través de toda aquella zona.

El centro de la ciudad era un amasa de obra de albañilería, formando caprichosas figuras, como diseñadas por un arquitecto demente. Aquí y allí había diminutos capullos de llama brotando de los intersticios de enormes nubes.

El hombre vaciló, preguntándose si sería conveniente aventurarse más allá. Entonces vio la colina que servía de fondo a la ciudad, y la imponente estructura que era el nuevo Edificio Federal. Estaba allí, milagrosamente intacto, y a través de la niebla el hombre pudo ver la bandera que ondeaba todavía en su tejado. Allí podía haber aún vida, y el hombre sabía que no quedaría satisfecho si no lo comprobaba.

Pero, antes de alcanzar su objetivo, encontró otras pruebas de existencia. Mientras se movía entre los escombros se dio cuenta de que no estaba solo en aquel caos central.

Dondequiera que las llamas ardían y parpadeaban, había figuras furtivas moviéndose cerca del fuego. Para espanto suyo, se dio cuenta de que estaban avivando los incendios; quemando barricadas que no podían ser apartadas de otro modo, para poder entrar a saquear en las tiendas. Algunos de los saqueadores estaban silenciosos y avergonzados, otros se mostraban petulantes; todos estaban condenados a muerte, definitivamente desahuciados.

El saber esto impidió al hombre intervenir. Que robaran y saquearan a su antojo; dentro de unas cuantas horas, o de unos cuantos días, la radiación produciría su inevitable final.

Nadie se interpuso en su paso. Tal vez el casco y el traje protectores parecían un uniforme oficial. Continuó andando y vio:

En el interior de una tienda de bebidas, un hombre descalzo, que llevaba un abrigo de visón, entregando botellas a una brigada formada por cuatro chiquillos...

Una anciana de pie junto a la derruida caja fuerte de un Banco, metiendo fajos de billetes en un saco. En un rincón yacía el cadáver de una mujer de pelo blanco, abrazada a un montón de monedas...

Un soldado y una mujer con el brazalete de la Cruz Roja, transportando una camilla hacia la bloqueada entrada de una iglesia parcialmente derruida. Imposibilitados de entrar, el soldado dio un puntapié a una de las ventanas laterales y por ella introdujeron la camilla...

Una mujer con el rostro de una modelo de *Vogue*, tendida en la calle. Al parecer, había sido sorprendida por la explosión mientras respondía a la llamada del deber, ya que una mano delgada, aristocrática, agarraba todavía el cordón de su caja de sombreros...

Un hombre delgado, saliendo de la tienda de un prestamista y cargado con una enorme tuba. Desapareció momentáneamente en una carnicería y volvió a salir, con la trompa de su tuba llena de salchichas...

Unos estudios de radio, casi destruidos, con su sala de sonido decorada con los carteles de las quince variedades distintas de los Cigarrillos Preferidos por los Norteamericanos, y de las veinte marcas de la Cerveza Preferida por los Norteamericanos...

Una mujer sentada en la calle, llorando sobre el cadáver de un gatito...

Un autobús aplastado contra un pared; los pasajeros empujándose para salir, incluso en el *rigor mortis*...

Los cuartos traseros de un león de piedra delante de lo que había sido la Biblioteca Pública; en la escalinata de la entrada, el cadáver de una anciana cuya bolsa de la compra se había desparramado por el suelo, junto a ella: dos novelas policíacas, un ejemplar de Peyton Place, y el último número del Reader's Digest...

Un chiquillo que empuñaba una pistola de juguete y disparaba contra su hermanita, gritando: «¡Bang! ¡Estás muerta!».

(Y lo estaba).

El hombre andaba lentamente ahora, entorpecido por obstáculos materiales y espirituales. Se acercó al edificio de la colina dando un rodeo; evitando la repugnancia, la curiosidad morbosa, la piedad inútil, el horror indescriptible...

Sabía que había otros hombres allí, en el corazón de la ciudad, algunos entregados a actos de misericordia, otros a heroicos actos de pillaje. Pero él los ignoraba a todos, ya que todos estaban muertos. La misericordia carecía ya de significado, y no había posibilidad de rescate de las radiaciones. Algunos de los que pasaban junto a él le llamaban; pero él continuaba su camino haciendo oídos sordos, sabiendo que sus palabras eran simples estertores de moribundos.

Pero, de pronto, mientras trepaba por la ladera de la colina, notó que estaba llorando. Las lágrimas, cálidas y salobres, descendieron por sus mejillas y empañaron la superficie interior de su casco, de modo que ya no pudo ver nada con claridad. Y así fue como salió del círculo interior; del círculo interior de la ciudad, el círculo interior del infierno de Dante.

Sus lágrimas cesaron de fluir y su visión se aclaró. Delante de él se erguía la impresionante mole del Edificio Federal, intacto... o casi.

A medida que se acercaba a la enorme escalinata principal observó que había evidentes señales de cuarteamiento y de corrosión sobre la superficie de la estructura. La explosión sólo había dañado directamente a las esculturas que adornaban el gran arco que daba acceso al edificio; las estatuas simbólicas habían sido arrancadas de sus pedestales y estaban en el suelo, destrozadas. El hombre las contempló con cierto asombro.

Luego penetró en el interior del edificio. Los centinelas continuaban montando guardia, pero ninguno de ellos le impidió el paso, probablemente porque llevaba un traje protector todavía más complicado e impresionante que los suyos.

En el interior del edificio, un pequeño ejército de funcionarios de poca categoría y de oficiales de alta graduación hormigueaba por los pasillos, subía y bajaba las escaleras. No había ascensores, desde luego: habían cesado de funcionar cuando se cortó la corriente eléctrica. Pero el hombre podía subir a pie.

Sentía deseos de subir, ya que para eso había ido allí. Deseaba contemplar la ciudad desde las alturas del edificio. Embutido en su traje protector, parecía un autómatas, y como un autómatas subió escalera tras escalera hasta que llegó al piso más alto.

Pero allí no había ventanas, únicamente oficinas rodeadas de paredes. Avanzó por un largo pasillo hasta llegar al final. Allí se abría un gran cubículo cuadrado iluminado por la claridad que penetraba a través de la pared de cristal del fondo.

Un hombre estaba sentado ante un escritorio, empuñando un receptor telefónico y maldiciendo en voz baja. Miró con curiosidad al intruso, observó el uniforme aislante, y volvió a sus maldiciones.

De modo que era posible acercarse a la pared del fondo y contemplar la gran ciudad. Mejor dicho, el enorme cráter donde se había asentado la gran ciudad.

La noche se mezclaba con el apagado resplandor del horizonte, pero allí no había oscuridad. Las pequeñas bombas incendiarias habían ido extendiendo el fuego, al parecer empujado por el viento, y ahora el hombre contemplaba un inmenso océano de llamas. Todo estaba envuelto en unas inmensas olas rojizas. Mientras contemplaba aquel espectáculo, las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos, aunque sabía que no habría lágrimas suficientes para apagar aquellos incendios.

Se volvió hacia el hombre sentado ante el escritorio, notando por primera vez que llevaba uno de los uniformes reservados para los generales.

Por lo tanto, debía ser el comandante en jefe. Sí, ahora estaba seguro de ello ya que, alrededor del escritorio, el suelo estaba inundado de papeles. Tal vez eran mapas anticuados, tal vez eran tratados anticuados. Poco importaba ya lo que pudieran ser.

Detrás del escritorio, colgado de la pared, había otro mapa, y éste importaba mucho. Estaba literalmente cubierto de banderitas negras y rojas, y al hombre le costó muy poco descifrar su significado. Las banderitas rojas significaban destrucción, ya que una de ellas se encontraba clavada sobre el nombre de aquella ciudad. Y había una sobre Nueva York, una sobre Chicago, Detroit, Los Angeles... sobre todos y cada uno de los centros importantes.

Miró al general, y finalmente fluyeron las palabras.

—Debe ser terrible.

—Sí, terrible —dijo el general.

—Millones y millones de muertos.

—Muertos.

—Las ciudades destruidas, el aire envenenado, y ninguna posibilidad de escape. Ninguna posibilidad de escape a ninguna parte del mundo.

—Ninguna posibilidad.

El hombre se volvió hacia la ventana y contempló el Infierno una vez más. Pensando: *Éste es el fin del mundo.*

Miró de nuevo al general, y suspiró.

—Pensar que hemos sido derrotados —susurró.

El resplandor rojo creció, y a su luz vio el rostro del general, exultante de alegría.

—¿Qué está diciendo, hombre? —dijo orgullosamente el general, mientras las llamas crecían y crecían—. ¡Hemos ganado!

FIN